



EUDISTAS  
Provincia de Colombia

# LA INFANCIA ADMIRABLE DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

TOMO V

# LA INFANCIA ADMIRABLE DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

*Dedicada a san Joaquín y a santa Ana  
Presentada a la Reina María Teresa  
Dirigida a las religiosas de san Benito,  
de santa Úrsula, a la Congregación de Nuestra Señora,  
a la Visitación, y a todas las que reciben niñas en sus  
monasterios para educarlas en el temor y el amor de Dios*

De la boca de los niños lactantes  
hiciste salir perfecta alabanza  
por razón de tus adversarios  
para acallar enemigos y ultrajantes

***Salmo 8, 3***

## INTRODUCCIÓN

Los eminentes sacerdotes que se propusieron revivir la piedad y el espíritu eclesiástico en el clero de Francia del siglo XVII fueron fieles servidores de María; desconozco si existió alguno que la haya amado tanto, con tanta ternura, y la haya servido con tanto celo como san Juan Eudes. Él mismo afirmaba no ceder el primer puesto a otros en este punto. “Cedo gustosamente la ventaja a todo el mundo, en espíritu y talento, en ciencia y en todo lo demás, pero no soporto que alguno me aventaje en respeto, confianza y amor a la Madre de Dios” (citado por Hérainbourg).

La devoción del Padre Eudes a María remontaba a su más tierna infancia. Hijo mayor de una madre que no conoció el goce de la maternidad sino como consecuencia de un voto a la santa Virgen, juzgaba que le debía la vida y se consideraba hijo de su Corazón. Renovó personalmente esta consagración cuando hacía estudios con los jesuitas de Caen. Tuvo el honor de ser admitido en la Congregación de Nuestra Señora. Sus biógrafos os aseguran que, en esa época, a ejemplo de varios santos cuya lista da en la Infancia Admirable (1ª parte, capo. 21) escogió a María como esposa e incluso escribió un contrato de santa alianza con ella al que dio la última mano en 1668, rebosante de exquisita piedad. Antes, a los 14 años había ya voto de castidad perfecta en manos de María.

En el Oratorio aprendió del cardenal de Bérulle y del padre de Condren a nunca separar a Jesús de María en sus

prácticas de devoción y a honrar a Jesús en María y a María en Jesús. No tardó además a dar a la santa Virgen nueva prueba de amor poniéndose bajo su dependencia por el voto de servidumbre que le hizo el 25 de marzo y que, en adelante, en la misma fecha, renovó cada año (Prefacio de Vida y Reino).

Como sacerdote, ordenado poco después, vivió un nuevo vínculo que lo unía más estrechamente a María. Estaba convenido de que el sacerdocio acerca al sacerdote a la santa Virgen haciéndolo participar de su dignidad de Madre de Dios y Madre de los hombres. Concluye de ello que si María es la Reina y Madre de los cristianos lo es de manera especial la Reina y la Madre de los sacerdotes. Se juzgaba deudor de ella por su sacerdocio y fue su gran gozo celebrar su primera misa el santo día mismo en que María dio a luz al Salvador y ofrecerlo al Padre celestial por la salvación del mundo. Fue cuidadoso en observar que las principales gracias que había recibido del cielo habían coincidido con una fiesta de María. Con gozo, cada que los pudo hacer, escogió una de sus fiestas para realizar los actos más importantes de su vida.

“Puede decirse, escribe Costil, que María estaba siempre presente en su espíritu. Si se quería agradecerle se hablaba de sus grandezas y él mismo hablaba de ellas siempre que se presentaba la ocasión, pero con tanta unción que enardecía los corazones de quienes tenían la felicidad de escucharlo. ¡Cómo es de buena! decía. ¡Cómo merece nuestra veneración! ¡Qué felices son sus devotos! Y añade Costil “Su nombre era, como el de Jesús, miel en su boca.

Nunca lo pronunciaba sin añadir un epíteto de admiración o de amor. La llamaba la santa Virgen, la divina María, la Madre admirable, la Madre de la misericordia, la Madre del bello amor y sobre todo la “del todo buena”. “Si tuviera que dar un nombre a María la llamaría la “todo buena”.

El Padre Eudes consideraba la devoción a María como signo de predestinación. Sin cesar predicaba de ella. Está presente en todas sus obras, En las misiones la recordaba continuamente y era dichoso si podía edificarle alguna capilla o colocar una estatua en las puertas de las ciudades o en las de las calles. Trataba, sobre todo, inculcar esa devoción que llamaba, virtud apostólica, a quienes trabajan en la salvación de las almas, en especial a los sacerdotes. E la Infancia admirable escribe, “Ruego, encarezco, con mucha instancia a todos los pastores, a los predicadores y catequistas, a todos los confesores, a todos los eclesiásticos, a todo los religiosos, a quienes dirigen colegios, a los maestros de escuela, a los padres y las madres, a quienes tienen empleados y empleadas, sobre todo a los verdaderos hijos de la Congregación de Jesús y María, no omitir nada de cuanto les sea posible, para imprimir particular y sincera devoción a la bienaventurada Virgen en el corazón de los fieles; así contribuirán a la salvación de muchas almas” (1ª parte, cap. 1).

Uno de los títulos de gloria del Padre Eudes es haber propagado la devoción al Corazón de María y haber instituido su culto público. Apenas salido del oratorio se decidió a consagrar al Corazón de la bienaventurada Virgen la Orden de Nuestra Señora de Caridad que acababa de fundar. Le

consagró asimismo la Congregación de Jesús y María que fundó para ocuparse de la formación de los aspirantes al sacerdocio. Le consagró además la pía Sociedad de las Hijas del Corazón de la Madre admirable y dio a dichos institutos la fiesta del santo Corazón de María que hizo celebrar el 8 de febrero con misa y oficio propios de su autoría. Finalmente dedicó al Corazón de María las capillas que hizo construir para los seminarios de Coutances y de Caen.

Fue también el Padre Eudes ardiente propagador de la devoción a la Inmaculada Concepción y al santo Nombre de María. Estas fiestas tuvieron para él afecto especial y según Costil “instituyó o recibió en su congregación las que se celebraban por doquier en el mundo cristiano”.

Añadió al apostolado de la palabra y de su testimonio añadió la pluma. No obstante, las ocupaciones de que estaba abrumado encontró espacio para escribir obras en honor de María. Conservaos cuatro: La Infancia admirable, La Devoción al Corazón santo y al Nombre sagrado de María, la Devoción al santo Corazón de la muy preciosa Virgen y El Corazón admirable. La primera en orden lógico es la Infancia admirable y será la primera que se va imprimir en las Obras Completas, en el tomo V. Luego vendrá el Corazón admirable, y las otras dos vendrán posteriormente.

En esa Introducción vamos a ver: Ocasión y publicación; El tema y la doctrina; El aspecto moral; Las fuentes de esta obra.

## **Ocasión y publicación de la Infancia admirable**

Tenía el Padre Eudes devoción singular al Niño Jesús y honraba de forma especial la santa Infancia de María.

En la Infancia admirable (1ª parte, cap. 1) nos da dos datos: el primero, que gracias a ese misterio tenemos el consuelo de llamar a María nuestra hermana y a Jesús nuestro hermano. En efecto, si María no hubiera pasado por las limitaciones de la infancia, si Dios la hubiera creado inmediatamente en edad adulta en lugar de hacerla nacer hija de Joaquín y Ana, hubiera conservado los honores de la maternidad divina pero ni ella ni su Hijo pertenecerían a la posteridad de Adán. La sangre que corre por sus venas no sería la nuestra. Serían los dos, honor de la raza humana pero no serían gloria de nuestro linaje.

El segundo dato por el que el Padre Eudes honraba especialmente la Infancia de María es que de acuerdo con la palabra del divino Maestro el reino de los cielos está reservado para los niños y si alguien no llega a ser por gracia, al menos en cierto grado, lo que los niños son por naturaleza, no puede esperar entrar al reino de los cielos (Mt 18, 3). Por consiguiente, hay que aportar cuidado particular a meditar las lecciones de virtud que pone ante nuestros ojos la infancia de Jesús y la de su divina Madre, tanto más que se nos hace difícil comprender que en lugar de hacernos pequeños por virtud estemos inclinados a enorgullecernos.

Penetrado de esos sentimientos el Padre Eudes consagraba un mes entero, de 8 de septiembre a 8 de octubre, a honrar la santa infancia de María y durante ese tiempo

hacía recitar todas las noches en su congregación las letanías compuestos y su honor. Además, consagraba el 8 de cada mes y el lunes de cada semana. Además de la fiesta de la sana infancia que introdujo en su congregación hacía celebrar con solemnidad todas las fiestas que tiene por objeto los misterios de la santa infancia, como la natividad de María, su santo nombre, la presentación y sobre todo la Inmaculada Concepción a la cual se preparaba con ayuno. Esta devoción a la santa infancia de la bienaventurada Virgen estaba avivada en su habitación por una imagen de cera que representaba a María en su cuna. La quería mucho y la tenía expuesta en su oratorio durante la octava de la natividad. Le compuso un himno cuya primera estrofa decía: Niña María, prole de Joaquín y Ana / Reina de los serafines / concede a tus siervos / seguir como pequeños a la Pequeña.

Para difundir la devoción a la santa infancia de María el Padre Eudes compuso *La Infancia admirable*. “Trabajé para terminar ese libro, dice al dirigirse a María, para hacerte conocer un poco de los que lo lean y contribuir por este medio a la salvación de algunas almas. Reconozco ante cielo y tierra que cuanto tiene de bueno lo recibí, por tu mediación, de tu Hijo único, único principio de todo bien. Solo me mueve darle gloria al escribir las alabanzas de tu admirable infancia, porque el honor de la Madre es la gloria del Hijo” (3ª parte, cap. 16).

Desconocemos en qué época el Padre Eudes emprendió la composición de su libro, pero lo debió de acabar hacia 1672 pues en ese año obtuvo las aprobaciones requeridas para la impresión. El 20 de abril del año siguiente se le



concedió un privilegio real por diez años; lo cedió para que lo usara a René Guignard, librero de París. Sin embargo, pasaron tres años antes de que apareciera el 9 de abril de 1676 bajo este título:

*La Infancia admirable de la santísima Madre de Dios*, dedicado a san Joaquín y santa Ana, presentado a la reina y dirigido a las religiosas de San Benito, de santa Úrsula, de la Congregación de Nuestra Señora, de la Visitación y a quienes reciben niñas en sus monasterios para educarlas en el amor de Dios.

La obra es un volumen en 12º, de 684 páginas, sin contar las primeras 34 páginas no numeradas. La impresión es bella y muy correcta. Termina con un oficio parvo de la Inmaculada Concepción, un oficio parvo de la Santa Infancia de María, y las letanías compuestas en su honor por el Padre Eudes.

Como indica el título, el autor rinde homenaje a la reina María Teresa de Austria, esposa de Luis XIV. Como lo dice en la dedicatoria que le dirigió, alude a sus bondades con él. En efecto, la reina le había testimoniado mucha benevolencia durante las misiones que había predicado en Versalles, en 1671, y en Saint-Germain-en-Laye, en 1673. El Padre Eudes, mediante este detalle, esperaba recibir más bondades de la reina con el fin de recuperar la benevolencia del rey, irritado contra él en ese momento. La reina acogió favorablemente el homenaje del Padre Eudes pero la reconciliación con el rey tardó un poco en venir.

En vida del Padre Eudes el libro no fue reeditado. Se encontró algunos ejemplares que llevan la fecha de 1678, con el título de *La Educación de las niñas*, compuesto según

el modelo de la obra. Se lee allí: *Por el P. J. Eudes, sacerdote, superior de la Congregación de Jesús y María, París, Guignard, con aprobación y privilegio*. Pero no puede decirse que sea una nueva edición del libro. Fuera del título esos ejemplares no difieren en nada de la edición de 1676. El formato, el número de páginas, el papel, los errores y defectos de impresión, todo es idéntico. Se colige que el impresor solo cambió el título de la obra para facilitar, quizás, su difusión. El nuevo título no corresponde bien a la intención del Padre Eudes pues en su obra trata solo accidentalmente de la educación de las niñas.

*La Infancia admirable* fue reeditada en 1834, en Clermond-Ferrand, por Landriot, en *La Biblioteca del seminarista*, en dos tomos, de 300 y 159 páginas. No trae la dedicatoria a la reina ni las aprobaciones, y tampoco los apéndices finales. Reproduce el texto del Padre Eudes y corrige la ortografía. Añadió un opúsculo del padre de Gallifet sobre *La Excelencia y la práctica de la devoción a la santa Virgen*.

## **Contenido y doctrina de la Infancia admirable**

Dijimos ya que la intención del Padre Eudes al escribir *La Infancia admirable* fue ante todo contribuir a la glorificación de la santísima Virgen. Quería mostrar en María, desde sus primeros pasos, que era “abismo de gracia”, “milagro de santidad”, “prodigio de sabiduría”, “hoguera ardiente de amor”, en una palabra “un mundo inmenso de maravillas”.

Estaba persuadido de que la contemplación de tales maravillas llenaría de gozo a sus lectores y los llevaría a amarla más. Es lo que se proponía.

Para tratar esta enseñanza con amplitud y método, dividió su libro en tres partes: la primera para tratar los misterios; la segunda, las excelencias; la tercera, los medios para honrarla. Vamos a estudiarlos por aparte.

### ***Misterios de la Infancia admirable***

En su estudio enumera doce misterios, como se ocupará de doce excelencias y de doce virtudes. El número doce le recuerda las doce estrellas que formaban la corona de la mujer del Apocalipsis, que vio Juan en el firmamento, revestida del sol y con la luna los pies (Ap 12, 1). Se apoya en el parecer de muchos doctores y en la Iglesia que en la liturgia aplica a María ese texto, en el cual se habla sobre todo de la Iglesia.

Los primeros misterios que comenta son su predestinación inseparable de la de su divino Hijo, las promesas que anunciaban su venida, las figuras con que Dios de antemano señaló algunas de sus perfecciones. Las comenta rápidamente.

Se detiene ampliamente en el siguiente misterio, su Inmaculada Concepción. Se debe claro está a la devoción muy especial que había por ese misterio en el siglo XVII, sin embargo, no acogido por todos. Tenía adversarios al menos entre los teólogos. Lo primero que comprueba es su sorpresa. Trae luego una larga lista de pruebas tomadas de la

Sagrada Escritura, de Padres de la Iglesia, de soberanos Pontífices, de universidades, de órdenes religiosas y de doctores católicos. Como la Inmaculada Concepción solo encontraba adversarios en la orden dominicana empieza por citar la autoridad de santo Domingo y de algunos de su orden. Añade el Padre Eudes las revelaciones hechas a santa Brígida y los milagros que Dios ha hecho para sustentar esta doctrina. Luego acude a la razón teológica y muestra que la dignidad de María pedía que fuera preservada de la mancha original. Luego se detiene en resolver las objeciones sacadas sea de la Escritura, sea de las obras de santo Tomás que en su tiempo algunos oponían a los defensores de la Inmaculada Concepción.

Es una tesis que el Padre Eudes sostiene y lo hace con fervor y calor para defender el honor de María. Tomadas en su conjunto las pruebas acumuladas por él en favor de su tesis son suficientemente válidas. Tomadas una por una algunas pueden parecer no lo bastante rigurosas. No sé, por ejemplo, si las tomadas de la Sagrada Escritura son todas concluyentes. En nuestros días se aducen mejores, pero no hay por qué extrañarse. El Padre Eudes trató la cuestión con los recursos que le ofrecían los teólogos de su tiempo. Estudios posteriores han permitido precisar mejor el sentido de algunos pasajes bíblicos y sacar argumentos más precisos y rigurosos, como los hay en la bula *Ineffabilis*, que por otra parte son decisivos a condición de añadir al texto de la Escritura la interpretación de los Padres.

La lista de los defensores de la Inmaculada Concepción, tal como la estableció el Padre Eudes, menciona los nombres

de san Bernardo, san Anselmo, Alejandro de Hales, Alberto el Grande y san Buenaventura a quienes se tiene por adversarios del dogma definido por Pío IX. No niega el Padre Eudes que lo hayan atacado, pero, apoyado en Salazar, pretende que lo hicieron, pero se retractaron luego. Dice lo mismo de santo Tomás de Aquino. Invoca, en defensa de este último, argumentos que no carecen de valor. Se verá por las notas del texto del Padre Eudes que esos argumentos no quedaron sin réplica. Actualmente, teólogos, sin embargo, muy partidarios de santo Tomás, renuncian a hacerlos valer, entre ellos, Billot.

Parece que, en la época de santo Tomás de Aquino, la cuestión de la Inmaculada Concepción no estaba libre de cierto número de equívocos que la oscurecían, y que, a pesar de aducir principios de donde se deriva lógicamente el glorioso privilegio de María, el doctor angélico y sus contemporáneos se negaban a admitirlo porque, entre otras dificultades, les parecía irreconciliable con la enseñanza de la Escritura sobre la corrupción general del género humano y la universalidad de la redención. Fue Scot quien presentó la cuestión de la Inmaculada Concepción con la claridad y precisión que tiene hoy. Respondió a las dificultades, hasta él insolubles, e incluso la derivó de la principal en favor del dogma al mostrar que no solo el privilegio de María puede conciliarse con la universalidad de la redención, sino que para ser perfecta la redención de Jesucristo debía tener por efecto preservar al menos a la Virgen del contagio universal.

Luego de mostrarse campeón de la Inmaculada Concepción, el Padre Eudes se ocupa de los orígenes de la

fiesta de los Normandos. Cree incluso poder afirmar que el primer obispo que la hizo celebrar en su catedral fue Geoffroy de Membray, obispo de Coutances. Originario de Normandía el Padre Eudes desarrolló su apostolado sobre todo en ella y allí fundó la mayoría de sus seminarios. Esta diócesis le era amada de forma especial. A menudo predicó en ella. En Coutances fundó un seminario y construyó una capilla, la primera en ser dedicada al Corazón de María. Tuvo la gran dicha de recordar a las Iglesias de Normandía, en especial a Coutances, el honor que les cabía de haber inaugurado en el mundo la fiesta de la Inmaculada Concepción. Se apoyaba en esto en la autoridad del “docto” Salazar, a quien hacía mucha confianza.

Esta opinión era combatida en la época del Padre Eudes y hoy no es posible sostenerla. Parece, en efecto, que esta fiesta comenzó en oriente en el siglo octavo. Entre los griegos maronitas y armenios se celebraba el 9 de diciembre y el 8 en el rito siríaco y el 13 entre los coptos. Se llamó en ocasiones *La Concepción de santa Ana*, en otras, *La Concepción de la bienaventurada Virgen María*, e incluso *La Concepción inmaculada de María*. Como lo atestiguan sermones y textos litúrgicos que nos han llegado, el objeto de la fiesta era en todas partes la santidad eminente de que María fue favorecida desde el momento de su concepción.

En occidente no parece que en Normandía se haya originado esta fiesta. Se celebraba en Inglaterra antes de la invasión normanda y de allí, después de la conquista, pasó a Normandía y luego al resto de Francia. Se ha pretendido actualmente que nació en Irlanda. Habría existido allí

doscientos años antes de la conquista de Guillermo el Conquistador, y de Irlanda la recibió Inglaterra.

El Padre Eudes terminó su estudio sobre la Inmaculada Concepción con su exposición de los privilegios con que María fue favorecida al entrar al mundo. Señala doce de los que los principales son la posesión de la gracia santificante en grado tal que desde ese momento María era más santa que todos los santos en el último punto de su santidad; el haber gozado de la justicia original; la confirmación en gracia; el uso inmediato de la razón junto a una ciencia infusa muy amplia; la unión actual con Dios a quien María empieza amar de todo su corazón. Admirables privilegios que desconciertan nuestra inteligencia pero que los teólogos, casi unánimes, acuerdan a la santa Virgen.

La consecuencia de estos privilegios, observa justamente en Padre Eudes, es que la vida de María, incluso antes de su nacimiento, estuvo en ejercicio continuo de todas las virtudes, sobre todo de la divina caridad, de modo que hizo del seno de su gloriosa madre “un paraíso de delicias y un cielo de gloria” para la augusta Trinidad.

A propósito del nacimiento de María comenta extensamente el capítulo 24 del Eclesiástico y el octavo de los Proverbios. En ellos se trata de la Sabiduría eterna pero la Iglesia aplica esos textos, por acomodación, a la santísima Virgen. Ese comentario llena cuatro capítulos de la *Infancia Admirable*. Son notables por la riqueza y profundidad de la doctrina como por la facilidad y sencillez del lenguaje; además están llenos de suave piedad. Se encuentra allí enseñanza sobre la semejanza perfecta de María con Jesús,

sobre su realeza universal, sobre su misericordia cuyos efectos se dejan sentir por doquier, sobre cierta omnipresencia de que goza por su ciencia, poder y bondad que se extienden a todo; sobre la ricos presentes que recibió de la Trinidad santa: del Padre del que es la “hija única”, a quien él asocia a su paternidad y a su poder; del Hijo de quien es la “madre única” y que se da a ella con su sabiduría; del Espíritu Santo de quien es la “esposa única”, que le comunica su bondad; sobre el puesto muy especial que ocupa en el plan de la creación y de la redención. Sobre estos puntos y otros hay consideraciones hermosas de las que un análisis somero no puede trasuntar toda su fuerza. Creo que pocas páginas más bellas que estas se hayan escrito para gloria de María.

No podía faltar la consideración sobre el Nombre bendito que le fue dado pocos días después de su nacimiento. Se detiene en él el Padre Eudes con tanto mayor gusto pues estaba lleno de veneración por este Nombre augusto que creía venido del cielo y cuyo sentido gustaba de escrutar.

En el librito que publicó en 1648 sobre el santo Corazón de María predicaba ya la devoción a este santo Nombre y daba 16 interpretaciones traídas de los Padres y doctores de la Iglesia. Las tuvo en cuenta en los himnos compuestos en honor de este sagrado Nombre cuya fiesta se celebraba en algunos lugares el 22 de septiembre. Me parece que por entonces también se celebraba en la Congregación de Jesús y María en esa fecha; más tarde la pasó al 25 del mismo mes



y lo completó con la misa que hacía cantar en su honor a la que añadió una secuencia.

La devoción a este santo Nombre ocupa cinco capítulos de la *Infancia admirable*. En los dos primeros toma de nuevo los 16 sentidos a los que añadió uno más. Los organiza según un orden nuevo y los completa con piadosas elevaciones que quitan a esta exposición su aridez primitiva. En los dos capítulos siguientes se extiende con complacencia en la excelencia y virtud del Nombre de María, lo que le brinda la ocasión de celebrar las grandezas de la santa Virgen y en particular la predilección de que es objeto de parte del Padre eterno y los beneficios que derrama en la tierra. El último capítulo gira principalmente sobre los medios que debemos emplear para honrar el Nombre de María. Recomendando ocho en los que sobresalen la invocación frecuente de este bendito Nombre, la celebración de la fiesta establecida en su honor y la recitación del *Benedictum sit*.

Los últimos misterios de la Infancia admirable de la santa Virgen, su vida en casa de Joaquín y Ana, su salida de la casa paterna, su presentación en el templo, su permanencia y la vida que llevó en él son poco conocidos. La Escritura no habla de ello. En algunos autores eclesiásticos se encuentran detalles pintorescos. El Padre Eudes los recoge y los comenta con su piedad ordinaria. Pero siguen siendo inciertos. No es cierto, por ejemplo, como lo declara Benedicto XIV, que durante su permanencia en el templo haya sido autorizada a entrar en el Santo de los Santos., ni que un ángel le trajera diariamente de comer. Sea lo que sea de la verdad histórica de estos detalles no hay por qué cuestionar el fondo mismo

de los misterios expuestos por el Padre Eudes ni la exactitud doctrinal de las enseñanzas que desarrolla a propósito de circunstancias históricamente dudosas. Por ejemplo, a propósito de la permanencia de María en el Santo de los Santos, nos muestra el santuario más augusto de la divinidad, la verdadera arca de la alianza, el propiciatorio del mundo, el oráculo de los cristianos. ¿Quién no ve, si se quiere suscitar dudas sobre la entrada de la Virgen en el Santo de los Santos, que la doctrina del Padre Eudes sobre esos puntos es incontestable?

Termina la primera parte de su libro con tres capítulos en los que exhorta a las mujeres cristianas, en especial las que hacen profesión de piedad y a las religiosas, a conformar su conducta con la de María en su infancia. Volveremos sobre ello.

### ***Las excelencias de la Infancia admirable***

Estas excelencias son a nobleza de sus padres, su eminente santidad, el fervor de su oración de la que fue fruto la concepción de María y el anuncio que les fue hecho por san Gabriel de su milagrosa fecundidad. Contienen lo más hermoso que se puede decir de san Joaquín y santa Ana. El Padre Eudes les profesaba gran devoción. Les compuso unas letanías que permanecen en uso en la Congregación de Jesús y María. Estos cuatro capítulos nos ayudan a comprenderlas.

En la cuarta se detiene en celebrar las alabanzas de san Gabriel. Lo considera como el “ángel del santo amor” pues tuvo el honor de anunciar el misterio de la encarnación y fue

el ángel de la guarda de la Madre del amor hermoso. Pensó que san Gabriel protege de manera especial a los servidores de María y que estos, por su parte, le deben culto especial en reconocimiento por los servicios prestados a María en su paso por la tierra y de los honores que le rinde en el cielo. En las letanías de los santos ángeles el Padre Eudes concede a san Gabriel lugar especial. Para entender los títulos que le otorga es bueno recurrir a este capítulo de la santa Infancia. Solo allí encontramos adecuada explicación.

En el capítulo siguiente, el Padre Eudes, muestra que el nacimiento de María fue, como lo canta la Iglesia, motivo de alegría para el mundo entero e incluso para las tres personas de la Trinidad santa. Fue ocasión para tratar de los goces de la santa Virgen y se detiene en ello. Desea que se honre a María en todas las etapas de su vida e invita por tanto a honrar las siete alegrías para lo cual toma algunas prácticas de santa Matilde y e santo Tomás de Cantorbery.

Las excelencias que contempla en la santa infancia de María son extrínsecas a su persona. Se refieren a circunstancias que acompañaron su concepción y su nacimiento. Luego fija su atención en María misma y nos pide considerar la incomparable belleza de su cuerpo virginal, la perfección de su alma santa, la ciencia eminente que le comunicó el Espíritu Santo desde el momento de su concepción, la plenitud de gracia que colmó su Corazón y la santidad admirable de su vida, incluso en su infancia. Había tratado algunos de estos puntos en la primera parte. Aquí los trata más ampliamente y se diría que *ex professo*. Cuida de apoyar sus asertos en la autoridad de teólogos católicos y en

sólidas pruebas de razón. Su lectura es fácil y edificante y dejamos al lector gustarles.

En los dos últimos capítulos el Padre Eudes dice que, desde su infancia, María era ya, al menos moralmente, Reina del universo y Madre de Jesucristo y de los cristianos. En el pensamiento de Dios, en efecto, llevaba ya esos títulos y los privilegios admirables con que fue favorecida en su concepción y durante su infancia tenían como objetivo prepararla para la dignidad supereminente que se le tenía destinada. No se equivocaba en contar la realeza y la maternidad de María entre las excelencias de su santa infancia y al hacerlo creía interpretar la liturgia católica.

### ***Virtudes de la infancia admirable y medios de honrarlas***

Consagra la tercera parte del libro a considerar las virtudes que brillaron con esplendor particular en la infancia de María y los medios de honrarlas debidamente. Contiene además ocho meditaciones sobre la santa infancia.

No se detiene el Padre Eudes en las virtudes de María. Lo hubiera llevado a agrandar desmesuradamente su libro. Además, se hubiera repetido. Prefirió enviar a otras obras, en especial a d'Abelly, *Tradición de la iglesia en la devoción a la santa Virgen*, que había recomendado ya en el *Memorial de la vida eclesiástica*. Se limita a indicar la perfección incomparable de las virtudes de María, a describir someramente las principales y a mostrar de qué manera imitarlas. Son pocas páginas llenas de claridad y precisión y ricas en doctrina que debemos admirar.

Entre los medios que recomienda para honrar la infancia de María, pide a los padres consagrar los hijos pequeños a María, sobre todo las chiquillas. Propone para ello un acto de consagración a María redactado especialmente para los niños que se encuentra al fin de su libro. Toma ocasión para elogiar las congregaciones marianas de los colegios de los jesuitas. recomienda que se haga algo parecido en los conventos donde se reciben niñas pequeñas. Si faltan estas instituciones, insiste en que al menos las religiosas y todas las personas que se ocupan de la educación de las niñas inspiren a sus alumnos tierna devoción a María, sobre todo a la Niña María.

La frecuente meditación en la santa infancia de María es otro medio para alcanzar excelentes frutos. Aconseja tomar como tema de meditación las enseñanzas contenidas en su libro, especialmente en los capítulos que indica. El hecho de que cada capítulo termine con una corta elevación facilita esta meditación. En ella el Padre Eudes expresa sus sentimientos nacidos de la contemplación de las grandezas y virtudes de María Niña.

Juzgó bien añadir al fin del libro una serie de meditaciones especiales. recomienda usarlas el 8 de cada mes, que aconseja consagrar a la santa infancia de María. Da ocho porque pensó que sería suficiente para el año pues algunas fiestas de María caen el 8 de un mes: 8 de febrero, Corazón de María; 8 de julio, gozos de María; 8 de septiembre su natividad; 8 de diciembre la Inmaculada Concepción Son meditaciones muy bellas con la medula de

las enseñanzas el autor de la *Infancia admirable*, con puntos de vista justos y prácticos sobre las virtudes cristianas.

### **El aspecto moral de *La Infancia admirable***

*La Infancia admirable* es ante todo obra doctrinal. En ella el Padre Eudes, con erudición notable, y mucha piedad trata cuestiones referentes a la primera etapa de la vida de la santa Virgen. No lo hace con el afán de teólogo solamente preocupado por la verdad que expone. Él era ante todo un apóstol hasta el fondo de su alma. El celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, dos causas que en realidad son una, inspiraban todas sus iniciativas. En *la Infancia admirable* se comprueba de principio a fin, que está preocupado por la gloria de María, pero también tiene en miras al bien de las almas de sus lectores. El mismo afirma que esto lo mueve a escribir. También las enseñanzas morales, importantes para la santificación de la vida de todos, ocupan amplio espacio en la obra. Me pregunto si esto no constituye la mejor parte del libro.

Uno de los apenamientos dominantes de la *Infancia admirable* es que “María, con Jesús, en todos los momentos de sus vidas, son el modelo y la regla de nuestra vida (1ª p. cap. 3). “La vida muy pura y santa de María, escribe el Padre Eudes, es un divino espejo en el cual ves la belleza resplandeciente de todas las virtudes, y modelo perfecto de tu vida y tus costumbres, conforme a las cuales debes conformar tus acciones y hacer que te sirvan de regla de lo que tengas que hacer (1ª p. Cp 28). “La vida de María es

ilustre escuela de santidad y excelente regla de perfección”. “Ha querido Dios que su dignísima Madre pasara por el estado de su infancia para darnos el modelo y la regla que todos los cristianos deben llevar, obligados a ello por el evangelio. Deben ser niños en inocencia, sencillez, humildad, obediencia, pureza, dulzura, mansedumbre” (3ª parte, cap. 3. 10). Y concluye: *Estudien cuidadosamente su modelo*”.

Es cierto que Jesús es también modelo, ejemplar y regla de nuestra vida. Pero María es la perfecta imagen de Jesús. Es bueno para nosotros considerar los ejemplos que ella nos da. Dice el Padre Eudes con san Anselmo: “las virtudes de la Madre tienen algo de más dulce, de más humanos y más conforme con nuestra debilidad que las virtudes del Hijo cuya altura y esplendor nos asustan y encandilan” (3ª p. cap. 1).

Trata de las virtudes y grandezas de María para llevarnos a imitarlas. Quiere ser práctico y para serlo plenamente nunca pierde vista los deberes y defectos de sus contemporáneos. Es evidente en muchos pasajes de su libro. Considera en qué términos describe la actitud de María al ser presentada al templo: “Mírala al hacer su primera entrada al templo. Sabe que es la casa de Dios que no es menos santa que el cielo y que merece tanta veneración como el cielo, pues Dios está presente allí y habita en él como habita en el cielo. Ella se comporta en ese lugar santo con maravilloso respeto, piedad y devoción. No encuentras en ella nada pueril e infantil. No voltea la cabeza ni la mirada a todas partes; con nadie habla fuera de Dios; se humilla profundamente al saberse indigna de estar en ese lugar santo, y está todo el tiempo no de pie o sentada en cojines

de seda, aunque sea princesa y de prosapia real; no se sube a bancas y sillas; está de rodillas en el piso del Templo o también prosternado rostro en tierra para adorar a Dios” (1ª p. cap. 25). Es evidente que hacernos esta representación el Padre Eudes alude a los defectos y faltas de muchos fieles como lo hizo en el *Tratado del respeto debido a los lugares santos*.

En los tres capítulos que terminan la primera parte de la obra, el Padre Eudes traza con grandes rasgos, pero con relieve vehemente, los desórdenes que deplora en las mujeres de su tiempo y que infortunadamente son de toda época. Se dirige primero a esas mujeres “más paganas que cristianas”, que luego de haber hecho voto en el bautismo de renunciar a Satán, a sus pompas y a sus obras, viven como si hubieran prometido todo lo contrario. Condena luego la conducta de quienes se dicen devotas, que tienen la loca pretensión de casar la devoción con el amor del mundo. Luego tiene en mira a las religiosas infieles a su vocación cuya vida contrasta con el espíritu de los compromisos de su estado. Esos tres capítulos, en estilo oratorio, constituyen una pintura de las costumbres del siglo XVII, semejantes a ejemplos admirables conservados en la historia, de los desórdenes que se hacían a plena luz del día, en el mundo y en los claustros. Buscaba corregir los desmanes de su tiempo e invitaba a tomar el camino de imitar las virtudes de María.

En diversos pasajes del libro, sobre todo al comienzo de los diversos capítulos de la segunda parte, el piadoso autor creyó deber recordar los grandes principios de la vida cristiana. Trata de la libertad de las vocaciones sacerdotales



y religiosas, las funestas consecuencias de la falta de vocación, la condición en la que el hombre debe operar su salvación después de la caída, la excelencia de la pobreza, el uso de las riquezas y de las grandezas, la vanidad de los títulos nobiliarios, la eficacia de la oración, el peligro de las dotes naturales tanto del cuerpo como del alma, el amor de la cruz, las funestas consecuencias de la ciencia adquirida cuando no va acompañada de la humildad, los deberes de los padres respecto de sus hijos; son enseñanzas precisas, elevadas y bellas, expresadas con precisión y piedad. Traemos a título de ejemplo este pensamiento sencillo y profundo: “La cruz es a la vez origen y fin de la gracia”. No recuerdo haber leído algo más preciso y feliz sobre el papel de la cruz en la vida sobrenatural.

En las meditaciones finales quiso condensar en pocas líneas cuánto hay de esencial sobre la naturaleza de la práctica de las virtudes cristianas. Tomado en su conjunto este libro es una enseñanza muy completa sobre la vida cristiana; se estudia con gusto esta doctrina pues la exposición se hace en torno a las grandezas y virtudes de María de las que ofrece un comentario afortunado.

El Padre Eudes nunca separa la ley evangélica de la vida de Jesús y de María. Los preceptos del evangelio no son presentados como regla abstracta, sino que vienen unidos a ejemplos concretos de la vida Jesús y de María. De ellos debemos desprender la norma que debe regir nuestra conducta personal.

## **Fuentes de *La Infancia admirable***

Al comienzo de estas fuentes está la liturgia católica. Se ha dicho que es con la oración la regla de la fe. El Padre Eudes estaba convenido de ello. Siguió con cuidado los oficios de que la Iglesia se sirve en las fiestas marianas. Las escudriñó hasta en los mínimos detalles. El calificativo de Madre de Dios que María recibe en la fiesta de su nacimiento le hace concluir que la que nació ya era, al menos moralmente, la Madre Del Verbo encarnado y de los miembros del Cuerpo místico. El capítulo donde trata este punto le fue inspirado en este detalle por el oficio de la fiesta.

Lo que más atrajo su atención en estas liturgias marianas fue los textos de la Escritura, que en sentido literal se refieren a la divina Sabiduría, aplicados por acomodación por la liturgia de la Iglesia, a María. Sacó de ello la semejanza grande que hay entre el Hijo, Jesús, y la Madre, María. Fue tanto su cuidado que dedicó cuatro capítulos de su obra a este tema.

Después de la liturgia vienen los Padre y escritores eclesiásticos de la Edad Media. La cita numerosos y nos queda la impresión de que no olvidó nada notable de la gloria de María. Cita a menudo a los santos Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Gregorio de Nisa, Epifanio, Metodio, Juan Damasceno, Germán de Constantinopla, Andrés de Creta, Bernardo, Anselmo, Alberto Magno, Tomás, Buenaventura, Pedro Crisólogo, Bernardino de Siena, Lorenzo Justiniano, Ildefonso, Gersón y raimundo Jourdain, abad de Celles, que por humildad se hacía llamar “El Idiota”. No podemos afirmar

que haya leído todo. Su actividad apostólica no le daba tiempo. Y es claro que en ocasiones se refiere a la *Theologia mariana* de Vega. Pero tampoco negar que en momentos de distensión se haya dedicado a la lectura y su laboriosa investigación.

Otra de sus fuentes son los místicos. En *Vida y Reino de Jesús* ya había citado las revelaciones de santa Gertrudis, de santa Matilde y de santa Catalina de Siena. En *La Infancia admirable*, cita escasamente a Gertrudis y Catalina de Siena. Trae más a menudo a santa Matilde pero la que más cita es santa Brígida. He detectado 26 lugares en que se refiere en esta obra a santa Brígida. Puede que se haya escapado alguna cita. Cayetano había calificado de ficciones y sueños estas revelaciones. Pero el Padre Eudes observa, muchas veces, que tuvieron la aprobación de varios papas y de dos concilios generales, y que en la oración de la santa la Iglesia proclama que Dios se haya dignado revelarles sus secretos.

Usó también obras de su tiempo. Muchas se publicaron sobre María Virgen y el Padre Eudes las tuvo en manos en su mayoría. Costil dice que era darle gran gusto al ofrecerle una obra sobre la santa Virgen. Había reunido muchas en la biblioteca del seminario de Caen, y, según Costil, había unas muy raras.

Entre las recientes estaban el *Trisagio de santa María*, de Adriano Lyreo, de 1648; el *Nomenclator marianus* de Honorio Nicquet, de 1663; el *Tratado de la Inmaculada Concepción*, de Teófilo Raynaud, jesuita, de 1661; *La Triple Corona* de Francisco Poiré, jesuita, 1630, 1633, 1643; la *Defensa de la Inmaculada Concepción* de Fernando Salazar,

jesuita, de 1618; la *Teología mariana* de Cristóbal de Vega, jesuita, de 1653.

Tomó del “docto y piadoso” Salazar parte de su tesis sobre la Inmaculada Concepción; siguiendo ese autor confeccionó, como él mismo lo dice, la lista de los Padres y teólogos favorables al privilegio de María, y lo siguió como guía para establecer el origen de la fiesta.

Su fuente principal fue la del padre Vega. Le pareció una obra “excelente”. A menudo remite a él en su libro y aunque en ocasiones no lo cite sin embargo se inspira en él. En todo lo referente a María encontró en él un cuerpo de doctrina muy completo, con provisión abundante de argumentos, citas y hechos notables que hacen de él, incluso hasta el presente un tesoro de incomparable riqueza. No sacó todo de él, pero lo uso e incluso se fundó en él para asuntos discutidos o hechos de autenticidad dudosa.

Por encima de todas sus fuentes *La Infancia admirable* es fruto de sus meditaciones y de su piedad mariana. Afirmo “que la trabajó más con su corazón que con la mano” (3ª p. cap. 16). Aunque no lo hubiera dicho, su libro nos lo deja descubrir. Los pensamientos desarrollados en él son tan piadosos, los sentimientos de admiración y amor tan vivos, el calor de su estilo tan persuasivo que es imposible no observar en esta obra lo que el doctor Le Goulx subrayó al darle su aprobación, la efusión de un corazón del todo consagrado a María y consumado del deseo hacerla amar.

## DEDICATORIA A LA REINA

*María Teresa de Austria, hija de Felipe IV de España, fue  
reina de Francia por  
su boda con Luis XIV. Todos los historiadores alaban su  
pureza de costumbres y  
su eminente piedad.*

Señora,

Dos razones considerables me obligan a ofrecer a su Majestad este libro que trata de las excelencias incomparables y de las virtudes muy eminentes de la admirable Infancia de la Madre de Dios.

La primera es el muy augusto Nombre de María, escogido por Dios desde toda la eternidad, para darlo a la que debía ser la Madre del Hombre-Dios en la plenitud de los tiempos, y con el cual ha querido también honrar a su Majestad, para denotar mediante él, que María Teresa, Reina de Francia, está consagrada a María, Madre de Jesús, Reina del universo; que ella le pertenece de modo especial; y que ella lleva dignamente las significaciones maravillosas de este hermoso Nombre de María.

Si María significa *Señora y Soberana*, su Majestad no lleva en vano ese nombre, pues por la ser esposa de más grande rey de la tierra, es, por consiguiente, la más gloriosa Reina que hay en el mundo.

Si María quiere decir *Iluminadora e iluminante* quién no sabe y no ve que María Teresa es como un astro brillante que

Dios ha puesto en medio de Francia para esclarecerla con los ejemplos más incomparables de una piedad sin par.

La segunda razón, Señora, es la devoción muy singular que su Majestad tiene a la Reina del cielo, devoción que es rico tesoro de la augusta casa de Austria y preciosa herencia que sus gloriosos antepasados han llegado a su Majestad. Es también uno de los más brillantes florones de la Corona de Francia, que mira y reverencia a esta sagrada Emperatriz del universo como a su muy honorable patrona, su muy poderosa protectora y su refugio ordinario en todas las necesidades públicas y particulares. Su majestad ha sabido encajar bien en su corazón real el precioso diamante de la verdadera devoción a la bienaventurada Virgen, que es el más hermoso ornamento de las dos coronas de Francia y de España.

Todos los ayunos de su Majestad en la víspera de las fiestas de la Madre de Dios, todas las santas comuniones que hace en sus solemnidades y todas las liberalidades a los pobres en esos mismos días, son otras tantas voces que proclaman que esta devoción de su Majestad a la divina Madre, no es solo exterior y aparente sino sólida y verdadera, que nos da motivo para creer que atrae y atraerá siempre más y más la protección y la bendición del cielo, no solo a su Majestad y a la casa real, sino también a toda Francia.

Lo que demuestra además la sinceridad y excelencia de esta devoción de su Majestad es el cuidado que se da de imprimir en sí una imagen viva de las santas virtudes de la incomparable Madre de Dios. El alejamiento total que se ve en su Majestad de los desórdenes que reinan en el mundo,

la extraordinaria pureza de su vida y costumbres, su infatigable asiduidad a la oración, su frecuente recepción de los sacramentos ¿no son acaso los cuatro elementos de la vida cristiana y los cuatro fundamentos de todas las virtudes?

Dicho esto, Señora, ¿a quién podría ofrecer este libro compuesto en honor de la Reina de los ángeles sino a una Reina muy piadosa que busca estar adornada, por cuidadosa imitación, de las más excelentes perfecciones de esta admirable Princesa, bien persuadida de que lo que hace el ornamento y la gloria de una reina cristiana no son las vanidades y pompas del mundo, a las que renuncio en su bautismo, sino las verdaderas virtudes que han elevado a la Reina del cielo al más alto trono de la gloria.

Suplico a su Majestad, Señora, recibir con agrado este pequeño presente que me atrevo a darle, para demostrarle mi gratitud por todos los favores que ha tenido la caridad de darme y para testimoniarle el muy grande deseo que tengo de que se santifique siempre más por la imitación de Madre de todos los santos. A ello puede contribuir la lectura de este libro en el que espero que su Majestad encuentre cosas que no le desagraden y que enciendan cada vez más en su corazón el fuego sagrado del divino amor de que ya está abrasada al Hijo único de María y a su muy amable Madre.

Quieran este adorable Salvador y su divina Madre tomar plena, absoluta y eterna posesión de su corazón real y hacer que sea del todo según el Corazón de Dios. No existen oraciones y votos que se hagan con mayor fervor que los que todos los días hace con este fin el que es, con profundo

respeto, Señora, de su Majestad, el más humilde, el más obediente y el más fiel servidor y súbdito,

JUAN EUDES, Sacerdote.

### A SAN JOAQUÍN Y A SANTA ANA

Después de Dios, a ustedes bienaventurados San Joaquín y Santa Ana, nos vemos obligados a rendir el tributo de nuestra gratitud, por esta admirable Niña, que será por toda una eternidad el objeto de las admiraciones de los hombres y de los ángeles, y que es totalmente nuestra, más nuestra que de los ángeles. Por su medio nos ha dado Dios esta incomparable Niña, que encierra en sí todos los tesoros y todas las maravillas del tiempo y de la eternidad. Son el padre y la madre de la que es la Hija única del Padre eterno, la santísima Madre del Hijo, la Esposa dignísima del Espíritu Santo, la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de todos los cristianos, la Emperatriz del universo. Es el fruto de sus lágrimas y plegarias. Es un sol nacido de dos estrellas, o por mejor decir, son dos bellos astros, que no siendo más que uno en cuerpo y en corazón, nos han proporcionado dos admirables soles, Jesús y María.

Jesús y María, el Rey y la Reina del cielo, los reconocerán y amarán eternamente como a su padre y a su madre. Todos los habitantes de la celestial Jerusalén os venerarán y alabarán eternamente como a padre y madre de su Rey y de su Reina y como a verdadero padre y madre de ellos mismos.



En condición de tal, deben también los cristianos todos respetarlos y servirlos en la tierra.

Dígnense admitir, gran San Joaquín y gloriosa Santa Ana, la oferta que les hago de este pequeño libro, resumen de las excelencias maravillosas de la santa Infancia de su amadísima hija María, como prueba de sumisión a ustedes, en condición de indignísimos hijos, como empeñada protesta de querer rendirles cuantas veneraciones, honores y sumisiones quiere Dios que les rindamos, y con supremo reconocimiento por habernos dado una Reina tan buena y poderosa y una madre tan llena de amor y de benignidad.

Dígnense ofrecer este libro a su hijo Jesús y suplíquenle que nos dé su santa bendición y que se sirva de él para inspirar en los corazones de cuantos lo leyeren singular devoción a la santa Infancia de su divina María, a fin de, por este medio, poder salvar algunas almas, ya que nada hay más poderoso para ir al cielo como hacernos con las gracias de la Reina del cielo. Ofrézcanlo también a esta gran Princesa, su Hija, y suplíquenle igualmente que nos dé su santa bendición y que imprima en los que lo leyeren una imagen perfecta de la inocencia, de la humildad, de la sencillez, de la obediencia, de la caridad, de la dulzura, de la modestia y demás virtudes de su santa Infancia a fin de que sean del número de quienes dijo el Hijo de Dios: «Dejen que los niños vengan a mí, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 19, 14.)

A LAS RELIGIOSAS DE SAN BENITO, DE SANTA URSULA,  
DE LA CONGREGACIÓN DE NUESTRA SEÑORA, DE LA  
VISITACIÓN Y A QUIENES SE DEDICAN A LA INSTRUCCIÓN DE  
LAS NIÑAS, PARA EDUCARLAS EN EL TEMOR Y EN EL AMOR  
DE DIOS

Es favor muy singular de la divina bondad, mis queridas hermanas, el haberlas llamado a una profesión, en la que se ven asociadas a los varones apostólicos que trabajan en la gran obra de la salvación de las almas, lo cual, dice el gran San Dionisio, es la cosa más divina entre todas las cosas divinas» Porque el cargo que tienen respecto de las niñas que están en sus monasterios para enseñarles a vivir en el temor y en el amor de Dios, es función completamente apostólica, a la que la divina Providencia las dedica, por privilegio especial y por bondad particular, por lo que jamás podrán darle las debidas gracias.

Sepan, mis queridas hermanas, que este gran favor las obliga a dos grandes cosas: la primera es trabajar por adquirir las virtudes apostólicas, es decir, profunda humildad, perfecto desprendimiento de sí mismas y de todas las cosas, gran celo por la salvación de las niñas, caridad cordial, singular dulzura y mansedumbre, ardiente amor a Dios y devoción muy particular a la santísima Virgen.

La segunda, que hagan lo posible para infundir el espíritu del cristianismo en los corazones de las niñas, a fin de que vivan como verdaderas cristianas. Para lo cual deben **hacer siete cosas:**

1. Enseñarles todo cuanto un cristiano debe creer para vivir como cristiano.
2. Grabarles en el corazón el odio al pecado, especialmente a tres clases de pecados, a saber: los pecados que van directamente contra Dios, como la profanación de los lugares santos, las irreverencias, la profanación de los días santos y el mal uso de los sacramentos. En segundo lugar, los pecados contrarios a la caridad, como los odios, las envidias, las venganzas, las maldiciones, las palabras injuriosas y picantes, las burlas, los hurtos las mentiras y cosas semejantes. Y, en tercer lugar, los pecados contrarios a la pureza, en pensamientos, palabras y obras, y todo cuanto pueda combatir esta angelical virtud.
3. Imprimir en sus almas alta estima y gran amor a todas las virtudes cristianas, especialmente a la humildad, obediencia, paciencia, castidad y más especialmente a la caridad con el prójimo y al amor de Dios.
4. Grabarles en su espíritu y en su corazón una alta idea y una afición ardiente por las máximas evangélicas que nos predicán el menosprecio de los honores, el amor de la abyección y de las humillaciones, el desapego de todos los bienes temporales, la afición a la pobreza y a los pobres, el horror a los placeres y delicias del mundo, el amor de la cruz y de las mortificaciones, y la profesión que hacen los verdaderos cristianos de amar a los que les odian, de bendecir a los que les maldicen, de hacer bien a los que les hacen mal y de rogar por los que les persiguen y calumnian.
5. Enseñarles con todo empeño a levantar a Dios en su corazón, como es debido, mañana y noche, mediante el ejercicio del

cristiano; a hacer un santo uso de los sacramentos de la penitencia y eucaristía; a comportarse reverentemente en la Iglesia; a oír en ella la santa misa con las disposiciones interiores y exteriores que se requieren; asistir a la predicación y a los catecismos con la modestia y devoción convenientes, a leer santamente los libros de piedad.

6. Instruirles con todo cuidado sobre la profesión de su bautismo y sobre los votos y promesas solemnes que ese día hicieron a Dios de renunciar a Satanás, a sus obras y a sus pompas y de seguir a Jesucristo por el camino que El anduvo, es decir, de seguirle en su vida y sus virtudes, toda vez que la vida cristiana no es otra cosa que una profesión y una continuación de la vida de Jesucristo, como dice San Gregorio Nacianceno (1) ; hacerles comprender bien la importancia y la obligación de esas promesas del bautismo, que su cumplimiento no es una cosa de puro consejo, sino un mandato y una obligación y que sin esto es imposible vivir como cristiano y esperar el paraíso.

No consentirles la violación de estos santos votos; así los llaman los santos Padres, San Agustín llega a decir que el voto del bautismo es el mayor de todos los votos: no permitirles, digo, que los violen, por lo menos mientras están en vuestros santos monasterios, siguiendo las pompas de Satanás que no son otras que las pompas del mundo, en sus vestidos, cabellos y en todo su continente.

7. La séptima y principal cosa que tenéis que hacer, mis queridas hermanas, en orden a vuestras niñas, sin deseáis hacer de ellas predestinadas, es infundir bien en sus

corazones una particular devoción a la sacratísima Madre de Dios, y especialmente a su santa Infancia. A este efecto, recomendables la lectura de este libro y haced que se consagren a esta amable Niña. Pido de todo corazón a mi adorabilísimo Jesús y a mi amabilísima María que derramen abundantemente su santa bendición sobre cuantos leyeren este libro por amor a Jesús y a María con deseo de hacer de él un santo uso, deseándoles que Hijo y Madre les hagan entera y perfectamente según su corazón.

# **LA INFANCIA ADMIRABLE DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS**

San Juan Eudes

## ***PRIMERA PARTE*** ***CAPÍTULO PRIMERO***

### **Razones del título del libro**

No te extrañes, querido lector, si he puesto por título de este libro: «La infancia admirable de la Santísima Madre de Dios», porque, efectivamente, esta santa infancia está llena de maravillas.

Esta Virgen incomparable no sólo es admirable en las grandezas de su divina Maternidad, y en las gloriosas dotes de esta sublime dignidad, que son: su soberano poder, su eminentísima santidad y su gloria inenarrable, sino que es también admirable en las debilidades de su infancia. Admirable es, no sólo en sus altas cualidades de Hija primogénita del Padre Eterno, de Madre del Hijo, de Esposa del Espíritu Santo, de templo de la Santísima Trinidad, de Reina de los hombres y de los ángeles, de Emperatriz del cielo y de la tierra, sino también en su condición de Hija de Joaquín y Ana. Admirable, no sólo en la concepción del Verbo Eterno, en su nacimiento y cuando le lleva en su seno virginal; sino que está además llena de maravillas en su propia concepción,

en su nacimiento, y descansando y viviendo en el regazo de su madre Santa Ana.

Veo que los ángeles, transportados de admiración, al verla subir gloriosa y triunfante al cielo, le dicen: ¿Quién es ésta que sube del desierto rebotando en delicias apoyada en su Amado? Mas oigo también a los mismos ángeles que, viéndola en el momento de su nacimiento como una bella aurora del día que comienza a aparecer, y que poco a poco se va haciendo resplandeciente como la luna y por fin deslumbradora como el sol, exclaman extáticos: ¿Quién es ésta que va? subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, ¿terrible y majestuosa como un ejército en orden de batalla?

Al Padre eterno le oímos que amorosamente se queja de que «ha herido ella su corazón» con los dardos abrasados de su purísimo amor; y, según la versión de los Setenta, «ha arrebatado su corazón», es decir, a su único y muy amado Hijo. cuando le atrajo a su seno virginal.

Ahora bien. ¿cómo se lo ha arrebatado? No sólo con una mirada de sus ojos, es decir, con los grandes actos de virtud que ella practicó muy avanzada ya en los caminos de la gracia, lo que está significado por la mirada de sus ojos que son una de las más nobles partes del cuerpo humano, sino también con una trenza del cuello, es decir, con las cosas más pequeñas que por Dios practicó en la pequeñez de su edad y en los comienzos de su gracia.

¿No han reparado nunca de qué manera su divino Esposo, el Espíritu Santo, ¿hace su retrato en el capítulo séptimo del Cantar de los Cantares? Va describiéndola desde

los pies a la cabeza, y al hacer el elogio de todo lo más noble y excelente que en ella se encuentra, como son los ojos, el cuello, el pecho, la cabeza, comienza (Ct 6, 9; 4,9) por sus pies y por su calzado, que representan el comienzo de su vida y los primeros pasos que dio en los caminos de Dios, de los que no habla sino en términos de gran admiración: ¡Oh hermosa Princesa y con qué gracia andan esos tus pies colocados en tan rico calzado. Notad que no habla con admiración de las benditas entrañas que han de llevar al Hijo del Padre eterno, ni de los pechos que le han de alimentar, ni de las santas manos que le han de fajar, ni de esos ojos sagrados que se verán bañados en lágrimas con su contemplación, ni de esa lengua de ángel que se empleará en alabarle, ni de ese corazón más que seráfico que la amará con más ardimiento que todos los corazones de los hombres y de los ángeles juntos. Pero sus pasos y su calzado, es decir, las primeras acciones y los primeros pasos del comienzo de su vida, y lo que parece más vil y más abyecto en ella, como son las bajezas de su infancia, eso sí, es el objeto de sus admiraciones y arrobamientos y lo que le hace exclamar: Con qué gracia andan esos tus pies colocados en tan rico calzado, oh hermosa Princesa.

No, nada hay en esta gloriosa Niña que no sea digno de admiración. Es admirable en su predestinación eterna, en las santas figuras que le han precedido y representado, en los divinos oráculos que le han predicho y anunciado, admirable en su Concepción Inmaculada que es un abismo de prodigios, admirable en su nacimiento que, fuera del de su Hijo, jamás tuvo semejante, admirable en su augusto nombre de María,



que es un mundo de maravillas, admirable en los tres años que vivió en casa de sus padres, cada uno de cuyos momentos es una maravilla, admirable en su salida de la casa paterna para ofrecerse solemnemente a Dios en su templo cuando sólo contaba tres años, efecto extraordinario y milagroso del amor inconcebible que a su divina Majestad tuvo, admirable en esta oblación y presentación llena de prodigios, admirable en su permanencia en el templo, señalada con un plan milagroso de la divina Providencia, admirable en los ejercicios y maravillosas ocupaciones que tuvo en su residencia en este mismo templo.

¿Qué más diré? Veo aún en esta bendita Niña muchas excelencias y perfecciones maravillosas que serán eternamente el objeto de las admiraciones y alabanzas de todos los moradores del cielo. Porque si buscamos su origen y punto de arranque, encontraremos que es maravillosamente ilustre y gloriosa ante Dios y ante los hombres, descendiente de muchos reyes, el primero de los cuales es el santo rey David, y de muchos patriarcas eminentes en santidad.

Si miramos al padre y a la madre por cuya mediación Dios nos la ha dado, veremos que son dos prodigios de virtud y santidad, y que ella es el fruto milagroso de sus santas oraciones. Si nos ponemos a reflexionar sobre las circunstancias de su concepción y de su nacimiento, conoceremos que milagrosamente ha sido anunciado a sus padres por un arcángel expresamente enviado por Dios a este efecto, y que ha sido formada por un milagro de su poder en el seno de una mujer que era estéril.

Si nos fijamos en su cuerpo virginal, le veremos dotado de arrebatadora hermosura, pero de una hermosura que imprime amor a la pureza en los corazones de los que la contemplan. Si pasamos a su interior, veremos su inteligencia iluminada con una luz, cual nunca se vio en ningún hijo de Adán, su alma llena de una gracia que supera a todas las gracias de los hombres y de los ángeles, y su corazón abrasado en el amor divino más que los corazones de los serafines.

¡Qué prodigio ver que esa pequeña María, hija de Joaquín y de Ana, que acaba de nacer, es ya reina del cielo y de la tierra, como después lo veremos! ¡Qué milagro ver a una niña que aún no sabe hablar y es un prodigio de ciencia y de sabiduría, un abismo de gracia, un milagro de santidad, una hoguera ardiente de amor y de caridad, y el más alto trono de todas las virtudes, que es el santuario del Espíritu Santo y de todos sus dones, el templo más sagrado de la Santísima Trinidad, y que, en una palabra, es un mundo inmenso de infinidad de cosas grandes y maravillosas!

Después de esto no te extrañes, querido lector, del título de este libro: «La infancia admirable de la Santísima Madre de Dios», puesto que él contiene todas estas maravillas.

Si aman a esta amabilísima Niña, si se toman la molestia de leer lo que en este libro se contiene, su lectura los llenará de gozo al ver las maravillas que en ella y por ella Dios ha hecho, los excitará a bendecir por ello a su divina Majestad, aumentará en vuestro corazón la devoción a María, los impulsará a imitar sus virtudes y los determinará a imprimir

estos mismos sentimientos en los corazones de los demás: todo lo cual contribuirá a la salvación de muchas almas, que es el fin exclusivo por el que he emprendido este trabajo.

Porque, gracias a Dios, ninguna otra pretensión tensión abrigo en mi alma que la de dar a conocer y hacer que sean amados mi adorabilísimo Jesús y mi adorable María y la de cooperar a la salvación de las almas que, sirviéndoles y honrándoles en este mundo, han de bendecirles y glorificarles eternamente en el otro. Para lo cual ningún otro medio encuentro más eficaz y más dulce que persuadirles que tengan una devoción especial a la Santísima Madre de Dios; porque es el sentir de todos los santos doctores: que, así como los que no sirven a esta gran Princesa, no pueden pretender que su Hijo Jesús, que tanto le ama, les dé un lugar en su casa del paraíso, así también es imposible que los que le tienen verdadera devoción puedan perecer.

He aquí por qué exhorto de todo corazón y suplico con toda instancia a todos los pastores, predicadores, confesores, catequistas, eclesiásticos, religiosos y seglares, a todos los directores y regentes de colegios, a todos los maestros y maestras de escuela, a todos los padres y madres, que nada omitan de cuanto puedan hacer, con su ejemplo y con sus palabras, para imprimir una particular y sincera devoción a la bienaventurada Virgen en los corazones de los fieles, porque contribuirán por este medio a la salvación de muchas almas, y se cumplirán en ellos estas palabras que el Espíritu Santo hace decir a esta Madre de bondad: Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna.

## ***CAPITULO II***

### **Deber de los cristianos a tener devoción especial a los estados y misterios de la santísima Virgen**

Infinidad de razones nos obligan a honrar con todo fervor los estados y misterios todos de la vida de nuestro amabilísimo Salvador, entre las cuales observo cinco principales. Es la primera, que nada hay en El, ni siquiera en las pequeñeces de su infancia, que no sea grandísimo y que no merezca las mismas adoraciones que pertenecen a la divina Majestad.

La segunda, que este adorable Hijo de Dios ha dado y dará eternamente a su Padre una gloria infinita hasta con las más pequeñas cosas que, por ejemplo, pasaron durante el curso de su vida mortal sobre la tierra; por cuya razón, todo lo que hay en El merece ser adorado y glorificado infinitamente por todas las criaturas de la tierra y del cielo.

La tercera, que nada hizo en este mundo que no fuera por nuestra salvación, y con un amor incomprensible hacia nosotros.

La cuarta, que cuanto en él hay es manantial de vida, de gracia y de bendición para nosotros.

La quinta, que todos estos misterios y todas estas acciones son la regla que debemos seguir y el modelo sobre el que debemos formar nuestras costumbres y nuestro comportamiento. Por cuya razón, quiere San Pablo que constantemente lo tengamos a la vista: Poniendo siempre los ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe, para rendirle nuestras adoraciones en todos los estados y misterios de su

vida, para sacar de ellos el fruto que debemos, y para seguirle e imitarle en los ejemplos de virtud y de santidad que Él nos ha dado. De lo contrario, si así no lo hacemos, este será el principal motivo de nuestra condenación el día del juicio y a la hora de nuestra muerte. Porque entonces, todos los misterios y todas las cosas que nuestro Redentor ha hecho por nuestra salvación en la tierra, que son ahora para nosotros otras tantas fuentes de gracia y de misericordia, serán otras tantas bocas terribles que pronunciarán el decreto de nuestra perdición. Ahora bien, todas estas razones que obligan a los cristianos a honrar todos los estados y misterios de la vida del Salvador, obligan, asimismo, con la debida proporción, a reverenciar todos los estados y misterios de la vida de su divina Madre:

1. Porque nada hay en ella, ni siquiera en las pequeñeces de su infancia, que no sea nobilísimo y santísimo y que no merezca los honores que son debidos a la que Un Dios ha escogido para ser su Madre.
2. Como quiera que esta Reina de todos los santos, ya en los primeros momentos de su vida, ha estado llena de más gracia y santidad que los mayores santos en los últimos días de su vida, como más abajo veremos, y habiendo realizado siempre sus acciones, aún las más bajas, a medida de la gracia que en su alma tenía, siempre rindió a Dios un grandísimo honor con las más pequeñas cosas que por ella pasaron. Por esta razón, todo lo que hay en ella merece singular veneración.

3. Porque nada ha hecho ella en todos los estados de su vida, sino para cooperar con su Hijo a la obra de nuestra salvación o para disponerse a esta maravillosa cooperación.
4. Porque, siendo la Madre de la gracia y el manantial, después de Dios, de todas las bendiciones del cristianismo Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, todo cuanto hay en ella reporta gracia y bendición a los que la sirven y honran.
5. Habiéndonosla dado Dios para que fuera nuestra Reina y nuestra Madre, además de reverenciarla como a tan gran Reina y tan digna Madre, estamos en la obligación de seguir e imitar los ejemplos de virtud y santidad de que están llenos todos los estados y misterios de su vida.

### CAPITULO III

#### **Designios de la bondad incomparable del Hijo de Dios con nosotros en la santa infancia de su santa Madre**

Habiendo el Hijo único de Dios concebido el plan no sólo de hacerse hombre para la salvación de los hombres, sino también de hacerse niño, y de entrar en la vida humana no como en ella entró Adán, sino por vía de nacimiento, a fin de tener una madre sin padre en la tierra, como tiene un padre

sin madre en el cielo, hubiera podido crear una virgen en una edad perfecta, como lo fue la primera mujer de la creación, de la que hubiera podido nacer. Pero su bondad excesiva hacia nosotros le obligó a proceder de muy distinta manera, porque quiso nacer de una Madre que fuese hija de Adán, y que, por consiguiente, hubiese venido al mundo por vía de nacimiento, pasando de este modo por el estado de la infancia, a fin de honrar por este medio toda la posteridad de Adán con tres maravillosas ventajas y con tres muy señalados favores.

Es el primero que, por este nacimiento de la gloriosa Virgen, la divina bondad nos da dos grandes santos, San Joaquín y Santa Ana, a quienes no tendríamos como padre y madre de la que es la Madre de nuestro Salvador, y con quienes no podríamos contar para que nos ayudasen y favoreciesen cerca de su santa Hija, Madre de Jesús. Son éstos, dos hermosos astros en el cielo de la Iglesia que derraman en ellas luces e influencias de gracias muy saludables y de las que nos veríamos privados.

El segundo favor que Dios nos hace haciendo nacer para nosotros a esta santa Niña, es que introduce en la raza de Adán a una Madre de Dios, que es hermana nuestra, y que, con ello, la llena de una sabiduría sin igual, de una bondad inconcebible y de un admirable poder para saber, para querer y para poder ayudar, proteger y favorecer a todos sus hermanos y hermanas en todas sus necesidades.

Digo que Dios nos hace este grandísimo favor por el nacimiento de esta santa Niña; porque si él hubiera querido nacer de una madre que no hubiera venido al mundo por vía

de nacimiento, como la primera mujer, no hubiera sido hija de Adán, y por consiguiente la raza de Adán no hubiera sido honrada con una Madre de Dios que hubiera salido de su sangre, y la Madre de Dios no hubiera sido nuestra hermana. Y así, debemos este incomparable favor al nacimiento de esta divina Niña que se llama María.

Además, por el nacimiento de esta maravillosa Niña tenemos una tercera ventaja que supera infinitamente a las dos primeras, y es que poseemos un inmenso tesoro, a saber, un Hombre-Dios, que es nuestro hermano salido de la raza de Adán. Lo cual no tendría lugar si hubiese nacido de una madre que no hubiese venido al mundo por vía de nacimiento, Y que por consiguiente no fuese hija de Adán. Porque siendo esto así, El mismo no sería descendiente de Adán, ni por lo tanto nuestro hermano. Supuestas estas verdades ¿qué veneración y qué devoción no hemos de tener a la santa infancia de la bienaventurada Virgen?

Pero no es esto todo; ha querido además el Hijo de Dios que su dignísima Madre pasase por el estado de la infancia, a fin de que la Madre llevara en sí una imagen viva y una semejanza perfecta de todos los estados de la vida de su Hijo, y que fuese con su Hijo, en todos los estados, el modelo y la regla de nuestra vida.

Fue semejante a su Hijo en el estado de su vida oculta, desde la edad de doce años hasta los treinta, viviendo una misma vida oculta con El. Le fue semejante en el estado de su vida solitaria a y penitente del desierto, llevando para ello una, soledad conforme a la suya. Le fue semejante en el estado de su vía de trato con los hombres, desde su salida del



desierto hasta su muerte, siguiéndole y acompañándole por todas partes. Llevo en su corazón una vida semejante de su dolorosa e ignominiosa pasión.

Quiso también que pasase ella por todas las pequeñeces, flaquezas y necesidades de la infancia, por las que El después de ella había de pasar, a fin de que María niña fuese una imagen viva y perfectísima de Jesús niño, y para que fuese, con su Hijo , en el estado de su infancia, un ejemplar y una regla de la vida que todos los cristianos deben llevar, quienes están obligados por la ley evangélica a ser niños en la inocencia, en la sencillez, en la humildad, en la obediencia, en la pureza, en la dulzura Y en la mansedumbre. Sean como niños que acaban de nacer, dice el Espíritu Santo, por boca del Príncipe de los apóstoles, apetezcan con ansia la leche del espíritu, pura y sin mezcla de fraude. En verdad os digo, es Nuestro Salvador el que habla, que, si no se vuelven y hacen semejantes a los niños, en la sencillez e inocencia, no entrarán en el reino de los cielos.

Contemplemos con frecuencia este divino ejemplar, estudiemos con cuidado esta santa regla, a fin de seguirla con fidelidad. Estos son los designios de la bondad infinita de Dios para con nosotros, en la sagrada infancia de la gloriosa Virgen. He aquí las razones por las que guiso que pasase por el estado de la infancia; lo que nos obliga a darle a El infinitas gracias y a concebir un gran deseo de honrar esta admirable infancia de todas las maneras que nos sea posible.

En fin, a este adorable Jesús, Hijo de María, y a esta amable María, Madre de Jesús, encontrándose unidos en el misterio de la encarnación de la manera más divina y más

estrecha que hubo ni puede haber, no hemos jamás de separarlos en nuestros ejercicios de piedad y religión. Por esto, así como no hay hoy verdadero cristiano que no tenga gran veneración a los misterios de la divina infancia de su Redentor, de igual manera no debe haber quien no se crea obligado a tener una singular devoción a la santa Infancia de la sagrada Madre del Salvador.

A esto deseo conducirte, querido lector, tratando de poner ante tus ojos los tesoros inestimables de gracia, de perfección y de santidad con que la divina bondad enriqueció a esta divina y admirable Niña para establecer por este medio en tu espíritu Niña alta estima del estado de su infancia y para imprimir en tu corazón un gran deseo, de honrarla.

## ***CAPÍTULO IV***

### **Doce grandes misterios de la santa Infancia de la bienaventurada Virgen**

El primero es su predestinación eterna.

El segundo son las promesas de dárnosla que la divina misericordia nos hizo, en oráculos contenidos en las divinas Escrituras.

El tercero comprende las figuras y cuadros que el Espíritu Santo puso ante nuestros ojos en la antigua Ley.

El cuarto, su Concepción maravillosa e inmaculada.

El quinto, su residencia y santas ocupaciones en las santas entrañas de su madre santa Ana.

El sexto, su nacimiento lleno de maravillas.

El séptimo, su glorioso Nombre de María, traído desde el cielo, y las cosas grandes e incomparables que contiene.

El octavo, su permanencia de tres años en la casa de sus padres.

El noveno, su salida del mundo y de la casa de sus padres.

El décimo, su Presentación en el templo.

El undécimo, su permanencia en el *Sancta Sanctorum*, es decir, en la parte más santa del templo.

El duodécimo, sus ocupaciones y ejercicios en el templo.

Consideremos atentamente estos doce misterios para motivarnos a rendirles homenaje y sacar fruto de ellos.

## ***CAPITULO V***

### **Primer misterio: Predestinación eterna de María**

El primer misterio que pertenece a la santa infancia de la sacratísima Madre de Dios, es su eterna Predestinación; porque esta es lo primero que el Espíritu Santo le hace decir: Desde la eternidad tengo yo el principado de todas las cosas (Prov 8, 23). Cosa cierta es también afirmar que esta amable Niña que se llama María, hija de Joaquín y de Ana, está predestinada y escogida por Dios desde toda la eternidad

para hacer en ella y por ella las mayores maravillas que se propone hacer en el cielo y en la tierra.

Esta predestinación está ennoblecida y realzada con varias y muy señaladas mercedes; y la primera es, que tiene su origen y principio en el amor infinito del Padre eterno para con su Hijo Jesús, en el amor inmenso para con María su Hija muy amada, y en su caridad inconcebible para con nosotros.

Porque el amor incomprensible que tiene a su Hijo este adorable Padre, le ha llevado a escogerle una Madre desde toda la eternidad que fuese digna de Él, y a prepararla desde su infancia para tal dignidad, comenzando desde entonces a enriquecerla con toda la virtud y santidad que era conveniente a la que debía concebir, dar a luz, alimentar y gobernar al que es el Santo de los santos y la misma santidad.

El amor inefable de este Padre santo para con su Hija María, que es el primer objeto de su amor después de su amado Hijo le obligó a predestinarla en su eterno consejo para que fuera la Madre, el haya y nodriza de su Verbo encarnado, la Reina de los ángeles, la Soberana del cielo y de la tierra, la Emperatriz del universo; y a arrojar en su alma, desde el primer momento de su infancia, los fundamentos de una gracia y de una perfección proporcionadas a la altura en cierta manera infinita de estas admirables cualidades.

La caridad sin igual de este Padre de misericordias hacia nosotros, le ha hecho concebir desde toda la eternidad el designio de hacer nacer en la tierra a esta Virgen incomparable, para darnos por ella un Redentor, y para asociarla a Él en la obra de nuestra redención, y consiguientemente el designio de comenzar a revestirla,

desde los primeros años de su vida, de las cualidades que exige tan excelente predestinación. He aquí el origen de esta predestinación que es la primera merced que la realza infinitamente por encima de las predestinaciones de todos los elegidos.

He aquí otra muy señalada merced o ventaja de la predestinación de María, y es la perfecta semejanza que tiene con la predestinación de Jesús, de la que es acabada imagen. Porque como Jesús es escogido por Dios desde toda la eternidad para ser el comienzo de sus caminos (1) y de sus designios, es decir, la primera en excelencia y la más maravillosa obra de sus manos: así el Espíritu Santo hablando por boca de la Iglesia pronuncia estas mismas palabras: Principio de los caminos del Señor, en alabanza de esta incomparable Hija que se llama María, porque, después del Hombre-Dios, es la más admirable obra maestra que haya salido del consejo eterno de su divina Majestad: Obra del eterno consejo, dice San Agustín.

Como únicamente Jesús ha sido elegido entre millares, es decir, entre todos los hijos de Adán para ser unido hipostáticamente a la persona del Verbo eterno, así María es la única elegida entre millares, es decir, entre todas las hijas de Eva, para ser asociada de una manera la más íntima y levantada que puede darse, con el Verbo encarnado. Vuestra elección, oh divina Virgen, dice San Bernardo, y vuestra predestinación son semejantes a las del sol, es decir, a las del sol eterno que creó el sol temporal. Porque Él es elegido entre millares de hombres; tú, entre millares de mujeres.

Jesús es la maravilla de las obras de su padre, y María es la obra maestra de los milagros de Jesús.

Como Jesús, dice San Pablo, ha sido predestinado para ser Hijo de Dios por la virtud y poder de su Padre, es decir, por un efecto admirable de este divino poder, que formó su santa humanidad de la sangre purísima de la Virgen y la unió a la persona del Verbo divino en el momento de la encarnación; así María, habiendo sido elegida en el eterno consejo de la Santísima Trinidad, para ser la Madre del Hijo de Dios, fue formada en las entrañas de una madre estéril por un raro milagro del poder divino, y unida desde entonces con una unión santísima y perfectísima en calidad de Hija queridísima y de amadísima Esposa, al que la había escogido para que fuera su dignísima Madre, y fue revestida desde aquel tiempo de la virtud del Altísimo, para formar y hacer nacer en su corazón al que ella debía formar y hacer nacer mucho tiempo después en sus benditas entrañas.

Como Jesús ha sido predestinado para ser Hijo de Dios por la operación del Espíritu Santo, según el espíritu de santificación, sigue hablando San Pablo, así María ha sido animada y poseída del mismo Espíritu, desde el primer instante de su vida, el cual la llenó de sus gracias y la santificó siempre más y más, durante el curso de su infancia, para disponerla a concebir y dar a luz al Verbo eterno y a ser Madre de Dios.

Como Jesús ha hecho ver la gloria y la majestad de la divina filiación a la que ha sido predestinado por su resurrección de entre los muertos continúa el Apóstol, es decir, por los grandes milagros que obró, principalmente

resucitando a los muertos y resucitándose a sí mismo, lo que no puede atribuirse sino a un poder tan grande como es el del Hijo de Dios, así la excelencia de la predestinación de nuestra santa Niña María para la divina maternidad, se manifiesta claramente por las grandes y maravillosas cosas que Dios obró en ella, cuando la hizo nacer milagrosamente de una madre que naturalmente no podía ser madre, cuando la preservó del pecado original en su concepción inmaculada, cuando la llenó de luz y de gracia desde el primer instante de su vida, cuando llenó todo el universo de gozo en su nacimiento, Cuando la honró con el nombre admirable de María, y cuando hizo en ella y por ella otras muchas maravillas que no convienen sino a la grandeza de una Madre de Dios, como el fin de la predestinación de Jesús es dárnoslo por nuestro Salvador, nuestro mediador entre su Padre y nosotros, nuestro Padre, nuestro ejemplar, nuestro tesoro, nuestra gloria, nuestro paraíso, nuestro espíritu, nuestro corazón, nuestra vida, nuestro todo: así el fin de la predestinación de María es dárnosla para cooperar con su Hijo en nuestra redención, para ser nuestra mediadora entre El y nosotros, para ser nuestra Madre, nuestra aya, nuestra vida, nuestro consuelo, nuestra esperanza: vida, dulzura y esperanza nuestra, para ser nuestra luz en las tinieblas, luz del mundo, dice San Lorenzo Justiniano; nuestra fuerza en nuestras debilidades, nuestro socorro en nuestras miserias, nuestro refugio en todas nuestras necesidades, y nuestro modelo en nuestros hábitos y acciones. ¡Oh Madre admirable de Jesús, tu Hijo es todo nuestro, y tú eres toda

nuestra; todos tus estados y misterios, toda tu vida desde el primer instante hasta el último, son nuestros.

Aún añadiría a lo dicho, para hacer ver la perfecta semejanza que hay entre la predestinación del Hombre-Dios y la de la Madre de Dios, que, como aquella es el primer principio de todas las demás predestinaciones de los verdaderos hijos de Dios, ésta es de una manera parecida la causa segunda. Nadie se ha salvado sino por ti, oh santísima Virgen, dice San Germán, Patriarca de Constantinopla. Con razón, dice San Bernardo, se fijan en ti los ojos de toda criatura, porque en ti y por ti la mano benigna del Omnipotente reparó todo lo que había creado.

Todas estas cosas hacen ver que la predestinación de nuestra divina Niña es una perfecta imagen de la de Jesús. Pero, voy más allá y me atrevo a decir que hay tan estrecha unión entre estas dos predestinaciones, que, como Hijo y Madre no son más que una misma cosa, no, teniendo más que un alma, un corazón y una voluntad, tampoco en cierta manera tienen sino una sola predestinación. Porque no encontrándose Jesús en los designios eternos de Dios sino como Hijo de María, y no teniendo en ellos lugar María sino como Madre de Jesús, puede decirse que no tienen más que una misma predestinación. De aquí viene que la Iglesia y los santos Doctores apliquen a la Madre del Salvador las mismas palabras que el Espíritu Santo emplea para expresarnos la elección y la predestinación eterna de su Hijo: «Desde la eternidad tengo yo el principado de todas las cosas. El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras».



¿Quieres, queridísimo hermano, que, así como son inseparables la predestinación de Jesús y de María, la tuya también esté inseparablemente, unida con la suya? No separes al Hijo de la Madre, ni a la Madre del Hijo en oración. Como debes adorar al Hijo en todos los misterios de su vida, honra también a la Madre en todos los misterios por los que pasó mientras estuvo en este mundo. Y como honras a Jesús en el estado de su divina infancia, ten también devoción especial a la santa infancia de la Madre de Jesús.

## ***CAPITULO VI***

### **Segundo misterio: Promesas de Dios de darnos a María**

Prometió la divina bondad darnos este tesoro inmenso de toda clase de bienes. Porque cuando Dios se complace en hacer a los hombres algún favor señalado, es conducta ordinaria de su bondadosísima sabiduría anunciarles tiempos antes In gracia con que les quiere honrar, para llamarles la atención por este medio sobre su excelencia, para inducirles a desearla, a pedirla, a que se preparen a recibirla, a conservarla y a hacer de ella todo el uso que deben.

Habiendo resuelto dar a los hijos de Abraham la tierra de promisión, da palabra de ello a sus padres cuatrocientos años antes. Sojuzgados los judíos por la divina justicia bajo la tiranía de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y queriendo su misericordia librarles de esta cautividad, les promete setenta años antes hacerles disfrutar de esta dicha.

Habiendo Dios sacado de la nada en el comienzo del mundo dos criaturas nobilísimas, el ángel y el hombre, el ángel en el cielo y el hombre en la tierra, y habiéndose ambas precipitado y perdido en el abismo del pecado, ordena la divina justicia, con terrible y misterioso juicio, que el ángel permanezca en su perdición, y la misericordia, en un exceso de clemencia, quiere librar de ella al hombre. A este efecto, el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo desea que su único y muy amado Hijo, Dios como El, un mismo Dios con él, consustancial, coeterno, e igual a él en poder, en gloria y majestad, se haga hombre mortal y pasible, para librar a los hombres de la muerte eterna, y para hacerles vivir una vida inmortal y bienaventurada.

Pero no le basta que sea hombre, quiere que sea Hijo del hombre, para que los hijos de los hombres lleguen a ser hijos de Dios. Quiere que sea Hijo del hombre por un nacimiento temporal, como es Hijo de Dios por un nacimiento eterno. Quiere que tenga una Madre virgen sin padre en la tierra, como tiene un Padre virgen sin madre en el cielo; y quiere también darnos a esta Virgen por Madre nuestra. Quiere que como su Hijo es «la figura de la substancia» y «la imagen perfectísima de su Divinidad» también su Madre lleve en sí una imagen y semejanza perfectísima de El mismo.

Un día se verá el Hijo en la impotencia, indigencia y abatimiento de la infancia y se verá también la Madre en este estado antes que su Hijo. El Hijo será concebido en las sagradas entrañas de su Madre en medio de los resplandores de la santidad y la concepción de la Madre será

completamente inmaculada y santa. La Infancia del Hijo se verá adornada de la gracia increada y de la santidad esencial; y la Infancia de la Madre se verá llena de una virtud y santidad sin igual. Jesús Niño ocultará, en la pobreza de su infancia, todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios; y María Niña llevará en su corazón todos los dones y todas las riquezas del Espíritu Santo. Jesús Niño rendirá a su Padre adoraciones y honores infinitos; y María dará en el estado de su infancia, más gloria a Dios que los más grandes santos en la plenitud de su edad. En fin, Jesús Niño será el Padre de todos los siglos, y el Redentor del universo; y María Niña, será la madre de todos los hijos de Dios, la esperanza, el gozo, el amor y las delicias del cielo y de la tierra.

Estos son los designios del Padre de las misericordias, los grandes dones que nos quiere dar, los tesoros inmensos con que quiere enriquecernos. Pero, a fin de que los deseemos ardientemente, los pidamos con toda instancia, nos preparemos cuidadosamente a recibirlos, los conservemos con fidelidad, le tributemos nuestro agradecimiento y hagamos de ellos todo el uso que debemos para su gloria y para nuestra salvación, nos los anuncia muchos años, más, muchos siglos antes, y de mil maneras por los oráculos de las divinas Escrituras, de los que sólo traeré aquí los que se refieren a la santa infancia de la bienaventurada Virgen.

Hay uno que el Espíritu Santo pronunció por boca del Profeta-Rey: «De la boca de los niños y de los que están, aún pendientes del pecho de sus madres, hiciste tú salir perfecta alabanza» (Sal 8, 3). ¿Qué niños son estos de que aquí se hace

mención? Sé muy bien que Nuestro Salvador aplicó estas palabras a los niños de los hebreos, que el día de su entrada en Jerusalén clamaban en el templo en alabanza de Jesús: Hosanna al Hijo de David. Pero como las palabras de Dios participan de su divina fecundidad y contienen muchos misterios y sentidos, puede decirse, no sin razón, que nos ponen éstas primera y principalmente ante los ojos a estos dos admirables niños Jesús y María, que han dado infinitamente más alabanza y gloria a Dios en un momento que todos los ángeles y santos juntos le darán por toda la eternidad; dos Niños que en los abatimientos de su infancia, son tan relevantes en perfección y santidad y tan llenos están de inenarrables maravillas que son el objeto de las admiraciones de todo el universo, pero especialmente de un gran rey, de un gran profeta y de un gran santo. Porque el santo rey y profeta David, dirigiendo la mirada de su espíritu profético a estos dos Niños, más de mil años antes de que existiesen en la tierra, y a las alabanzas infinitas e inmensa gloria que habían de dar -a Dios, exclama todo arrebatado: «Oh Señor, Soberano Dueño nuestro, ¡cuán admirable es tu santo nombre en toda la redondez de la tierra! Porque tu Majestad se ve ensalzada sobre los cielos”. ¿Por qué medio? Por la alabanza perfectísima que recibiréis de la divina boca de dos Niños. ¿Qué niños son estos sino Jesús y María, puesto que no puede decirse que la divina Majestad haya jamás recibido una alabanza en todo punto perfecta sino la que se le ha dado por la sagrada boca de estos dos incomparables Niños? ¡Oh divinos Niños, sólo ustedes deben alabar y glorificar dignamente a Dios: «Alaben, niños al Señor: den

loores al nombre del Señor» (Sal 112, 1), ¡como merece ser alabado!

Este es otro oráculo que pone ante nuestros ojos el estado de la santa Infancia de la Reina de los ángeles: «Nuestra hermana es pequeña». ¿Qué haremos con nuestra hermana el día en que se le haya de hablar? (Ct 8., 8).

Estas palabras están llenas de grandes misterios. Pero, ¿quién es el que aquí habla? Son las tres Personas divinas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, las que hablan por boca de la Segunda que es el Verbo y la Palabra del Padre, y que mira a nuestra pequeña pero grandísima María como a su Hija y a su Madre, como a su esposa y su hermana. Pero ¿por qué dicen que es pequeña? Es que la miran en su Infancia. Porque, aunque considerada en sus más tiernos años, más aún, en sus primeros días y en sus primeros momentos, sea ya ella grandísima ante Dios en gracia y en santidad, es, sin embargo, pequeña en este estado, en comparación de lo que será cuando conciba y dé a luz al Grande de los grandes y al Rey de los reyes.

Dicen también que es pequeña, porque consideran en ella las dos principales virtudes que comenzaron a prepararla desde su infancia a ser Madre de un Dios, es decir, su humildad profundísima que siempre la hizo pequeñísima a sus ojos, y su pureza virginal que la conservó como si siempre fuera pequeña en orden a un matrimonio normal.

¿Qué día es ese en que estas adorables Personas dicen que tienen que hablar a su hermana pequeña? El día en que el Padre le quiere dar a su Verbo y a su Palabra para que sea su Hijo, una vez que le haya revestido de su carne virginal; lo

que ella realizó cuando sólo tenía quince años, es decir, a la salida de su infancia.

Y qué quieren decir estas palabras: ¿Qué haremos con nuestra hermana pequeña el día en que se le haya de hablar? Es para demostrarnos que, para prepararla al admirable misterio de la encarnación del Hijo de Dios, que se ha de obrar «por ella, en ella, de ella y con ella», dice San Pedro Damián, quiere Dios hacer en ella grandes cosas, llenarla de una maravillosa santidad, adornarla con todas las virtudes y perfecciones convenientes a la que ha de concebir en su seno al que es el Santo de los santos.

Cuando un gran monarca llama a consejo a todos los príncipes de su reino, para deliberar sobre algún asunto, al momento se juzga que se trata de un asunto de trascendentales consecuencias. Pues mirad, el Rey de los reyes tiene su consejo formado por las tres Personas eternas de la Santísima Trinidad y por todos sus divinos atributos, por su inmenso poder, por su bondad infinita, por su inefable misericordia, por su amor incomprensible y demás perfecciones para tratar del más importante asunto y (fe la mayor maravilla que jamás existió ni existirá, cual es hacer un Hombre- Dios y una Virgen Madre de Dios.

¿Cuál es el resultado de este consejo? Es este: Que para hacer a esta Virgen, que aún está en su infancia, digna de que en ella y por ella se realicen estas dos grandes obras maestras, se ha determinado que el Padre eterno le comunique de manera admirable su divina paternidad, para hacerle Madre del mismo Hijo de quien él es Padre; que el Hijo le haga participante del celo ardentísimo que tiene por

la gloria de su Padre y por la salvación de las almas; que el Espíritu Santo abraze extraordinariamente su corazón en las llamas de su amor; y que toda la Divinidad le revista de su sabiduría, de su fortaleza, de su bondad, de su pureza, de su santidad y demás divinas perfecciones. ¡ Oh Virgen incomparable! ¡Oh admirable Niña! ¡Qué grandes cosas deben ser dichas y pensadas de ti!

¿Quieres oír hablar más a Dios sobre esta amabilísima Niña? Escucha lo que tiene dicho desde el comienzo del mundo, después del pecado del primer hombre, hablando a la serpiente: Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza (Gn 3, 15). ¿Cuál es esta mujer de que habla aquí Dios? Todos convienen en que es la Santísima Virgen. ¿Cuál es la raza de la serpiente? Son todos los infieles y todos los impíos; así como la de esta divina mujer, es su Hijo Jesús, y todos los verdaderos cristianos.

¿Y cuál es la cabeza de la serpiente que será quebrantada por la Madre de Jesús? La cabeza de la serpiente es la soberbia que ella venció con su humildad, primera virtud que practicó desde el primer momento de su nacimiento, como luego veremos. La cabeza de la serpiente es la concupiscencia de la carne que ella echó por tierra con el voto de virginidad que hizo desde su infancia. La cabeza de la serpiente es el pecado original que ella destruyó desde el primer instante de su vida.

Muchos otros oráculos de las Sagradas Escrituras podríamos poner aquí que nos mostrasen las virtudes y misterios de la maravillosa infancia de la sacratísima Virgen

que Dios por sí mismo y por boca de los profetas nos ha prometido y anunciado; porque, como dice San Bernardo, todas las divinas escrituras hablan de ella y han sido hechas por ella.

¡Oh gran Dios, que eternamente seas bendecido por tus eternos planes de darnos este tesoro inmenso de toda clase de bienes! ¡Bendito seas por las promesas que has tenido a bien hacernos! ¡Que todos los hombres, los ángeles y las criaturas todas te alaben por ello e incesantemente te glorifiquen! ¡Oh sacratísima Virgen, oh amabilísima Niña, cuánto me gozo de verte así conocida, -amada, predicada, anunciada en el cielo y en la tierra, aun antes de que estuvieses en el mundo. ¡Oh, quién me diera que todas las partes de mi cuerpo se trocasen en lenguas y que todas estas lenguas tuviesen voz suficientemente fuerte para dejarse oír por los cuatro ángulos del mundo, para que hiciese resonar incesantemente tus alabanzas por todo el universo!

## ***CAPITULO VII***

### **Tercer misterio: Figuras e imágenes de esta divina niña desde antes de existir en el mundo**

Dios nos prohíbe hacer imágenes o semejanzas de lo que hay en el cielo y en la tierra para adorarlo y tributarle honores soberanos solo debidos a su Majestad. Pero toda la antigua ley, lo mismo la natural que la escrita, y cuanto ella contiene, no es sino figuras y retratos de las dignísimas



personas de Nuestro Señor Jesucristo, de su sacratísima Madre y de los diversos estados y misterios de su vida. Todo lo cosas que les sucedía eran figuras (1 Cor 10, 11).

Todos los libros sagrados de la ley de Moisés están llenos de estas figuras y cuadros; los Santos Padres en sus escritos se complacen en descubrírnoslos y en hacernos ver su esplendor y belleza. Tratamos de haceros ver las figuras e imágenes de la santísima Virgen considerada en el estado de su infancia. He aquí tres principales:

La primera es la nubecilla del profeta Elías de que se habla en el libro primero de los Reyes, de esta manera: Afligido el pueblo de Israel por espacio de tres años y medio con una cruel hambre causada por una extraordinaria sequía, el profeta Elías movido a compasión se postre en tierra en el monte Carmelo, y, después de suplicar a la divina misericordia con profunda humildad y gran fervor, envía a su criado al lado del mar, de donde solían levantarse las nubes y la lluvia, para ver si apercibía alguna señal de agua. Fue hasta siete veces, y a la séptima he aquí que subía del mar una nubecilla, pequeña como la huella de un hombre que se extendió poco a poco y de tal manera se agrandó que llegó a cubrir toda la tierra, derramando en ella una lluvia tan abundante que desterró de ella la sequedad y esterilidad y sobre ella atrajo una general afluencia de toda clase de bienes.

Esta nubecilla de Elías es una verdadera imagen de la santa infancia de la bienaventurada Virgen; porque asegura el venerable Juan, Patriarca de Jerusalén, que Dios reveló al profeta Elías que una pequeña niña, a saber, la

bienaventurada Virgen, representada por esta nubecilla, nacería de la humana naturaleza corrompida por el pecado, y que estaba simbolizada por la mar.

Ved las relaciones que hay entre esta misteriosa nube y esta divina Niña. La nube de Elas fue esperada y deseada de los israelitas durante tres años y medio de sequía; y la pequeña Niña fue esperada y deseada mucho tiempo de los que esperaban la venida del Mesías, quienes sabían que había de nacer de una virgen. La nube de Elas es un efecto de las oraciones de este gran profeta: el nacimiento de María es el fruto de las oraciones de muchos santos Patriarcas y Profetas, y especialmente de San Joaquín y Santa Ana. Esta nube sale del mar cuyas aguas son amargas; pero al tiempo de salir pierde esta amargura, y no trae sino aguas muy dulces; esta santa Niña nace de la humana naturaleza corrompida y llena de hiel y amargura del pecado; pero desde el momento de su concepción, se ve exenta por completo de esta hiel y de esta corrupción, y llena de las aguas de la divina gracia que llevan consigo Increíble dulzura.

Esta nube es semejante a la huella de un hombre, para darnos a entender que el Hijo de Dios ha de descender hasta nuestra divina Madre y en ella hacerse hombre para derramar la lluvia celestial de sus gracias sobre los hombres. La nube del Profeta no se echa de ver sino a la séptima vez que envía a su criado para descubrirle: nuestra bendita Niña no nace sino en la edad séptima del mundo: La nube de Elas, muy pequeña al principio, se hace poco a poco han grande que riega la tierra con sus aguas: la Hija de Joaquín y Ana es pequeña en su infancia a los ojos de los hombres, pero llega

poco a poco hasta una plenitud tal de gracia, y extiende tan lejos su virtud y su caridad que llena todo el mundo con sus gracias vivas y vivificantes. En fin, la nube del Carmelo es un manantial de fertilidad para la tierra de los israelitas, de frescor para sus cuerpos, de consuelo para sus almas, y de abundancia de trigo, vino, frutos y toda clase de bienes: y el nacimiento de la Reina de los ángeles llena todo el mundo de alegría y es el origen de una inmensidad de bienes, y un tesoro inexhausto de toda clase de bendiciones para todos los hijos de Dios.

La segunda figura de la santa infancia de la Reina del cielo es la hermana del gran profeta Moisés, que nos la representa en tres cosas: Primero, en su nombre de María; ella es la única que lleva este hermoso nombre de María en las Santas Escrituras antes de la divina María, Madre de Jesús. En segundo lugar, en las cualidades y condiciones que lleva consigo con respecto a su hermano Moisés. Para entender esto, notad que el cruel Faraón rey de Egipto, mandó dar muerte a todos los varones que nacieran de los Israelitas, y la madre del pequeño Moisés, queriendo salvar a su hijo, le puso en una cunita de juncos y le dejó junto a la orilla del río Nilo, entre los juncos y otras plantas que suelen crecer en los ríos, abrigando la esperanza de que viéndole alguno se movería a compasión y le sacaría del peligro en que estaba. Lo que así sucedió. Encontrábase en aquel lugar la hija del mismo Faraón, y oyendo llorar al niño mandó que se lo trajeran; y aunque reconoció que era un niño de los hebreos, quedó de él tan prendada que tomó la resolución de criarlo y hasta de adoptarlo por hijo, porque llevaba

mucho tiempo de casada y no tenía hijos. María, la hermana del pequeño Moisés, de diez o doce años de edad, que no estaba lejos, observaba lo que sería de su hermanito, e, instruida por su madre sobre lo que debía decir y hacer, en el caso de que se encontrase alguna persona que le quisiese tomar, se presentó a la princesa egipcia, y se ofreció a encontrarle una nodriza. Convenido en ello, hizo venir al momento a su propia madre, que recibió de la princesa el encargo de alimentar y criar al niño. Por todo lo cual bien puede decirse que María, hermana de Moisés, no sólo es su hermana, sino en cierta manera su madre, su nodriza y su libertadora, puesto que tanto contribuyó a devolverle la vida que para él estaba como perdida, a procurarle una nodriza y a librarle del furor del Faraón.

María, hermana de Moisés, representa a nuestra admirable María, que es la hermana, madre, aya y libertadora de nuestro verdadero Moisés, Jesucristo, nuestro Salvador, que concibió, dio a luz, alimentó, crio y salvó de la rabia del execrable Herodes, instruida desde su infancia por el Espíritu Santo sobre lo que debía decir y hacer para disponerse a tan grandes cosas.

María, hermana de Moisés, representa además a nuestra incomparable María en su virginidad. Porque muchos santos Padres nos enseñan que ella es la primera de la antigua ley que abrazó, como estado, la virginidad que nuestra bienaventurada Virgen tanto amó, que hizo voto de ella desde su infancia, y no falta teólogo que diga que desde que tuvo uso de razón, es decir, desde el momento de su concepción: porque conoció que el voto de virginidad era

más agradable a Dios que el simple propósito o deseo de guardarla. Ella es la primera que hizo este voto, ella la única que lo hizo desde el primer momento de su vida. Por esto podemos decir con el Espíritu Santo, que habla por boca de la Iglesia, que es María una Virgen singular, con san Ildefonso, que es la Virgen admirable, con san Basilio de Seleucia que es el paraíso más florido de la virginidad, con san Ambrosio que es el portaestandarte de la virginidad, y el templo del pudor, con san Juan Damasceno que es el tesoro de la virginidad, con San Cirilo de Alejandría que es la corona de la virginidad, con san Metodio que es la gloria de la virginidad, con el beato Alano de Roche que es el espejo de la castidad, con san Ildefonso que es la cumbre y el ejemplar de la perfecta virginidad, con san Alberto el Grande que es la Madre de las vírgenes (9), y con la santa Iglesia que es la Virgen de las vírgenes, la Reina de las vírgenes y la Virgen por excelencia.

La tercera figura de nuestra amable Niña es la reina Ester. ¿Quieres ver el parecido que hay entre Ester y María? Ester quiere decir, «la que está oculta»: María siempre estuvo oculta a los ojos del mundo, especialmente durante el tiempo de su infancia, cuando estaba en la casa de sus padres y cuando moraba en el templo. Ester estaba dotada de una rara hermosura; más abajo veremos cuál fue la arrebatadora hermosura corporal y espiritual de María. Ester fue escogida entre millares por el gran Asuero para ser su esposa, y fue de él más amada que todas las mujeres e hijas de su reino: María fue escogida por el Rey de los reyes para ser su esposa, su

madre y el primer objeto de su amor después de su Padre Eterno.

Es Ester tan humilde y aborrece tanto las enseñanzas del orgullo y de la soberbia del mundo que habla a Dios de esta manera: Tú conoces mi necesidad y que aborrezco el soberbio distintivo de mi gloria que llevo sobre mi cabeza en los días de gala y lucimiento. María, dice san Bernardo, con razón de última ha sido hecha la primera, porque siendo la primera de todos, se hacía la última.

Ama tanto Ester a su Criador que protesta en su presencia: que desde el día que fue trasladada a casa de Asuero hasta el presente, jamás ha tenido contento sino en El. Ama tanto a su Dios que, desde el primer momento de su vida hasta el último, nada amó que no fuera él, ni tomó jamás contento ni recreación, aun en su más pequeña infancia, sino en seguir en todo y por toda su adorabilísima voluntad, y en buscar todos los medios posibles de agradarle. Tan sola se encuentra entre todas las criaturas que puede decir por boca de la santa Iglesia: Alégrense conmigo, porque siendo aún tan pequeña agradé al Altísimo.

Ester desbarató el poder y el orgullo insoportable del soberbio Amán, hizo que fuera prendido y llevado a la horca que él había preparado para Mardoqueo, su padre adoptivo, y libró a su pueblo de la sangrienta carnicería a que estaba destinado, dándole el triunfo sobre todos sus enemigos; por mediación de María, el cruel y único enemigo de todo el género humano, que es el pecado, fue destruido y muerto en la cruz preparada para su Hijo; por la intercesión de María fue revocado el decreto de muerte eterna pronunciado

contra nosotros, y hemos recibido de Dios el poder de vencer y aniquilar a todos los enemigos de nuestra salvación.

En fin, a Ester nos la presentan las Sagradas Escrituras como una pequeña fuente que crece hasta hacerse un río, y después se convierte en luz y en sol: María, que en su infancia es pequeña a los ojos de los hombres, y más pequeña aún a sus propios ojos, por su humildad, viene a ser después tan grande por su divina maternidad que sólo Dios está por encima de Ella, y que todo lo que no es Dios está casi infinitamente debajo de Ella. Por encima de Ti, dice san Anselmo, sólo Dios, debajo de Ti todo lo que no es Dios. De suerte que, aunque tan grandes en su infancia en gracia y santidad delante de Dios, hay sin embargo tanta diferencia entre María niña y María madre de un Hijo-Dios, como la que vemos entre una pequeña fuente y un mar inmenso, entre una estrellita y un gran sol.

Contempla aquí las figuras e imágenes que nos ha dejado Dios de la santa infancia de la gloriosísima Virgen. ¿Quieres, querido lector, aumentar su número? Trabaja por grabar en ti, mediante una cuidadosa imitación, la imagen de la vida y costumbres de esta admirable Niña. Escucha lo que dice su Hijo dijo a cada alma fiel: Ponme como sello sobre tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo (Ct 8, 3); es decir, imprime en tu interior y en tu exterior las virtudes que Dios me ha hecho la gracia de practicar interior y exteriormente, desde el estado de mi infancia, especialmente la humildad, la obediencia, la sencillez, la caridad, la pureza de alma y cuerpo, la paciencia, la modestia, la dulzura y la mansedumbre.

Esto es lo que quiero, oh Madre mía, para mi y para todos mis hermanos. Deseo ardientemente que la imagen de las virtudes de tu maravillosa infancia se grave en los corazones de todos los hombres.

## ***CAPITULO VIII***

### **Cuarto misterio: su Concepción inmaculada**

No me admiro de que el desdichado Calvino y sus secuaces tengan la audacia e insolencia de sostener que la sacratísima Madre de Dios en su concepción haya sido inficionada con el veneno y la corrupción del pecado original y, por consiguiente, alistada en la posesión y esclavitud de Satanás y objeto de la cólera y la maldición de Dios. Nada tiene de extraño que los que han hecho bancarrota a la verdad para tomar el partido de la mentira y del error no puedan tener afecto a la que es Madre de la verdad eterna y enemiga irreconciliable del padre de la mentira. No es maravilla que los partidarios de la serpiente tengan aversión a esta divina Mujer que le quebrantó la cabeza. No extraña que los que son animados y conducidos por el dragón infernal se declaren enemigos de esta Reina contra la que está lleno de rabia porque le arranca todos los días cantidad de almas de entre sus garras.

Tampoco me extraña que haya habido en otro tiempo santos doctores que no tuvieron los sentimientos de la Iglesia respecto de la inmaculada Concepción de nuestra Señora pues esta verdad no estaba todavía en su plena luz como lo



está hoy. No estaba todavía en la luz del sol de medio día sino en su aurora. Esto ha pasado con otras verdades de fe, discutidas en su aparición, que hoy gozan de general aceptación.

Pero sí hay sobrada razón para admirarnos al ver que hoy se encuentren aún católicos que hacen profesión de piedad y quieren creer y persuadir a los demás que la Madre del Santo de los santos ha sido concebida con la corrupción general de los hijos de Adán.

El Espíritu Santo, mirando a esta dignísima Virgen mucho tiempo antes de que fuese concebida, y mirándola no sólo en una parte, sino en todo el curso de su vida, desde el primer momento hasta el último, la vio adornada de cuatro cualidades excelentísimas: la primera es la cualidad de Esposa del mismo Espíritu Santo: Ven esposa mía; la segunda la cualidad de ciudad del gran Dios: Gloriosas cosas se han dicho de Ti, Ciudad de Dios; la tercera la cualidad de Hija del Rey eterno: Oh hermosa Princesa, con qué gracia andan tus pies en tan rico calzado; la cuarta cualidad de mujer fuerte: ¿Quién hallará una mujer fuerte?

El Espíritu Santo, digo, viéndola adornada de estas cuatro cualidades, declara ante el cielo y la tierra en sus divinas Escrituras: Primero, que es toda hermosa: Toda tú eres hermosa, amiga mía, no hay defecto alguno en ti, como debe ser la Esposa de un Dios y su única Esposa: una sola es la paloma mía la perfecta mía, paloma sin hiel y sin pecado, en cuya comparación todas las demás almas no son sino sus siervas; hermosura y santidad tan maravillosa que merece

ser el objeto de los arrobamientos de su divina Majestad: ¡Oh qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!

Segundo, que habiéndola escogido la Santísima Trinidad y preparado como una Ciudad santa en la que quiso establecer su morada más santa y dignamente que en el cielo empíreo, y poner en ella el más alto trono de su gloria y de su amor, fijó su divina Majestad los fundamentos de esta gloriosa Ciudad sobre la cima de los montes santos, es decir, que elevó a esta bienaventurada Virgen desde el comienzo y primer momento de su vida por encima de todo lo que hay de más santo y más perfecto en la tierra y en el cielo.

En tercer lugar, que siendo la Hija del Padre celestial y su única Hija, que siempre estuvo en su posesión desde el comienzo de sus caminos: El Señor me tuvo consiga al principio de sus obras, fue siempre tan parecida como lo podía ser a este Padre adorable, por la plenitud supereminente de las gracias abundantísimas que le comunicó, llevando siempre en todos sus pasos el carácter y la imagen de las obras del Santo de los santos.

En cuarto lugar, que siendo esta mujer fuerte de que habla Salomón la generalísima de los ejércitos de Dios y la capital enemiga de la serpiente infernal y más terrible a todas las tropas del infierno, que lo es un poderoso ejército en orden de batalla a un número insignificante de débiles enemigos, quebrantó por completo la cabeza de la serpiente, es decir, venció perfectamente a toda clase de pecados, al mortal, al venial y al original, significados de particular manera por esta horrible cabeza del dragón infernal.

Después de todos estos oráculos del Espíritu Santo; y además de esto, después de que la santa Iglesia, animada y guiada siempre por el Espíritu Santo, ha dedicado y consagrado una orden particular de religiosas a este santísimo misterio de la Concepción Inmaculada de la Madre del Redentor, en la ciudad de Toledo el año 1484, cuya fundadora, Beatriz de Silva, señorita portuguesa, que vivió cuarenta años en el monasterio sin ser vista de persona alguna seglar a excepción de la reina de Castilla, Isabel de Portugal, y de la Infanta su hija; Orden que fue confirmada por el Papa Inocencio VIII y enriquecida después con muchas gracias y privilegios por Alejandro VI, Julio 11 y León X, que aprobaron su regla, en el capítulo tercero de la cual se lee como título: el alma de esta divina Virgen fue santa desde el momento en que se unió a su cuerpo; así como también autorizaron la manera de hacer en ella la profesión religiosa, en estos términos: Yo, hermana NN. para el amor y servicio de Nuestro Señor y de la Inmaculada Concepción de su santa Madre, hago voto, etc.

Después de que muchos concilios, generales y provinciales, han proclamado la gracia original de la que siempre estuvo llena de gracia y han declarado que es Inmaculada. Están entre otros el segundo concilio de Nicea, séptimo general, celebrado en Constantinopla, que fulmina anatema contra quienes no confiesen que la santa y siempre Virgen María es propiamente Madre de Dios y está por encima de todas las criaturas visibles e invisibles. El concilio de Oxford, celebrado en Inglaterra en 1200 y el de Cantorbery de 1320 autorizaron la fiesta de la Inmaculada

Concepción de la divina Mará; sobe todo el concilio de Trento declara manifiestamente que no la comprende en el decreto del pecado original (Sesión 5).

Después que el glorioso apóstol Andrés, cercano a la muerte, sus sentimientos al decir: *como el primer Adán fue formado de la tierra, antes de que fuera maldecida, así el segundo Adán fue formado de la tierra virginal que jamás conoció la corrupción* (Citado por Vega).

El apóstol Santiago el Menor hizo célebre mención en su liturgia de la Madre de su divino Maestro y la llamó *santísima, inmaculada, bendita por encima de toda criatura; más honorable que los Querubines, más gloriosa que los Serafines, siempre bienaventurada e irrepreensible*.

San Tesifón, discípulo de Santiago el Menor, nos dijo que escuchó decir al gran apóstol que la gracia de Dios exceptuó a esta amable María del pecado original, doctrina enseñada por los apóstoles con estos términos: *La Virgen María fue preservada dl pecado original en el primer instante de su concepción. Jamás el ángel diría a María: Te saludo, llena de gracia, si hubiera sido concebida en pecado original*” según testimonio de san Tesifón.

Los papas Alejandro V, Sixto IV, Alejandro VI, Julio II, León X, Paulo V y Gregorio XV recomendaron celebrar la fiesta de esta pura Concepción, aprobaron el oficio e incluso algunos la defendieron expresamente y conminaron con pena de excomunión hablar contra esta doctrina oralmente o por escrito, en público y en privado.

El papa Alejandro VII, renovó por nuevo decreto las Constituciones de sus predecesores que recomendaban la

muy pura Concepción y declaró ser propiamente el contenido de la celebración de ese misterio. Y luego pronuncia severas penas contra quien diga o enseñe lo contrario. También Estado y órdenes religiosas abrazaron con fervor y gozo la devoción de ese maravilloso misterio.

También ha habido gran número de santos en todos los siglos de la Iglesia que se declararon en favor de la perfecta inocencia de la reina del cielo; muchos sostuvieron abiertamente que fue concebida sin pecado. Según el testimonio del piadoso y docto Salazar, Jesuita, estos son algunos:

1. En el siglo primero: Santiago el mayor y Santiago el Menor, Marcos evangelista, san Ignacio, mártir, Dionisio Areopagita.
2. En el siglo 2º, san Justino mártir, san Ireneo.
3. En el siglo 3º, san Hipólito, mártir, san Cipriano, san Dionisio alejandrino, Chrisipo.
4. En el siglo 4º, Santos, Atanasio, Efrén, Basilio el Grande, Ambrosio, Gregorio de Nisa, Jerónimo, Sofronio, patriarca d Jerusalén, y san Crisóstomo.
5. En el siglo 5º, santos, Agustín, Máximo, Sédulo, Cirilo alejandrino, Proclo, Basilio de Seleucis, Eusebio Emiseno, Pedro Crisólogo.
6. En el siglo 6º, santos Fulgencio, Anastasio sinaíta, Andrés de Creta.
7. En el siglo 7º, Santos Hesiquio de Jerusalén, Antíoco, Eloy, obispo de Noyon, Ildefonso, arzobispo de Toledo.
8. En el siglo 8º, santos Juan Damasceno y Paulino, obispo de Aquilea.
9. En el siglo 9º, san Nicéforo, patriarca de Constantinopla.

10. En el siglo 10º, Jorge de Nicodemia, el sabio Idiota (Raimundo Jourdain), san Fulbero, obispo de Chartres.
11. En el siglo 11º, Santos Pedro Damián, Anselmo, Bruno.
12. En el siglo 12º, san Bernardo, Ruperto, Ricardo de Saint-Victor, Pedro lombardo, Maestro de las Sentencias, Pedro de Blois.
13. En el siglo 13º, San Domingo, Honorio de Autun, Alejandro de Hales, Hugo cardenal, san Buenaventura, Raimundo Lulio.
14. En el siglo 14º, Juan Duns Escoto, el mayor y más ardiente defensor de la Inmaculada Concepción de la reina del cielo, y el beato Juan Taulero.
15. En el siglo 15º, santos Vicente Ferrer y Bernardino de Siena; Alfonso Tostat, Dionisio el Cartujo, Juan Pico de la Mirándola. Además, los prelados en gran número del concilio de Basilea, que al decir de Abulense eran unánimes en ese sentir.
16. En el siglo 16º, santo Tomás de Villanueva, obispo de Valencia.

Gran número de cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos de toda la cristiandad han sostenido el partido de esta santa Concepción, como dice Teófilo Raynaud, en su tratado de la Concepción.

Las Órdenes religiosas de San Antonio, san Basilio, san Benito, de Claraval, Premonstratenses, Cartujos, Camaldulenses, de san Francisco de Asís, de san Francisco de Paula, de santo Domingo, de la Compañía de Jesús, de los Barnabitas, de los Teatinos y otros con ardor han defendido

a la santísima Madre de Dios de la injuria que le han hecho de considerarla entre los hijos de la ira y la maldición.

La famosa universidad de París y las de Colonia, Cracovia, Maguncia, Valencia, Salamanca, Coímbra, Barcelona, Sevilla y otras de la cristiandad han dado decretos que señalan que no será recibido como doctor de la facultad de teología quien no se obligue por juramento a sostener la inocencia de la Concepción de esta divina María.

Más de cinco grandes doctores de Francia, Italia, España, Alemania, Escocia, Polonia, Portugal, en estudios llenos de sabiduría han sostenido la verdad de la pura Concepción, la sola Compañía de Jesús ha dedicado más de sesenta de sus hijos que ha defendido en doctos escritos el honor de la reina del cielo en este punto. La orden gloriosa de santo Domingo asimismo ha producido gran número de sabios teólogos que han seguido el mismo camino según refiere el jesuita Vega.

El mismo santo Domingo en su librito sobre el Cuerpo de Cristo contra los albigenses, arrojado por los herejes al fuego salió incólume según afirma Salazar en su libro sobre la Inmaculada Concepción.

Vicente Ferrer, Alberto el Grande, Juan de Viterbo, Juan Taulero, Natalis Herveo Brito, general de los dominicos, Guillermo Pépin, Armando de Bellovisu, funcionario alto de Avignon, Pedro Lavinio, Juan Bromiardo, Juan Herold, Ruperto, Holcot, Viguerio, Santiago de Vorágine, Catarino, Pedro Dorado, Vicente Justiniano, Nicolás Coëffeteau, Luis de Granada, Loenzo Gutiérrez.

Palaus, Pizarro refieren que san Raimundo de Barcelona, general dominico, san Jacinto, san Pedro, mártir, predicaron sobre la Concepción Inmaculada en Sevilla, España, en 1265.

Vega, jesuita, dice que cinco generales de la orden de Santo Domingo y doce maestros del sagrado palacio sostuvieron la tesis de la Concepción Inmaculada. Allí hay una lista impresa en 1619 donde se afirma que 48 autores de la orden siguieron la misma ruta, junto con oros muchos de la misma orden.

En un manual de la orden de santo Domingo se dice que un capítulo desarrollado en Servilla en 1524, al que asistieron Alberto de las Casas, provincial, Domingo de Guzmán, Melgario y otros varios, considerando que santo Tomás había dicho que era preferible seguir la autoridad de la Iglesia más bien que la opinión de san Jerónimo, para impedir divisiones, y escándalos, convinieron por decreto que María fue preservada del pecado original. El año siguiente, 1525, ratificaron el decreto en capítulo de Valladolid.

San Anselmo escribió una carta a varios obispos de Inglaterra, arta reconocida como auténtica por Gersón, por el cardenal Baronio y Barios otros autores, en 1320, para disponer los espíritus a acoger este misterio. Añadamos que santa Isabel de Hungría le fue revelado por Dio lo mismo; y santa Brígida cuyos libros han sido aprobados por la Iglesia escuchó a María que un día le dijo: *Es cierto que fui concebida sin pecado original; pero no fue conocido de inmediato por todos porque Dios permitió que varios, incluso de sus amigos, hayan dudado y por este medio manifestó su celo hasta que la verdad fuera bien esclarecida.* En la carta de san Anselmo



se narran varios milagros se dieron al ser concebida sin pecado María.

Juan de Cartagena, franciscano, cuenta de castigos que recibieron algunos contradictores de este misterio. Lo mismo afirma Teófilo Raynaud, jesuita. Y el piadoso Suárez aduce doce razones poderosas en apoyo de este misterio.

Luego de la celebración de la purísima Concepción el papa Sixto IV concedió amplias indulgencias en 1472, mayores que las que antes había otorgado Urbano IV para la celebración del Santísimo Sacramento.

La Iglesia no puede celebrar fiesta por algo que sea muy santo. De donde se concluye que si se celebra fiesta de ese misterio por la Iglesia universal, como se hace en el nacimiento de la Virgen es porque ambas son santas y exentas de todo pecado.

Luego de tantos testimonios ¿Cómo es posible que haya cristianos que se opongan? ¿Qué no sigan a quienes rigen la Iglesia redentora? ¿Qué tantas autoridades no dobleguen su espíritu y se burlen de revelaciones autorizadas por la Iglesia? ¿Qué no sigan un concilio universal? ¿Qué no admiren la Iglesia que celebra esta fiesta a la que participan con fervor tantos cristianos? ¿Controvertir y disputar ese sentir universal, dice san Agustín, no es acaso insolente locura? ¿Prefieres seguir los sentimientos del detestable Calvino y de otros herejes, llenos de aversión a la Virgen Madre de Dios, a quien todo el mundo cristiano venera por la santidad de su Concepción? ¿Crees que los ángeles caídos, luego de recibir tantos favores de Dios, se hayan rebelado y han atraído a tantos en su rebeldía, hubieran recibido más

gracias que la Virgen María en su Concepción? ¿Cuándo Dios hizo nacer a la reina del cielo en las benditas entrañas de santa Ana, no tenía el designio de que su Hijo muy amado tuviera una Madre digna de él, Madre del Salvador del mundo y cooperadora en la salvación de las almas? ¿No sabía que ella jamás lo ofendería con la menor falta y que lo glorificaría más todavía que todos los hombres juntos? ¿Piensas que ella, primer objeto del amor de la Trinidad, haya sido menos favorecida en el momento de su concepción que lo fueron sus enemigos irreconciliables cuando fueron creados?

¿Piensas haya sido concebida en la desgracia del pecado, la que fue escogida desde toda la eternidad para ser la verdadera Madre de todos los vivientes, según afirma san Bernardo: *iniciadora de la gracia, mediadora de la salvación, ¿restauradora de los mundos?* ¿Aceptas que quien dio la vida al primer hombre y la primera mujer, sabiendo que generarían el pecado del mundo y causarían la desgracia eterna de muchos hayan recibido mayor gracia que María?

¿Dime, te ruego, si un hijo no estuviera obligado, por derecho natural y divino, a preservar a su madre de todo mal si estuviera en su poder hacerlo? ¿No ha puesto Dios estos sentimientos incluso en las fieras más feroces? Si un hijo no viera a su madre en peligro de caer a un abismo espantoso o en cruel esclavitud, y pudiendo preservarla no lo quisiera hacer, ¿no sería peor que tigres y leones? Medita en la ofensa atroz que haces al Hijo único de la Virgen Madre de creer que no pudo ni quiso impedir a su digna Madre caer en el abismo del pecado que es la fuente de toda desgracia de la

tierra y del infierno y en la infame servidumbre del príncipe de las tinieblas.

¿No sabes que el Espíritu Santo nos dice, por boca de san Pablo, que todos los que so concebidos en culpa original son hijos de la ira y perdición? ¿Qué te ha hecho esta amable María para que la cargues de este espantoso oprobio, que hay sido objeto de la maldición divina? ¿Y qué te ha hecho este Hijo adorable para hacerle la horrible injuria de que su Madre haya sido pertenencia de Satán?

¡Qué vergüenza para ti el día del juicio cuando todos los hijos de esta divina Madre te acusarán de haber tenido menos respeto por ella que el que le tuvo Lutero que enseñó, en un sermón de la Concepción de María, que fue exenta de pecado original!

¿No temes que te reprochen que el más impío de todos los hombres y el mayor enemigo del Rey y de la Reina del cielo, el detestable Mahona, tenga más veneración a esta gran princesa pues en el Corán dice que Satán no la tocó en su nacimiento, como tampoco a su Hijo adorable, y que tú sostengas que fue concebida en la esclavitud y la posesión de ese monstruo infernal?

## **Sección I**

### **Respuesta a las objeciones**

Conozco bien que aduzcas textos de la Sagrada Escritura que dicen que todos los hombres pecaron en Adán; que fueron concebidos en la iniquidad; que nadie está exento de

la mancha original, y otras palabras semejantes. Te respondo que son aseveraciones generales que tienen excepción en la persona de la Madre del Santo de los santos; que la Iglesia, quien es intérprete de las Sagradas Escrituras, no comprende a la purísima Virgen en estas reglas generales, pues no se propone contenerla en el decreto del pecado original.

Alegas una pretendida revelación de santa Catalina de Siena contraria a la de santa Brígida. Además de que las revelaciones de santa Brígida tienen el aval de cuatro papas y de dos concilios generales, se ha querido hacer hablar a varios otros autores serios que demuestran que esta revelación fue supuesta para destruir la de sana Brígida.

Ambrosio Catarino, dominico, es uno de los que aseguran que la revelación de santa Catalina no es verídica. Nicolao Lancicio, jesuita, escribe en 1630, que vio en Roma las revelaciones de santa Catalina, impresas por Lázaro Zoardi en 1504, más de cien años después de la muerte de la santa, impresas en lengua antigua italiana, que las leyó cuidadosamente y no encontró en ellas nada de esa revelación.

Martín del Río, también jesuita, escribió dos cosas notables sobre ese tema. La primera, que el padre Raymond, confesor de sanata Catalina, ni ninguno de sus confesores que recogieron y transmitieron a la posteridad dichas revelaciones no hacen mención alguna de la dicha revelación. La segunda, que este autor vio y leyó un libro en Maguncia, en una biblioteca de dicha compañía, que la autoridad había arrestado en Berna, Suiza, un grupo de hombres, de la misma profesión, que no solo decían que era

herejía admitir la Concepción Inmaculada de la Virgen, sino que sostenían con tal pasión varias falsedades, engaños, impiedades y encantamientos diabólicos para atraer gente a su lado. Por eso el papa Julio II envió un legado expreso a Berna, quien, habiendo examinado atentamente la causa y habiendo encontrado esos cuatro hombres convictos de crímenes de que eran acusados, los degradó y entregó al brazo secular. Luego fueron condenados al fuego por los jueces seculares y quemados el 23 de mayo de ese año en presencia de miles de personas.

Sé que santos doctores han tenido opinión contraria a este misterio. Pero se les puede responder: *Primero*, más de mil años han corrido sin que se haya encontrado alguien, entre los antiguos Padres de la Iglesia, que haya dicho abiertamente algo contra la Inmaculada Concepción; por el contrario, los más sabios y santos la han autorizado. *Segundo*, si Dios permitió que en el siglo duodécimo y siguientes haya habido algunos que la han combatido se hizo para dar ocasión a los servidores de su querida Madre para ejercitarse en el celo que tienen por su gloria y enriquecer el cristianismo con gran número de excelentes libros que pregonan a todo el universo las alabanzas de esta Madre incomparable. Así se encendió más el corazón de los fieles en la devoción a su Concepción inmaculada y se animó a celebrar la fiesta con mayor ardor. También sucedió para dar motivo al espíritu humano de humillarse y reconocer que sus luces son a menudo tinieblas y con frecuencia se engañan en sus pensamientos y sentimientos. Verdadera humildad es no adherir a esos sentimientos y apartarse de ellos.

Es lo que hizo san Anselmo. Primero creyó que la Madre de Dios había sido concebida en pecador original pero luego abandonó esa opinión y se hizo defensor de la inocencia de la Concepción. Lo escribió en carta ya citada y luego al comentar la 2ª Corintios: *“Todos, dice, exceptuando a la Madre de Dios, murieron en sus pecados, u originales, o bien, cometidos por su propia voluntad”*.

También lo hizo san Bernardo al concluir la carta que escribe a los canónigos de Lyon contra la fiesta que hacían en honor de la Concepción de la sagrada Virgen con estas palabras: *“Todo lo que he dicho debe entenderse sin perjuicio de los sentimientos de quienes tengan más luces que yo, y en especial de la Iglesia romana, a cuya autoridad someto lo que he anunciado sobre ese tema, estando presto a corregir lo que no sea conforme a su juicio”*. Mostró que su corazón estaba de acuerdo con sus palabras, porque según Inocencio II, según afirma Baronio en sus Anales, que examinadas las cosas este soberano pontífice ordenó que la Iglesia celebrara la fiesta de la Concepción de la Madre de Dios.

Para ver más claramente su cambio de sentimiento, luego de haber escrito la dicha carta, oigamos su sermón 13º en la Cena del Señor: *“No hay, dice, entre los hijos de los hombres, ni pequeños ni grandes, cualquiera sea su grado eminente de santidad, y cualquier privilegio que puedan tener, que no haya sido concebido en los pecados, excepción hecha de la Madre de aquel que es el inmaculado”*. Y en el sermón 4º añade: *Fue preservada de todo pecado original y actual*.

También siguió ese camino Alejandro de Hales, maestro de santo Tomás, quien, según afirman varios autores, habiendo inicialmente sostenido la inmaculada Concepción, fue tentado de afirmar lo contrario y cuando se preparaba para eso, fue atacado repentinamente de violenta enfermedad. Reconoció su falta hasta el final de su vida y escribió un libro sobre el tema.

Fue también el testimonio de san Alberto Magno y de san Buenaventura. Primero fueron contrarios a la doctrina de la Concepción inmaculada, pero abandonaron esa opinión y enseñaron y predicaron que por gracia particular de Dios fue preservada del pecado original, privilegio que se concedió a su Hijo y a ella.

## **Sección II**

### **Respuesta para los que citan a santo Tomás**

Quizás también tú alegas que santo Tomás es uno de los que enseñaron que esta divina Madre contrajo la mancha del pecado original. Te diré que no es cierto y que es indudable. No es explicable que tan gran santo doctor se haya opuesto al sentimiento de su padre santo Domingo, a su maestro Alejandro de Hales y a su gran maestro san Agustín quien en el libro que escribió sobre *La Naturaleza y la Gracia*, contra el hereje Pelagio, quien negaba el pecado original y aseguraba que era posible vivir sin pecado actual, luego de afirmar que no hay ninguna criatura humana que haya estado sin pecado, exceptúa a la santa Virgen, afirmando que cuando se trata de pecados de ninguna manera pretende

hablar de ella. Allí dice: *Pues sabemos que, porque mereció concebir y dar a luz a quien jamás conoció pecado, recibió gracia abundantísima para vencer enteramente el pecado* (Cap. 36, 42). Y en su libro *Contra Juliano*, obispo de Capua, asegura como máxima indudable *que aquel que, en el curso de su vida, no hizo ningún pecado actual, ni mortal ni venial, debe pensarse lo mismo del pecado original* (Lib. 5 cap. 15). De donde se infiere que la bienaventurada Virgen fue exenta de él pues es cosa constante, por el consentimiento de los santos Padres y del concilio de Trento, y por tanto de toda la Iglesia que jamás hizo pecado actual, ni mortal ni venial.

Si pretendes que santo Tomás haya hablado contra la purísima Concepción en sus *Comentarios* sobre la carta a los Gálatas, lección 6ª y en la Suma, q. 27, art. 2, habrá que responder que cosas que hoy se leen en esos escritos en ediciones antiguas dicen lo contrario.

Primero, en su *Comentario* al capítulo 3º de la carta a Gálatas, lección 6ª dice: *Todos los hijos de Adán son concebidos en pecado, con excepción de la muy pura y digna Virgen María, quien fue enteramente preservada de todo pecado original y venial*. Estas palabras aparecen en la ediciones de dichos Comentarios que se guardan desde hace muchos años en la biblioteca de la Compañía de Jesús, en Viena, en el Delfinado, y en la edición de 1529 que se encuentra donde los padres Mínimos de Tolosa y donde Enrique, jesuita, (Lib 3, Summae, cap. 11, letra M, de Tolosa y donde Enrique, jesuita, (Lib 3, Summae, cap. 11, letra M), y en la obra de Pineda, en el cap. 7, impreso en París en 1542, conservado en la biblioteca del Colegio de Bourges, de la



misma Compañía; en ella Honorio Niquet, jesuita, asegura haber visto los mismos Comentarios de santo Tomás sobre los Gálatas, en los que santo Tomás habla en parecidos términos.

Segundo, en el mismo santo Tomás, en la 3ª parte, q. 27, art. 2 se expresa así: *La bienaventurada Virgen fue santificada en el vientre de su madre cuando su alma fue unida al cuerpo*. Esas palabras se leen en un libro muy antiguo que se guarda en el convento de San Francisco, cerca de las murallas de Sevilla. Y el dicho Honorio, religioso muy virtuoso y muy digno de la fe, de la Compañía de Jesús, asegura haber visto y leído en la biblioteca de Bourges, que yo vi y leí en la biblioteca del colegio de Caen, de la misma Compañía, y en la del seminario de Coutances, y que el autor de este libro llamado *Joannes Bromiardus*, que vivió en 1260, según las crónicas de Santo Domingo, citando a santo Tomás en su 3ª parte, q. 27, art. 2, sobre Concepción de la bienaventurada Virgen le hace decir las mismas palabras que citamos, a saber, que fue exenta del pecado original y de pecado venial.

Otro ejemplo: Bernardino de Bustis, Salmerón y Canisio escriben que en otro tiempo santo Tomás, a comentar el *Ave Maria*, escribía: *María fue siempre purísima de toda clase de culpa porque ni el pecado original, ni mortal ni venial tuvo parte en ella*. Y el cardenal Torquemada, aunque defiende la opinión opuesta, reconoce sin embargo que esas son palabras de santo Tomás. Sin embargo, ahora se encuentra en ese lugar todo lo contrario como pasa en Gálatas y en la 3ª parte.

¿Qué podemos deducir de todo ello, sino que los textos de santo Tomás en que se ve una doctrina opuesta a la que había en esas antiguas impresiones han recibido alteración y cambio?

Leemos asimismo en Teófilo Raynaud, jesuita, que quien hizo la impresión de las obras de santo Tomás en 1613, hecha en Amberes, en la imprenta de *Joannes Keerbergius*, fue acusado ante el papa Paulo V por un doctor español llamado Bernardo del Toro, que entonces se ocupaba en Roma del asunto de la Inmaculada Concepción. Se le acusó de haber corrompido lo que santo Tomás dice en favor de la Inmaculada Concepción, en sus *Comentarios y Sentencias*, de que hablamos; dice que su santidad lo reprendió y castigó severamente y cambió el pasaje que había sido alterado.

Si nos muestras algún otro texto de santo Tomás en que parezca hablar contra la Inmaculada Concepción de nuestra divina Madre tenemos el derecho de sospechar que ha sido alterado como claramente se ve en sus *Comentarios del primero de las Sentencias*, donde dice que la bienaventurada Virgen fue pura de todo pecado y que posee en soberano grado la pureza, es decir, que es, como dice san Anselmo, la más fulgente pureza que es posible imaginar después de la pureza infinita de Dios.

En el *Primero de las sentencias* tiene la misma expresión que tuvo en los textos citados antes de que fueran alterados. Allí leemos: *No es posible encontrar criatura alguna tan pura entre las cosas creadas. Tal es la pureza de la bienaventurada Virgen que fue exenta de todo pecado original y venial.*

Si santo Tomás parece contradecirse es posible decir, y es probable, que como san Anselmo, san Alberto el Grande, san Buenaventura y su maestro Alejandro de Hales, quienes después de estar en la opinión de quienes aseguran que esa Virgen santísima fue concebida en pecado cambiaron luego de sentimiento, se retractaron, como san Agustín lo hizo en varias cosas. Ciertamente no se hace ningún agravio al doctor angélico si decimos que siguió la senda de la humildad como el más santo y más sabio de todos los oráculos de la Iglesia. En efecto, Juan Vitalis asegura que vio y leyó la retractación que sobre este punto escribió antes de morir, citado por Salazar.

Sea lo que sea podemos decir que, si santo Tomás viviera hoy, con profunda humildad adheriría de sentimiento al sentir de los soberanos pontífices, de los concilios generales, a todas las universidades católicas y a la Iglesia universal. Renunciaría de todo corazón a su propio sentido para someterse al Espíritu Santo que conduce a la Iglesia pues enseña que hay que abandonar lo que fue dijo san Jerónimo para seguir la autoridad de la Iglesia, o por cualquier otro doctor pues la autoridad que ellos tienen les ha sido dada por la Iglesia: *Hay que seguir la autoridad de la Iglesia por encima de la Jerónimo, o Agustín, o cualquier otro doctor, pues incluso la doctrina de los doctores católicos viene de la Iglesia* (“a, q. 10, a. 12).

Ponderadas todas estas verdades, llenas de autoridad y consideración, debes adherir a una doctrina tan clara y bien fundamentada, debida al honor de la Madre del Salvador y por tanto a su Hijo amado, pues es cierto, según el lenguaje

del Espíritu Santo, que el hijo saca su gloria del honor de los padres y su deshonor es su ignominia (Qo 3, 13).

Si tienes tan poco amor a tal Hijo y a tal Madre, que su honor, en algo tan importante, no te conmueve, te diré que al menos debes dejarte conmover considerado tu propio interés. Si considerado todo esto sigues adherido al sentir de quienes se persuaden y quieren persuadir a los demás que la Madre de la gracia y del amor estuvo en la desgracia y el aborrecimiento de Dios, y por tanto bajo el dominio de Satanás, en el momento de su Concepción, ¿qué favor y protección puedes esperar en tu vida y en la hora de tu muerte de un Hijo que tiene tanto amor y ardor por el honor de su Madre y de una Madre que tiene tanto celo por la gloria de su Hijo? *Ellos aman a los que los aman* (Prov 8, 17) dicen; la muerte es la casa, la morada y la herencia de quienes no los aman: *Quien no me ama permanece en la muerte* (1 Jn 3, 14).

Escucha al gran san Anselmo que escribe a los obispos de Inglaterra para animarlos a celebrar la fiesta de la purísima Concepción de la reina de los ángeles: *Mis hermanos muy amados, si deseamos llegar al puerto de la salvación eterna y gozar los dones inefables y de los favores inenarrables que el Hijo único y la muy amada María conceden a quienes honran y aman a su dignísima y muy amable Madre, debemos celebrar dignamente en cuanto nos es posible la fiesta de su santísima Concepción.*

### Sección III

#### **Cuándo y dónde se empezó a celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción de la santa Virgen**

Nada hay en el mundo más pernicioso y detestable que las novedades en la doctrina de la fe. Es fuente de la impiedad, la herejía y de infinidad de males. Pero en lo que sirve a la santificación de la vida y las costumbres de los fieles, no solo la novedad no acarrea ningún mal, sino que contribuye mucho a mantener y acrecentar la piedad cristiana.

Qué más santa y grande novedad que aquella a que nos invitan las palabras: *Revístanse del hombre nuevo* (Ef 4, 24), O cuando Espíritu santo nos invita a cantar cánticos nuevos (Sal 98, 1); La divina Esposa dice a su adorable Esposo que en su jardín le guardó frutos añejos y nuevos (Ct 7, 13).

Cuando empezaron las devociones públicas en la Iglesia, ¿acaso no fueron nuevas? ¿Ha habido algún siglo, desde que nació la Iglesia, en que el Espíritu Santo que la gobierna no le haya comunicado alguna luz nueva, o no le haya sugerido alguna nueva práctica o algún nuevo medio para inflamar más y más el fuego del amor en los corazones de sus hijos? ¿No es el Espíritu Santo el que le haya inspirado establecer todas las fiestas que se celebran en el año? ¿No es cierto que todas esas fiestas no fueron establecidas de una vez sino en diversos tiempos y fueron nuevas en su comienzo?

Solo a partir de 1261 se solemniza la fiesta del Santísimo Sacramento del altar, y la fiesta del santo Nombre de Jesús

que se celebra en muchas iglesias es reciente. Pon en esa fila la fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, establecida por Urbano VI en 1385; y la fiesta de la Presentación inserta en el calendario romano por Paulo II en 1464; la fiesta del santo matrimonio de la santísima Virgen y san José aprobada por Paul III en 1546; la fiesta de la expectativa del parto de la Virgen por el papa Gregorio XIII; la fiesta de Nuestra Señora de la Victoria el 7 de octubre por el papa san Pío V; la fiesta de las Grandezas de Jesús y de su divina Madre que se celebra en el Oratorio de Francia y cuenta además las fiestas de gran número de santos y santas canonizados.

¿No son todas estas novedades santas, deseables y provechosas a las almas de los fieles que hacen buen uso de sus gracias? Uno de los mayores favores que Nuestro Señor hace a su Iglesia acontece cuando da alguna nueva solemnidad para celebrar, sea en favor de alguno de sus santos en los que quiere ser glorificado, sea en honor de algunos de sus misterios y grandezas, sea en alguno de los misterios, cualidades, virtudes u obras de su santísima Madre en la que todo es digno, grande y admirable. Si todos los ángeles y santos del cielo y la tierra se ocuparan con todas sus fuerzas por celebrar, por toda la eternidad, con tantas fiestas muy solemnes como ella tuvo de pensamientos, palabras y acciones a su paso por la tierra no podrían jamás rendir todo el honor debido al mínimo y sus pensamientos, o a uno solo de sus pasos, pues su dignidad infinita de Madre de Dios hace que todo en ella sea, en cierto modo, de honor infinito.

Esto es cierto pues todas las fiestas que se celebran en la Iglesia militante son figuras y comienzos de la maravillosa y perpetua solemnidad que se hace en la Iglesia triunfante. Son otras tantas fuentes de gracias y bendiciones que el cielo derrama en esos días con abundancia en la tierra. Son días de santidad en los que los cristianos se esfuerzan por tributar algún honor más particular a Dios, a la santísima Madre y a los santos. Por ese medio todos se hacen dignos de recibir copiosamente los efectos de su misericordia.

Por eso el Espíritu Santo que gobierna a la Iglesia le inspira de tanto en tanto celebrar alguna nueva solemnidad. De ordinario comienza por hacer esta gracia a una iglesia particular y luego la extiende a todas. Así la fiesta de la Concepción inmaculada de la Virgen llegó a establecerse en toda la Iglesia. Veamos en qué tiempos y lugares fue empezando esa celebración.

Algunos dicen que empezó en España, en tiempos de Santiago el mayor. Pero esto no puede sostenerse por las razones que podemos ver en Salazar en su libro sobre la Concepción inmaculada.

Otros creen que comenzó en Grecia, en 1145, pero algunos lo ponen en duda pues se hacía no el ocho sino el nueve de diciembre, cuando se celebraba no la Concepción sino la Santificación de María.

Piensan otros que empezó en Lyon, en tiempo de san Bernardo. Se basan en la carta que el santo escribió al respecto a los canónigos de esa ciudad. Sin embargo, no puede ser pues esa carta solo se escribió treinta o cuarenta años después de la carta de san Anselmo a los obispos de

Inglaterra, para invitarlos a fundar esa fiesta en sus diócesis. Se celebró después de esa carta y cincuenta o sesenta años luego de haber comenzado en Normandía.

Oros piensan en Italia, en Aquilea, y luego en Hungría, establecida por un gran servidor de María, hermano del rey de Hungría, De ello habla san Anselmo en la mencionada carta. Dice que, habiendo sido obligado por sus padres a casarse, cuando estaba al punto de hacerlo, se le apareció la Reina de las Vírgenes y le hizo desistir de ese propósito, y lo exhortó a celebrar todos los años la fiesta de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre, y afanarse en hacerla celebrar por otros. Le aseguraba que si lo hacía daría una bella corona al reino de su Hijo. Así lo hizo e ingresó por cierto tiempo a un monasterio vecino; poco después partió para Italia, dirigido por la Madre de Dios. Allí llevó una vida santa y ejemplar y muerto el arzobispo de Aquilea fue puesto en su lugar. A partir de entonces siempre celebró esa fiesta y empleó el ascendiente que tenía por su origen en familia real y por su eminente virtud para hacerla celebrar en Hungría y en las otras diócesis de Italia. De allí pasó a Grecia, tanto por las relaciones que había entre Aquilea y Constantinopla y por la hermosa oración que el muy piadoso emperador León, el Filósofo, había compuesto referente a la santísima Concepción de la Madre del Salvador, que contribuyó a que fuera recibida en la Iglesia griega.



## **Sección IV**

### **Continúa el mismo tema**

Luego de esas opiniones, el gran servidor de la Reina del cielo, Salazar, escribe que habiendo estudiado cuidadosamente el asunto del comienzo y esa fiesta lo que descubrió como más cierto es que la revelación hecha al abad Elsimó fue el origen de su establecimiento, como dice san Anselmo en su carta a los obispos de Inglaterra.

En resumen en dicha carta dice que los pecados de los ingleses subían al cielo y Dios suscitó a Guillermo el Conquistador, duque de Normandía, para castigarlos y obligarlos a enmendarse y ponerse estrechamente a su servicio. En 1066, este príncipe valeroso, armó poderoso y gran ejército y atacó a Inglaterra. Luego de combates muy sangrientos y varias victorias la sometió a su poder, con el aplauso de los ingleses, cuyas malas costumbres corrigió.

Pero los de Transilvania, que tenían pretensiones sobre ese reino, no pudiendo aceptar que un extranjero se apoderara de él, formaron una gran armada para atacarlo. El duque, puesto al corriente, envió de inmediato al abad Elsimó, benedictino, del monasterio de Reims, hombre lleno de espíritu y santidad para que le informara lo que pasaba. El espíritu maligno le puso asechanzas en el camino. Levantó una furiosa tempestad que él y los suyos pensaron que estaban perdidos. Pero Dios hizo que todo cambiara para su gloria. Como los marineros, a grandes voces y cálidas lágrimas, pidieron la asistencia de la Madre de Dios, se vio en el cielo un venerable Prelado, san Nicolás, que dijo a Elsimó

que venía de parte de la Reina del cielo, que le prometió liberarlos del peligro si aceptaban celebrar todos los años la fiesta de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre. El abad aceptó de inmediato gustoso, el mar se calmó, y pudo informar en Inglaterra lo que había visto y sabido. Esto animó a los ingleses a celebrar la fiesta, pero tardaron tiempo en empezar la celebración como lo vamos a ver. Sin embargo, los Normandos comenzaron de inmediato a solemnizarla; por ello es llamada la *Fiesta de los Normandos* y con razón.

Primero, porque entre varias revelaciones que se dieron, según san Anselmo casi al mismo tiempo, sobre este punto, este santo Prelado da el primer puesto a la que se dirigió al abad Elsimon, la que da esta primacía a la fiesta de los Normandos.

Segundo, porque la embajada venida del cielo para recomendar esa fiesta y la tempestad apaciguada, se hizo en favor de los Normandos.

Tercero, porque fue revelada a un hombre diputado y enviado a los Normandos, empleado en sus asuntos, que según Salazar era Normando de nacimiento, y que actuaba en nombre y de parte de los Normandos y a quien importaba mucho que esto se diera para informar sobre el éxito de la misión a la que fue enviado.

No hay por qué maravillarse que la bienaventurada Virgen le hiciera este favor pues este duque le traía una devoción especial, que lo incitó a hacer grandes cosas tanto en Inglaterra como en Normandía por la gloria de su Hijo y en su honor.

Reunió varios concilios en Inglaterra para reforma de la Iglesia anglicana, entre otros uno en Winchester en 1069, con consentimiento del papa, en presencia de los cardenales Ermenfroy, Juan a Lapide, llamados expresamente a Roma para reforma de la Iglesia de Inglaterra. Asignaba obispados y otros beneficios, por consejo de los prelados, a la gente mejor. Por este medio, la disciplina monástica, que estaba casi desaparecida en Inglaterra, recobró su esplendor, y los religiosos llegaron a ser ejemplos de virtud y santidad. Schliand, sacado por su orden del monasterio del Monte Saint-Michel y hecho abad de San Pedro de Cantorbery, avanzó el asunto de la reforma. La devoción de este conquistador a la Madre de Dios se manifestó en especial en sus últimas palabras pronunciadas al fin de su vida: *Me encomiendo a la Virgen buena, Madre de Dios, y le ruego muy humildemente reconciliarme, mediante sus oraciones, con su Hijo Jesucristo, Nuestro Señor.*

Lo que además asigna esta fiesta a los Normandos es que los obispos de esta provincia, según la *Historia de Normandía*, que había seguido al duque a Inglaterra y eran parte de su corte, habiendo conocido la voluntad del cielo por boca del abad Elsim, escogido por el príncipe para una misión importante y estimado como hombre lleno de prudencia y santidad, acogieron lo que le había sido revelado de parte de la Reina de los ángeles y regresaron a sus obispados o al menos, dieron las órdenes necesarias a sus vicarios, para que establecieran esta fiesta en Normandía y fueran construidas capillas en honor de este misterio.

Geoffroy, el bueno, obispo de Coutances, pastor excelente, fue uno de los primeros en mostrar su celo ardiente por el honor de la Concepción Inmaculada de su divina Señora. Parece que estuvo en Inglaterra, en la corte del conquistador, cuando el abad Elsimó contó su visión de san Nicolás. Como tenía devoción extraordinaria a la sagrada Madre de Dios, a la que había dedicado un año atrás su hermosa iglesia de Coutances, admirable en todas sus partes, construida a sus expensas, dotada con riqueza de vasos sagrados, con rentas y entradas jugosas, escogió pronto una de las principales capillas que consagró en Honor de la Concepción Inmaculada de la Madre del Salvador.

Y Dios por su parte queriendo aprobar la devoción de este fiel servidor a la Reina de los ángeles y autorizar la nueva fiesta, hizo gran número de milagros que yo mismo leí en los archivos de esa catedral.

Puede decirse entonces con fundamento que la primera iglesia catedral de Normandía en la que se celebró primero la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Madre del Redentor es la de Coutances. Aún más, es muy probable, por todo lo dicho, que no solo la catedral de Coutances fue la primera de esta provincia sino de todo el mundo para celebración de este misterio. En Inglaterra esta fiesta se celebró tiempo después pues, como dijimos, treinta años después fue necesario para que se estableciera allí que san Anselmo, arzobispo de Cantorbery, como Primado de Inglaterra, escribiera su carta a los obispos para exhortarlos a celebrarla.

El buen obispo Geoffroy exhortó vehementemente a los demás obispos de Normandía a rendir homenaje a su divina Madre, con sus exhortaciones y ejemplos, al dedicar una capilla en honor de este misterio, tiempo antes de que san Anselmo escribiera su carta. Ya Geoffroy había muerto cuando se escribió dicha carta, en 1093, según el erudito libro *Triple corona de la Virgen*, lo que concuerda con el autor de *Crónicas de la Madre de Dios*, quien dice que esa fiesta empezó en Inglaterra en 1097. Se ve por consiguiente que primero fue solemnizada en Normandía y que muy probablemente en Coutances tuvo el honor de ser la primera en celebrarla.

Digo todo esto para decir a los normandos las obligaciones muy grandes que tienen en esto con Nuestro Señor y con su santísima Madre y para invitarlos a dar gracias y a tener la fiesta de la Inmaculada Concepción como su fiesta propia, y celebrarla siempre con júbilo extraordinario.

Bendita seas por siempre, Virgen sagrada, por todos os favores hechos a Normandía y a Coutances, por haberlos escogido para difundir las primeras gracias y bendiciones que trae tu fiesta. Quiera tu Hijo muy amado darles la gracia de procurar tu honor, defender tus intereses, publicar tus alabanzas, imitar la santidad de tu vida y la excelencia de tus virtudes, mostrarse por todas partes como tus verdaderos hijos tuyos y reconocer que tú eres su buena y poderosa Madre.

Si todos los normandos están obligados a celebrar con afecto esta fiesta, las religiosas benedictinas de la abadía de la Santa Trinidad de Caen tienen mayor obligación de

solemnizarla con devoción especial. Si es la fiesta especial de Normandía estas santas religiosas tienen derecho especial de tenerla como propia y disputar el honor y la bendición de su primera celebración no solo a las iglesias de Coutances sino de toda Normandía e incluso de toda la cristiandad. También les cupo el honor de recibir el mensaje del buen Geoffroy, fundador de la catedral de Coutances, enviado para declarar su voluntad a la fundadora de la Abadía de la Santa Trinidad de Caen por mediación de abad Elsimo.

La catedral de Coutances y la Abadía de Caen celebraron por primera vez esta fiesta al mismo tiempo. ¿Quién puede dudar que el duque Guillermo y la duquesa Matilde, fundador y fundadora de dicha Abadía, habiendo conocido la primera noticia traída a la tierra por san Nicolas para anunciar esta fiesta la transmitieron al mismo tiempo a la Abadesa y a sus hijas? En seguida, en obispo Odo de Bayeux, hermano del conquistador que entonces estaba en Inglaterra, al conceder todos los permisos que de él dependían cumplió de hizo celebrar la fiesta el 8 de diciembre.

La acogieron con gran corazón. La celebraron con gran felicidad y maravillosa devoción. En esa época, como hoy, esa Abadía estaba llena de jóvenes religiosas que a nadie cedían el celo y el ardor que un alma cristiana debe tener a la admirable y amable Madre de Dios. La contemplan, la honran y la aman como a su Señora soberana, su bondadosísima Madre y su poderosa intercesora. Veneran su divina maternidad y todos los misterios de su vida, celebran sus excelentes cualidades y todo lo que ella es, en especial su

amabilísimo Corazón, fuente de toda su gloria y de todas sus grandezas. Preferirían que se les arrancara el corazón de su pecho y el alma de su cuerpo y no que les fuera arrebatada su devoción muy especial a ese Corazón maternal. Lo honran y quieren como al Corazón que siempre tuvo y tendrá eternamente más amor a su adorable Esposo y a ellas que todos los corazones del cielo y de la tierra, exceptuado el Corazón de Jesús.

Tengan siempre, mis queridas Hermanas, estos loables sentimientos. Conserve amorosamente este precioso tesoro. Impriman en sus corazones, por cuidadosa imitación, una imagen perfecta de todas las virtudes que reinan en el Corazón de su amable Madre, a fin de que sean por entero conformes con el Corazón de Dios y de la Madre de Dios, y sean así auténticas hijas del sagrado Corazón de Jesús, Hijo de María, y de María, Madre de Jesús.

## ***CAPITULO IX***

### **Doce privilegios maravillosos de la Concepción Inmaculada de la santísima Madre de Dios**

Cuando la divina bondad quiere honrar a una criatura con alguna gracia extraordinaria nunca va sola sino siempre acompañada de muchas otras ventajas. Su Concepción Inmaculada es para la preciosísima Virgen favor extraordinario de Dios que va seguido de muchos otros privilegios entre los cuales hago notar los principales.

El primero, fue concebida milagrosamente y por virtud sobrenatural. Este es el sentir de san Epifanio, san Juan Damasceno, san Gregorio Niceno, san Jerónimo y muchos otros santos doctores. Porque santa Ana era de edad avanzada y no había tenido hijos, pasados veinte años de su desposorio con san Joaquín.

El segundo privilegio es que la gloriosa Virgen no sólo fue preservada del pecado original en su concepción, sino que fue adornada de la justicia original y confirmada en gracia desde el primer momento de su vida, según muchos eminentes teólogos, a fin de ser más digna de concebir y dar a luz al Salvador del mundo; privilegio que jamás ha sido concedido a criatura alguna humana ni angélica; sino que no pertenece más que a la Madre del Santo de los santos, después de su Hijo Jesús.

El tercer privilegio es que, según san Bernardino de Sena y otros muchos santos Doctores, tuvo uso de razón desde el momento de su concepción. Porque no se puede dudar que la Madre no sea más privilegiada que el servidor, quiero decir que san Juan Bautista, de quien nos dice el santo Evangelio que se conmovió de gozo en el vientre de su madre cuando la santa Virgen lo saludó; de donde concluye san Ambrosio que en aquel instante le fue dado el uso de la razón. Si preguntas de qué manera se dio a la santísima Virgen el uso de la razón desde el primer instante de su vida, se te dirá: que bien, elevando Dios de tal manera su entendimiento con su divina virtud que fuera capaz de obrar independientemente de los sentidos y órganos del cuerpo, o bien, fortificando los



órganos y los sentidos de tal manera que estuvieran en disposición de cooperar a las funciones del entendimiento.

El cuarto privilegio de esta maravillosa Concepción es que nuestra divina niña no sólo tuvo en acto el uso de la razón natural desde el primer instante de su vida, sino que desde entonces se vio inundada de la luz de la fe, y de una luz sobrenatural e infusa tan abundante que san Bernardino de Sena y san Alberto el Grande aseguran que conoció perfectamente a las criaturas y al Creador y todo el bien que se debe hacer y todo el mal que se debe evitar.

Pero los mismos Bernardino y Alberto el Grande, con el abad Ruperto, san Bernardo, san Antonino, Dionisio el Cartujo, Juan Gerson, Suárez y otros muchos van más allá: porque no temen afirmar que esta admirable Virgen gozó de la visión clara de Dios, por lo menos algunas veces en su vida.

De ser esto así, bien puede creerse (y es este el quinto privilegio) que se le concedió este favor en el momento de su Concepción. Porque una de las razones que estos santos doctores presentan para probar que vio el rostro de Dios al descubierto algunas veces en su vida, es que muchos convienen en que esta gracia fue hecha a Moisés y a san Pablo cuando fue arrebatado al tercer cielo, no pudiendo dudarse que la Reina sea menos favorecida que sus súbditos, ni creerse que los servidores hayan sido más privilegiados que la Madre. Ahora bien, nos consta, por el común sentir de los santos doctores, que la bienaventurada Virgen fue llena de luz, de gracia y de santidad en el momento de su Concepción, y que amó más a Dios, siendo, por consiguiente, más amada de Dios que Moisés y san Pablo, aun

considerados al fin de su vida. Por eso tenemos sólido fundamento para creer que no fue María menos favorecida de su divina Majestad al comienzo de su vida que estos santos lo fueron en una edad más avanzada. Este es el sentir de muchos grandes teólogos.

El sexto privilegio de su santa Concepción es que, mirándola el Padre eterno desde este momento como a la escogida por él para ser la Madre de su Hijo, puso en su alma los fundamentos de una gracia proporcionada a esta dignidad infinita de Madre de Dios: gracia que considerada no más que en su comienzo, en su raíz y en sus fundamentos, supera a la gracia consumada del primero de los serafines y del más grande de todos los santos: está fundada sobre los montes santos.

El séptimo privilegio es que todas las virtudes, con todos los dones y frutos del Espíritu Santo, y las ocho bienaventuranzas evangélicas se encuentran en el corazón de esta divina niña desde el momento de su concepción, tomando entera posesión y estableciendo en ella su trono en un grado altísimo y proporcionado a la eminencia de su gracia.

El octavo privilegio es que, llena de luz y de gracia en el momento de su Concepción, permanece toda orientada y entregada a su Dios. Toda, es decir, de espíritu, de corazón, de voluntad, de pensamiento y con todas las potencias de su alma, ofrecida y consagrada por completo a la gloria de su divina Majestad.

El noveno es que desde este momento comenzó a adorar, alabar glorificar y amar a Dios con toda su alma y con

todas sus fuerzas y según toda la cantidad de gracia que en ella había. Por cuya razón puede decirse con toda verdad que como esta gracia aventajaba a la de los principales ángeles y mayores santos, adoró también a Dios más perfectamente, lo alabó y glorificó más dignamente y lo amó más ardientemente en el primer instante de su vida que lo hicieran los primeros santos al fin de sus días; así como también que ella ha sido más amada de Dios y honrada de él con mayores favores que todas sus criaturas.

El décimo privilegio es que esta bienaventurada Virgen no sólo fue llena de una gracia sin igual desde el primer instante de su vida, sino que el mismo autor de la gracia, es decir el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hicieron su entrada en su alma desde el primer momento en que se unió a su cuerpo y establecieron en ella su morada y su reino con tal perfección que siempre en María reinaron absoluta y soberanamente y sin ninguna clase de obstáculos.

El undécimo privilegio de la admirable Concepción de esta maravillosa niña está expresado por estas palabras que ella misma dijo un día a santa Brígida, cuyas revelaciones llevan la aprobación de la santa Iglesia. He aquí sus palabras: «Bien puede decirse que la hora de mi Concepción es la hora áurea y preciosa, porque es el comienzo de la salvación del mundo». ¡Oh qué verdaderas son estas palabras, puesto que esta bendita hora nos la ha dado la que es Madre de nuestro Salvador y la fuente primera, después de Dios, de nuestra eterna salvación!

¡Gracias eternas te sean dadas, oh adorabilísima Trinidad, por todos los favores de que has colmado a esta

Virgen incomparable en su maravillosa Concepción! ¡Que el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres y todas las criaturas te alaben y bendigan por ello eternamente!

Gózome, amabilísima Madre, al verte toda pura, inmaculada y bella, toda santa y admirable desde el primer paso de vuestra vida. Mi corazón se llena de admiración, mi amabilísima Madre, como si estuvieras adornada de todas las bellezas y excelencias que yo poseyera. Me despojaría de ellas y te las daría. Más aún, si no las poseyeras y fuera necesario que yo fuera anonadado para que las tuvieras lo aceptaría lleno de gusto y contentamiento.

## ***CAPÍTULO X***

### **Quinto misterio: permanencia y ocupaciones de María Niña en las benditas entrañas de santa Ana**

Es motivo de gran humillación para todas las madres de hijos de Adán saber que durante nueve meses han tenido en sus entrañas un hijo que estando en pecado original es enemigo de Dios, objeto de ira y maldición y propiedad del demonio. En cierto modo su vientre es un infierno pues donde hay pecado hay infierno (Ap 6, 8). De ahí que cuando se trae al bautismo un niño se empieza por exorcizarlo para liberarlo de Satanás.

Solo dos madres han estado exentas de esto. La primera, la Virgen Madre de Dios, de quien la Iglesia canta: *Benditas tus entrañas virginales que llevaron al Hijo del Padre*

*eterno*. La segunda es santa Ana, digna Madre de la Virgen María de quien podría cantarse: *Benditas las entrañas de Ana que llevaron a la Madre del Hijo de Dios*. Gran santa, cuyo vientre sagrado es arca de bendición y santificación; lleva en sí tesoro inestimable; templo santo en el que Dios es maravillosamente honrado y que es un cielo en la tierra, paraíso de delicias para la santa Trinidad.

Arca de bendición pues las benditas entrañas de santa Ana encierran una hermosa estrella que dará a luz un sol, el Sol de justicia, Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que nos liberará de la maldición eterna y nos colmará de toda bendición. Arca de santificación que encierra en sí un abismo de gracia y un prodigio de santidad. Arca del más rico tesoro del cielo y de la tierra.

Un ángel proclama en santa Brígida: Ana, madre digna de todo respeto, llevabas rico tesoro en tus entrañas mientras en ti residía María, llamada a ser la Madre de Dios. Eras el primer y más digno objeto del amor de Dios entre las criaturas. Con todo derecho santa Ana puede ser llamada tesorera del gran Dios pues encerraba en sí el más querido y deseable tesoro de su divina Majestad. El Corazón de Dios estaba atento a ese precioso tesoro. Qué agrado para los ojos de quien tiempo después dirá: *Donde está tu tesoro está tu corazón*.

El bendito vientre de santa Ana era santo templo en el que nuestra santa niña rinde grandes honores a Dios como no los recibió de ningún hombre ni de ningún ángel. Llena de luz y de gracia, aún más del Espíritu Santo, mucho más que el pequeño Juan Bautista. Ese divino Espíritu la poseía, animaba

y conducía, ocupada de continuo en toda clase de ejercicios piadosos y santos.

Primero la contemplación, segundo la humillación, tercero la adoración, cuarto la alabanza de Dios, quinto la acción de gracias, sexto el amor, séptimo la resignación, octavo la población y el sacrificio, noveno la penitencia por los pecados ajenos, décimo la plegaria y la oración.

Primero, la contemplación continua, mediante la luz de la fe, en ella muy viva y fuerte como en ningún otro espíritu. San Bernardino de Siena nos dice que ella fue elevada a tan alto grado de contemplación desde el vientre de su madre que contemplaba a Dios como ningún otro santo.

Segundo, humillación: se humilla profundamente ante Dios a la vista de su grandeza infinita desde su propia nada y considerando los pecados que hubiera cometido si no fuera preservada. Vio bien que era hija de Adán y por tanto hubiera tenido el pecado original y como consecuencia muchos otros pecados. Todo la llevaba a sumergirse en abismo de profunda humildad del que no ha salido pues en el cielo sigue siendo profundamente humilde.

Tercero, estaba en ejercicio de perpetua adoración por lo que Dios es en sí mismo y luego en todas las criaturas; y le daba la adoración perpetua que le es debida por siempre en cielo y tierra.

Cuarto, bendice, alaba y glorifica a Dios incesantemente por todas sus perfecciones y todas sus obras de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; le tributa alabanzas como nunca le habían sido dadas porque adora y alaba en gracia perfecta que sobrepasa la gracia de toda criatura angélica y terrestre.

Quinto, da gracias a Dios continuas por todos los favores recibidos de su infinita bondad y por todas las gracias espirituales, naturales y sobrenaturales que hace a todas las criaturas.

Sexto, está en ejercicio perpetuo de amor a Dios a quien ama ardientemente más que todos los serafines.

Séptimo, se somete, resigna y abandona totalmente y sin reservas a todas las voluntades de Dios para que disponga de ella como bien le plazca. Dice de corazón ya lo que más tarde dirá santa Gertrudis a sus hijas: *Te pido, Señor mío, deseo de todo corazón, que tu muy loable voluntad se cumpla en mí y en todas las criaturas de la manera que sea más agradable.*

Octavo, se ofrece, se da y se sacrifica de continuo a Dios como hostia muy pura y santa, encendida y consumida en el fuego sagrado del amor divino.

Noveno, habiéndole hecho conocer el Espíritu Santo de una parte las obligaciones infinitas que tienen todos los hombres de servir y amar a Dios, y por otra las ofensas incontables que se cometen contra él, en nombre de todos los sus hermanos y hermanas, pide para ellos perdón y se ofrece a la divina justicia para hacer penitencia por sus pecados de la manera que él le plazca. Si Moisés pedía a Dios ser borrado del libro de la vida por el celo de la salvación de quienes le habían sido encomendados, si san Pablo deseaba ser anatema por salvación de sus hermanos, si otros santos lo han hecho para aplacar la ira de Dios y se ofrecieron a sufrir toda suerte de penas y suplicios, ¿quién puede dudar que esta benignísima hija de santa Ana, llevada en las sus

entrañas, que tiene más caridad que todos los corazones de todos los santos se haya ofrecido a la divina justicia para sufrir cuanto a él le plazca a fin de obtener misericordia para los pecadores? Si santa Matilde dice que María fue amada tanto por Dios desde toda eternidad, incluso desde antes de venir al mundo, que Dios tuvo misericordia de muchos por amor de ella, cuando estaba todavía en el vientre de su madre y que en el ardor de su caridad se ofrecía a Dios para hacer penitencia en favor de los otros para empezar así a ejercer su misión de Madre del Salvador de todos los hombres.

Décimo, como a la luz del Espíritu ella ve todas las miserias y necesidades innumerables, espirituales y corporales de que está llena la tierra, su inmensa caridad la impele a orar sin cesar por todas las necesidades de las criaturas y comenzar así a hacer su misión de Madre de la misericordia.

Estas fueron las santas y divinas ocupaciones de nuestra admirable niña en el seno de su madre. ¿Quieres hacerle algo que le sea agradable? Ofrécete a ella y ruégale que te asocie con ella en los honores que rinde a Dios durante los nueve meses de su presencia en el vientre materno e imítala en estos santos ejercicios.

Me queda algo por decirte: el bienaventurado vientre de santa Ana es paraíso de delicias y un cielo de gloria para la santa Trinidad; se diría que más santo que el mismo cielo y Dios es allí más glorificado que en el cielo empíreo.

Para entenderlo haz de saber, primero, que la gracia y la santidad son lo mismo. En segundo lugar, recuerda que la



bienaventurada Virgen tuvo más gracia y santidad desde el momento de su Concepción que el más elevado de todos los ángeles y que el primero de los santos tuvieron de perfección. En tercer lugar, que como esta niña tuvo uso de razón desde el primer instante de su vida y no interrumpida en su uso, que jamás estuvo ociosa, y a gracia no fue inútil en ella, mejor que en san Pablo que dijo: *Su gracia no fue inútil en mí* (1 Cor 15, 10), que en todo se movía por el amor de Dios y según la amplitud de su gracia que se duplicaba a cada momento. ¿Qué se sigue de ello?

Escúchalo: En los primeros días de la vida de esta divina niña su gracia y su santidad se multiplicó y creció tanto, que, según muchos santos y sabios teólogos, sobrepasaba infinitamente las de todos los santos. El padre Honorio Niquet dice en el libro *Nomenclator Marianus* afirma que crecía en gracia y santidad de día en día y de mes en mes.

San Juan Damasceno proclama: Oh bienaventurado vientre de santa Ana que da a luz a un cielo viviente mayor que todos los cielos. Oh santa niña que en ese vientre virginal innumerable ejército de ángeles te rodea. Niña admirable, eres un mundo de maravillas; abismo de milagros que ninguna lengua puede decir, que ninguna mente ni angélica, ni humana puede comprender. Dios bueno y todopoderoso, que todas tus potestades, tus bondades, todas tus perfecciones infinitas te bendigan y alaben eternamente por cuanto has hecho en esta admirable niña (Dn 3, 61). Cuánto me alegra verla tan santa y venerada el tiempo que estuvo en el seno de su madre. Me llena de confusión el pensar en los primeros nueve meses, sin hablar del resto De mi vida.

Me duele haber estado por tanto tiempo en un estado de enemistad contigo con el desagrado que te daba. Perdona, Dios mío, perdona, te ruego. Detesto ese estado y si estuviera en mi poder hacerlo desearía nunca haber estado en ese tiempo de enemistad y rebelión contigo.

Creador mío, te ofrezco todo el honor y la gloria, el amor y las alabanzas que te fueron dados por tu Hijo Jesús mientras estuvo en el vientre virginal, y por tu sagrada Madre mientras estuvo en las benditas entrañas de su madre, en satisfacción y reparación del estado de pecado en que me encontré desde cuando mi alma se unió a mi cuerpo hasta mi bautismo. Jesús, María, Madre de Jesús, dignense ofrecer satisfacción y reparación por mí a la divina majestad.

*María nace de un padre y una madre santísimos.* Es máxima indudable aceptada por todos los teólogos con el doctor angélico que Dios nos da sus gracias de una manera conforme y proporcionada a la cualidad y dignidad del estado y condición a que nos llama. Por esto, habiendo escogido a san Joaquín y a santa Ana para ser el padre y la madre de la que había de ser la Reina de todos los santos, la Madre del Santo de los santos y la Esposa del Espíritu Santo, debemos estar persuadidos de que les llenó de todos los dones y gracias del mismo Espíritu Santo y de santidad extraordinaria. Queriendo el Padre de las misericordias darnos por ellos a la que, después de su Hijo, es el más excelente modelo de toda perfección, el más alto trono de todas las virtudes y el más rico tesoro de toda santidad, ¿quién puede dudar que a los que habían de ser manantial y origen de un mar inmenso de gracias no les haya adornado

de todas las virtudes y perfecciones imaginables y en altísimo grado?

Veamos también en ellos una fe vivísima, una firmísima esperanza, un ardiente amor a Dios, una caridad al prójimo perfectísima, una profundísima humildad, una abstinencia extraordinaria y una maravillosa pureza.

Considera el vigor de su fe y la firmeza de su esperanza. La consideración de su infecundidad debe arrancarles toda creencia y toda esperanza de tener hijos; pero puede decirse de ellos lo que se dijo de su padre Abraham: *Creyeron y esperaron contra toda esperanza* (Ro 4, 18); lo que los hizo dignos de ser el padre y la madre de la Madre de Dios y de todos los hijos de Dios. El ángel les anuncia que Dios les dará una hija que será la Madre del Salvador del mundo. Si miran a su esterilidad, lo creerán imposible, como naturalmente lo es. Si dan oídos a su humildad, ésta les persuadirá que su indignidad debe oponerse a semejante favor. Pero su fe es tan fuerte y su esperanza tan inquebrantable, que san Epifanio, san Gregorio Niseno, san Jerónimo, san Germán de Constantinopla y otros aseguran que jamás tuvieron la menor duda sobre todas las cosas que el ángel les había dicho.

¿Quieres ver pruebas fehacientes de su ardentísimo amor a Dios? Te presento tres muy considerables. La primera es la santidad de sus costumbres y la pureza de su vida, que era, dice san Jerónimo, sencilla, inocente, recta delante de Dios e irreprochable delante de los hombres. La segunda es la gran caridad que tenían con el prójimo, que es, como vamos a ver, la justa medida del amor que tenemos a Dios;

porque si tenemos mucha caridad con nuestro prójimo, tenemos mucho amor a Dios; si tenemos poca, poca es la nuestra; si no hay en nuestro corazón amor al prójimo, no hay en él amor a Dios. Si alguno dice, asegura Juan, *yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso* (1 Jn 4, 20). La tercera prueba del gran amor que san Joaquín y santa Ana tienen a Dios, es ver que se privan de su amada Hija, que es todo su tesoro, su gloria, su consuelo, su corazón, su amor y sus delicias, para darla a su divina Majestad, y para dársela desde la edad de tres años. Sé muy bien que han hecho voto de ello, mas aunque la retuvieran algunos años con ellos, no dejarían de cumplirlo después.

En lo que hace a la caridad con el prójimo, el mismo san Jerónimo dice una cosa que es un notable testimonio de su gran caridad y del perfecto desprendimiento que tienen de los bienes de la tierra, de los que son idólatras la mayor parte de los hombres. Porque asegura que hacían de sus rentas tres partes: que una parte de ellas la dedicaban al sostenimiento de los ministros del templo; otra para socorrer a los pobres, dar alojamiento a los peregrinos y asistir a los afligidos; y la tercera parte para las necesidades de su familia.

Si deseas saber cuál era su piedad y devoción, fíjate en el fruto admirable que de ellos ha salido. ¿Qué fruto admirable? Es nuestra maravillosa niña. Yo diría aquí solamente lo que el beato Andrés de Jerusalén nos asegura que el ejercicio ordinario de santa Ana era la oración, y que ofrecía a Dios muchos votos y muchos sacrificios. Y san

Epifanio dice otro tanto de san Joaquín, y añade que la santísima Virgen fue concedida a su devoción.

¿Qué diré de su profundísima humildad? Diré en primer lugar que siendo la humildad la medida de la santidad, según le palabra del Hijo de Dios que ha dicho que el que más se humilla, es el mayor y, por consiguiente, el más santo en el reino de los cielos, la eminentísima santidad de san Joaquín y de santa Ana nos hace concluir que su humildad es profundísima.

En segundo lugar, que habiéndoles Dios elevado a una de las primeras dignidades del paraíso, cual es la muy sublime dignidad de padre y de madre de la Reina del cielo, y de abuelos del soberano Monarca del universo, es una prueba infalible de que mucho se humillaron, porque Dios no exalta más que a los humildes, y les exalta tanto como se abatieron.

En tercer lugar, que el oprobio y la confusión de su esterilidad que soportaron por espacio de veinte años, contribuyó mucho a fortificar y aumentar su humildad.

En cuarto lugar, que, habiendo Dios escogido a san Joaquín y a santa Ana para ser los abuelos del Rey de los humildes, y los padres de la más humilde criatura que jamás existió, era conveniente que hubiera un gran parecido entre la humildad de los padres y la humildad de los hijos.

Aún añadiría yo a esto que la humildad de la Hija es un argumento muy poderoso de la humildad de su padre y de su madre, porque aquélla es en parte, efecto de los ejemplos de ésta.

Si ahora consideramos la abstinencia de san Joaquín y santa Ana, encontraremos una cosa extraordinaria y que sólo

se encuentra en los grandes santos. Es lo que san Germán, patriarca de Constantinopla, ha escrito de ellos, que para obtener de Dios el hijo que le pedían, ayunaron cuarenta días enteros, lo mismo que Moisés y Elías. Y san Gregorio Niseno dice que su ayuno iba acompañado de continuas lágrimas. Pero, sobre todo, es admirable su castidad. Porque san Vicente Ferrier nos asegura que tan pronto como les fue conocida la esterilidad de santa Ana se privaron enteramente del uso del matrimonio, hasta que recibiesen del cielo un mandato contrario. La misma santísima Virgen se lo dijo un día a santa Brígida.

En fin, San Joaquín y Santa Ana, sobresalieron en toda clase de virtudes, como lo dicen sus mismos nombres: Joaquín quiere decir «la preparación del Señor» y Ana significa «gracia». Convenía, dice san Pedro Crisólogo, que la morada del que es el Santo de los santos y la misma santidad, fuese mucho tiempo antes preparada en la persona misma del padre y de la madre de la que le debía concebir y dar a luz.

Oh feliz pareja, dice de ellos san Juan Damasceno, todo el mundo les está obligado, porque por su medio podemos ofrecer al Creador el don más excelente de cuantos podemos imaginar, una hija digna de ser la Madre de su Hijo único. ¡Oh felices Joaquín y Ana que, viviendo casta y santamente, han producido el tesoro de la virginidad! ¡Oh mil veces feliz santa Ana, digna madre de la Madre de Dios, que diste al mundo una hija cuyo nacimiento es honorabilísimo y cuyo parto es el restablecimiento del universo!

Aquí tienes algo de la altísima santidad de aquellos por quienes nos dio Dios un tesoro inestimable de toda santidad en la persona de la sacratísima Virgen, hija única y muy amada de Joaquín y Ana.

¿Quién podrá decir ahora el amor y reconocimiento de esta bienaventurada Virgen a sus santos padres, siendo como es fruto de su virtud y de su santidad? ¿Quién podrá pensar lo mucho que le agradará la devoción que a sus padres se tiene? Si deseamos, pues, agradar a María, honrémoslos con afecto particular, y reconozcamos, lo muy obligados que les estamos. Porque san Joaquín y santa Ana han dado al Padre eterno una hija única y amadísima, al Hijo una santísima Madre, al Espíritu Santo una dignísima esposa, a la adorabilísima Trinidad un templo augusto, a los ángeles una Reina, a los hombres una Soberana, a los cristianos una madre, a los afligidos una consoladora, a los huérfanos una protectora, a los pecadores una abogada, a todo el género humano una mediadora, a todo el universo una reparadora. Ah, que el cielo y la tierra, oh admirable san Joaquín, oh maravillosa santa Ana, que los hombres y los ángeles, que el Criador y todas las criaturas incesantemente os bendigan y eternamente os alaben, porque nos habéis dado a esta incomparable Niña que encierra en sí los más ricos tesoros del cielo y de la tierra!

## **CAPÍTULO XI**

### **Sexto misterio: nacimiento de la reina del cielo**

La santa Iglesia, mejor el Espíritu Santo que la gobierna, aplica los textos del capítulo 24 del Eclesiástico y el capítulo 8 de los Proverbios, en el oficio de la fiesta, a la concepción y nacimiento de María. Le da los mismos elogios y cualidades que da a la Sabiduría eterna que es el Hijo de Dios. Quiere mostrarnos así la perfecta similitud que hay entre el Hijo y la Madre. Sé muy que todos llevamos la semejanza del hombre celeste (1 Cor 15, 49) Pero la Madre de Jesús la lleva en grado y perfección mayor que el de todas las criaturas pues la dignidad de Madre de Dios sobrepasa cuánto hay de grande en ellas.

Como el Hijo de Dios es llamado *espejo sin tacha de la majestad divina* (Sb 7, 26) porque el Padre eterno expresa en él sus divinas perfecciones, y no tiene sino una misma potestad, sabiduría, bondad, una misma divinidad con él, así la Madre de Dios es llamada por boca de la Iglesia *espejo de justicia*, es decir, espejo de quien es la justicia y la santidad mismas pues el Sol de justicia, que es su Hijo, traza e imprime en ella todos sus estados y misterios, su vida, sus costumbres y virtudes. El gran san Dionisio afirma que, habiendo tenido la dicha de verla en la tierra, descubrió en ella un reflejo de la majestad y santidad admirable que si la fe no le dijera que solo hay un Dios la hubiera adorado como a la divinidad (*Carta a san Pablo*). Esta divina Madre es imagen muy perfecta de su Hijo que es Dios como su madre; santo Tomas la



llama *imagen infinita de la bondad divina*, (Opúsculo de la Caridad).

Si quieres ver los puntos capitales de esta semejanza escúchalo en las lecturas del oficio de la Concepción de la Madre y en la epístola de la misa de su Nacimiento. Escucha la voz del Hijo y de la Madre que tienen una sola voz como tienen una misma alma y un mismo corazón (Hch 4, 32).

-1. El Hijo y la Sabiduría eterna habla: *Salí de la boca del Altísimo* (Sirá 24, 5), Es decir de su divino entendimiento, boca adorable del Padre que produce el Verbo y su palabra. María dice palabras parecidas: *Salí de la boca del Altísimo*. de su entendimiento y de su pensamiento. El designio del Padre de que su Hijo se encarnara es el principio del nacimiento de su Madre. El mismo designio del Padre de enviar a su Hijo al mudo y darlo a la santa Virgen como Hijo hace que Hijo y Madre procedan del mismo designio. Puede decirse que nacieron igualmente de su Corazón. Una versión antigua dice: *Yo salí del Corazón del Altísimo*. El mismo amor y el mismo Corazón del Padre eterno lo llevó a darnos a un Hombre-Dios y a una Madre de Dios.

2. El Hijo de Dios, Sabiduría eterna, declara que es el Hijo primogénito pues salió del seno adorable del Padre antes de todos los siglos y de todas las criaturas (Sirá 24, 5). Decimos lo mismo de María que tiene el primer puesto de toda eternidad en el seno y el Corazón de Dios. Allí estaba oculta durante toda la eternidad. De allí salió en la plenitud de los tiempos. San Metodio, mártir, la llama *tesoro del amor del Padre*.

3. El Hijo de María dice: soy el primer autor de todas las luces, corporales y espirituales, que hay en el cielo; como nube llena de agua fecunda y fertiliza la tierra, y la prepara para dar hierbas, árboles, flores y frutos (Sirá 24, 6). Y yo, dice la Madre de Jesús, que soy la Madre del Sol y de la luz, después de mi Hijo, soy un segundo sol, *elegida como el sol* (Ct 6, 9). Que ilumina la tierra y el sol, hombres y ángeles, con mis luces. Yo, como nube llena de aguas celestiales de la gracia, hago que broten los torrentes de mis misericordias.

4. Dice el Hijo de Dios: *Mi morada está en las cumbres*, y mi trono está en una columna de nube (Sirá 24, 7). ¿De qué cumbres habla? Primeramente, del cielo empíreo en los que ante ángeles y hombres revela su omnipotencia, su gloria y magnificencia. Pero tiene otra cumbre mayor: el seno y el Corazón adorable de su Padre (Jn 1, 18). ¿Quién es la columna de nube que sostiene su trono? Es el seno y el Corazón sagrado de su santísima Madre.

Esta divina Virgen hace su morada en altísimo lugar y su trono en la columna de nube pues su gracia se eleva por encima de toda criatura que la pierden de vista como asegura san Juan Damasceno. Comparte su morada con su Hijo en el seno y el Corazón del Padre Dios y en el Corazón de su Hijo que es la columna. La columna de nube que dirigía al pueblo en el desierto es figura del Hijo y de la Madre al decir de los santos Padres.

5. *Yo sola* dice la Sabiduría eterna. Excluye a todas las criaturas, pero no a la santa Virgen *que dio la vuelta al cielo, penetró en lo profundo de los abismos, caminó sobre las olas del mar, recorrió toda la tierra, estableció su principado sobre*

*todas las naciones e hizo depender de su poder a todos, grandes y pequeños (Sirá 24, 7-9). O sea, todo lo dispone según mi beneplácito. La santa Virgen puede decir lo mismo, después de su Hijo, Sabiduría eterna, y del Espíritu Santo, en el día de su concepción y en el día de su nacimiento. En efecto, es la hija mayor del Padre eterno, su primera y principal heredera, todo lo que tiene el Padre es de ella. Y por ser la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo, lo que a ellos pertenece es de ella. El gran Monarca del mundo la constituyó Reina y Señora soberana le dio poder de disponer de ellos según beneplácito. Y para que gobierne su imperio con justicia y equidad la llenó de una luz tan grande y penetrante que ve y conoce todo lo que pasa en el universo.*

Por su poder, su luz, su inmensa caridad está en todas partes, incluido en los infiernos. El cielo se llena de gozo y felicidad por su medio. La tierra está llena de sus bondades. Es consuelo de los afligidos, refugio de los desdichados, abogada de los pecadores. Ninguno, por perdido que esté, desespera alcanzar por su medio perdón de sus crímenes si le ruega y muestra voluntad de convertirse. Ama también a quienes se empecinan en el mal. Dijo un día santa Brígida: *La rabia del demonio es tan horrible que cuando ve a uno sumergido en la impiedad le concede larga vida para que multiplicando sus crímenes en la tierra aumente sus suplicios en el infierno, pero es tan misericordiosa que obtiene de Dios que su vida sea abreviada para que haciendo menos pecados sufra menos en los infiernos.*

¿Puede decir lo mismo la santa Virgen? Sí, después de su Hijo que es la Sabiduría eterna y después del Espíritu Santo

quien se lo hace decir el día de su concepción y en el día de nacimiento. Es, en efecto, la Hija mayor del Padre eterno, su primera y principal heredera pues lo que es del Padre es de ella. Por ser la Madre del Hijo y la Esposa del Espíritu Santo lo que es de ellos le pertenece. El gran Monarca del mundo la hizo reina y soberana de sus estados y le dio poder absoluto sobre todo cuanto depende de él. Y para que los gobierne con justicia y equidad la dotó de luz tan penetrante que quiere y conoce cuanto pasa en el universo.

Por ese poder y esta luz, y por su inmensa caridad está en todo incluidos los infiernos. Por su medio el cielo se llena de gozo y felicidad. La tierra rebosa de efectos de su bondad. Es consuelo de los afligidos, refugio de los desdichados, abogada de los pecadores. Ninguno por perdido que esté puede desesperar ni sentirse abandonado. Se llena de arididad para quien se quiere convertir. Incluso ama a los que quieren perseverar en sus pecados. Dijo un día santa Brígida que “la rabia del demonio contra los hombres es tan horrible que cuando ve a uno sumergido en la impiedad desea que viva largo tiempo para que, al multiplicar sus crímenes en la tierra, sean mayores sus penas en el infierno; pero ella tiene tanta piedad que alcanza de Dios que su vida sea corta para que no acumule tormentos en el infierno”.

Su bondad la lleva a visitar a menudo las almas prisioneras de la divina justicia en el purgatorio para consolarlas, fortalecerlas y aliviarlas en sus penas. Dijo a santa Brígida: “que era la Madre de todas las almas que arden en los fuegos del purgatorio y que sus penas son mitigadas por sus ruegos y que no hay ninguna pena en ese

fuego ardiente que no fuera aliviada y se hiciera más fácil de soportar”.

Como el Padre eterno dio la justicia y el juicio a su Hijo (Sal 72, 1) dio a misericordia a su Hija; están tan llena de ella que incluso llega hasta el abismo de los infiernos (Sirá 24, 8). Esto no es mío sino de un obispo de Loreto quien dice que Dios, pues no da gracia a nadie sino por medio de la Madre de gracia, por su medio ejerce misericordia con los infelices condenados pues no los castiga como lo merecen, según santo Tomás (1ª, q. 21, art. 4, ad 1).

Solo ella, por su poder, su luz, su aridad, está en todas partes y puede socorrer a quienes imploran su socorro. Pasa con mayor frecuencia de cuanto pensamos. San Germán, patriarca de Constantinopla lo dice hermosamente: “Tu espíritu, María, es inmortal. Tu carne virginal no conoció la corrupción en el sepulcro. Ves y observas todo y honras a todos los habitantes del universo con tu benigna mirada. Nuestros ojos estén impedidos de verte, a menos que te dejes ver de quienes juzgas merecer este favor, les dejas sentir la dulzura de tu presencia”.

6. Escucha estas palabras tuyas, que son palabras también de su Hijo: *Busqué entre todas las naciones de mi imperio almas y corazones para hacer en ella mi morada y tomar mi reposo* (Sirá 24, 11). En quienes son su herencia, los corazones que son posesión suya, allí quiere establecer su morada. *Recibí orden de quien es el Creador de todo, que vive y reina en mi Corazón como en su tabernáculo, que quiere hacer su morada en los elegidos, Jacob e Israel* (Sirá 24, 12-13). Es decir, en quienes han vencido al diablo, el mundo y la

carne, y se empeñan en conocer y amar a Dios con el ejercicio de la oración.

7. Luego esta divina Madre, hablando siempre según su divino Hijo, eterna Sabiduría, dice que fue creada desde el eterno y para siempre (Ib 24, 4). En efecto, desde toda eternidad estuvo en el espíritu y el Corazón de Dios como la más digna, amable y amada de todas las criaturas, y que será honrada eternamente en el cielo, como la Madre del Rey del cielo y de la tierra, Señora y soberana del universo.

8. Añade que prestó sus servicios y honores a Dios en su santa casa (Ib) o sea, en el templo de Jerusalén mientras estuvo allí con las santas vírgenes.

9. Asegura que fijó y estableció para siempre su morada, su reposo, su poder y su imperio en Sion y en la santa ciudad de Jerusalén, en medio del pueblo que tiene el privilegio de ser heredad del gran Dios (Ib 24, 15-16), es decir, en la santa Iglesia de su Hijo, que él adquirió con su sangre y escogió como su heredad, herencia preciosa y amado tesoro que poseerá por siempre el Corazón del Hijo y de la Madre.

10. Nos declara que su establecimiento es en la plenitud de los santos (Sirá 24, 16). Es decir, que Dios ha depositado en ella un mar inmenso de gracia que sobe pasa a los demás. *Con derecho, dice san Bernardo, está establecida en la plenitud de los santos pues tiene la fe los patriarcas, el espíritu de los profetas, el celo de los apóstoles, la constancia de los mártires, la temperancia de los confesores, la castidad de las vírgenes, la fecundidad de los casados, la pureza de los ángeles.* Y san Andrés de Creta proclama: *Virgen santa, más*

*santa que todos los santos, muy santo tesoro de toda santidad.*

## **CAPÍTULO XII**

### **Continuación del mismo tema**

11. El Espíritu Santo le hace decir que es semejante a los cedros del Líbano (Eccli 24, 17 vulgata).

12. Es semejante al ciprés (Ib) Muestra así que la corrupción del pecado jamás tuvo parte en ella, y que, así como las hojas del ciprés cura las mordeduras de la serpiente, así cuando dice al ángel Gabriel: *Soy la esclava del Señor, cúmplase en mí tu palabra* (Lc 1, 38); que las llagas de nuestros pecados, que son mordeduras de la serpiente envenenada, sean sanadas.

13. Es semejante a la palma para designar su fuerza y paciencia en las tribulaciones y todas las victorias señaladas que obtiene contra los enemigos de la salvación (Ib).

14. Se asemeja la rosa (ib), símbolo de la belleza sin igual de su alma y de su cuerpo, de su pudor virginal, de su incomparable caridad, del muy agradable aroma de su benignidad, por la que atrae hacia sí a todo el mundo.

15. Su semejanza con un bello olivo (Ib), lo que representa que es de veras la Madre de la misericordia y la Reina de la paz.

16. Semejante al plátano, árbol de hojas grandes, de ramas expandidas, puede brindar sombra a los viajeros y protegerlos del sol ardiente. Con ello quiere dar a entender

que la sagrada Virgen es el refugio general de cuando recurren a ella, que los recibe con su sombra protectora y los pone a cubierto de persecuciones, tribulaciones, tentaciones, cóleras de la justicia divina y demás peligros de la vida.

17. 18. 19. La canela, el bálsamo más precioso, la mirra escogida la figuran.

20. Y cuatro clases de elementos aromáticos, entre ellos el timiama que se ofrecía mañana y tarde en el templo de Salomón. Muestran las virtudes excelentes de que está adornada la Reina de los ángeles, y de todas las acciones muy santas de su vida que difunde por doquier agradable olor que embalsama y regocija a ángeles y hombres, y a su mismo Rey. Dice san Buenaventura: *El suave aroma de María es como el aroma de la canela, como el olor del bálsamo, por su devoción y contemplación, y como el aroma de la mirra por sus mortificaciones y sufrimientos.* (Nota, todo esto es aplicación del capítulo 24 del Eclesiástico, en su versión latina de la Vulgata).

21. El Espíritu Santo le aplica así mismo el terebinto (ib), árbol que representa en primer lugar a Nuestro Señor Jesucristo en su cruz. Como Jacob rompió y enterró los ídolos que Raquel había traído a la casa de su padre, bajo un terebinto, así Nuestro Señor destruyó y aniquiló los ídolos y la idolatría de la gentilidad bajo el árbol de su cruz en su pasión. Ese terebinto también representa a María crucificada y sufriente con su Hijo para cooperar con él en el anonadamiento de los ídolos y la idolatría. “El Hijo y la Madre, estaban juntamente



crucificados, dice san Lorenzo Justiniano, el Hijo en su cuerpo y la Madre en su Corazón” (Sermón de la agonía).

22. Esta divina Madre dice lo que su Hijo dijo de sí mismo: *Que es semejante a una vid que da fruto agradable y cuyas flores son honor y honradez* (ib). El fruto de esa viña es Jesucristo. Las flores son la humildad, virginidad y caridad de María que nos ha dado este fruto adorable cuya preciosa sangre y el amor son este vino maravilloso que alegra del corazón del hombre cristiano; vino que germina vírgenes, alegra a los fieles, les hace despreciar el mundo y todas sus cosas; que olvida su interés propio para solo tener los de Dios; vino que esclarece sus espíritus para hacer discernir la verdad y la mentira, lo que agrada a Dios y lo que le desagrade; que los hace arder en amor a Dios y al prójimo; que hace fuertes en las tribulaciones; invencibles a todas las ataques del demonio, del mundo y de la carne, vino finalmente que adormece para lo temporal y mantiene alerta para las cosas del cielo. Oh sagrada Madre de Dios, conoces la sed extrema que tenemos de este vino. Di por nosotros a tu Hijo como en Caná: no tienen vino. Y eso bastará.

Después de estas imágenes, María, junto con su Hijo nos quiere decir: *Soy la Madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento, de la santa esperanza. En mí se encuentra toda la gracia del camino, de la verdad y de toda esperanza, de la virtud y de la vida* (ib). En estas palabras encontramos cuatro grandes e inestimables tesoros:

El primero es la fe, tesoro de luz y conocimiento, luz admirable por la que vemos y conocemos a Dios en su divina esencia, en sus adorables perfecciones, en sus Personas

eternas, en todos sus misterios, en cuanto mira a la humanidad de su Hijo, en su sagrada Madre, en toda la Iglesia y en todas sus obras. Lo vemos en la fe cierta e infaliblemente como Dios lo ve pues en la luz de Dios no se da la falsedad.

El segundo es la esperanza, tesoro de gozo y consolación indecible. Cuanto gozo en esperar sin confusión, apoyada y fundada en la palabra de Dios y en su verdad eterna. Esperar ver el rostro de Dios; que lo poseeremos con sus glorias, tesoros y felicidades inenarrables, que seremos uno con él; que comeremos en la mea de Dios; que seremos reyes con realeza eterna; que gozaremos el mismo reino que ha dado a su Hijo; que estemos sentados en su trono (Ap 3, 21); que por gracia y participación seremos lo que él es por esencia y naturaleza; poseeremos todos estos bienes pues el camino del cielo es más dulce que el del infierno (Mt 11, 30). Maravilloso tesoro que nos podría hacer morir de gozo.

El tercero es el temor de Dios, tesoro infinito de gracias, favores y bendiciones corporales y espirituales, temporales y eternas que Dios da a quienes le temen y le sirven. Dice Isaías ( 33, 6): *El temor del Señor es un tesoro*. Y el Eclesiástico (1, 12) nos enseña *que el temor del Señor deleita el corazón, llena de gozo y felicidad*.

El cuarto es el amor hermoso, es decir, el santo amor de Dios y la verdadera caridad con el prójimo, tesoro inmenso que contiene riquezas incomprensibles. El amor de Dios hace que dese ahora empecemos a poseer a Dios y lo tengamos no como en un cofre exterior a nosotros, sino que lo llevamos en nuestro corazón y en lo más íntimo del alma; todos los

poderes del cielo, de la tierra y del infierno son incapaces de quitárnoslo si lo queremos.

La verdadera caridad nos da la posesión de verdaderos bienes, espirituales, celestes y eternos, que hay en el universo. Nos une con los miembros del cuerpo místico de Cristo. O sea, con los ángeles y todos los santos de la Iglesia triunfante, militante y sufriente, como están unidos los miembros de un cuerpo. Todo lo de ellos es nuestro; lo que han pesado, dicho y obrado en la tierra para el servicio de Dios nos pertenece. Los ayunos, mortificaciones, limosnas, plegarias, sacrificios, comuniones son nuestros; el honor, la gloria, el amor y las alabanzas dadas a mi Dios en el cielo me pertenecen; tengo derecho de usarlo todo, incluso todo ser creado, en cielo, tierra e infierno, me pertenece para ofrecerlo a mi Señor y para hacer de ello un sacrificio para su alabanza y gloria. Qué ricos somos. *Todo es de ustedes* (1 Cor3, 22). Cuánta riqueza desperdiciamos.

¿Quién nos ha dado estas riquezas y tesoros? Después de tu Hijo tú misma, santísima Madre de Dios. Tú eres la Madre del amor y de la caridad, la Madre del temor, la Madre de la luz y del conocimiento, la Madre de la santa esperanza. En ti se encuentra *la gracia del camino y de la verdad*, es decir, cuánto hay de bueno, santo, rico precioso y deseable en tierra y cielo. En ti está *la esperanza de la verdadera vida*, de la vida eterna que consiste en conocer, amar y poseer a Dios, y de todas las virtudes necesarias para alcanzar dicha posesión. Finalmente, por ti somos liberados de todo mal, poseemos toda clase de bienes: *Con ella me llegaron todos los bienes* (Sb 7, 11).

Nos dice: *Vengan a mí todos los que me desean* (Eclesiástico 24, 26) y los llenaré de mis frutos, se colmarán y saciarán d mis bienes (Ib 24, 27). Vengan a mí. Mi espíritu es más dulce que la miel, mi herencia más sabrosa que trozo de miel (Ib 24, 28). Los tesoros que doy a mis hijos y mis herederos, los frutos con los que los sacio, no solo enriquecen y nutren, sino que colman de dulzuras y consolaciones. Los siglos se colman de la memoria y del recuerdo de mi generosidad. En toda a tierra se cantará, en mi alabanza, la benignidad, clemencia, misericordia y dulzura de que Dios me ha llenado.

Tus palabras, María, son encantadoras. Hace tiempo que resuenan en toda la tierra y llegan a nuestros oídos. ¿Hasta cuándo nos cerraremos a este reclamo? ¿Cuándo este corazón duro se deja ablandar por voz tan poderosa? ¿Hasta cuándo buscaremos consolaciones donde no se encuentra? Me duele ver toda la tierra llena de miserias y de desdichados. No parece que merezcan compasión, pues quieren permanecer en su miseria. Es necesario querer salir de ella. Escucha a san Efrén que nos habla del medio de salir de ella:

“Por ti, Virgen sagrada, somos reconciliados con Jesucristo, tu Hijo y nuestro Dios. Eres la esperanza de lo que desesperan. Eres la única abogada de los pecadores, refugio de los que carecen de socorro. Eres puesto seguro para quienes están en peligro de naufragio entre las tempestades del mar del mundo. Eres la liberadora de los prisioneros, la madre de los huérfanos, la redención de los cautivos, consuelo de los enfermos y de los afligidos. Eres la fuerza de

los solitarios y de los religiosos. Eres la corona de las vírgenes. Tú, alegría del mundo, Reina y patrona de hombres y mujeres, llave del reino de los cielos. Eres el honor, la protección y la salvación segura de todos los cristianos, que recurren a ti con afecto sincero y verdadero” (Alabanzas de la Virgen).

Y ahora san Bernardo: “¿Por qué la fragilidad humana teme recurrir a María? Nada en ella es austero, nada terrible. Es toda benigna, solo tiene leche y dulzura para quienes la invocan. Está llena de clemencia, de gracia, bondad y misericordia. Es toda para todos; su abundante caridad hace que se comporte como si ella se debiera a sensatos y a locos; abre el seno de su misericordia a todos para que participen de la plenitud de sus gracias” (Sermón del Signo grande).

¿Quiénes escuchar al mismo Padre eterno? Un día dijo a santa Catalina de Siena: Mi divina bondad dio este privilegio a María, la Madre de mi Hijo único, por haberse encarnado en ella, que cuantos la invoquen con devoción no caerán en poder del demonio. La escogí, la preparé y la puse en el mundo para atraer a mí a los hombres por su medio, en especial a quienes se separan de mí por el pecado” (Diálogo 139).

Un día a santa Brígida: “Yo soy la Reina del cielo, la Madre de misericordia, soy la alegría de los justos y la vía de los pecadores para ir a Dios. No hay pena del purgatorio que no se torne suave y soportable por mi medio; ningún pecador, por maldito que pueda ser, se priva de los efectos de mi misericordia mientras esté en la tierra, y hago que las tentaciones del demonio no lo venzan. Nadie, por alejado

que esté de Dios, si no está en el abismo de la maldición, que no pueda, por mi medio, volver a u divina Majestad y alcanzar misericordia “(Revelaciones, libro 6, cap. 10).

Quiero gritar a todos los habitantes del universo, especialmente a los pecadores o a los sufren en alguna pena o aflicción temporal: Mis hermanos, mis queridos hermanos, no dudo de que estas palabras dulces y cautivadoras de nuestra muy buena Madre conmuevan su corazón y despierten en ustedes el deseo de recurrir a ella en su estado presente. ¿Qué esperan? ¿Por qué vacilan? Vengan pronto a ponerse a sus pies. Jamás ha rechazado a alguien y no va empezar con ustedes. Es Madre llena de poder el cielo y tierra. Es la Madre de ustedes que tiene entre sus manos los tesoros de su Hijo Jesús. Madre que es todo corazón y todo amor a ustedes. Es tan bondadosa que todo su contento está en hacer el bien a quienes la invocan humildemente y con confianza filial. Vengan a ella; lo va a recibir como a sus hijos y les alanzará el perdón de sus pecados, por enormes que sean con tal que los detesten con voluntad firme de abandonarlos. Los iluminará en sus oscuridades. Los sostendrá en sus debilidades, los consolará en sus aflicciones, los hará sentar a su mesa y los alimentará con su propia carne y su propia sangre, *pues la carne de Jesús es la carne de María*, dice san Agustín, lo que puede decirse asimismo de su sangre; dice en efecto, quienes me comen tendrán más hambre y los que me beben desearán beber más; los libraré de toda suerte de males y los colmaré de infinidad de bienes. Quienes me escuchen, dice, y me obedecen no caerán en la confusión eterna; quienes en su obrar se dejan conducir por

mí no pecarán; y los que me honran y llevan a otros, por su palabra y su ejemplo, a honrarme tendrán vida eterna (Eccli 24 29-31).

## ***CAPÍTULO XIII***

### **Epístola de la misa del Nacimiento de María Con él empiezan las vías de Dios**

Está tomada del libro de los *Proverbios* y dice de ella lo que se dice de la Sabiduría eterna, que es el mismo Hijo, para resaltar la perfecta semejanza que tiene con él desde su nacimiento y su infancia.

*Dios me poseyó desde el comienzo de sus vías* (8, 22), dice. Para entenderlo hay que saber lo que son las vías de Dios. Son de dos clases: las de Dios en sí mismo y las que hay fuera de sí mismo. ¿Cuáles son las de Dios en sí mismo? Cuatro principales: primera, la vía del Padre eterno por la que sale de sí mismo para llegar a su Hijo y comunicarle su esencia y sus divinas excelencias. Segunda, la del Hijo por la que, habiendo salido de su Padre vuelve a su Padre llevando cuanto recibió de él. Tercera, la del Padre y del Hijo por la que llegan al Espíritu Santo y por la comunicación que le hacen de su divina esencia y de sus eternas perfecciones. Cuarta, la del Espíritu Santo por la que, habiendo procedido del Padre y del Hijo, regresa a la misma instancia, si las hay

en Dios, en el Corazón del Padre y del Hijo, que es su origen, llevando cuanto recibió de ellos.

La bienaventurada Virgen se encuentra en el comienzo, si es posible decirlo así, de todas esas vías de Dios en sí mismo. Como el Padre eterno es Padre de toda eternidad de su Hijo así tiene designio eterno de asociar con él a la sagrada Virgen en su divina paternidad y hacerla Madre del Hijo del que él es el Padre. Como este Padre da nacimiento desde toda eternidad a su Hijo muy amado en su adorable seno, así desde toda eternidad ha tenido el designio de hacerlo nacer en el seno virginal de María.

Como el Hijo se refiere desde toda eternidad a su Padre, contemplándolo, amándolo y glorificándolo como a su Padre, así mira y ama desde toda eternidad a la adorable María como a su Madre.

Como el Padre y el Hijo producen desde toda eternidad el Espíritu Santo, que es su Corazón y su amor, y el vínculo indisoluble que los une, tienen también el designio desde toda eternidad de dar un día ese mismo Espíritu a la santísima Virgen para ser su Espíritu y su Corazón y ser el vínculo sagrado de la maravillosa alianza que quieren hacer con ella, y para obrar en ella la mayor maravilla de su divino amor.

Como el Espíritu Santo contempla sin cesar al Padre y al Hijo y los ama y glorifica desde toda eternidad como a su principio y origen, así mira y ama desde toda eternidad a la gloriosa Virgen como la escogida para ser con él el origen del misterio de amor y caridad que es el misterio de la



Encarnación y para ser la fuente con él de todos los efectos de su amor a los hombres.

Así María se encuentra en el comienzo de las vías de Dios en sí mismo. Oh divina Virgen, dignate estar también, con el Padre y el Espíritu Santo, en el comienzo de nuestras vías, o sea, en todos nuestros designios y obras, para conducirlas y bendecirlas, y para ayudarnos a hacer todos nuestros actos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, es decir, con la fuerza y virtud del Padre, con la sabiduría del Hijo y con la caridad del Espíritu Santo

Vengamos ahora a las vías de Dios fuera de sí mismo. Por ellas él sale de sí mismo para llegar a nosotros y para que vayamos a él. Son numerosas pues las vías de Dios son todos los pensamientos y designios que tiene respecto de sus criaturas y por ellas, en cierto modo, sale de sí mismo para comunicarse con ellas.

Las vías de Dios son las acciones y las operaciones de sus divinos atributos, por las que sale de sí mismo para comunicarse con sus criaturas y obrar diversamente en la diversidad de sus obras.

Todas las perfecciones de Dios, distintas entre sí, pero no diferentes, tienen sin embargo vías diferentes porque obran, fuera de Dios, efectos diferentes. Una es la vía del poder, otra la vía de la sabiduría, otra la de la bondad, otra la de la misericordia, otra la de la justicia, otra la del amor y de la caridad.

Cada perfección tiene su propia vía en la naturaleza, la gracia y la gloria, en el cielo y en la tierra, en su conservación

y gobierno, en la obra de la redención del hombre, en su vocación, su justificación y su glorificación.

Las vías del cielo son de amor y caridad. En la tierra son de gracia y misericordia. En el purgatorio es vía de la justicia. En el infierno es vía de castigo y venganza.

Las vías de Dios son también sus mandamientos con los que nos revela su voluntad y nos muestra el camino del cielo. Según san Ambrosio son las virtudes por cuya práctica viene a vivir en nosotros y nos dispone a ir a él. San Cirilo de Alejandría considera que son los santos cuyos ejemplos y enseñanzas nos conducen a Dios.

La santa Virgen está en el comienzo de todas esas vías. Si los pensamientos y designios de Dios son vías de Dios, ella es el primer objeto de su espíritu y de su pensamiento; sus primeros pensamientos y grandes designios son para ella.

Si las operaciones de las perfecciones divinas son vías de Dios ella es su obra maestra de su incomparable poder, de su sabiduría y bondad, de su amor y caridad, en todos los órdenes de la naturaleza, gracia y gloria, en la redención, justificación y glorificación. Si los divinos mandamientos son vías de Dios ella es la primera, aún más la única, que los observa perfectamente. Si las virtudes cristianas son vías de Dios ella las practicó todas con perfección sin par. Si los santos son vías de Dios ella es la Reina de todos los santos.

Virgen admirable, cuánto razón tienes al decir que Dios te poseyó al comienzo de todas sus vías. Dios te mira desde siempre como la primera, más noble, más amable de sus criaturas. Ocupas el primer puesto en su espíritu y en su corazón. Eres el primer objeto de su amor. Sus primeros y

más ardientes afectos son para ti. Tiene el designio de elevarte por encima de todo lo creado. Dios te hace favores más señalados que a los ángeles y los santos, Quiere hacerte Señora soberana de todas sus obras. No solo te mira como la primera y más digna de sus criaturas, sino que te considera y te ama como lo único de su Corazón, de diversas maneras.

El Padre eterno te tiene como su Hija única y únicamente amada pues eres la única que fuiste concebida y amada desde toda eternidad en su seno paternal con todas las primacías y privilegios dichos. Eres la única que nació, incluso que fue concebida, en la plenitud de los tiempos, con concepción y nacimiento muy puro, inmaculado y santo, y eres imagen perfecta del nacimiento y de la concepción temporal y eterna de tu Hijo muy amado. Eres la única que te asemejas a tu Padre, siendo Madre sin padre de un Hombre-Dios como él es Padre sin madre de un Dios, siendo Virgen y Madre como él es virgen y Padre; tienes un amor a tu Hijo que es participación e imagen excelente del amor infinito que este Padre tiene a su Hijo. Eres la única que jamás ha ofendido a este Padre, sino que siempre le ha obedecido y por siempre lo ha amado, servido y honrado desde el primero hasta el último instante de tu vida terrena. Eres también la única heredera de los tesoros y bienes de tu Padre, es decir, de todas sus gracias y favores que son distribuidos entre todo el santo y que sola tú posees en plenitud, al decir de san Jerónimo. Así el Padre te ama y considera como la Hija única de su Corazón, como el tesoro de su amor (San Metodio). Después de tu Hijo, por ti los

demás hijos de este divino Padre llevan esta hermosa calidad por la que sea alabado y glorificado infinita y eternamente.

El Hijo de Dios te considera como la escogida para ser su Madre y su única Madre. Es cierto que da esta calidad a todas las almas cristianas que hacen la voluntad del Padre, pero eres Madre única por varias razones: eres la única que hizo nacer al Hijo de Dios en su Corazón y en sus entrañas. Eres la única que lo hace nacer para dárnoslo en calidad de Redentor. Eres la única que lo alimentó y nutrió con tu leche sagrada agradando a su divina Majes y muy meritoria para ti al darle tu leche virginal; según piensan santos doctores, derramando su sangre los mártires le agradaron, pero tienes más amor por él en esta acción tantas veces repetidas que los mártires en la efusión de su sangre. Eres la única que sacrificaste a este Hijo único, y únicamente amado, para la salvación del mundo. Si las demás almas fieles son sus madres lo son por participación de tu divina maternidad y solo por tu medio poseen tal ventura. Es así como este Hijo de Dios considera desde toda eternidad a esta incomparable Virgen como su Madre única por lo que sea infinitamente bendecido por siempre.

El Espíritu Santo desde siempre la contempla como su única Esposa. Las demás almas llevan esa misma calidad, pero ella de manera excelente que en su comparación son solo humildes servidoras. Solo ella lleva esa condición desde el primer instante de su vida. Jamás ha contristado a su divino Esposo con ningún pecado y siempre ha estado muy unida a él y ha seguido sus inspiraciones y voluntades. Solo ella le ha sido muy semejante por su pureza, santidad, amor y caridad.

Solo ella ha tenido un solo corazón y un solo espíritu con su Esposo. Solo en ella el Espíritu Santo formó e hizo nacer al Hijo de Dios y al Hijo del hombre. Solo en ella y por ella el Espíritu Santo ha hecho nacer a todos los hijos de Dios con un nacimiento nuevo, que los hace hijos de Dios e hijos de la Madre de Dios. Por ella las demás almas pueden llamarse esposas del Espíritu Santo.

Madre admirable, así eres desde siempre la Hija única del Padre, la Madre única del Hijo, la Esposa única del espíritu Santo. Lo eres desde tu nacimiento y de tu infancia. Así estás en el comienzo de sus vías.

No solo está en el comienzo de sus vías, sino que es comienzo, principio y causa de ellas, después de la Sabiduría eterna, según el sentir de célebres teólogos.

¿No es ella, después de su Hijo Jesús, la fuente de todos los designios de bondad y de misericordia que Dios tiene de todas sus criaturas y de los efectos que la divina caridad ha obrado en el género humano pues es la Madre de quien es su principio? Por ella principalmente Dios creó el mundo, dice san Bernardo (Sermón 61). Y san Bernardino de Siena anota que más por ella que por los demás hijos de Adán, el Hijo de Dios vino al mundo, se encarnó y obró sus demás misterios, y que por tanto la encarnación, la redención, la justificación y glorificación es primero por ella. Recuerda que los rigores de la justicia divina son aliviados por su medio en el purgatorio, y la ira de Dios no ejerce en los infiernos todo su rigor con los réprobos.

Además, esta gran princesa es el honor y la perfección de todo lo hay en el orden de la naturaleza pues en ella y por

el ella el creador de todo se unió al hombre que es el compendio del mundo natural.

Escucha a san Juan Damasceno que por ella la naturaleza depravada por el pecado se renovó. Y san Anselmo dice que por todas las criaturas son restablecidas en su primera condición. Y san Buenaventura añade que: Por tu disposición, Virgen santísima, el mundo subsiste en cuya fundación cooperaste con Dios en el comienzo. Finalmente, ¿no es esta Madre de gracia que es la fuente, después de Dios, de cuanto hay en el orden de la gracia? ¿No es ella la corona de la gloria y la causa de todas las alegrías que los bienaventurados poseen en el cielo?

Eres así, admirable María, el comienzo de las vías de Dios y tienes por tanto maravillosa semejanza con tu Hijo muy amado. Que él sea eternamente bendecido por haberte comunicado tan excelentemente las divinas perfecciones y haber empezado a comunicártelas desde el momento de tu concepción y nacimiento.

## ***CAPÍTULO XIV***

### **Continúa la epístola de la misa de la natividad de nuestra Señora**

Sigue hablando esta admirable Virgen. Todavía no existían los abismos o mares, aún no habían brotado las fuentes de las aguas, aún no había colinas, ni montañas, ni fuentes, ni ríos, y Yo estaba ya concebida (1). ¿Qué quiere decir esto, sino que Dios que la predestinó desde toda la

eternidad para ser la más noble y más digna de todas las criaturas, mirándola desde toda la eternidad según había de ser en el momento de su concepción y de su nacimiento, la prefirió a toda la Iglesia, que es un abismo de luces y de gracias; y la estimó y amó más que a todos sus ángeles y santos, representados los primeros por las montañas y por los ríos y los segundos por las fuentes, por las colinas y por la tierra? Porque los más altos de los Santos son montañas de perfección y ríos de gracia, y los menores son colinas situadas más bajas que las montañas, y fuentes que no llevan aguas de gracia con la abundancia de los ríos, son tierras de bendición que dan frutos de virtud y santidad. Pero la Virgen gloriosa es una tierra santa elevada por encima de todos los cielos. Es una tierra que ha hecho bajar el cielo a la tierra, que ha trocado la tierra en un cielo; más, que ha levantado la tierra por encima del cielo. Es una tierra que ha dado a luz un cielo, y el cielo de los cielos. Es una tierra que nos ha producido el fruto de vida un fruto que nos es infinitamente más precioso que todo lo que hay en el cielo y en la tierra: La tierra ha dado su fruto (Sal 67, 7).

No es sólo una colina, sino una montaña por la eminencia de su santidad, una montaña cuyas raíces y fundamentos están colocados sobre la Cima de los más altos montes, es decir, cuyas primeras gracias que le fueron dadas en su nacimiento y en su concepción, sobresalen por encima de las más altas perfecciones de los mayores Santos: Monte que tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes (Is 2, 2). Es una fuente que riega toda la tierra y que hace que sus aguas salten hasta el cielo; fuente que produce

un mar inmenso, Jesucristo Nuestro Señor, que es océano sin fondo y sin riberas de toda clase de bienes y bendiciones.

Es río maravilloso que «alegra y regocija la ciudad de Dios» (Sal 46, 5). Río de vino celestial, río de agua de vida, río de paz, río de leche, río de miel, río de delicias. Porque podemos decir con toda verdad que no hay en el mundo quién sepa lo que es la paz del mundo, la alegría del corazón, las verdaderas delicias y el paraíso en la tierra, sino los que beben con frecuencia de las santas aguas de este río, es decir, los que sirven, honran y aman ardientemente a la amabilísima María.

En fin, es el abismo de los abismos, es una mar inmensa que no sólo abarca todas las aguas de las gracias que están en el mar de la Iglesia, sino que les supera en cierta manera infinita. «Es un abismo de humildad», dice San Ildefonso. «Es un abismo de luz, abismo de sabiduría, abismo de gracia», dice San Bernardo. «Es un abismo de milagros», dice San Juan Damasceno. Es un abismo de bondad que atrajo a sí y a la tierra un abismo de misericordia y de caridad. ¡Ah, piérdame yo para siempre en este abismo! quede sumergido como una gota de agua en este mar para ser transformado en sus divinas aguas, y para no ser más que una misma cosa con mi santísima Madre, en unidad de espíritu, ¡de corazón y de voluntad!

En consecuencia de lo dicho, nos asegura ella que estaba presente con el Creador del universo, cuando extendía los cielos y regulaba los movimientos de los astros, y cercaba los abismos, cuando formaba el aire y los vientos y cuando suspendía en el aire las fuentes de la lluvia y del rocío,



que son las nubes; cuando circunscribía al mar en sus términos, e imponía ley a las aguas para que no traspasasen sus límites, cuando asentaba los cimientos de la tierra. Con él estaba yo disponiendo todas las cosas» (Prov 8, 30).

¿Cómo se entiende esto? ¿De qué manera esta sagrada Virgen estaba con Dios en la creación del mundo, y de qué manera lo hizo todo con Él? Estaba con él porque la llevaba siempre en su espíritu y en su corazón y miraba cuidadosamente todas las perfecciones naturales y sobrenaturales que estaban diversamente repartidas entre todas las criaturas para un día recogerlas y reunir las a todas juntas en aquella a quien había destinado para ser la Señora soberana del universo. Por esta razón San Epifanio la llama: «Misterio del cielo y de la tierra», porque Dios puso en esta Virgen maravillosa como en resumen y compendio, todo lo que hay de hermoso, bueno y excelente en la tierra y en el cielo. «María, dice Arnoldo de Chartres, es un compendio de todas las obras de Dios, porque Dios puso en Ella sola todas las perfecciones distribuidas en las demás criaturas».

No sólo estaba con Dios cuando hacía el mundo, sino que en cierta manera lo hacía todo con él. Primero, porque entre las causas por las que Dios hizo el mundo, es María una de las principales; puesto que, como nos declara San Bernardo, por Ella fue hecho el mundo. Ciertamente, cuando Dios creó este vasto universo, tuvo delante de sus ojos a todos los hombres en general que habían de existir hasta el fin de los siglos, y a cada uno en particular, y por cada uno de ellos en particular lo creó; pero, al mirar a la preciosísima María como la primera y más noble de todas sus criaturas, y

amándola más a ella sola que a todas las cosas del mundo, no admite duda que más lo hizo por Ella que por todos los ángeles y hombres juntos.

En segundo lugar, puede decirse con mucho fundamento que sin ella no hubiera sido hecho el mundo, y que estando Dios dispuesto a hacerlo y previendo que se revelaría pronto contra su Criador y se perdería, lo hubiera dejado en la nada, si su divina sabiduría no le hubiese puesto ante los ojos a esta Virgen incomparable, por medio de la cual había de ser reparado. Este es el sentir de muchos grandes teólogos. Además de esto, asegura san Bernardino de Sena que, como consecuencia del pecado del primer hombre, toda la naturaleza humana debía ser reducida a la nada y que Dios la conservó en consideración a esta divina Virgen. Lo cual bien puede decirse de todo el mundo, puesto que, habiendo sido hecho por el hombre, debía ser aniquilado con el hombre.

Pero sigamos escuchándola: Eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia, el holgarme en la creación del universo (Prov 8, 30-31). Para entender esto, nota en primer lugar que esta sagrada Virgen jamás se proporcionó satisfacción alguna mientras estuvo en la tierra, si no fue en seguir en todo y por toda la santísima voluntad de Dios. Nota en segundo lugar, que esta disposición y este estado de su corazón y de su alma estaban siempre presentes a Dios desde el comienzo de los siglos, como si estuviera ya en el mundo; y que el Espíritu Santo la hace hablar así a fin de excitarnos con su ejemplo a amar a Dios como ella le amó y a menospreciar todas las falsas alegrías del mundo, para

poner todo nuestro contento en contentar a, aquel que es todo corazón y todo amor para con nosotros. En tercer lugar, nota que, como Ella puso todas sus delicias en agradar a Dios, también Dios la ha amado tanto, que ella misma dijo un día a Santa Matilde, y era en la fiesta de su nacimiento, que la Santísima Trinidad se había complacido tanto en ella desde la eternidad que todas las acciones de su infancia eran como un gratísimo recreo a los ojos de su divina Majestad, y que esto estaba expresado en estas palabras: holgándome continuamente en su presencia.

No me admiro, mi buenísima Madre, de que vuestro corazón virginal no haya puesto sus delicias si no en quien es el único manantial de toda delicia; pero permítanme decirles que me sorprenden estas palabras que vienen a continuación: Son todas -mis delicias el estar con los hijos de los hombres. ¿Qué delicias podéis tener con monstruos de ingratitud que os han causado tantos dolores, que os han hecho derramar tantas lágrimas, que han dado muerte cruelísima a vuestro amado Hijo, y que todavía le crucifican todos los días? ¿Qué delicias puedes tener con los que encuentran tanto fastidio y amargura en conversar con su Hijo y contigo, y que ponen todo su placer en los vanos pasatiempos del mundo? ¡Ah, es que no tienen más que un corazón y un mismo sentimiento con tu Jesús! El amor infinito que tiene a los hombres, aunque son infinitamente indignos de él, le obliga a decir que sus delicias son estar con los hijos de los hombres; y el exceso de vuestra caridad os lleva a decir y a hacer la misma cosa. ¡Ah, me entrego a este amor y a esta caridad con todo mi corazón, para protestar

ante el cielo y la tierra que quiero tener todas mis delicias en mi amadísimo Jesús y en mi queridísima María, y para pedirles que fuera de ellos no encuentre más que amarguras y suplicios.

Pero, aun tienes algo que decirnos, oh Madre admirable. Habla porque los que te aman, te escuchan. Ahora, pues, dice ella: hijos, escúchenme. Bienaventurados los que siguen mis caminos. Entren en la amable escuela en que yo deseo instruirlos: aquí aprenderán la ciencia de los santos y la verdadera sabiduría. No desechen mis instrucciones. Bienaventurado el hombre que me escucha y que vela continuamente a las puertas de mi casa y está en observación en los umbrales de ella para lograr entrar. «Quien me halle hallará la vida, y recibirá del Señor todas las gracias necesarias y convenientes para su salvación, y con tal abundancia que marchará con facilidad y gozo por los caminos del cielo” (Prov 8, 32-35).

Sí, Virgen santa, porque eres la tesorera general de todas las gracias. Jamás Dios ha otorgado gracia alguna que no haya pasado por vuestras benditas manos; y después del fíat que pronunciasteis para dar vuestro consentimiento al misterio de gracia y de amor que se obró en Vos y por Vos, cuando el Hijo de Dios se encarnó, pesa tanto vuestro adorable fíat ante la Majestad divina, que no concede ni concederá gracia alguna a nadie, ni dará por buena petición alguna sin conocer antes el fíat de María.

Acaban de ver cómo el Espíritu Santo hace hablar a esta divina María el día de su nacimiento; aquí tenéis cómo le hacen decir de ella las mismas cosas que su Hijo de sí mismo

dice y cómo le aplica los mismos elogios y las mismas cualidades que pertenecen a la eterna Sabiduría; aunque con esta diferencia, que el Hijo las tiene por naturaleza y por esencia, y en un grado infinitamente más excelente que su Madre, y ella no las posee sino por gracia y participación, pero en grado sublime y excelente.

Me preguntarán quizás cómo es que el Espíritu Santo puede aplicar con toda verdad a esta sagrada Virgen todas estas maravillosas excelencias desde el día de su nacimiento y aún de su concepción. Es que la mira desde entonces, según lo que es en los grandes designios que Dios tiene sobre ella, y mira en ella el principio, la raíz y el fundamento de estas grandes cosas. ¿Cuál es este principio y este fundamento? Es la gracia eminentísima que Dios puso en su alma desde el momento de su concepción, y que fue mucho más excelente en el punto de su nacimiento: gracia proporcionada a los grandísimos designios que desde entonces Dios tiene sobre ella y a la elección que de ella hizo para ser la Madre de su Hijo; gracia que la hace más santa desde el primer instante de su vida que el más alto serafín y el mayor de todos los Santos en el último grado de su santidad. «La Virgen Madre de Dios, dice San Bernardino de Sena, puso los primeros cimientos de su santidad sobre el más alto grado de toda santidad humana y angélica»; gracia que además la eleva desde el primer momento de su vida por encima de todas las cosas creadas, y que le acerca y le une a Dios de inexplicable manera; gracia que le hace entrar en la más digna y más estrecha alianza con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, que jamás existió; gracia, en fin, que comienza a

hacerla más semejante a quien pronto ha de ser su Hijo y de quien ella pronto será la Madre, a quien ha formado ya y hecho nacer en su corazón.

¡Oh Virgen incomparable, oh admirable Niña, si encierras en ti tantas maravillas desde el momento de tu nacimiento y aún de tu concepción, ¿qué será cuando hayáis concebido y dado a luz al que es la primera fuente y soberano Autor de todas las maravillas. ¡Oh, qué razón tiene uno de tus siervos para decir: «Oh tres veces sagrada santa Madre de Dios, quien dijere de ti todas las cosas más ilustres y gloriosas que se pueden decir y pensar no se equivocará"! Con razón la santa Iglesia pronuncia su anatema en un concilio general contra quien no quiera reconocer que eres más excelente en dignidad y santidad que todas las criaturas visibles e invisibles.

¡Gracias infinitas y eternas sean dadas a la Santísima Trinidad, por haber hecho en Vos cosas tan grandes y tan admirables, aun en vuestra infancia!

## ***CAPÍTULO XV***

### **Es probable que el parto de santa Ana haya sido sin dolor**

Es el sentir de varios grandes teólogos. Aporto algunas de sus razones:

1. Se admite generalmente que, si el hombre y la mujer hubieran permanecido en el estado de inocencia original, la

mujer hubiera dado a luz a sus hijos sin dolor, pues en castigo de su pecado le fue dicho: *Con dolor darás a luz tus hijos* (Gn 3, 16). Puesto que el alumbramiento de nuestra admirable Virgen no fue manchado por la culpa original no debe sufrir los efectos de ese castigo. El Espíritu Santo la compara con el nacimiento de una estrella que disipa las tinieblas y trae la luz; *Nacerá una estrella de Jacob* (Nm 24, 17). María no es como los demás hijos de Adán anota san Ildefonso.

2. Si el estado de inocencia hubiera dado ese beneficio a las madres de verse exentas de las penas que ahora experimentan cuanto más el nacimiento de la Madre de un Dios puede dar este privilegio a quien la ha hecho nacer pues ese nacimiento es fuente de gracias y bendiciones para todo el género humano, mayores y más abundantes que las que estaban en el estado de inocencia.

3. Si Dios sacó a la primera mujer del costado del hombre sin dolor por qué tendríamos dificultad en aceptar que el nacimiento de la segunda Eva, que le es infinitamente más querida y preciosa que la primera, de las benditas entrañas de santa Ana, haya sido sin dolor alguno.

4. Si santa Ana se llenó de gozo inconcebible en la concepción milagrosa e inmaculada de su santa hija María, según lo reveló a santa Brígida, hay motivo para creer que el nacimiento de esta divina Niña fue semejante a su concepción.

5. Los dolores que las otras madres sufren al alumbrar a sus hijos son consecuencia de la sensualidad y la concupiscencia carnal, hay santos Padres que dicen que fue concebida sin placer sensual. La sensualidad no tuvo parte en la concepción

de nuestra santa Niña como lo dio a conocer a santa Brígida. Por tanto, concluimos que su nacimiento fue indoloro.

6. Flavio Josefo (Atigüedades judías) asegura que Jocabed, madre de Moisés no sufrió dolor de parto cuando dio a luz a ese santo profeta. Tomás de Kempis, en la vida de santa Liduvina, dice lo mismo respecto de esa santa. Ana, duquesa de Ustronia, recibió esa gracia por la oración de san Estanislao de Kostka, jesuita, como se lee en su vida, impresa en Roma, El padre Juan de Jesús María, carmelita descalzo, cuenta, en un libro sobre los actos ilustres de santa Teresa, que, habiendo implorado el socorro de esa santa, dio a luz sin dolor.

Si por intercesión de esos santos Dios obró tales portentos en el parto de esas madres en estado de pecado y perdición, ¿no es posible persuadirse de que la madre de la Reina de los santos tuvo el mismo privilegio al dar a luz en la plenitud de las gracias?

7. La Iglesia canta en la Natividad de nuestra santa Niña: *Tu nacimiento, Virgen Madre de Dios, llenó de gozo el universo*. Si todos se regocijaron cuando santa Ana alumbró a esta divina Niña, ¿será posible que la hija y la madre, no hubieran tenido parte en ese gozo universal, del que eran fuente, sino que este nacimiento hubiera estado sometido al dolor y las lágrimas para una y otra? En este mundo no hay quizás dolor mayor que el parto; para esta hija, que tenía uso de razón y tenía amor indecible a su madre, qué suplicio hubiera sido verla sufrir sabiéndose causa de los dolores muy violentos de una madre a la que amaba mucho más de lo que podemos pensar.



Los santos Padres, oráculos de la Iglesia, son unánimes en decir que Dios trajo esta Virgen admirable para liberarnos, por su medio, de toda clase de males y colmarnos de toda suerte de bienes. ¿Será posible pensar que la divina bondad haya permitido que esta cariñosa Niña hubiera causado los dolores más sensibles que se pueden tener en la tierra cuando se da a luz, en la persona que amaba más y con quien tenía tanta obligación?

No, no puede ser, mi muy buena Madre. Aunque los hijos de Adán te hicieron sufrir los más crueles tormentos imaginables, jamás hubieras afligido y contristado a nadie; por el contrario, ofreciste y sacrificaste la preciosa sangre y la vida admirable de tu Hijo único y muy amado, por esos mismos que le arrancaron el alma del cuerpo con crueldades indecibles. Tienes tanto amor a todos que tu gran contento es hacerles bien y gozas cuando se te piden favores y gracias.

Madre mía, buena y amabilísima, haz que participe de tu incomparable benignidad y obtenme de tu Hijo la gracia de que, a tu imitación, no diga ni haga algo jamás que cause aflicción o tristeza a mi prójimo; que todo mi contento sea hacer el bien a todos, en cuanto me sea posible, por el amor tuyo y de tu Hijo.

## ***CAPÍTULO XVI***

### **Tres dones especiales del nacimiento de la santa Virgen Cómo honrar los nueve meses que permaneció en el seno de su madre**

Vamos a considerar tres clases de dones rarísimos y preciosísimos que se dan el día del nacimiento de la sacratísima Virgen. Dones incomparables que la Santísima Trinidad hace a María; dones inestimables que ella hace a la Santísima Trinidad y dones inconcebibles que a nosotros en Ella y por Ella nos vienen.

¿Cuáles son los dones que las tres Personas divinas hacen a nuestra bienaventurada niña en el momento de su nacimiento? Son dones infinitamente preciosos. Porque, aparte de que Padre, Hijo y Espíritu Santo le hacen los mismos dones en substancia que le hicieron en el momento de su Concepción, aunque con un aumento que raya en lo infinito, el Padre eterno, mirándola como a su Hija única y únicamente amada, la constituye heredera universal de todos los bienes que posee, tanto en sí como fuera de sí, en la naturaleza, en la gracia y en la gloria. Pero le hace sobre todo cinco inestimables dones: Primeramente, le comunica su adorable paternidad, comenzando a revestirla de la divina virtud por la que El produce a su Hijo en su seno paterno, para' disponerla a hacerle nacer de su seno virginal, y consiguientemente le da a este mismo Hijo para que sea su Hijo único, corno lo es de su Padre; y le da al poder de hacerle nacer desde entonces en su corazón. En segundo lugar, le da

a todos sus demás hijos, para que sea ella de todos madre, aya y nodriza, como debe ser madre, aya y nodriza de su Hijo Jesús. En tercer lugar, le comunica el amor paternal que tiene a su Hijo primogénito y a todos los demás hijos. En cuarto lugar, le comunica también el nombre y la cualidad que lleva de Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, haciéndola Madre de misericordia, Madre de todos los miserables, Consoladora de todos los afligidos que recurran a ella en su aflicción.

En quinto lugar, como a este Padre Todopoderoso se atribuye especialmente el poder, se lo comunica también de una manera especial a ésta admirable Virgen dándole uno tan general y maravilloso que los santos Padres hablan de ella de la manera que vais a oír: *Dios te ha dado tan gran poder, le dice san Anselmo, que nada hay que con él no te sea posible.*

Habiéndola hecho Madre del Hijo, dice el doctor y piadoso Eusebio Emiseno, le ha dado autoridad soberana en el cielo y en la tierra. *Nada hay que sea capaz de resistir a tu poder, dice Jorge, arzobispo de Nicomedia, nada que pueda oponerse a tu fortaleza. Todo se rinde a tu mandato, todo se somete a tu imperio, todo sirve al poder que Dios te ha dado.*

Estos son los dones que el Padre eterno ha hecho a nuestra divina Niña:

El Padre y el Hijo le dan su divino Espíritu y su amabilísimo corazón para que sea su espíritu y en corazón. El Hijo de Dios le da cuatro grandes cosas: Primero le comunica su infinita sabiduría de eminentísima manera. Segundo, le comunica su divina filiación de una manera tan excelente que la hace Hija

única de su Padre, como él es su Hijo único. Tercero, él mismo se da a ella en calidad de Hijo, comunicándole poder y autoridad de Madre sobre él. Cuarto, al someterse a su autoridad, somete también a ella todas las cosas que de él dependen. El Hijo de María, dice san Juan Damasceno, ha sometido todas las cosas creadas al imperio de su Madre. Jesús, dice un santo abad, es el soberano Señor, María es la Señora soberana de todas las criaturas. Quienquiera que doble sus rodillas ante el Hijo, lo hace también ante la Madre, aunque de diferente manera.

El Espíritu Santo le concede igualmente tres grandes dones: Primero, se da él mismo a ella en calidad de Esposo. Segundo, no sólo le da alguna parte de sus bienes, sino que la hace entrar en comunidad de bienes con él, dándoselo todo sin reserva alguna. Pone en su mano la llave de todos sus tesoros con pleno poder para enriquecer con ellos a sus hijos, y distribuirlos, dice san Bernardo, a quien quiere, cuando quiere y como quiere. Tercero, como el Padre le comunica su poder y el Hijo su sabiduría, el Espíritu Santo la hace también participante, y en altísimo grado, de su incomprensible bondad. Por esto, como tiene todo poder de socorrer y favorecer a los que la invocan y es muy industriosa para encontrar toda clase de medios a fin de cooperar a la salvación de los hombres, se encuentra completamente transformada en bondad y dulzura con los que se dirigen a ella con humildad y confianza. No le falta el poder a María, dice san Bernardo, porque es la Madre del Todopoderoso; ni recursos porque es la Madre de la sabiduría; ni bondad, porque es la Madre de la misericordia. Son dones que las tres

divinas personas hacen a la bienaventurada Virgen en su nacimiento. Bien sé que por entonces no tiene aún María el uso perfecto de tantos bienes, pero esto no quita que estén en ella radicalmente y que con toda verdad le pertenezcan, como la pedrería, hermosos muebles y rica hacienda que daría un rey a la princesita que acabara de nacer o que le perteneciera por título de nacimiento, sería realmente de ella por más que aún no pudiese disfrutar de sus bienes satisfactoriamente.

¿No es cierto que esta divina princesa ha nacido para ser la Hija única del Padre eterno, la Madre del Hijo de Dios, la Esposa del Espíritu Santo y la Reina del cielo y de la tierra, ¿y que no ha nacido sino para esto? Y por consiguiente además de que todas las cosas susodichas le son dadas por la real magnificencia del soberano monarca del universo, ¿no es cierto que le pertenecen también por derecho de nacimiento como es debida la dotación a la persona noble y distinguida de que acabamos de hablar?

Veamos ahora los dones raros y extraordinarios que esta santa niña hace a Dios en el momento de su nacimiento. Para decir mucho en pocas palabras, da ella a Dios todo lo que ha recibido de su divina liberalidad. Le hace entrega de un don que no tiene semejante en todos los siglos pasados. Le da algo que le es incomparablemente más agradable que cuanto le ha sido dado en el cielo y en la tierra, desde que el mundo es mundo. ¿No es cierto que esta preciosa niña vale más que diez mil mundos? Pues bien, ella se da toda a Dios en el instante de su nacimiento, y con mucho más amor y perfección que en el momento de su concepción: le da su

cuerpo, su alma, su corazón, su vida, su espíritu, todo lo que tiene, puede y es, y todo lo que eternamente podrá.

¿Quieres saber ahora lo que la divina bondad nos da el día del nacimiento de nuestra divina Madre? Tres dones inestimables: ¿Cuál es el primero? Pon ante tus ojos todos los dones y gracias que Dios hace a esta sagrada Virgen, cuando acaba de nacer en el mundo, y date cuenta de que a ti y a todos hace todos estos mismos dones y todas estas mismas gracias, porque se las hace para hacerla digna de darte un Salvador y de cooperar con él a tu salvación, y a fin de hacerla bastante poderosa, sabia y buena para hacer oficio de reina, de abogada, de protectora tuya y de todo el género humano.

¿Cuál es la segunda cosa que Dios nos da el día del nacimiento de nuestra preciosa Niña? Es un don inconcebible que debe colmarnos de indecible júbilo. Nos da a esta amable Niña y nos la da en la condición más honorable y más ventajosa para nosotros que puede existir, es decir, en condición de Madre, como después veremos, al llenar su corazón de un amor maternal que jamás ha tenido igual.

¿Cuál es el tercer don que la divina liberalidad nos hace en el nacimiento de la Madre de la gracia? Representate todos los bienes temporales y eternos que proceden del misterio de la encarnación; nos son dados en el momento del nacimiento de aquella que, después de Dios, es el manantial de todos esos bienes, puesto que Dios nos la da a ella misma en tan feliz momento. Oye a san Juan Damasceno que le habla de esta manera: *Eres, Virgen sagrada, la fuente de la verdadera luz; eres el tesoro inexhausto de la mima vida; eres*

*fuelle abundantisima de bendiciones; eres, en fin, la causa y la Madre de toda clase de bienes que por ti poseemos.*

Es la causa de todo el bien que hay en el mundo, dice Alberto el Grande; raíz de toda clase de bienes, dice Crisipo, sacerdote de Jerusalén; por ella, dice el Sabio idiota, en ella, y de ella, tiene y tendrá el mundo todos los bienes que ha recibido de Dios. “Por ella, dice el sabio Idiota, en ella, de ella el mundo posee y poseerá todos los dones recibidos de Dios”. ¿Qué te daremos, santa Madre de Dios, ¿por todas las riquezas que por ti hemos recibido?

Esto es lo que nosotros debemos darle; lo que ella desea y espera de nosotros; el don que sus verdaderos hijos deben hacerle. Es nuestra reina y nuestra Madre que hace su entrada en el mundo el día de su nacimiento; vayamos a postrarnos a sus plantas, para ofrecerle nuestros respetos y nuestros dones.

Niña divina, postrados a tus sagradas plantas con toda la humildad y devoción que me es posible, te saludo y honro como a mi reina y mi Madre juntamente. Doy gracias infinitas a mi Dios porque te dio a mí con todos los favores que te ha hecho en tu nacimiento. Yo también te doy, Madre mía, mi cuerpo, mi corazón, mi alma, mi vida, con todas sus pertenencias, todo lo que tengo, puedo y soy y puedo ser, protestando ante ti que no quiero ser, ni vivir, ni hacer, ni decir, ni pensar, ni sufrir nada, sino por la gloria de tu Hijo y por tu honor. Dígnate ofrecerme a él y suplícale que emplee el brazo omnipotente de su infinita bondad para destruir en mí cuanto le desagrade y establecer perfectamente el reinado absoluto del divino amor de Jesús y María.

Para concluir ese capítulo, diré algo digno de ser notado, que santa Matilde, habiendo orado en la fiesta del nacimiento de María, que le hiciera conocer como quería ser honrada en ese día, le recomendó que dijera tantas Ave María como días había permanecido en la bendiga entraña de su madre santa Ana. Encuentro también en los libros de santa Gertrudis, hermana de santa Matilde, que con ella vivía en el monasterio que la misma Virgen le aseguró que quienes practicaran esta devoción serían partícipes eternamente en el cielo, de manera especial, de todos los gozos que tuvo en este mundo y que tendrá por siempre en el otro, por todas las virtudes que practicó para las que la santa Trinidad había preparado su alma desde que estaba en el vientre de su madre santa Ana.

Si quieres hacer algo del agrado de nuestra divina Madre, recuerda recitar todos los días, durante la octava de la Natividad de nuestra Señora, treinta y cinco Ave Marías y en el último día de la octava habrás dicho tantas como días estuvo en el vientre materno. Diles en honor de cuanto pasó en su alma santa durante aquel tiempo, para agradecerla toda la gloria dada a Dios y para rogarle que te asocie al honor y alabanzas dadas a su divina Majestad durante esos nueve meses, para reparar así el deshonor que le diste mientras estuviste en el vientre maternal. Al fin de cada decena di un *Pater* para agradecer a la santa Trinidad todas las gracias conferidas a esta santa Niña y por ella a santa Ana y a san Joaquín y a todo el mundo



## ***CAPÍTULO XVII***

### **Séptimo misterio: el santo nombre de María**

Es una máxima infalible, dice Alberto el Grande, y todos los demás santos doctores están conformes con ello, que no sólo todos los favores con que Dios ha honrado a sus Santos han sido concedidos a la Reina de todos los Santos, sino que le ha sido dado todo lo que puede contribuir a su gloria, y con tanta excelencia sobre todos los habitantes del cielo, cuanto es lo que a todos ellos les aventaja en dignidad y santidad. Por esto, si el nombre del patriarca Isaac fue revelado por un ángel a su padre Abraham, y si el nombre de san Juan Bautista fue anunciado por un mensajero del paraíso a su padre Zacarías y a su madre santa Isabel, no debe dudarse que el sacrosanto nombre de María haya venido del cielo, siendo traído por el bienaventurado arcángel san Gabriel, que siempre fue empleado en todas las cosas que pertenecen al misterio adorable de la encarnación que tuvo lugar en las sagradas entrañas de la divina María. Este glorioso arcángel por orden expresa de la Santísima Trinidad, fue enviado del cielo a san Joaquín y a santa Ana, para declararles que su divina Majestad quería darles una hija, y que su nombre sería María, cual le fue el impuesto algunos días después de su nacimiento por el mismo San Joaquín, conforme al mandato recibido de Dios por boca del ángel.

Este es el sentir de san Jerónimo, de san Juan Damasceno, de san Andrés de Jerusalén y de muchos otros santos Doctores. De donde hay que inferir que habiendo

venido este santo nombra de María del cielo, por orden del soberano Monarca del cielo y de la tierra, ha salido del corazón adorable de la Divinidad: El nombre de María, dice san Pedro Damián, es arrancado del tesoro de la divinidad.

Encontrándose el hombre miserablemente perdido, y buscando el Padre de las misericordias el medio de salvarle, he aquí que aparece el nombre de María en los tesoros de su divina sabiduría y se presenta a los ojos de su divina honda(), a la vista del cual este Dios de todo consuelo da, un decreto, en sus divinos consejos, por el que esta gran obra de la redención de los hombres y de la reparación del mundo sea hecha por María,, en María, de María y con María; a fin de que, como nada se hizo sin el Verbo encarnado, nada sea reparado sin la Madre del Verbo encarnado. Esto piensa ese santo cardenal que nos hace ver que el sagrado nombre de María salió del tesoro de la divina caridad donde se mantenía oculto desde toda la eternidad.

No hay que asombrarse, por tanto, si este precioso nombre contiene en sí todas las maravillas que vamos a considerar.

## **CAPÍTULO XVIII**

### **Diez y siete interpretaciones de este santo nombre según los Padres y doctores notables Su etimología hebrea, siríaca, griega y latina**

La primera interpretación del santo nombre de María es de san Ambrosio, que dice que María significa *Dios nacido de mi raza*. Lo que da a entender que, habiendo Dios nacido de la nobilísima raza de María, hija de Joaquín y Ana, hay en esta raza real una Madre de Dios. Esta Madre no puede ser otra que esta bienaventurada María, porque la Madre de Dios debe ser virgen: *Una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo* (Is 7, 14); y esta divina Madre es virgen y la Reina de las vírgenes, y la primera que hizo voto de virginidad, por lo que Dios sea eternamente alabado y glorificado.

La segunda interpretación es de san Jerónimo, de san Atanasio, de san Anselmo y de otros varios que nos enseñan que María quiere decir: *Señora del mar*; lo que señala el gran poder de la bienaventurada Virgen. *El Hijo y la Madre no tienen sino un mismo poder*, dice Ricardo de San Lorenzo. Siendo el Hijo todopoderoso, hace a la Madre todopoderosa.

¡Oh María, sé verdaderamente nuestra María, es decir, sé nuestra Señora soberana y absoluta: *Domina tú en medio de tus enemigos* (Sal 110, 2). Establece tu dominación en nuestras almas, a pesar de todos tus enemigos, que son nuestra propia voluntad, nuestro amor propio, nuestro propio juicio y todas nuestras pasiones desarregladas. Sé la

Reina de nuestros corazones, para guiarlos y regirlos en todas las cosas, según la voluntad de vuestro Hijo.

La tercera interpretación es de san Efrén, san Epifanio, de santo Tomás

quienes nos enseñan que María quiere decir: *Iluminada, iluminadora, iluminante*. ¡Oh María, sé María para nosotros, sé nuestro sol, esclarece nuestras tinieblas. No permitas que nos durmamos en la muerte del pecado, sino haz que conozcamos su horror para odiarlo y huir de él, que conozcamos a Dios para temerle y amarle, que conozcamos el mundo para despreciarlo, y que nos conozcamos a nosotros mismos para humillarnos.

La cuarta interpretación es de los mismos santos Efrén, Epifanio, y otros que acabo de citar y dicen que *María y luz de Dios* es una misma cosa. ¡Oh María, luz de Dios, luz que eres una excelentísima participación de la luz esencial, luz que eres la Madre de la Luz eterna, sé la luz de nuestras almas y ten compasión de tanto ciego desdichado que se precipita en las tinieblas horribles del pecado y del infierno.

La quinta interpretación es del santo Abad de Celles, en la diócesis de Lisieux, en Normandía, que por humildad se llamó el Idiota, y cuyo nombre verdadero es Raimundo Jourdain. Dice que María significa *Doctora, Maestra del mar, del pueblo*, la que Dios puso en el mundo para enseñar a los hombres, para ser la maestra de los pueblos, designados por las aguas del mar. *Maestra de las gentes*, dice San Agustín, a fin de enseñarles la ciencia de los santos, la ciencia de la salvación y la doctrina del cielo, no sólo con su ejemplo sino también con sus palabras; lo que ella realizó con los mismos

apóstoles, después de la Ascensión de su Hijo. Por esta razón es llamada por san Agustín y por San Crisóstomo la Maestra de la piedad y de la verdad; y por el devoto abad Ruperto, Maestra de la religión y de la fe, Maestra de las maestras; y por el piadoso abad Blosio, la Maestra de los evangelistas; y por san Gregorio el Grande, la Maestra de todos los doctores; y por Ricardo de San Lorenzo, la Boca de la Iglesia; y por toda la Iglesia, la Reina de los apóstoles y la Reina de los evangelistas». ¡Oh divina Maestra, dichosos los que estudian en tu escuela! ¡Sea yo del número de tus discípulos y aprenda a tus pies la filosofía de los hijos de Dios y la teología del paraíso!

La sexta interpretación es de un excelente autor llamado Angelus Caninio que nos asegura que María quiere decir *Exaltada, eminente, sublime, excelsa*, lo que expresa la altura increíble de su dignidad, de su santidad, de su poder y de su gloria, que es tan alta que nada hay por encima de ella sino sólo Dios; y que todo lo que no es Dios está casi infinitamente debajo de ella. ¡Gracias infinitas y. eternas sean dadas al que la hizo tan grande y tan admirable!

La séptima interpretación es de Adriano Lyracus, jesuita, que compuso un excelente libro sobre el santo nombre de María titulado: *Trisagio Mariano*, donde nos enseña que María, según la etimología hebrea, no sólo significa sublime, excelsa sino que quiere decir también *gota de agua del mar*, lo que designa su profundísima humildad. Y ciertamente estas dos cosas se avienen muy bien; porque tu humildad, oh Reina del cielo, es la que te elevó a la dignidad suprema de Madre de Dios. Tú eres mirada y tratada como la última de

todas las criaturas, y Dios, que ensalza a los que se humillan, te ha dado el primer lugar de su imperio. Te has abatido por debajo de todas las cosas, y él te ha levantado por encima de todas las puras criaturas.

¡Oh humildísima Virgen, haz que seamos partícipes de tu humildad; haz que detestemos el orgullo y la vanidad, y que amemos la humillación en todo lugar, en todo tiempo, y en todas las cosas, según este divino mandato: Debes humillarte en todas las cosas (Eccli 3, 20); no para luego ser ensalzado y glorificado, sino para que Dios sea ensalzado y glorificado en nosotros. Porque Dios humilla a quien se ensalza y ensalza a quien se humilla.

La octava interpretación es de Rutilio Benzonio, obispo que fue de Loreto, y de otros varios que nos declaran que María significa *Imitadora de Dios por excelencia*, pues no se ha visto ni se verá nunca criatura alguna que haya imitado a Dios tan perfectamente en sus adorables perfecciones como nuestra incomparable María. Por esto dice el Crisóstomo que es abismo de las inmensas perfecciones de Dios, y san Andrés Cretense que es compendio de las incomprensibles perfecciones de Dios.

¡Oh mi divina Madre, deseo de todo corazón llevar en mí la imagen de tus extraordinarias virtudes por medio de una cuidadosa imitación, como tú llevas la imagen de las perfecciones de tu Padre celestial!

La novena interpretación es de Canisio, jeuita, y de otros autores que aseguran que María significa: *Lluvia tempestiva del mar*, es decir, lluvia que viene en tiempo oportuno para cada estación; lo que nos hace ver que la sagrada Virgen es

nuestro consuelo en las aflicciones de este destierro, entre los peligros del mar borrascoso de este mundo. Porque es como una dulce lluvia que templar los ardores del fuego de la tribulación, y que suaviza, en el tiempo y manera convenientes, las amarguras de las miserias de este valle de lágrimas, y que regando la tierra de nuestros corazones, la hace fértil y abundante en flores y en frutos de buenos deseos y santas obras.

¡Oh santa y sagrada lluvia, ven a derramarte en nuestras almas y en nuestros corazones; apaga en nosotros todo otro fuego que no sea el que nuestro Salvador vino a encender en la tierra, ¡y ahógallo en los torrentes sagrados de vuestras divinas aguas!

## ***CAPITULO XIX***

### **Continúa el mismo tema**

La décima interpretación del nombre de María es de San Pedro Crisólogo que nos enseña que María quiere decir *mar* o *mares*. Lo que da a entender que así como Dios juntó todas las aguas en un lugar, llamándolas mares, así puso todas sus gracias en la bienaventurada Virgen, llamándola María (María), para darnos a conocer que es un océano y un abismo de gracias. Abismo de gracias, dice san Juan Damasceno; mar inmenso de misericordias, dice san Crisólogo, en el cual quedó ahogado el verdadero faraón, como se canta en los himnos griegos.

¡Oh mar inmenso, ¿quién hará que tus aguas se desborden por toda la tierra para formar un segundo diluvio en el que se hundan todos los faraones de que ella se encuentra hoy libre? ¡Quién me diera que quedara yo sumergido en tus abismos, no como un faraón, sino como una gótica de agua que se pierda con ti, mar del divino amor, y que jamás se encuentre en sí misma!

La undécima interpretación es de san Juan Damasceno y de Alberto el Grande, que nos enseñan que María significa *mar amargo*. ¿Por qué esta preciosa Niña, que es un océano de dulzura y de benignidad, es llamada mar amargo? Para representarnos, en primer lugar, que ella fue sumergida en un mar de hiel y de amarguras en el tiempo de la pasión de su Hijo; *Grande es como el mar tu tribulación* (Lm 2,13). En segundo lugar, para indicarnos que, estando llena de misericordia con los hombres, está con los demonios llena de rigor y de amargura. Como el mar Rojo, dice san Buenaventura, fue amarguísimo y muy formidable para los egipcios, que, en él quedaron hundidos, así María está llena de amargura y terror con los demonios». Porque la piadosa y humilde invocación del santo nombre de María descubre sus celadas y sus trampas, disipa sus tentaciones, rompe las cadenas de las almas a quienes tenían cautivas, y les arranca de sus garras. En una palabra, la pronunciación del solo nombre de María hace temblar a todo el infierno y pone en fuga y derrota a todos los poderes del averno: *Terrible como un ejército formado en batalla* (Ct 6, 9).

¡Ah, qué cobardes somos, qué culpables, si nos dejamos vencer de estos crueles enemigos de nuestras almas, que por



un lado son muy débiles y por otro, nos da Dios armas tan poderosas para combatirlos! Ten siempre el sacrosanto nombre de María en el corazón, y frecuentemente en los labios, y serás más temibles a todo el infierno que un ejército bien ordenado y aguerrido a un pequeño grupo de débiles enemigos.

La duodécima interpretación es de san Jerónimo y de san Epifanio, que nos participan que María quiere decir: *Mirra del mar*. ¿Qué significa? ¿Qué es la mirra del mar? Dicen muchos célebres autores que es una piedra preciosa que se encuentra en el mar, y que se llama «mirra» porque tiene el olor de la mirra. Con ella se hacían antiguamente ella tazas y copas de mayor precio que las de oro. ¿Qué nos representa esto en nuestra admirable Madre sino la preciosísima copa del gran Rey en la que ella le presentó el néctar delicioso compuesto del vino de su amor y de su caridad y de la miel de su dulzura y de su humildad; en la que le dejó santamente embriagado, hasta tal punto que, olvidando todas las grandezas de su divinidad, se sumergió en las abyecciones y miserias de nuestra humanidad, para sacar do ella a los que eran sus enemigos, levantándoles hasta el trono de su divina Majestad?

¿Qué has hecho, María? ¿Qué obligaciones ha contraído para con vos todo el género humano? ¿Qué alabanzas debemos tributarte? ¿Qué acciones de gracias podré daros que sean dignas de tal beneficio? ¿No me atreveré a suplicarte, oh divina Madre, que me des un poco de este precioso vino con el que has embriagado a mi Redentor, para que estando como él embriagado, por su amor me olvide

enteramente de mí mismo, como él por mi amor, de sí mismo se olvida, para que no piense sino en mi Jesús, no ame más que a mi Jesús y no viva sino para servir y honrar a mi adorable Jesús y a mi amabilísima María?

La decimotercera interpretación es de los padres Canisio y Salazar, jesuitas, quienes nos aseguran que María se interpreta *la que lanza dardos y arroja flechas sobre el mar*; lo que dice muy bien que la santísima Madre de Dios es generosa guerrera, generala de los ejércitos de Dios, que incesantemente combate en el mar del mundo, armada de dardos y flechas, que lanza y dispara continuamente contra el pecado, contra las herejías, contra los demonios y contra todos los enemigos de Dios.

¡Oh poderosa arquera, dispara las flechas de tu indignación contra todos los enemigos de nuestra salvación, contra ese ejército innumerable de dragones infernales de que está llena la tierra y que tantas almas rescatadas con la preciosa sangre de tu Hijo arrebatan! Lanza a nuestros corazones tus dardos, para matar en ellos el amor del mundo, y el amor desordenado de nosotros mismos. ¡Oh divina arquera, oigo al Rey del cielo que se queja amorosamente de ti, diciendo: Heriste mi corazón, oh hermana mía, Esposa amada, heriste mi corazón (Ct 4, 9), o según otra versión: Disparaste tus flechas a mi corazón. ¡Por favor, oh Madre, puesto que no perdonaste al corazón del Padre, no perdones al del hijo. Vuelve, vuela tus flechas hacia mi corazón; traspásalo con los dardos encendidos de tu divino amor, para que muriendo enteramente a todo lo creado, y no viviendo sino para mi Dios, en los

desfallecimientos de su santo amor grite continuamente a todos los habitantes de la santa Jerusalén: ¡Ah, ah!, digan a mi amadísimo Jesús y a mi amabilísima María que desfallezco de amor por ellos (Ct 5, 8).

La décima cuarta interpretación es de an Epifanio quien asegura que María significa esperanza del mar, la esperanza de los que navegan por el mar borrascoso de este mundo. Lo cual está conforme con lo que el Espíritu Santo le hace decir de sí misma: Yo soy la Madre de la santa esperanza; en mí está toda esperanza de vida y de virtud (Eccli 24, 25) .

Tampoco san Agustín teme decirle que ella es, después de Dios la única esperanza de los pecadores. Y san Efrén nos declara que ella es hasta la única esperanza de los desesperados, y el más poderoso socorro de cuantos imploran su ayuda; «Hijitos míos, dice san Bernardo, ella es la escala de los pecadores para subir al cielo; mi grandísima confianza; la razón de mi esperanza». ¡Oh benignísima Virgen, dichosos los que viven en una entera desconfianza de sí mismos, y han puesto toda su confianza en ti, después de Dios; porque siendo poderosísima, sapientísima y buenísima, puedes, sabes y quieres socorrer y favorecer tan oportuna y eficazmente a los que a vos se dirigen con una confianza filial, que jamás se ha visto confundido en su esperanza.

La décima-quinta interpretación es de san Jerónimo, de san Bernardo y de muchos otros que dicen que María significa *estrella del mar*. Porque Dios nos ha dado esta divina estrella para iluminarnos entre las nubes tenebrosas del mar de este mundo, y para guiarnos entre los innumerables peligros que en él se encuentran, al puerto deseable de la

eterna salvación. Es una estrella tan resplandeciente, dice san Pedro Damián que, como el sol en cuanto aparece en el horizonte apaga todas las demás antorchas del cielo, así el resplandor maravilloso de la santidad y de la gloria de María de tal modo eclipsa a todo lo más brillante de los ángeles y Santos, que están delante de ella como si no existieran.

Es una estrella que es la Hija y la Madre del Sol eterno; estrella nacida de un sol y que ha dado a luz un sol. ¡Ay, ¿qué haríamos nosotros sin esta estrella entre tantas tempestades, escollos, precipicios, piratas, monstruos, peligros y tinieblas, de que está lleno el mar del mundo sobre el que navegamos? «Quiten el sol del cielo, dice san Buenaventura, ¿qué será del mundo? Quiten a María, que es el lucero de la noche oscurísima de esta miserable vida, ¿qué nos sucederá? ¿Dónde nos encontraremos sino en la sombra de la muerte y entre espesísimas tinieblas? «Por consiguiente, dice san Bernardo, los que fluctúan en medio de las tempestades del mar del siglo presente, tienen siempre los ojos fijos en esta estrella. Si los vientos de las tentaciones se levantan en contra nuestra, si nos encontramos entre escollos de tribulaciones, miremos esta estrella, invoquemos a María. Si nos agitan las olas de la soberbia, de la ambición, de la envidia, de la detracción, miremos nuestra estrella, invoquemos a María. Si la cólera o la avaricia, o la pasión de la carne nos ponen en peligro de naufragar, fijemos los ojos en María. Si el horror de nuestros crímenes, el desorden de nuestra conciencia, el terror de los juicios de Dios comienza a lanzarnos por el despeñadero de la desesperación y de la tristeza, volvamos los pensamientos

a María. En todos los peligros, en todas las angustias, pensemos en María e invoquémosla. Que María esté siempre en nuestro corazón y en nuestra boca, para que consigamos el favor de sus oraciones.

La decimosexta interpretación es del mismo Liréus que antes he citado, que nos enseña que María, según la etimología griega, quiere decir: *Acueducto*, conforme a estas palabras que el Espíritu Santo hace decir a su divina Esposa: Como un acueducto salí del paraíso (Eccli 24, 41) ; palabras que así atribuye san Bernardo a la madre de gracia: Jesús está en la Iglesia como la primera fuente de gracia; la bienaventurada Virgen está en ella como el canal de las gracias que se dan a los fieles. Todos los santos son arroyos que contienen cada uno su porción de la misma gracia. Todas las gracias están en la fuente como en su primer origen. Se encuentran también en los arroyos que participan de ellas según la distinta capacidad; más están enteramente y sin reservas en el canal que las recibe de la fuente para comunicarlas diversamente a los arroyos, y de tal manera, que absolutamente nada de ellas se pierde en el canal, sino que las conserva en sí completamente, como la antorcha que, aunque dé parte de su luz, la conserva toda para ella.

*Quiso Dios que no tengamos nada sino pasando por manos de María.* «Es un decreto formulado en el consejo de la divina Majestad, dice san Bernardo (Tercer sermón de la Natividad), que no concederá su bondad gracia alguna a nadie que no pase por manos de María». ¿Por qué, Dios mío, ¿lo has querido así? ¿Quién te ha inducido a dar este decreto? Tu amor a esta amabilísima Virgen y a nosotros: Tu

amor a ella, para obligar a todos los hombres a reconocerla y honrarla como a la fuente de su salvación después de Dios; tu caridad con nosotros, para darnos por este medio acceso fácil a la primera fuente de nuestra eterna felicidad, por todo ello seas eternamente alabado y glorificado.

La décima-séptima y última interpretación es de Teodoro, por sobre nombre el nuevo Confesor, que saluda a la santa Virgen de esta manera: «*Ave María*», como si dijeras *Myría* por la abundancia de tus innumerables encomios y alabanzas; porque esta palabra griega *Myría*, tan parecida a tu nombre, que significa diez mil, nos indica el número innumerable de vuestras maravillas. Porque, por más que se digan y no cesen de decirse, añade este santo autor, todas las perfecciones y alabanzas imaginables jamás te podrán alabar dignamente.

Estas son las cosas grandes y admirables que están encerradas en el maravilloso nombre de María, de las que he debido hablar en este libro, porque pertenecen a esta divina infancia, ya que están comprendidas en un nombre que le ha sido dado desde los primeros días de su infancia, y por orden de Dios que sabe mucho mejor que el primer hombre poner nombres propios y adecuados a cada cosa. Añade a esto que celebrando la Iglesia en muchos lugares la fiesta de este santo nombre que contiene todas estas maravillas, y haciéndolo en el tiempo que está consagrado a la bienaventurada infancia de la Madre de Dios, de la que este nombre es uno de los principales misterios, venía muy a propósito abrir aquí este tesoro inestimable y exponerlo a la

consideración de los hijos de esta gloriosa Virgen. para excitarles a solemnizar esta fiesta con el mayor fervor.

Yo llamo a este sagrado nombre de María un tesoro inestimable Y vais a ver en el capítulo siguiente que no lo digo sin razón.

## ***CAPÍTULO XX***

### **El santo nombre de María es el tesoro del amor del Padre eterno**

Ya en dos distintos lugares he referido las bellas y santas palabras con que el bienaventurado mártir san Metodio saluda a nuestra amable Madre: *Salve, tesoro del amor de Dios Padre*. Pero las encuentro tan dulces y encantadoras para quienes las pronuncian y tan ventajosas a esta divina Madre, que querría saludarla de esta manera incesantemente. Y, a fin de excitar a todo el mundo a que así la saludase, querría ir gritando y predicando por toda la tierra, que María, hija de Joaquín y Ana, es el tesoro del amor del Padre eterno. Y si se me preguntase lo que esto quiere decir, respondería que María es el tesoro del amor del Padre de las misericordias, de cuatro maneras:

Primeramente, porque María es un tesoro que contiene en sí, según el común lenguaje de los santos doctores, todo lo que hay de más rico, de más bello, raro, precioso y deseable en el cielo y en la tierra, en el tiempo, en la eternidad, en la naturaleza, en la gracia, en la gloria y en

todas las puras criaturas; y que este tesoro que ha estado oculto desde toda la eternidad en el corazón y en el amor del Padre celestial, y que nos ha sido descubierto un poco en la plenitud de los tiempos, está aún y estará eternamente oculto en este mismo corazón, y mucho más oculto que manifiesto.

Porque significando María, Madre de Dios, según la primera interpretación, que es de San Ambrosio, son tantas las riquezas y maravillas encerradas en este tesoro inmenso de la divina Maternidad, que todo lo que la inteligencia humana y angélica conoce de ellas es poca cosa en comparación de lo que desconocen. ¿No oyes a san Agustín que exclama que «no hay corazón que sea capaz de concebirlas ni lengua que pueda expresarlas? ¿Y san Andrés de Creta dice que no hay más que Dios que pueda alabar dignamente los milagros que ha hecho en ella?

¿No oyes a san Bernardino de Siena que nos anuncia que «como las perfecciones de la Divinidad son incomprensibles a todo entendimiento, así las excelencias y gracias que acompañan a esta divina maternidad son tan eminentes que sólo la inteligencia de Dios, la del Hombre-Dios y la de la Madre de Dios, pueden comprenderlas; y que para disponerla a esta alta dignidad fue necesario que fuera elevada, por decirlo así, a cierta igualdad con Dios, por una cierta infinidad de gracias y de perfecciones”?

¿No es esto lo que nos quiere dar a entender san Andrés de Creta cuando dice que «esta Virgen admirable es una declaración, es decir, ¿una expresión y una imagen de los misterios ocultos de la divina incomprensibilidad»? ¿No es



esto también lo que el angélico doctor Santo Tomás quiere decir cuando nos declara que es una imagen infinita de la divina bondad?, es decir que representa infinitamente bien la grandeza inmensa de la divina bondad? (Opúsculo de la Caridad).

¿No es también lo que san Pedro Crisólogo nos quiere dar a conocer, cuando dice que «la grandeza de María es, en cierta manera, la medida de la grandeza y de la inmensidad de Dios, y que el que no conoce aquella no puede conocer ésta»? Y ciertamente, puede decirse que la divina Maternidad es la justa medida de la omnipotencia divina, puesto que es muy cierto que Dios que puede hacer un mundo más grande que éste, un cielo más extenso, un sol más resplandeciente, no puede hacer una madre más digna y más noble que la Madre de un Dios.

Ves cómo nuestra divina María es un tesoro oculto en la inteligencia y en el corazón del Padre eterno, puesto que no hay más que El solo que conozca su precio y su valor.

Esta es la primera manera cómo esta preciosísima Virgen es el tesoro del amor del Padre eterno.

Para comprender bien la segunda, nota que en el Corazón adorable de este divino Padre hay tres amores que, sin embargo, no son sino un solo amor: el primero, es el amor infinito que tiene a su Hijo Jesús; el segundo, es el amor inmenso que tiene a su Santo Espíritu; el tercero, es el amor ardentísimo que tiene a todos sus ángeles, santos y a todas sus criaturas: Tú amas todo cuanto tiene ser, y nada aborreces de todo lo que has hecho (Sb 11, 25).

Ahora bien, la amabilísima María es un tesoro que contiene en sí todos estos amores. Porque, primeramente, este Padre santo la mira como a la Madre de su Hijo y como a la que, por consiguiente, no es en cierta manera sino una misma cosa, si es lícito hablar así, con su Hijo, no teniendo más que una misma carne, una misma sangre, una misma naturaleza, un mismo espíritu, un mismo corazón y un mismo amor con que ama a su Hijo. ¿No oyes a este mismo Hijo que hablando de sus miembros, es decir, de todos los fieles, a su Padre, le dice: *¿Has amado a éstos con el mismo amor con que a Mí me amaste?* (Jn 17, 23). Si este Padre divino ama así a los siervos de su Hijo, ¿cuánto más a su Madre?

En segundo lugar, mirándola como a la que, siendo Esposa de su Santo Espíritu, no es, por consiguiente, en cierta manera, sino una misma persona con él, como lo es la esposa respecto del esposo; la ama con el mismo amor con que él ama a este divino Espíritu, que es su corazón y su amor.

En tercer lugar, no sólo la ama con el mismo amor con que ama a todos los ángeles, a todos los santos y a todas sus criaturas, sino que, como ella sola tiene más amor a El que todos los ángeles y santos juntos, él también le ama a ella incomparablemente más que a todas las cosas por El hechas. Y de este modo contiene ella en sí todos los amores del corazón adorable de este Padre divino.

¿De qué otra manera esta amabilísima Virgen es el tesoro del amor del Padre eterno? Esta es la tercera. Hay que considerarla en la condición que el Espíritu Santo le señala por boca de la Iglesia y de los santos Padres llamándola vaso de honor y de gloria, vaso trabajado por la mano de la

sabiduría, vaso escogido de Dios, vaso de gracia y de devoción, vaso purísimo y preciosísimo, vaso de vida y de salvación, vaso de santificación, en una palabra, vaso admirable. En este vaso es donde el Padre eterno ha puesto su más rico tesoro, que es su amado Hijo y el primer objeto de su amor. Lo ha puesto en su seno virginal y en su corazón maternal. Este tesoro infinitamente precioso al Padre de Jesús, ha estado oculto durante nueve meses en las sagradas entrañas de María, y ha estado siempre y estará eternamente en su corazón maternal. Confesemos, pues, que es ella el tesoro del amor del Padre eterno.

La cuarta manera de ser María el tesoro del amor de este amabilísimo Padre es la siguiente: Recuerda lo que se dijo, que este Padre de las misericordias ha reunido y encerrado en ella todos los efectos de bondad y de amor que han salido y saldrán de su corazón paternal, es decir, que la ha llenado y colmado a ella sola de todos los dones, gracias, favores, poderes, privilegios, perfecciones, glorias y felicidades que ha repartido a todos sus ángeles y santos. Por cuya razón, es llamada por san Pedro Damián *El tesoro de todas las gracias de Dios* y por san Andrés de Creta *el tesoro santísimo de toda santidad*.

Aún más; no sólo posee todos los dones y gracias de Dios para ella sola, sino que tiene la posesión y disposición de todos los tesoros y de todas las riquezas de la Santísima Trinidad, para distribuirlos a los que se dirigen a ella en demanda de alguna limosna o favor. De aquí viene el que sea llamada por el beato Raimundo Jourdain, *la tesorera de las gracias de Dios*; y que san Buenaventura diga que es *Madre*

*riquísima que tiene la llave de todos los tesoros de la Santísima Trinidad».*

Siendo esto así, ¿quieres encontrar el tesoro de los tesoros que es el Corazón infinitamente amable de este Padre de amor? Recuerda estas palabras de su Hijo: *donde está vuestro tesoro allí también estará vuestro corazón* (Lc 12, 34). Busca este corazón paternal en María, y allí lo encontrarás, puesto que María es su tesoro. Ama, sirve y honra a María con todo tu corazón y ganarás y poseerás enteramente el Corazón del Padre celestial. Él te amará y bendecirá de todas maneras, y te dirá después de su Hijo Jesús: *Mi padre los ama, porque ustedes me han amado* (Jn 16, 27).

## **CAPITULO XXI**

### **El santo nombre de María es el tesoro y corazón de la Iglesia**

Las siguientes son otras dos cualidades que los santos doctores dan al sagrado nombre de María, llenas de consuelo para nosotros.

Le atribuye la primera san Epifanio, que nos dice que María es *el tesoro prodigioso y admirable de la Iglesia*. Es un tesoro inexhausto de gracia y de bendición, dice Ricardo de San Lorenzo, para todos los hijos de los hombres que quieren usar bien de él» (2). *Es tesoro de bondad y de salvación para la Iglesia militante*», dice san Buenaventura (3). *Tesoro de salvación*, dice otro santo doctor. *Es tesoro de incomparable*

*misericordia para la Iglesia militante y purgante, dice san Cirilo de Jerusalén.*

Escuchemos sobre esta materia a otros varios santos Padres. *El nombre de María, dice san Antonio de Padua, es júbilo para el corazón, miel en la boca y dulce melodía en el oído. Bienaventurado el que ama tu nombre, oh María* dice san Buenaventura, pues este santo nombre es una fuente de gracia que refresca al alma sedienta y la hace reportar frutos de justicia.

*Oh Madre de Dios, dice el mismo santo, qué glorioso y admirable es tu nombre. El que lo lleva en su corazón se verá libre del miedo de la muerte. No hay más que pronunciarlo para hacer temblar a todo el infierno y pone en fuga a todos los demonios. El que quiera poseer la paz y la alegría del corazón, que honre tu santo nombre.*

*El nombre de María, dice san Pedro Crisólogo, es nombre de salvación para los regenerados, señal de todas las virtudes, honor de la castidad; es el sacrificio agradable a Dios; es la virtud de la hospitalidad; es la escuela de santidad; es, en fin, un nombre completamente maternal.*

*Oh María, exclama San Germán de Constantinopla, tu grandeza no conoce límite y no se harta uno de pensar en ti. ¡Oh amabilísima María, exclama también san Bernardo, tu santo nombre no puede pasar por la boca sin abrasar el corazón! Los que te aman no pueden pensar en ti sin un consuelo y un gozo muy particulares. Nunca entras sin dulzura en la memoria de los que os honran».*

*¡Cosa admirable lo que acontece, dice san Anselmo, que más pronto se obtiene la salvación por la invocación del*

*nombre de María que por la del nombre de Jesús! ¿De dónde viene esto? ¿Es que María es más grande y más poderosa que Jesús? No; porque Jesús no ha recibido su grandeza y su poder de María, sino María es la que ha recibido el suyo de Jesús. Es que Jesús, siendo Señor y soberano Juez, debe tratar a cada cual según sus méritos y según el orden de la justicia que pide que las oraciones de un criminal no sean escuchadas. Mas cuando este invoca el nombre de la madre de misericordia, aunque sus pecados le hagan indigno de toda gracia, ¡es sin embargo escuchado por los méritos de María!*

*¡Oh María, dice el santo abad Raimundo Jourdain, el llamado Idiota, la Santísima Trinidad os ha dado un nombre que, después del de vuestro Hijo, está por encima de todos los nombres; nombre a cuya pronunciación deben doblar la rodilla todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, y toda lengua confesar y honrar la gracia, la gloria, y la virtud del santo nombre de María. Porque, después del nombre de vuestro Hijo, no hay quién sea tan poderoso para asistirnos en nuestras necesidades, ni de quién debemos esperar más los socorros que necesitamos para nuestra eterna salvación. Este nombre tiene más virtud que todos los nombres de los Santos para confortar a los débiles, curar a los enfermos, iluminar a los ciegos, ablandar los corazones endurecidos, fortalecer a los que pelean, dar ánimo a los cansados y derribar el poderío de los demonios.*

Este es el testimonio de otro santo que nos dirá algo sobre el sagrado nombre de María, que bien merece ser escuchado. Es el beato Alain de la Roche, de la orden de Santo Domingo, que tenía una extraordinaria devoción a la

sacratísima Madre de Dios; la cual a su vez, como es todo corazón y todo amor con los que la aman, le hizo la gracia de tomarla por su esposo, y de ponerle ella misma un anillo en el dedo, como señal de la santa alianza que quería tener con él: gracia digna de la caridad inconcebible de la Madre del hermoso amor que quiere imitar la bondad infinita de su Hijo Jesús que quiere ser esposo de un alma pecadora y miserable. Gracia que esta Reina del cielo hizo también a san Roberto, abad de Claraval; a san Edmundo, arzobispo de Cantorbery; al beato Herman de la orden premonstratense, y aún a otros. Pues bien, este beato esposo de la Reina de los Ángeles que nos relata treinta y tres elogios de los santos nombres de Jesús y de María, que él atestigua haberle sido revelados por la Santísima Virgen, expresa el decimoséptimo en estos términos: *Estos santos nombres de Jesús y María son dos hogueras de amor y de caridad que torturan y apenan a los demonios, que mortifican las pasiones de la sensualidad, que purifican a las almas piadosas, y que encienden el fuego de una sincera devoción en los corazones de los fieles.*

La misma Virgen habla a santa Brígida de esta manera: *Cuando los ángeles oyen pronunciar este nombre, se alegran y dan gracias a Dios por las grandes cosas que en mí y por mí hizo. Las almas que están en el purgatorio reciben un gran consuelo, como el enfermo que yace en su lecho, cuando oye algunas palabras que notablemente le consuelan. Los ángeles de guarda, oyendo este nombre, se acercan más a los que tiene el encargo de cuidar y se alegran de su aprovechamiento. Todos los demonios temen este nombre de María y tiemblan cuando lo oyen pronunciar y se ven*

*obligados a dejar al alma que tienen en sus garras. En fin, no hay pecador alguno, por muy frío que esté en el amor de Dios, de no estar ya condenado, a quien no abandone el diablo, si invoca mi nombre con resolución de dejar su pecado.* Dime, querido lector, todo esto ¿no hace ver claramente que nuestra divina María es un prodigioso tesoro de la Iglesia triunfante, militante y purgante?

Pero no sólo es el tesoro sino también el corazón de la misma Iglesia. Es el santo sacerdote Hesiquio el que explicando estas palabras del salmo 45 *Me brota del corazón...* dice que la divina Madre es el corazón de la Iglesia. Sí, es el verdadero corazón de la santa Iglesia; porque, ¿qué es el corazón? ¿No es el principio de la vida? ¿Y no oyes a san Juan Damasceno que nos dice que María es la fuente de donde salió la vida? (2) y a la santa Iglesia que nos anuncia que «por María nos ha sido dada la vida, y que ella es nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza? ¿Y al Espíritu Santo que le hace decir que en ella se encuentra toda esperanza de vida?

Escuchemos a san Germán de Constantinopla: *Como la respiración, dice, no sólo es la señal sino también la causa de la vida, así cuando ves cristianos que tienen con frecuencia el santo nombre de María en la boca, es señal de que están vivos con la verdadera vida. El afecto particular que se tiene a este sagrado nombre da la vida a los muertos, la conserva en los vivos, y les llena de gozo y de bendición.*

¡Qué es María, Madre de Jesús? Es la alegría de todos los sacerdotes, dice san Efrén.



Es la gloria de todo el orden eclesiástico», dice San Juan Damasceno. Es el sol y la luz de los monjes, dice san Andrés de Creta. Es la magnificencia del pueblo cristiano, dice san Germán el Patriarca. «Es el espíritu y la vida de los cristianos», dice el mismo santo.

En una palabra, quien dice María dice el más precioso tesoro de la Santísima Trinidad, como habla Orígenes. Quien dice María, dice el máspreciado ornamento de la casa de Dios. Quien dice María, dice la gloria, el amor y las delicias del cielo y de la tierra. En fin, quien dice María, dice el tesoro, el corazón, el espíritu, el alma, la vida, el amor, el paraíso, las delicias y toda la esperanza, después de Jesús, del último de todos los hombres, del más indigno de todos los sacerdotes, del más infiel de todos los servidores de, esta gran Princesa, que es el que estas cosas escribe, y que querría firmar con la última gota de su sangre cuanto para alabanza de esta admirable María escribe; y lo querría escribir e imprimir en los corazones de todos los hombres que han pasado y pasarán por la tierra, a costa de cien millones de vidas, si las tuviera, para excitar a todo el mundo a amar y servir a esta admirable María, y a bendecir y alabar incesantemente al que la dio un nombre tan amable y admirable.

¡Oh!, quién me diera poder grabar en todos los corazones estas hermosas y santas palabras del venerable Tomás de Kempis: El nombre augusto de la Reina del cielo hace temblar a todo el infierno. El nombre venerable de María es el terror de todos los espíritus malignos. Le temen y huyen de él como de un fuego devorador, no atreviéndose a presentarse en los lugares iluminados con la luz de este bello

nombre; porque es un sol que expulsa todas las tinieblas infernales. ¿Quieres derrotar y poner en fuga a todas las tropas diabólicas? No tienes más que pronunciar con devoción el terrible nombre de María. Cuanto más frecuentemente lo pronuncies con más afecto e invoques este amable nombre, más alejarás de ti estos crueles enemigos de vuestra salvación».

Por esto, dice también este santo autor, al glorioso nombre de María deben tener especial devoción todos los fieles. Este debe ser, después de Dios, el primero y continuo afecto de su amor y devoción. Debe ser ardientemente amado de todas las personas religiosas. Debe ser muy recomendado a los seglares. Se le debe hacer incesantemente repetir y resonar en los oídos de los afligidos. En fin, se le debe invocar en todos los peligros de esta desventurada vida.

## ***CAPÍTULO XXII***

### **Otras excelencias del santo nombre de María Ocho medios de honrarlo**

Después de todo lo dicho es claro que este sagrado nombre merece ser honrado. Propongo varios modos de hacerlo, pero empiezo por encarecer el deseo de amar y honrar un nombre que Dios amó y honró.

La primera consideración es que su divina Majestad llevó en su adorable Corazón desde toda la eternidad este

amable nombre. No esperó darlo a conocer a la humanidad cuando llegó el tiempo de que le fuera impuesto, sino que lo anunció siglos antes. Primero escucho los Oráculos Sibilinos mediante los cuales predijo muchas cosas antes de que el Salvador y su dignísima Madre vinieran al mundo para disponer a los gentiles a creer en ellos. En especial escucho a la Sibila Eritrea que anuncia el nacimiento de una nueva luz en la tierra y que esa luz nacería del vientre de una virgen que se llamaría María.

Encuentro además en los Anales eclesiásticos del cardenal Baronio, en 780, algo que dice de todos los historiadores griegos y latinos. Ellos aseguran que en ese año, cierto hombre, escarbando a lo largo de los largos muros de Tracia, encontró una tumba de piedra donde estaba un hombre acostado y una inscripción que decía: *El Cristo nacerá de la Virgen María. Yo creo en él. Oh sol, me verás de nuevo bajo el emperador Constantino y la emperatriz Irene.* No se sabe quién era ese hombre. Algunos piensan que era Hermes Trismegisto o Platón, pero sea lo que sea, consta que se dio antes del nacimiento del Hijo de Dios y de su santísima Madre.

Sé también que Juan de Leydes, carmelita, en sus crónicas de los condes de Holanda, escribe algo notable, atestiguado por un doctor en teología llamado Juan de la casa Villaria, testigo ocular, que decía a otro doctor de Flandes, que en el año 1374, encontró en el valle de Josafat una tumba donde reposaba el cuerpo entero de un hombre muy robusto, con los cabellos y la barba muy largos, que sostenía una tableta donde estaba escrito en caracteres

hebreos: *Soy Set, tercer hijo de Adán,. Creo en Jesucristo, Hijo de Dios,yen María, la Virgen Madre, que saldrán de mis riñones.*

Algo más que muestra cómo el sagrado nombre de María es precioso y honorable ante Dios. Según observan doctores señalados se citan cinco mujeres muy ilustres del Antiguo Testamento, las cuatro primeras figuras excelentes de la incomparable María, y la quinta es su madre. Las primeras letras de estas santa mujeres componen el nombre de María. La primera, María, la hermana de Moisés; la segunda es Ana, madre de Samuel; la tercera es Rebeca, esposa de Isaac y madre de Jacob; la cuarta es Judit, la quinta es Ana, esposa de Joaquín y madre de la bienaventurada María.

Observan célebres doctores que el glorioso nombre de María contiene, en sus letras, cinco excelencias que lo adornan. La M, su calidad de Madre de Dios, Madre de todos los cristianos, especialmente de los pobres, de los huérfanos, Madre de amor y de gracia, Madre de misericordia y mediadora entre Dios y los hombres.

La segunda letra, la A, nos dice que es Abogada de los pecadores, Asilo de los afligidos, Ayuda de quienes la invocan, Ancla de nuestra esperanza, Arca de santificación, Aurora que precede al Sol de justicia.

La tercera letra, R, nos dice que es Reina de ángeles y hombres, Reina del cielo y de la tierra; Rayo de la divinidad, al decir de san Bernardo; Reposo de la santísima Trinidad; Rosa sin espinas; Refugio de los desdichados; Reparadora de siglos.

La cuarta letra, la I, nos dice que es Inventora de la gracia, como dice san Bernardo; Imagen de la divina Bondad como la llama santo Tomás; Iluminadora de los ciegos; Ideal de toda virtud; Imperatrix del universo.

La quinta letra, A, nos dice que es Abismo de maravillas; Admirable en todo; Amable por encima de todo; Amor de los corazones que aman a su Hijo Jesús.

¿Cómo rendirle los debidos honores? Te sugiero ocho medios.

-1. Celebrar con devoción la fiesta del su agosto Nombre en el mes de septiembre. La solemnizamos en los seminarios de la Congregación de Jesús y María el día 25, con oficio propio, himnos especiales, secuencia en la misa, en la que se cantan bellos elogios al sagrado Nombre de María.

2. Recitar todos los días, o al menos algunos, el *Magnificat* y los salmos que siguen que comienzan por las cinco letras que tiene el nombre de María: *Magnificat, Al Señor clamé, Retribuye a tu siervo, In convertendo, A ti levanté mi alma.*

3. Que las primeras palabras que pronuncies al comenzar el día sean los nombres de Jesús y María, lo mismo al terminar el día, para que Dios te conceda la gracia de morir con estos nombres en los labios y en el corazón. El papa san Pío V concedió indulgencias a quienes son de la cofradía del santo Rosario por cada vez que pronuncien el Nombre de Jesús y de María.

4. Al pronunciar estos nombres adorables descúbrete y haz una reverencia con tu cabeza. Se hace por orden de la Iglesia en el Oficio y la Misa. G

5. Cuando te veas tentado pronuncia estos Nombres y di: *Jesús, sé para mí Jesús; María, sé para mí María;* o sencillamente *Jesús, María*. La historia eclesiástica cuenta que Cosroes, rey de los persas y cristiano en su alma, obtuvo gran victoria contra los judíos al hacer de este poderoso nombre la palabra de batalla. Que este nombre sea tu grito de guerra en tu batalla contra los demonios; así los vencerás y los pondrás de huida.

6. Lleva en tu corazón los amables Nombres de Jesús y María, escritos o impresos en papel, en una medalla o en otro objeto, para atestar el deseo que tienes que esos dos sagrados Nombres estén para siempre grabados en tu corazón y como señal de una profesión continua de amor, sumisión, fidelidad y alabanzas a Jesús y María. G

7. Si crías niños que todavía no hablan, repíteles a menudo *Jesús, María*, para que los graben en su corazón y que sean las primeras palabras que salgan de su boca; esto les traerá bendición.

8. Pronunciar devotamente las palabras siguientes, luego de haber bendecido el amabilísimo Corazón y el dulce Nombre de Jesús y María, pidiéndoles su bendición que seguramente te será dada pues dijo: *Bendeciré a quienes te bendiga* (Gn 12, 3).

*Bendito sea el Corazón amantísimo y el dulcísimo Nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de la gloriosísima Virgen María, Madre suya, por siempre jamás.*

*Nos bendiga con su santo Hijo la Virgen María. Amén.*  
De forma más breve se puede decir:

*Bendito sea el Corazón amantísimo y el dulcísimo Nombre de Jesús y María por siempre jamás. Amén. Nos bendiga...*

San Luis, rey de Francia, pidió al papa Clemente IV concediera tres años de indulgencias por cada vez que se diga según refieren los Anales eclesiásticos. Se te aconseja decirlas mañana y tarde, al comienzo de las principales acciones y al final de tus oraciones, para bendecir al sagrado Corazón (que fue añadido) y al santo Nombre de Jesús y María, y para pedir su bendición.

Encuentro en la vida de Suso, dominico, que un día vio al maligno espíritu, con un semblante espantoso y con ojos centelleantes de rabia, con un arco en la mano y flechas de fuego, que disparó a un religioso y lo echó por tierra como muerto. Pero levantó los ojos al cielo y dijo él *Nos bendiga con su Hijo...* Y el demonio desapareció.

Hay personas que escriben las palabras *Bendito sea el Corazón amantísimo* para llevarlas en el corazón luego de asegurar a Dios su intención, frecuentemente renovada, que todos los latidos y movimientos de su corazón sean otras tantas voces de ese mismo corazón que bendicen sin cesar al muy amable Corazón y al muy venerable Nombre de Jesús y de María y le piden su bendición de la que mantenemos extrema necesidad.

Te ruego que no deseches estos pequeños recursos de piedad y de amor a Jesús y a María. Ayudan a los corazones de los que los aman ardientemente a su práctica. En manifestarles nuestro amor nada es pequeño cuando se

trata de manifestar nuestro amor al Corazón y al Nombre de Jesús y María.

Concluyo diciendo que, en la vida de san Pedro Tomás, patriarca de Constantinopla y mártir, quien tenía devoción maravillosa a la sagrada Madre de Dios, que luego de su muerte se encontró el nombre de María grabado en su corazón, lo que fue visto por muchos. Lo mismo refiere el beato Alain de la Roche respecto del beato Juan, hermano converso de Claraval. Por orden de san Bernardo, luego de su muerte, fue abierto y en su corazón estaba escrito en letras de oro, este santo Nombre.

Mi muy buena y amable María, cómo quisiera llevar escrito tu sagrado Nombre en mi corazón. Ojalá todos los corazones de los hombres de siempre, todas las criaturas del cielo y de a tierra, doblen su rodilla para reverenciar y alabar eternamente el muy digno Nombre de María. Con todo el corazón me doy y ofrezco al Hijo y a la Madre para sufrir con este fin cuanto les plazca, sin reserva ni limitación.

## ***CAPÍTULO XXIII***

### **Octavo misterio: permanencia y ocupaciones durante tres años de la Niña María en casa de sus padres**

Es opinión corriente que la bienaventurada Virgen permaneció solo tres años, a partir de nacimiento, en la casa de sus padres Joaquín y Ana. ¿Quién podría decirnos cuál fue su vida y cómo se comportaba en ese tiempo? San Joaquín y



Santa Ana fueron testigos de su actuar y de sus virtudes que poseía en grado eminente. Su ángel, san Gabriel, siempre la acompañó, no la perdía de vista y le inspiraba santos pensamientos que enardecían su Corazón en el fuego del amor divino y fue testigo de su perfección interior Pero solo Dios conoce perfectamente y puede penetrar hasta el fondo en este océano de gracia y santidad.

Si se nos permite balbucir podemos decir con verdad que todos los movimientos de esos tres años son abismo de maravillas. Si pensamos que gozó de uso de razón desde el primer momento de su vida podemos afirmar que estuvo colmada de una luz sobrenatural que le hacía conocer el mal que debía huir y el bien que debía hacer. Tuvo mayor gracia desde ese comienzo que la que tuvieron los santos al morir. Esa gracia no fue ociosa en ella. Todo lo hizo con humildad, caridad, amor de Dios, adoración, alabanza acción de gracias según la gracia que la habitaba. Esa gracia se multiplicaba en ella y avanzaba siempre de más en más. Avanzó en esos tres años más en los caminos de Dios que todos los santos en el recorrido de sus vidas. Amó y glorificó a Dios en cada instante más que todos en su vida completa.

Estuvo en ejercicio siempre de muy alta contemplación, de purísimo y muy ardiente amor, de adoración, de alabanza muy perfecta. Su caridad al prójimo y su celo ardoroso por la salvación de las almas la llevaba a orar a Dios sin cesar por todas las necesidades, espirituales y corporales, del género humano y sobre todo por el acrecentamiento de la redención del mundo. Pedía la venida pronta del redentor cuya llegada

fue adelantada, en efecto, por sus oraciones y méritos, según el pensar de muchos doctores.

Por lo que atañe al exterior anoto tres cosas notables: la primera, la contemplo alimentada por su madre santa Ana. Como tenía uso de razón y se movía por el Espíritu Santo vivía lo que diría después san Pablo: *sea que beban, sea que coman, sea todo para gloria de Dios y en su nombre* (1 Cor 10, 31). Haciéndolo así dio más gloria a Dios que los santos en sus ayunos y abstinencias. Sea bendito el seno de santa Ana que alimentó con su leche ese cuerpo virginal que un día dría un cuero al Verbo eterno.

La segunda, Francisco Jimeno, escribe, que lo reveló Dios a un santo solitario que ese Niña divina se abstenía del alimento materno varios días a la semana. San Nicéforo narra lo mismo. Fue experiencia que también tuvieron san Nicolás, san Sisinio y otros como lo refieren en sus vidas serios autores.

La tercera, que aconteció en estos tres años y que toda persona religiosa que emite votos y los guarda fielmente, es lo que dijo a santa Brígida que antes de que sus padres la hubieran presentado al templo hizo voto de virginidad y pobreza. Y reveló a santa Matilde que vivió en perfecta obediencia a su padre y a su madre y jamás les dio motivo de descontento, pues sabía bien que ocupaban el puesto de Dios y le manifestaban la voluntad de Dios a la que tenía gran amor. Esto es lo que dijo a santa Brígida en sus revelaciones aprobadas por los papas Urbano VI, Martín V y Bonifacio IX.

“Desde que conocí a Dios al comienzo de mi vida, empecé a temer todo lo que fuera contrario a su honor y a

mi salvación, y a cumplir cuidadosamente todos mis deberes a la divina Majestad. Sabiendo que era mi creador y juez soberano le consagré mi corazón y todos mis afectos y entré en gran deseo de vigilar continuamente sobre mí misma para evitar cuanto fuera de su desagrado en mis actos y palabras. Sabiendo que había dado a su pueblo su ley y sus mandamientos, que había hecho maravillas en su favor, mi corazón ardía en el deseo de no amar sino a él; como consecuencia lo del mundo me causaba amargura; sabiendo que debía rescatar el mundo y tomar nacimiento de una Virgen, fui de tal modo transportada de amor a él que mi alma se ocupaba de continuo en sus bondades y mi voluntad se mantenía unida a la suya. A fin de dialogar más con mi creador me alejaba cuanto más podía del trato con las criaturas, incluso de mis padres y amigos.

Para desprenderme de todo daba a los pobres lo que tenía, reservándose solo lo absolutamente necesario para vivir y vestirme pues solo me complacía lo que respectaba a Dios. Mi corazón estaba lleno de gozo por el deseo de vivir hasta el tiempo en que el Hijo de Dios debía nacer en la tierra, y estar al servicio de aquella que sería su Madre, a pesar de saberme indigna de ello. Hice voto también de guardar virginidad perpetua y de no poseer nada en este mundo, sino que todo estuviera sometido a la divina voluntad y no a la mía. Como creía firmemente que nada le era imposible y que él solo quería lo que me fuera beneficioso, yo anonadaba todas mis voluntades y deseos a sus pies. Le dejaba desear para mí lo que fuera de su agrado. Y cuando llegó el tiempo de que las vírgenes fueran ofrecidas a Dios en el templo fui

presentada por mis padres y me quedé allí con la perfecta confianza de que Dios todopoderoso, que sabía que solo quería lo que le fuera agradable, conservaría mi virginidad si mi voto le agradaba; si no que hiciera lo que más le pluguiera” (Rev. 1, cap. 10).

En otra ocasión dijo a santa Brígida: “Soy la que Dios ha amado y llevado en su Corazón desde toda eternidad, de forma extraordinaria, y que el Espíritu Santo ha acompañado desde mi infancia. A medida que crecí en años y estatura fui llena del Espíritu Santo más y más en mi infancia. Me colmó de manera que no dejó en mí vacío ni espacio para el pecado. Jamás he cometido pecado mortal ni venial. Estaba de tal modo poseída por el amor de mi Dios que solo me complacía en su santa voluntad. Dios que me creó por su poder y me llenó de su Espíritu Santo, era todo fuego y todo llama de amor a mí; mi Corazón se mantenía abrasado en las llamas y fuegos del divino amor” (Rev. 3, cap. 8).

Así era la niña, interior y exteriormente, en casa de sus padres. Cuanto se pueda decir y pensar de grande, santo y admirable es nada en comparación de la realidad.

Santísima Trinidad, seas por siempre alabada y magnificada por los ángeles y los santos y por todas tus criaturas por todos los favores que concediste a esta santa Niña en especial durante estos tres años en casa de sus padres. Niña admirable, seas bendecida y glorificada eternamente por todo el amor que tributaste a su divina Majestad en ese tiempo. Bienaventurados Joaquín y Ana, cuánto consuelo, cuantos transportes de gozo, que arrobamiento al contemplar su virtud, su perfección y tantas

maravillas en su pequeña María. Cómo alabaron a Dios por semejante tesoro. Qué efectos de gracia y santidad la vista, la presencia, el trato, el ejemplo, las oraciones de su hija se obraron en sus almas en este tiempo que la poseyeron tan particularmente. Cuántas luces para sus almas, cuántos ardores celestes y divinos para su corazón en la presencia de esa María iluminadora e iluminante, de esta brillante estrella del mar, de esta hermosa alborada, de ese sol maravilloso.

Si Zacarías e Isabel fueron llenos del Espíritu Santo, por participación de la plenitud de su hijo, el pequeño Juan Bautista, cuánto más se llenaron de él Joaquín y Ana mediante su divina hija que la poseía en plenitud, sobrepasando infinitamente la del pequeño Juan.

Imposible decir los cuidados, afectos y diligencias apostados en la nutrición y educación de una niña que les era tan querida, escogida por Dios para madre del Salvador del mundo. Con qué gozo y ardor le prestaban los oficios que un buen padre y una buena madre pueden hacer a su hijo, sobre todo a esta Niña. El género humano les debe inmensa gratitud. El cielo y la tierra y todas las criaturas los bendigan eternamente. Ofrézcannos, por favor, a su querida Hija, al tiempo su hija y madre, y ruéguenle nos hagan partícipes de las virtudes de su santa Infancia.

## ***CAPÍTULO XXIV***

### **Noveno misterio: María sale de la casa de sus padres para presentarse a Dios en el templo de Jerusalén**

San Evodio, patriarca de Antioquía y sucesor de san Ignacio mártir, san Gregorio de Nicea, san Juan Damasceno, san Buenaventura, san Antonio y generalmente todos los doctores católicos sostienen que la sacratísima Virgen no tenía más que tres años cuando salió de la casa de sus padres para ir a presentarse a Dios en el templo de Jerusalén.

Esta salida tiene mucha relación con otras tres salidas muy señaladas que encuentro en las Sagradas Escrituras, cuya consideración nos servirá para hacernos ver lo que aquella tiene de raro y maravilloso. La primera es la salida funesta y desgraciada de Adán del paraíso terrenal. La segunda, la salida santa y dichosa de Abraham de su país natal y de su parentela. La tercera, la divina y admirable salida del Hijo de Dios del seno adorable de su Padre: «Salí del Padre y vine al mundo» (1Jn 16, 21).

Veamos las relaciones que hay entre estas tres salidas y la salida de nuestra amable Niña de la casa de sus padres; y veremos por este medio muchas cosas que hacen esta salida, preciosa y gloriosa delante de Dios y delante de los hombres.

Adán estaba en un paraíso terrestre, lugar de gracia y santificación; la pequeña María estaba también en otro paraíso terrestre, en una casa de virtud y de bendición. Adán estaba en un lugar de delicias; María estaba igualmente en una casa, en la que no tenía más que consuelos por parte de

sus padres, que la querían más que a la niña de sus ojos, quienes tampoco recibían de parte de ella sino íntimas satisfacciones.

Pero Adán perdió su gracia y su santidad en su paraíso terrestre por la sugestión maligna de la serpiente infernal y por su propia infidelidad; María conservo y aumentó la suya en la casa de sus padres, por el buen ejemplo que ellos le dieron, por los cuidados que pusieron en su educación y por su fidelidad en seguir los designios de Dios sobre ella. Adán fue expulsado del paraíso terrestre por un decreto justísimo de la divina justicia; María sale de la casa de San Joaquín y de Santa Ana por una orden adorabilísima de la infinita bondad de Dios.

La salida de Adán del paraíso es funestísima y muy deplorable para él y para toda su posteridad; pero la salida de María de la casa paterna es felicísima y muy ventajosa para ella y para todo el género humano, puesto que sale de ella para disponerse a darnos un Redentor, con entero desprendimiento de sí misma y de todas las cosas y con perfecta sumisión a la divina voluntad.

Vengamos al santo patriarca Abraham. Le veo salir de su país, dejar su parentela y la casa de su padre, por mandato expreso de Dios y por las grandes recompensas que le promete. Pero no hay necesidad alguna de mandar a nuestra divina María, ni de ofrecerle recompensas para inducir la a dejar a sus padres, su país y todos sus parientes, bástale saber que será una cosa muy grata a su divina Majestad; no quiere otra recompensa que agradarle.

No es de admirarnos que Abraham, que conoce y ama a Dios, y que, por consiguiente, no puede tener más que aversión y odio contra todo lo que deshonra a Dios, abandone un país lleno de idolatría, y deje sus parientes, que son idólatras y enemigos de Dios. Pero es algo prodigioso ver a una niña que sale de una casa en la que Dios es incesantemente alabado y glorificado, y que deja a un padre y a una madre que son santos, y de los mayores santos que hablan pasado por la tierra.

Abraham sale de su país y de su parentela a los setenta y cinco años; María se separa de un padre y una madre a quienes ama ardentísimamente y de quienes es ella más amada que cuanto se pueda decir, en sus más tiernos años, y en una edad en la que tan necesarias le serían su presencia y asistencia.

Abraham sale de la casa de su padre, pero lleva consigo lo que le es más querido: a su mujer Sara y a su sobrino Lot, además de todos sus bienes (Gn 12, 5). Pero nuestra incomparable Niña nada lleva en absoluto de la casa de sus padres. Ellos la acompañan hasta el templo, pero luego queda en él privada enteramente de la dulzura de su santa conversación y separada de toda su parentela.

Después de todo, sin embargo, le, salida de Abraham y la salida de María, hija de Abraham, fuera de su país, convienen en una cosa: en que, como la salida de Abraham fuera de la casa de su padre le mereció ser el padre de los creyentes y hasta padre del Mesías; así la salida de la Hijo a de Abraham, de la casa de sus padres, la dispuso a ser la madre de todos los hijos de Dios, y la Madre del mismo Dios.



Tan cierto es, que Dios da no sólo el céntuplo, sino mil y mil veces el céntuplo de todo lo que se deja por su amor.

Veamos ahora una tercera salida infinitamente más considerable que los dos precedentes: la salida admirable que el Hijo de Dios hizo de su Padre para venir a este mundo, con la cual, la salida de nuestra divina Niña de la casa paterna tiene muchas más relaciones que con las otras dos, porque es conveniente que haya perfecta semejanza entre el Hijo y la Madre.

Veámoslas: Es el amor infinito que el Hijo de Dios tiene a su Padre y a los hombres el que le saca del seno paterno para hacerle venir a la tierra, a fin de que en ella sea conocido y amado su Padre y para realizar la salvación de los hombres; amor tan tierno y tan ardiente que este amabilísimo Salvador dijo un día a Santa Matilde que mientras estaba en este mundo, el recuerdo de este amor inmenso que le hizo salir del seno de su Padre para venir a buscar a los pecadores en la tierra, le sacaba lágrimas de los ojos cuantas veces pensaba en ello; pero que eran lágrimas de -amor y de ternura hacia nosotros. Así también o] amor a su Dios de que se encuentra abrasado el corazón sagrado de María, es el que la saca del seno de su padre y de su madre, y la hace ir al templo de Jerusalén, sabiendo que hará una cosa muy grata a su Padre celestial, el cual le inspira este sentimiento para disponerla a ser la cooperadora de su Hijo en la gran obra de la salvación de los pecadores.

Como el Verbo eterno sale del seno adorable de su Padre, que es el primero y más santo de todos los templos, en el que tributa alabanza y gloria infinitas y eternas a su

Padre, para venir al seno y al corazón virginal de su Madre, que es otro santuario en el que tributa adoraciones y honores inmensos a la Santísima Trinidad, así nuestra dignísima Niña sale de la casa de su Padre, que es un verdadero templo en el que ella ha alabado, adorado y glorificado a Dios santísimamente con san Joaquín y santa Ana y un millón de ángeles que la acompañaban, durante tres años y nueve meses que allí vivió, para ir al templo de Jerusalén, a fin de continuar en él sus alabanzas y adoraciones a una con las santas vírgenes que allí moraban.

Como el Hijo de Dios sale del seno de su Padre, que para él es mansión de gloria y de felicidad incomprensibles, y viene a la tierra, donde no encuentra más que penas y espantosos suplicios, a los que, sin embargo, se entrega de todo corazón para la salvación de los hombres, así nuestra Virgen sale de la casa de sus padres, que es para ella mansión de gozo y de delicias, y viene a Jerusalén, donde tendrá que sufrir dolores y agonías inconcebibles, que soportará con todo agrado, para cooperar con su Hijo a la redención del universo.

Aunque el Padre eterno nos da a su Hijo con una bondad inmensa y le abandona a los tormentos y a la muerte de cruz por nuestra salvación con una caridad incomprensible, es, sin embargo, cierto que el amor infinito que tiene a su amado Hijo le causaría un dolor infinito, si de ello fuera capaz, cuando sale de su seno, para venir a sumergirse en los sufrimientos que aquí abajo le esperan. De igual manera, aunque san Joaquín y santa Ana consienten, de buena gana, en ser privados de la dulcísima presencia de su única y

amadísima Hija, porque han hecho voto de darla a Dios, a quien aman más que a ellos mismos; no se puede dudar, sin embargo, que esta privación les es también tan sensible y dolorosa como querida y preciosa les es esta Hija. Porque es su tesoro, su gloria y sus delicias; es su corazón, su alma y su vida, su amor y todo su consuelo. Pero, conociendo que Dios la llama por otra parte, se la dan con todo su corazón.

¿Dónde están, padres y madres, que se oponen a su divina voluntad, cuando llama a sus hijos al estado eclesiástico o a la profesión religiosa? ¡Ah, qué crueles son con sus hijos, puesto que matan sus almas con la muerte eterna, al querer arrebatarse a Dios la autoridad y el poder que le da su soberanía de disponer como le plazca de sus criaturas, que son infinitamente más de El que de ustedes, que no las tienen sino de él!

Volvamos a nuestro asunto. Es cierto que el Hijo de Dios podía salvar al mundo sin salir del seno de su Padre, y sin venir a la tierra como vino. ¿Por qué Salvador mío, sales de este seno adorable, lleno de gloria y delicias para ti? ¿Por qué quieres venir a esta tierra de pecado y de maldición, donde no encuentras más que dolores y sufrimientos? Es para darnos las mayores pruebas del amor infinito que tiene a su Padre y a nosotros. Así también, parece que no es necesario que la amada Hija de Joaquín y Ana salga de la casa de su Padre, y de su madre, para morar en el templo de Jerusalén, y entre las vírgenes que allí están, si sobre todo tenemos en cuenta que en la casa de san Joaquín y de santa Ana hay más virtud, más piedad y santidad que en la comunidad de estas vírgenes. La santa casa paterna de María es un verdadero

templo donde Dios es adorado, alabado y glorificado día y noche más santamente que en el templo de Jerusalén; porque Joaquín y Ana son las dos personas más santas que entonces existían en el mundo. Esta feliz casa es la morada de los ángeles y aún del Rey de los ángeles, un verdadero paraíso. No hay lugar alguno en la tierra, donde nuestra santa Niña pueda estar más digna y santamente y más agradablemente para ella, mirado el grandísimo amor que su padre y su madre le tienen y el afecto ardentísimo con que ella les corresponde. Pero, conociendo que hará una cosa muy grata a Dios con salir de ella, el amor incomparable a su divina Majestad el que su corazón está abrasado, le obliga a hacerlo.

Pero, ¿es necesario, oh divina Niña, que tan pronto lo hagan? ¿Qué es lo que tanto les apremia para separarte de unos padres tan buenos Y que tanto os aman? ¿Qué mal hay en esperar algunos años, mirando a que estés más fuerte? ¿Podrá una niña de tres años prescindir de los cuidados y dirección de su padre y de su madre? Sé muy bien que no ocurre contigo lo que, con los demás niños, y que el Espíritu Santo te guía y protege, de manera extraordinaria. Sé también que has sido ofrecida a Dios para servirle en el templo; pero ¿qué servicio le puedes prestar en edad tan débil y necesitada? Da el consuelo a sus padres, y a ti misma, de morar aún con ellos un poco de tiempo. No, porque Dios la llama y ella le quiere servir fielmente y sin demora alguna.

Ve aún otra relación entre la salida del Hijo de Dios del seno de su Padre y la salida de la niña María de la casa de los suyos. Como el Verbo encarnado salió del seno de su Padre,

y se privó desde el momento de su encarnación hasta su resurrección de una gloria infinita y de todas las cosas de este mundo que le pertenecían por infinidad de títulos, a fin de predicarnos primeramente con su ejemplo lo que después debía enseñarnos por estas palabras: «El que no renuncia todo lo que posee no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 33). «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz y sígame» (Mt 16, 24) así también inspira a la que ha escogido por madre suya y nuestra, que haga lo mismo, es decir, que deje su padre, su madre, su casa, su país, todos sus parientes, que renuncie el mundo antes de conocerlo y a todas las cosas del mundo, y lo que es más, a sí misma y a todas sus inclinaciones, para ser nuestro ejemplo después de Jesús, y especialmente para ser el modelo de un número innumerable de santas hijas que la divina bondad ha escogido y llamado para seguir a esta gran Princesa, que es la Hija primogénita del gran Monarca soberano del universo. ¡Oh, qué felices son los que siguen a esta amable Niña, y lo hacen desde su infancia! ¡Cuán cierto es lo que el Espíritu Santo tiene dicho: «Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo del Señor ya desde su mocedad» (Lm 3, 27). ¡Cosa muy ventajosa es dejar el mundo antes de haberlo conocido, antes de haber bebido su veneno! ¡Fuera ese abuso y ese error insoportable que albergan muchos espíritus, afirmando que es bueno que los que se han de consagrar a Dios gusten del mundo antes de dejarlo! ¡Cuántas almas se han extraviado siguiendo esta perniciosa máxima! ¡Cuántas personas llamadas por Dios a la profesión sacerdotal o religiosa se han perdido con sus demoras para seguir la

inspiración divina y por haber quedado mucho tiempo en el mundo, en este mundo que es en frase de san Ambrosio: el cuerpo del dragón infernal, y que estando, por consiguiente, lleno de veneno, emponzoña a todos sus secuaces, pero especialmente a los que, por su corta edad, son más susceptibles de sus impresiones malignas y envenenadas!

¡Dichosos, pues, los que le dejan pronto y llevan su inocencia bautismal a la casa de Dios! ¡Dichosos los padres y madres que imitan a san Joaquín y a santa Ana en la conducta con sus hijos! ¡Desgraciados los que hacen lo contrario y ponen obstáculos a la vocación de sus hijos! ¡Desgraciados los que usurpan el poder y la autoridad de Dios a quien únicamente pertenece señalar la vocación de sus criaturas, es decir, escoger la condición en la que quiere que le sirvamos! Por eso el santo concilio de Trento pronuncia anatema contra los padres y madres u otras personas que estorban a las hijas o viudas abrazar la profesión religiosa, o lo que sería peor, les obligan a seguirla contra su voluntad, sin ser llamadas por Dios (Sesión 25, cap. 18).

Esta es una de las principales causas de infinidad de desórdenes que hay en el mundo y de la perdición de un gran número de almas. Porque, donde no hay vocación de Dios, no hay gracia para aquel estado; donde no hay gracia no hay virtud, y donde no hay virtud abunda toda clase de vicios y desarreglos. Esto también arruina las familias, aun temporalmente. Porque acontece, por muy justo juicio de Dios, que lo que en esto pretenden hacer los padres y madres en beneficio de sus casas y contra la orden y vocación de

Dios, se convierte en su ruina corporal y espiritual, temporal y eterna.

Esto también pierde a las más santas comunidades., Porque los que en ellas entran sin vocación, no son ordinariamente sino piedras de escándalo y fuentes de desarreglos. Por esto los superiores y superioras no han de pensar que examinan demasiado la vocación de las personas que se presentan para entrar en estas comunidades; deben temer hasta el extremo dejarse llevar en estos asuntos de razones de interés o de ventajas humanas y temporales.

## ***CAPÍTULO XXV***

### **Décimo misterio: María es presentada a Dios en el templo de Jerusalén**

Cerca de mil años antes de Cristo fue construido el templo de Jerusalén y en él se celebraban muchas fiestas solemnes; pero ninguna, jamás con tanta santidad y solemnidad como la que tuvo lugar cuando la preciosísima Virgen fue ofrecida y presentada a Dios por sus padres y por sí misma.

El motivo principal de esta solemnidad, es el misterio de su Presentación, que contiene muchas cosas grandes y maravillosas.

Descubro en este misterio y en esta fiesta siete clases de personas, las personas más nobles, santas y dignas del

universo, presentes en este misterio honorabilísimo y esta fiesta admirable.

En primer lugar, está la incomparable María, que es la más excelente persona que hay en el mundo, después de las tres eternas Personas.

En segundo lugar, veo a san Joaquín y a santa Ana que son las más honorables personas que hay en la tierra, porque son el padre y la madre de la que ha de ser la Madre de Dios.

Veo, en tercer lugar, a muchos de sus parientes, amigos y vecinos, entre los cuales muy probablemente se encuentra san José pues siendo de la ciudad de Nazaret, de una misma tribu, pariente, vecino y amigo sin duda de san Joaquín y santa Ana, no puede dudarse que tomaría gran parte en su alegría y en el favor que Dios les hizo, librándoles del oprobio de la esterilidad, y dándoles una hija, y qué hija; de seguro los acompañó en el viaje que hicieron a Jerusalén para presentarla a Dios en el templo.

En cuarto lugar, veo a los sacerdotes del templo, en el ejercicio de su ministerio; y entre otros a san Zacarías, que será pronto el padre del precursor del Mesías.

En quinto lugar, veo a santa Ana, la profetisa, alabada en el santo evangelio por su rara piedad y santidad. Tenía ochenta y cuatro años cuando Nuestro Señor fue presentado en el templo y hacía más de cincuenta que vivía allí.

En sexto lugar, veo a san Gabriel, el ángel de la guarda de la Reina de los Ángeles, con todos los ángeles de guarda de san Joaquín, santa Ana, san José, de la ciudad de Nazaret, de Jerusalén y de toda la Judea; y quizás incluso con todos los demás ángeles. Es al menos muy creíble que se encuentra ahí



gran número de todos los nueve coros que componen el ejército innumerable de los celestiales espíritus; me es fácil creer que los ángeles destinados por la divina Providencia a la guarda de las personas que prevé han de pertenecer particularmente a esta Reina del cielo por una singular devoción hacia ella, se encuentran en esta solemnidad y toman en ella parte muy especial, para comenzar servirla y honrarla en nombre de aquellos de quienes un día serán ángeles titulares.

En séptimo lugar, veo aquí, con la luz de la fe, a las tres adorables Personas de la Santísima Trinidad.

Veamos lo que hacen todas estas santas personas en esta gran solemnidad de la Presentación de nuestra bienaventurada Niña. ¿Qué hace, en primer lugar, esta divina Madre? ¿Qué pasa por su exterior y por su interior?

Contéplala cuando hace su primera entrada en el templo. Sabe que es la casa de Dios, que no es menos santa que el cielo, y que no merece menos veneración que éste, puesto que el Dios del cielo está también allí presente, donde fija su morada como si fuera un cielo. Se persuade además de que se encuentra ante la mirada de Dios como los ángeles que están en el cielo empíreo, se conduce en este lugar santo con maravilloso respeto, piedad y devoción. Nada de pueril ni infantil ves en ella; no observas más que señales de profundo recogimiento y de angelical modestia. No vuelve la cabeza ni la vista de un lado a otro; a nadie mira, sus ojos permanecen modestamente bajos, guarda profundo silencio, sin hablar a nadie más que a Dios. Esta divina Niña que está en este templo es ella misma un verdadero templo, templo

vivo, templo de la Divinidad, templo incomparablemente más augusto y santo que este templo material. Y, sin embargo, se humilla profundamente, se juzga indignísima de estar en este santo lugar. Y está siempre en él, no de pie o sentada en cojines de seda, aunque sea princesa y de sangre real; no levantada en bancos o cátedras, sino de rodillas sobre el pavimento del templo, con el rostro en tierra para adorar a su Dios. Así era su exterior.

¿Y qué decir de lo que pasa en su interior? Todo su espíritu, toda su voluntad, todo su corazón, todas las potencias y afectos de su alma están ocupados en Dios para amarle, glorificarle, contemplarle, adorarle, en ofrecerse, en darse, en consagrarse y sacrificarse enteramente a su divina Majestad. Le presenta adoraciones y alabanzas más santas y que le son más gratas que todas las que le han sido dadas en este templo desde cerca de mil años que fue construido. En una palabra, diríais al verla que esto no es una niña, ni una criatura humana, sino un serafín encarnado que ha tomado la forma de niño.

¿Qué hacen aquí san Joaquín y santa Ana, padre y madre de esta admirable Niña? Adoran, alaban y glorifican a Dio con su santa Hija. Le dan mil y mil gracias por haberles dado tan precioso tesoro. La ofrecen y la presentan a la divina Majestad con una humildad, una devoción y un amor que no se puede expresar.

¿Qué hacen san José y los demás parientes, amigos y vecinos de san Joaquín y de santa Ana? Se regocijan por la gracia que Dios les ha hecho. Le bendicen por haber hecho tan perfecta a esta Niña. Admiran su virtud y santidad, y se

ven obligados a decir de ella mucho más que lo que decían los vecinos de san Zacarías y santa Isabel acerca del niño Juan en su nacimiento: ¿Quién piensan que será esta niña pues la mano todopoderosa de Dios hace ya cosas grandes? (Lc 1, 66).

¿Qué hacen los sacerdotes que están de oficio en el templo? Reciben con gozo y admiración a esta santa Niña, como víctima sagrada que ellos ofrecen a Dios, con una devoción extraordinaria que el Espíritu Santo excita en sus corazones, sin darles a conocer el secreto de este misterio, si no es quizás a Zacarías, que era del orden sacerdotal y que estaba entonces en el ejercicio de su ministerio, según el sentir de San Germán, patriarca de Constantinopla y de Jorge, arzobispo de Nicomedia, quienes escriben que encontrándose en el templo en esta ocasión, fue él el que recibió a nuestra divina Niña, la que era su pariente, y la puso en la comunidad de las vírgenes que vivían juntas en una casa al lado del templo, después de haber ofrecido a Dios esta santa e inmaculada hostia, cuya oblación, dio más gloria a su divina Majestad que todos los sacrificios que le habían sido ofrecidos en este templo.

¿Qué hacey Ana, la profetisa, que tan santamente vivía entre las vírgenes y viudas que se habían retirado al templo y que aparentemente se conducía como ellas? Considera atentamente todo lo que ocurre: tiene los ojos el corazón tan fijo en esta amable Niña, que para nada le pierde de vista. Y como espera con ardentísimos deseos la consolación de Israel, as decir, al Salvador del mundo, y sabe que está próxima su venida, según los oráculos de los profetas, y que

debe nacer de una virgen, y que siendo profetisa está llena de la luz del Espíritu Santo, concibe una gran esperanza de que esta Virgen podrá ser su madre. Por esta razón se llena de los sentimientos particulares de respeto y afecto hacia ella, que la hacen concebir el deseo de cuidar de ella extraordinariamente, mientras esté en el templo.

¿Qué hacen san Gabriel y todos los otros que están ahí, como arriba hemos dicho? Consideran con mucha atención los misterios que tienen lugar ese día. Tienen fijos los ojos en esta pequeña y seráfica María y en todo lo que ella hace. San Gabriel se regocija y da -gracias a Dios por el favor singularísimo con que se ve honrado de haberle encargado la guarda de la que debe ser la madre, nodriza, gobernadora y guardiana del Rey de los serafines. Todos los demás ángeles se congratulan y bendicen a Dios con él, por haberle escogido de entre ellos para tan glorioso cargo.

Los ángeles de guarda de san Joaquín, de santa Ana, de san José, de la ciudad de Nazaret, de la ciudad de Jerusalén, y de toda la Judea hacen grande fiesta y dan a Dios mil alabanzas con ocasión de esta admirable Niña, a quien miran y honran como la verdadera Judith que debe cortar la cabeza del soberbio Holofernes, y que será la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, y la honra del pueblo de Dios, pero/ especialmente de sus padres y del que tendrá la honra y la gloria de ser su esposo.

Los serafines están sorprendidos de ver en el corazón de esta Niña una hoguera de amor divino más encendida que la de sus propios corazones. Los querubines se admiran de ver a una hija de Adán en las tinieblas de la tierra, toda bella y

circundada de las más bellas luces del cielo. Los tronos la admiran como al más alto trono de la Divinidad que existe en el cielo y en la tierra. Las dominaciones la reverencian como a la que lleva en su nombre de María la cualidad de Señora soberana del universo, y que efectivamente lo es, aun en el estado de su infancia, como más abajo veremos, aunque no tenga aún el uso de su soberanía. Las virtudes la honran como el más digno santuario de todas las santas virtudes. Las potestades la respetan como a aquella a quien se ha concedido todo poder en el cielo y en la tierra, y que tiene más poder ante el Omnipotente que todos los habitantes del cielo. Los principados le dan honor como a la mayor Princesa del reino de Dios. Los arcángeles quedan arrebatados al ver tantas maravillas en esta pequeña criatura. Los ángeles glorifican a Dios por haber hecho a una Niña de tres años más pura, más santa y más agradable a su divina Majestad que todos los espíritus celestiales.

Los ángeles destinados por Dios para la guarda de los que previó habían de pertenecer más particularmente a esta Virgen admirable por la devoción especial que a ella tuvieron, comienzan aquí a servirla y a honrarla en su nombre y de su parte, como a su Reina, Madre y Protectora y como a su esperanza y consolación.

En fin, todos los coros angélicos dan gracias a la Santísima Trinidad por haber hecho un cielo en la tierra y por haber cambiado la tierra en un cielo, más, por haberla elevado por encima del cielo, cuando en el mundo puso a una pequeña Niña que se llama María, en la cual y por la cual, su

divina Majestad es más amada y glorificada que en el cielo empíreo. Así es como todos los ángeles celebran esta fiesta.

Abramos ahora los ojos de la fe para contemplar aquí a las tres Personas eternas de la adorabilísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y para considerar y adorar lo que hacen. ¡Oh cómo miran a esta admirable Niña que es el Primer objeto de su amor! ¡Cómo se complacen en su humildad, en su piedad, en su amor y en todas sus acciones que con tanta perfección practica!

Me parece oír la voz del Padre eterno, que dice de ella lo que un día dirá de su Hijo Jesús: «Esta es mi Hija muy amada en la que he puesto todas mis complacencias». Y la voz del Hijo que exclama: «Esta es mi amabilísima Madre escogida entre millares desde toda la eternidad. Y la voz del Espíritu Santo que resuena por todo el mundo: «Esta es mi dignísima y queridísima Esposa a quien amo más que a todas las puras criaturas». ¡Oh cuán grata les es esta santa e inmaculada hostia que hoy se les ofrece en este templo! ¡Qué abundancia de luces, qué profusión de gracias derraman en los corazones de san Joaquín y santa Ana, y aún más, en el espíritu y en el corazón de la Hija!

¡Oh gran Dios, que haces bajar fuego del cielo para consumir el sacrificio de Elías, el sacrificio de un buey que te es ofrecido por este santo profeta! ¿Qué fuegos y qué llamaradas no encenderás hoy sobre el altar de los sagrados corazones de Joaquín, de Ana y de María, tres corazones que no son sino un corazón, para consumir la santa víctima que te ofrecen? Por un lado, veo a esta santa Niña que se presenta, se da, se consagra, se inmola enteramente y de

todo corazón a la gloria de tu divina Majestad; y por otro, veo que la recibes, la aceptas, te la apropias, tomas posesión de ella, la unes a tu divinidad, con la más estrecha unión que jamás existió, la colocas en tu seno y en tu corazón, para prepararla a hacer en ella Y por ella las mayores maravillas de tu omnipotente bondad, para disponerla a ser la Madre de nuestro Redentor, y a cooperar con él en la obra de nuestra redención; como también a ser nuestra verdadera Madre, a la que comunicas tu poder, tu sabiduría y tu bondad, a fin de que pueda, sepa y quiera librarnos de toda clase de males y colmarnos de toda clase de bienes. Gracias infinitas e inmortales sean dadas por ello, oh adorable Trinidad!

Oh divina Niña, me doy a ti con todo mi corazón. ¡Emplea tú misma el gran poder que Dios te ha dado para tomar entera y perfecta posesión de mí, a fin de presentarme e inmolarme contigo en honor y gloria de la santísima Trinidad!

## ***CAPÍTULO XXVI***

### **Undécimo misterio: estancia de María Niña en el templo de Jerusalén**

San Joaquín y santa Ana, una vez cumplido el voto que habían hecho a Dios de consagrarle el hijo que les diera, para servir en el templo, volvieron a su casa. La pequeña María queda en el templo, de sólo tres años de edad, bajo la

dirección de la superiora de las vírgenes que allí vivían en comunidad; pero, con un privilegio del todo particular y extraordinario que jamás ha sido concedido a mujer alguna, sino a la que es la Reina de las vírgenes y la gloria de todas las mujeres.

¿Qué privilegio es éste? Lo que nos cuentan Evodio, sucesor de los apóstoles, patriarca de Antioquía, san Germán, patriarca de Constantinopla y Nicéforo en su Historia eclesiástica, quienes dicen que María Santísima moraba en el Sancta Sanctorum, que era la parte del templo más sagrada y más venerable. Parece, sin embargo, que no moraba allí siempre, sino que se le abría la puerta cuantas veces lo deseaba y entraba en él frecuentemente para adorar a Dios y hacer sus ejercicios de piedad.

Ya sé que no estaba permitido sino al gran sacerdote entrar en el Sancta Sanctorum, y solamente lo hacía una vez al año. Pero sé también que esto no siempre se había observado, puesto que san Epifanio y san Eusebio escriben que esta ley no tuvo lugar con respecto a Santiago, por sobrenombre el hermano del Señor, al cual era permitido entrar en el santuario para hacer allí sus oraciones, por razón de su gran santidad.

Por esta razón nuestra divina Niña gozó de este mismo privilegio. Como era un ejemplar de toda clase de virtudes, dice el santo sacerdote Epifanio de Constantinopla, y sus eminentes perfecciones, irradiando por todas partes la hacían admirable y amable a todos, los sacerdotes, conmovidos por el resplandor de una santidad tan maravillosa y extraordinaria, se prestaban de buena gana a



favorecerle con esta gracia tan extraordinaria; además de que se hacía por una orden particular de la divina voluntad que les impulsaba a darle este permiso. ¿Por qué? Porque Dios quería que esta santa Niña tuviese su morada más ordinaria en el Sancta Sanctorum por siete razones muy considerables.

Primeramente, Dios así lo quería para unir la verdad a la figura, a fin de hacer aparecer la belleza y la excelencia de la verdad por la oposición de su sombra, como el pintor pone sombras en su cuadro, a fin de dar por este medio más lustre y esplendor a las principales partes del cuadro. Para entender bien esto, hay que saber que el templo de la antigua ley no era sino una sombra y una figura del nuevo templo que Dios construyó en la nueva ley, que es la santa Iglesia. ¿Cuál era la parte más digna y venerable de este antiguo templo de Jerusalén? El Sancta Sanctorum. ¿Cuál es la parte más augusta y más sagrada del templo de la nueva Jerusalén, que es la Iglesia? Es nuestra divina Virgen, verdadero santuario del nuevo templo que fue construido por el verdadero Salomón, del cual el santuario de la antigua ley no era más que sombra pues el primer santuario contenía lo más extraordinario que en el templo de Salomón había, y era más digno y santo que todo el resto del templo; así nuestra divina María contiene todo lo más precioso que hay en la santa Iglesia, ella, más santa que toda la Iglesia junta.

Como Dios tenía su morada más particularmente en el santuario del templo de Jerusalén, así el corazón sagrado de la pequeña María es desde ahora un santuario en el que la Santísima Trinidad fija su residencia más santa y

agradablemente que en este antiguo santuario; y su cuerpo virginal es también un santuario en el que habitará pronto corporalmente toda la plenitud de la Divinidad. Y su corazón y su cuerpo son un maravilloso santuario que quedará dedicado y consagrado por la entrada y permanencia en él del soberano Pontífice, el cual no sólo entraba una vez al año para estar en él una hora de tiempo, sino que morará nueve meses en este cuerpo inmaculado y siempre en este corazón sacratísimo en el que está ya y del que jamás saldrá.

En segundo lugar, quiere Dios que esta amable Niña sea la única, entre todas las personas de su sexo, que tenga su mansión ordinaria en el santuario del templo de Dios, para darnos con esto a entender que ella es la única que desde el momento de su concepción inmaculada mora en el santuario de los santuarios, es decir, en el corazón adorable de la Santísima Trinidad, como quien es la Hija única del Padre, la Madre única del Hijo y la Esposa única del Espíritu Santo, de la manera que queda dicho.

En tercer lugar, quiere Dios que la llave de la puerta del santuario esté en las manos de nuestra divina Niña, para mostrarnos que por ella nos será abierta la puerta del santuario de las gracias y de las divinas misericordias y la entrada del paraíso. Por cuya razón, es llamada por la Iglesia y por los santos Padres: «La puerta de la luz, la puerta de la vida, la puerta de los cielos, la llave del paraíso» (San Pedro Damiano).

En cuarto lugar, quiere Dios que esté en el Sancta Sanctorum, y que ocupe el lugar en que estaba el arca de la alianza, para darnos a entender que ella es la verdadera arca

de santificación, de la que la otra no era más que figura, la que encierra desde ahora en su corazón y encerrará pronto en sus benditas entrañas al verdadero maná del cielo, que es el Verbo increado, que pronto será llamado el Verbo encarnado. Esta arca santa contiene también en si la vara de Moisés, es decir, la virtud y el poder del Altísimo, que ha comenzado ya a comunicarle y le comunicará aún más abundantemente, a fin de que obre con él maravillas tan prodigiosas, que todos los milagros que Moisés hizo con su vara, en Egipto, en el mar Rojo y en el desierto, no son más que figuras y sombras. Esta misma arca conserva también en sí las verdaderas tablas de la ley, que no son otras que su corazón sacratísimo en el que el Espíritu Santo ha escrito con letras de oro todas las leyes evangélicas.

En quinto lugar, quiere Dios que esta benignísima Niña esté en el Sancta Sanctorum, y que ocupe en él el lugar del propiciatorio que estaba en el arca de la alianza, para darnos a conocer que la ira de Dios que estaba encendida contra el género humano hacía tantos siglos, será aplacada por este medio; que por su mediación se hará Dios propicio a los pecadores y se reconciliará con ellos. Por esta razón, es llamada por los santos doctores: «El Propiciatorio del mundo».

En sexto lugar, quiere Dios que esta incomparable Niña esté en el santuario y tenga el lugar del oráculo, que estaba con el propiciatorio sobre el arca, entre los querubines, y que así se llamaba porque allí era donde se dirigían a Dios para consultarle en las dificultades que se presentaban, y para aprender de su adorable boca su divina voluntad; y era allí

también donde El daba sus respuestas y sus órdenes. Quiere, pues que la pequeña María ocupe el lugar en que estaba este oráculo para hacernos notar que él nos la ha dado para ser nuestro verdadero oráculo, del que éste no era más que la sombra y figura, pues, efectivamente, por ella quiere darnos al que es la Verdad eterna y la fuente de todas las verdades. Por ella quiere destruir todos los errores y todas las herejías, como enemigos que son de la verdad.

«Por ella, dice san Cirilo de Alejandría, todos los profetas nos han predicho la venida del Salvador. Por ella los apóstoles nos han anunciado las verdades evangélicas. Por ella poseemos todos los oráculos de las divinas Escrituras, puesto que san Bernardo nos declara que toda la Escritura Santa ha sido hecha por ella, como se dijo en su lugar. Por ella puso Dios en medio de nosotros al Oráculo de los oráculos, es decir, al Santísimo Sacramento, que es en la Iglesia cristiana lo que el oráculo del santuario de Jerusalén era en la Iglesia judaica, pero de una manera mucho más ventajosa; porque aquel no estaba sino en un solo lugar de Judea, y éste en todas las iglesias de] cristianismo. Y sí, en nuestras necesidades y perplejidades recurriésemos a nuestro oráculo, es decir a Jesús en el Santísimo Sacramento, con espíritu de humildad y de confianza, recibiríamos de él con abundancia todas las luces y todas las gracias que nos fueran necesarias y convenientes para conocer y seguir. la voluntad de Dios.

Así su infinita bondad nos ha dado esta admirable María para ser nuestro oráculo. Recurre a él en todas tus dudas y

ansiedades, y experimentarás sus dulzuras e inconcebibles bondades.

En séptimo lugar, quiere Dios que esta pequeña Virgen no sólo entre una vez al año en el Sancta Sanctorum como el gran sacerdote, sino que sea más privilegiada que los más grandes sacerdotes, teniendo poder de entrar todos los días y morar en él cuanto tiempo quiera por largo que sea, para darnos a entender que, aunque no tenga ella el carácter sacerdotal, tiene, no obstante y eminentemente, su poder, su espíritu, su gracia y santidad, puesto que pronto formará con su purísima sangre el cuerpo adorable de Jesús y estando al pie de la cruz, ofrecerá este sagrado cuerpo y esta preciosa sangre en sacrificio al Padre eterno para su gloria y por la salvación de los hombres. He dicho eminentemente, porque ella es el manantial, después de Jesús, de todas las gracias que van adheridas al sacerdocio y proceden de él y tiene ella más santidad y poder ante Dios que todos los sacerdotes juntos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento.

En fin, esta admirable Niña es tan santa que, según el gran arzobispo de Nicomedia debía tener su morada desde su infancia, no sólo en el Sancta Sanctorum, sino en el Cielo de los cielos.

Estas son las razones por las que Dios quiso que nuestra bendita Niña tuviese el privilegio de entrar en el Sancta Sanctorum cuando quería, y permanece en él todo el tiempo que quería; por lo que sea el eternamente bendecido, alabado y glorificado, y por lo que nos sea concedida la gracia de portarnos santamente, a imitación suya, en los lugares santos.

## ***CAPITULO XXVII***

### **Duodécimo misterio: Ocupaciones y ejercicios de María Niña en el templo**

Jamás supo la sacratísima Madre de Dios lo que es la ociosidad, ni aún en los tiernos años de su infancia. De los muchos años que vivió en la tierra, nunca empleó un solo instante inútilmente; sino que todo lo ocupó en el servicio y la gloria del Señor, y de la manera más grata a su divina Majestad, y según la dirección de su adorable voluntad. Porque el Espíritu Santo, que la poseía y dirigía en todas las cosas, le inspiraba el orden y regla que debía seguir en el empleo de su tiempo, y ella lo observaba con toda fidelidad. No nos consta el orden de vida que llevó en los demás estados, pero los santos Padres nos enseñan el que siguió durante su permanencia en el templo de Jerusalén.

Escucha a san Jerónimo: “Cuando la bienaventurada Virgen, estando aún en su infancia, vivía en el templo con las demás vírgenes, llevaba una vida muy arreglada pues desde el amanecer hasta Tercia, se entretenía con Dios en la oración. Desde Tercia hasta Nona, se dedicaba a alguna obra de manos. Desde Nona hasta la tarde, volvía a sus oraciones, que no dejaba hasta que el ángel que le traía todos los días su alimento, volvía a aparecer. Y así avanzaba cada día más y más en el amor de Dios” (Carta a Heliodoro).

San Buenaventura, que supo esto, parte de San Jerónimo, parte de lo que esta gloriosa Virgen reveló a santa Isabel, hija de Andrés, rey de Hungría, dice que “se levantaba ordinariamente a media noche y se postraba delante del

arca, que era el trono de Dios, y así permanecía largo tiempo en oración, dando gracias infinitas a Dios, infinidad de alabanzas y bendiciones, y haciendo muchos actos de fe, esperanza, caridad y religión. Después de lo cual, tenía costumbre de pedir siete cosas principales. La primera era la gracia de amarle con todo su corazón y con todas sus fuerzas. La segunda, el favor de amar a su prójimo como Dios lo manda, y todo lo que desea que lo amemos por su amor. La tercera, la fuerza de odiar todo lo que le desagrada. La cuarta, la humildad, la paciencia, la benignidad y las demás virtudes que debían hacerla agradable ante su presencia. La quinta, la gracia y el honor de ver con sus ojos, de oír con sus oídos y de servir con sus manos a la que debía ser la Madre de su Criador. La sexta, la ayuda necesaria para obedecer puntualmente a todas las voluntades de sus superiores. En la séptima encomendaba a Dios el santuario que él había escogido, a los ministros del templo y a todo su pueblo, suplicándole que a todos los conservase y que aumentase en ellos el celo de su servicio.

Después de este primer ejercicio, descansaba un poco, volvía de nuevo a la oración y después, se ocupaba en alguna obra manual, según lo que se le mandaba para el servicio del templo, lo que practicaba con toda perfección. Después del mediodía, volvía a sus ejercicios espirituales de lectura y oración, hasta que el ángel le traía por la tarde lo necesario para su manutención. Tomada su refacción, bendecía y adoraba a Dios, entreteniéndose algún tiempo con los espíritus bienaventurados que venían a verla y descansaba un poco. Según varios autores ese corto descanso no

interrumpía sus dulces y afectuosos coloquios con Dios” (Meditación sobre la vida de Cristo, cap. 3).

De todo esto sacamos que nuestra santa Niña tuvo cinco clases de ejercicios y ocupaciones principales en el templo. Porque, primeramente, pasaba la mayor parte del tiempo en oración.

En segundo lugar, dedicaba alguna parte de él a la lectura de los libros santos. “Jamás estaba menos sola que cuando estaba sola”, dice San Ambrosio, pues ¿cómo estar sola, teniendo tantos libros, tantos arcángeles, tantos profetas con ella. Se dedicaba con frecuencia a leer y meditar los oráculos de los profetas, dice san Germán de Constantinopla.

En tercer lugar, se dedicaba, dice el mismo Santo, a trabajar en lana, lino y seda para el servicio del templo.

En cuarto lugar, se entretenía todos los días con los espíritus bienaventurados, conversando sobre cosas celestiales y divinas, según el testimonio de san Ambrosio que acabamos de traer. Así lo piensan también san Germán y otros muchos.

En quinto lugar, dedicaba un poco de tiempo, el menos que podía, a tomar su refacción traída por los ángeles, según la relación de san Ambrosio, de Jorge, arzobispo de Nicomedia, de Metafraste quien dice que san Zacarías, padre de san Juan Bautista, vio con sus propios ojos a un ángel que le llevaba el alimento a nuestra santa Niña. Y san Jerónimo dice (1) que no hay por qué extrañarse de ello, puesto que Dios hizo este favor muchas veces a un santo abad llamado Apolo, que vivió en el tiempo de Teodosio el Grande.



Después de su refacción, tomaba un poco de descanso, durante el cual, no obstante, se mantenía en muy alta contemplación, dice san Bernardino de Siena, como nunca la han tenido los más altos contemplativos.

He aquí las ocupaciones de nuestra amable María en el templo de Jerusalén, en las que vemos que empleó todos los medios con que se puede honrar a Dios en este mundo y que son principalmente nueve. El primero, es hablar a Dios en la oración y hablarle con humildad, respeto y atención. El segundo, escuchar a Dios que continuamente nos habla por sus inspiraciones, por los santos libros que leemos, por sus divinos mandamientos, por boca de nuestros superiores y predicadores, y por todas las criaturas que son otras tantas lenguas que nos claman sin cesar que amemos a Dios, su Criador y Creador nuestro. «El cielo y la tierra, dice san Agustín, y todas las cosas que están en el cielo y en la tierra no cesan de decirme que ame a mi Dios». Escuchar, pues, a Dios, que de tantas maneras nos habla, y obedecer su voz es hacer buen uso de los que Él nos dice. La tercera, cifrar nuestro recreo y nuestro gozo en hablar y oír hablar de Dios en nuestros entretenimientos con el prójimo. La cuarta, obrar por Dios y hacer todo por él con purísima intención de agradarle. La quinta, no tener otra voluntad que la de Dios, y hacer consistir nuestro gozo en querer lo que Él quiere, y nada querer sino lo que él quiere. La sexta, abandonarlo todo, y a uno mismo, por amor de Dios. La séptima, dar y sacrificarlo todo a Dios. La octava, sufrirlo todo por Dios. La novena, morir o estar dispuesto a morir por Dios. Nuestra

divina Niña glorificaba a Dios por todos estos medios, de manera perfectísima mientras está en el templo.

Primeramente, emplea la mejor parte de su tiempo en hablar con Dios en la oración, y en hablarle con una humildad, respeto y devoción que jamás ha habido semejante.

En segundo lugar, tiene ella siempre los oídos abiertos a la voz de su Dios que le habla por sus inspiraciones, por sus mandamientos, por los que la dirigen, y por la lectura de los santos libros; y obedece ella a todo lo que se le ordena con toda exactitud.

En tercer lugar, tiene su recreación después de su refacción, poniendo todo su contento en hablar y oír hablar de Dios; y, si se dejase llevar de los sentimientos de su amor y de su celo, hablaría de El a todo el mundo e iría por todas partes a predicarlo y darlo a conocer y a amar, a todos los habitantes de la tierra.

En cuarto lugar, nada hace sino por Dios y por el servicio de su templo; sin más pretensión en todo lo que hace, que la de agradar a su Dios.

En quinto lugar, no tiene otra voluntad que la de Dios; y pone toda su felicidad y su paraíso en desear para ella y para todas las criaturas lo que a Dios es más grato.

En sexto lugar, todo lo ha dejado por Dios: padre, madre, país, parientes, a sí misma, todo sin excepción.

En séptimo lugar, se ha dado y sacrificado, y se da y se sacrifica a Dios continua y enteramente, cuerpo, alma, corazón, espíritu, vida, todo lo que puede, tiene y es, sin reserva alguno.

En octavo lugar, como sabe que el Hijo de Dios debe venir a este mundo para salvar a los hombres, y ve en la lectura de los profetas los muy atroces suplicios que ha de sufrir por todos los hijos de Adán, y por ella en particular, el amor ardentísimo que tiene a este amabilísimo Salvador, le hace sufrir desde entonces dolores inconcebibles, y le hace desear sobrellevar ella todos los sufrimientos que él ha de soportar, si fuera del beneplácito divino.

En noveno lugar, como aprende también en las divinas Escrituras, en cuyos secretos estaba, dice san Agustín y otros santos Padres, que el Hijo de Dios debe morir con una muerte cruelísima por amor a los hombres y por amor a ella, el amor increíble que le tiene, la llevo a ofrecerse a Dios con gran corazón, para sufrir todas las muertes imaginables, a fin de librar de ella a su adorabilísimo Redentor, a quien amaba infinitamente más que a ella misma. ¡Ah!, cómo clama, ya desde entonces, con abundancia de lágrimas y con un amor y un dolor inimaginables diciendo lo que después ha de decir, en el tiempo de la pasión de su Hijo, no conociéndole aún entonces como a su Hijo, sino como a su Esposo y Redentor: Oh mi único amor y mi carísimo Redentor: ¿Quién me dará que muera por ti, Esposo amadísimo?

Así es, amabilísima Niña, como empleas todos los medios posibles para honrar y glorificar a Dios mientras estabas en su templo. Gloria, alabanza y bendición eternas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por todos los favores que os hicieron en aquel tiempo y en toda vuestra vida. Ofrécele todo el honor que le diste por el santo empleo que hiciste de tu tiempo, en reparación y satisfacción del mal uso que yo hago

del que se me da, tanto en mi infancia como en el resto de mi vida y ruégale que me dé la gracia de emplear enteramente todos los momentos que me restan para la sola gloria y el su muy puro amor.

## ***CAPÍTULO XXVIII***

### **Exhortación a las jóvenes y mujeres cristianas a que imiten a la Niña María en el empleo de su tiempo**

Después de haber puesto delante de los ojos de todo el santísimo uso que nuestra amable Niña hizo de todo su tiempo mientras estuvo en el templo de Jerusalén, tengan a bien que me dirija a ustedes para exhortarlas y suplicarles que no desprecien este bellísimo espejo que el Rey de los cielos les quiere dar. ¿Qué espejo es éste? Escuchen al gran san Ambrosio que les dice: «Pongan ante sus ojos la vida purísima y santísima de la bienaventurada María. Es divino espejo en el que verán la deslumbradora hermosura de todas las virtudes, y modelo perfecto de para su vida y costumbres, conforme al cual deben realizar sus acciones, y tomar regla de lo que tienen que hacer y dejar de hacer, de los defectos que deben evitar, y de las virtudes que necesitan. practicar, imitando con todo cuidado el ejemplo de esta divina Virgen.

En esta imitación, jóvenes, consiste su gloria y felicidad de eterna salvación. ¿No es gran gloria para una miserable criatura marchar tras las huellas de la Reina del cielo? ¿No es

gran honor y a la vez su felicidad, para la hija de una Princesa tan santa ser semejante a su Madre? Y su salvación eterna ¿no depende de la promesa solemne de seguir a Jesucristo que hicieron a Dios en su bautismo y consiguientemente a su santa Madre, que es inseparable de su Hijo, y que siempre anduvo por el mismo camino por el que él marchó? Pongan, pues, los ojos frecuentemente en su bellísimo espejo, miren el ejemplo de su Reina, vean las perfecciones de su Madre, observen cómo organiza y dispone su tiempo, cómo emplea santamente todos sus momentos. Consideren después lo que hacen. ¡Qué desemejanza entre la Madre y las hijas!

Hablo, en primer lugar, de muchas que se dicen cristianas, pero que más son paganas que cristianas; que son más bien hijas del príncipe del infierno que de la Reina del cielo; que han jurado en su bautismo renunciar a Satanás, a sus obras y a sus pompas y que viven como si hubieran prometido todo lo contrario. ¿Quiénes son éstas? Aquellas de quienes está escrito que la vanidad les roba todos sus días y todos sus años, vanidad que rápidamente las lleva a la muerte, que mueren antes de haber comenzado a vivir: Sus días se desvanecen como humo, y acaban muy presto los años de su vida (Sal78, 33).

Son las que no se cuidan sino de divertirse y de pasar su tiempo en los placeres y desórdenes del mundo, y que, en un momento, cuando menos lo piensan, se ven desgraciadamente en los infiernos. Son las que pasan más de la mitad de su vida en dormir y comer, y el resto en idolatrarse ante un espejo, en gastarse gruesas sumas de dinero en bailar, danzar, en leer mil fruslerías, en galanteos y

visitas mundanas en las que se desgarran la reputación del prójimo con mentiras y calumnias. Son aquellas a quienes San Jerónimo llama Las amazonas del diablo, que se arman de pies a cabeza para hacer la guerra a la castidad, y que, con sois cabellos con tanto artificio rizados, con sus pinturas, con la desnudez de sus brazos, espaldas y pecho, matan a esta Princesa del cielo, en las almas a quienes así escandalizan. Son las que no van a las iglesias sino Para profanarlas, y deshonar a Dios en su propia presencia, y en presencia de toda su corte. Porque, en lugar de postrarse ante su divina Majestad para adorarla humildemente, las ven encaramadas en sus altas sillas, como si el pavimento de la iglesia no fuera digno de sostenerlas, y como si no vinieran sino para hacerse ver y hacer ostentación de las pompas del mundo, en ese mismo lugar en que prometieron a Dios renunciar a ellas.

En lugar de oír la misa o la palabra de Dios con silencio y respeto, y llorar sus crímenes de que están cargadas, las ven reír, hablar y charlar con las demás. En lugar de aparecer ante Dios, que es su Dios y su Juez que pronto las juzgará con rigor, en lugar, digo, de presentarse en su presencia con espíritu de humildad y de abatimiento, insolentemente hacen soportar a los demás sus consecuencias, tratan al Monarca del cielo con menos respeto que a un príncipe de la tierra, en cuya casa no se atreverían a presentarse en este estado.

Son también las que han perdido el pudor hasta tal punto que se permiten andar por las calles acompañadas de jóvenes y no de las criadas, sentadas en las noches en las tabernas con mozalbetes o paseando con ellos hasta las diez o más de la noche, lo que es ocasión de muchos pecados. Y

lo peor es que todas estas personas mundanas viven en tal ceguera que hacen todas estas cosas y muchas otras sin escrúpulo, y se mofan de los predicadores y confesores que les amonestan.

¡Pobres insensatas! ¿No oyen al Hijo de Dios que les dice que el día terrible del juicio les hará dar cuenta de toda palabra inútil que hayan dicho? (Mt 12, 36). Siendo esto así, ¿qué cuenta se les pedirá de tanto tiempo tan mal empleado? ¿No saben que como consecuencia del pecado en que nacieron y de los pecados actuales que han cometido, no tendrían derecho a vivir un momento si el Hijo de Dios no los hubiese adquirido con sus sangres y con su muerte? Si, ¡todos los momentos de vuestra vida han costado la sangre adorable y la muerte dolorosísima del Cordero inmaculado; lo que les debiera obligar a amar y estimar todos estos momentos como algo que ha costado un precio infinito a su Salvador, y que les ha dado con amor infinito, a fin de que lo empleen en servirle y amarlo, y en ganar la feliz eternidad.

¿No oyen al Espíritu Santo que les dice por boca de san Pablo, que no se pertenecen, sino que son del que los compró con tan gran precio? (1 Cor 6, 19-20). Sí, saben que el Hijo de Dios compró al precio infinito de su preciosísima sangre, su ser, su vida, su cuerpo, su alma, sus pensamientos, palabras, años, meses, semanas, días, horas y momentos. De donde se sigue que no tienen derecho a hacer uso alguno de lo que hay en ustedes, ni a emplear un solo momento de tiempo sino por él; y que cuando emplean alguna de estas cosas por el mundo o por sus pasiones, cometen un robo y arrebatan a su Redentor lo que compró al precio de su sangre.

Aun cuando no hicieran otro mal que pasar el tiempo inútilmente, en lugar de emplearlo en buenas obras, ¿qué sería de ustedes, si tiene dicho la Verdad eterna que todo árbol que no da fruto será cortado y arrojado al fuego eterno? (Mt 7, 19).

Tengan cuenta para algo la promesa solemne que hicieron a Dios en el santo bautismo a la faz de su Iglesia, de renunciar a Satanás, al pecado y al mundo, y de seguir a Jesucristo como los miembros deben seguir a su cabeza. Sepa que serán juzgadas a la hora de la muerte conforme a esta promesa, y que, si no la han guardado, éste será el motivo de su condenación. Díganme ahora, les suplico, ¿guardan esta promesa si viven como lo hacen? ¿Es esto marchar por el camino por el que Nuestro Señor Jesucristo y su santa Madre y todos los Santos han marchado? ¿Ha llegado al cielo alguna de las personas que han seguido este camino? Ni una, si no lo ha abandonado antes de morir. Por el contrario, es este el gran camino del infierno, por el que han llegado a él una infinidad de almas, y allí arden y arderán eternamente.

Oigo una voz que clama en el Apocalipsis: *Ay de la tierra y del mar, porque el diablo bajó a ellos cuando fue arrojado del cielo, y está lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo* (Ap 12, 12).

Si este dragón cuenta los siglos y los millares de años por un tiempo tan corto, atendida la manía que tiene de hacer cometer muchos crímenes y de perder gran número de almas, ¿qué interés no debieran poner en emplear muy de otra manera a como lo hacen, el poco tiempo que tienen para



trabajar en el gran negocio de su salvación, puesto que esta vida no es más que un momento.

Oigan a este ángel de que se habla en el Apocalipsis que, poniendo un pie en la tierra y otro en el mar, para demostrar que va a hablar en nombre del que manda en la tierra y en el mar, y levantando la mano al cielo, jura por el que ve en los siglos de los siglos que ya no habrá más tiempo (Ap 10, 6). Este juramento se cumplirá pronto en ustedes. Cercano está ya el día en que se dirá con toda verdad que no les queda tiempo. Pronto vendrá la hora, que será el fin de su tiempo y el comienzo de su eternidad, y si no se convierten, y se les dirá de cada una: «Vayan a la casa de su eternidad». Esta mundana, esta libertina se ha ido a la casa de su eternidad, y de una desgraciada eternidad. No hay más tiempo para ella, no hay sino una eternidad de terribles suplicios. Pasó su tiempo, y bien pronto para ella; pero esta terrible eternidad no acabará jamás. Y, en fin, vean el epitafio que habrá que poner en vuestra sepultura: «Pasó en delicias los días de su vida, y en un momento bajó -al sepulcro» (Job 21, 13)<sup>3</sup>). Esta miserable gastó todo su tiempo en placeres y vanidades del mundo, y en un momento, cuando menos pensaba en ello, ha sido precipitada a los infiernos.

Si desean evitar este terrible mal, hagan penitencia mientras tienen tiempo, cambien de vida, mírense en el espejo que Dios les ha dado, sigan el ejemplo de la Niña María en el santo empleo que ella hizo de su tiempo, y tendrán más verdadero y sólido gozo en una hora que el que no pueden tener en toda su vida las que viven mundanamente.

## ***CAPITULO XXIX***

### **Para quienes hacen profesión de devoción**

Entre las jóvenes' y demás mujeres que hacen profesión especial de devoción, hay muchas que llevan con ellas su espejo a todas partes, digo, este divino espejo del que he hablado en el capítulo precedente; que tienen sumo gusto en mirarlo con frecuencia, y que se dan con todo cuidado a imprimir en su interior una viva semejanza de aquella, cuya imagen lleven en su exterior por la condición de su sexo.

Pero, sin embargo, el número de éstas es muy pequeño, en comparación de muchas otras que se colocan en el rango de las devotas y no tienen más que la careta y apariencia de la verdadera devoción. ¿Quiénes son éstas? Son las que quieren poner el arca del verdadero Dios junto al ídolo de Dragón y mezclar la devoción con el amor del mundo, de lo que el Espíritu Santo se lamenta por boca de san Juan: No quieran amar al mundo, ni a las cosas del mundo. Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad o amor del Padre.

Son las que quieren comulgar con frecuencia, buenísima cosa cuando se saca fruto, pero no quieren corregirse de mil defectos de que están llenas. Las que desean comer con frecuencia en la mesa de Dios y beber el cáliz del Señor, como dice San Pablo (1 Cor 10, 20), pero no quieren perder su puesto en la mesa de Satanás, ni en la copa de los demonios; no haciendo esfuerzo alguno para mortificar sus pasiones, sino dejándose llevar fácilmente de sus inclinaciones y de la inmortificación de sus sentidos.

Manifiestan gran entusiasmo para recibir con frecuencia en su boca el cuerpo adorable y la preciosa sangre del Hijo de Dios, y después están también prontas para burlarse del prójimo, para hablar en perjuicio suyo, para decir palabras de doble sentido, para cantar aires mundanos y cantos profanos, como si no hubiesen comido sino un pan común y ordinario.

Son las que no querrían faltar a oír todos los días la santa misa, pero que no están por privarse de la satisfacción de presenciar ciertas comedias, aunque la Iglesia las haya condenado como una cosa perniciosa.

Son las que leen a veces libros de piedad, pero que se pasan las noches leyendo amoríos o cosas semejantes en libros que tan al desnudo presentan las libertades de los hombres, que están llenos de veneno que emponzoñan las almas de las personas que los leen. Lo que hizo decir al gran Gerson, una de las más esclarecidas antorchas de la célebre universidad de París, hablando de cierto novelista, que «si supiera que se había muerto sin hacer penitencia de su pecado, no pediría a Dios por él más que por Judas».

Son las que tienen en sus habitaciones algunos cuadros de devoción, pero a la vez pinturas y algunas veces hasta figuras poco honestas por las posturas indecentes y por la desnudez que en ellas se ve, lo que es causa de que se cometan miles de pecados.

Son las que asisten con bastante asiduidad a las predicaciones de la palabra de Dios, pero que no hacen escrúpulo en tomar parte en bailes inventados por el demonio, como ocasión de infinidad de pecados y

condenación de muchas almas. Lo que hace decir a san Efrén que la danza es «la alegría de los diablos y la tristeza de los ángeles»; y a san Crisóstomo que es «la vorágine del diablo», que engulle multitud de almas para el infierno. Por eso el gran san Ambrosio clama, hablando a todas las madres: Enseñen, mujeres cristianas, a sus hijas lo que deben amar y lo que deben odiar; salte y dance la hija de la adúltera. Pero una madre casta y pudorosa debe enseñar la piedad y la virtud a sus hijas, y no la danza». Y san Agustín llama al lugar en que se baila la caverna más sucia del diablo.

Son, además, las que hacen limosnas y obras aparentes de caridad, y hasta a veces fundaciones piadosas o cosas semejantes; pero que no pagan sus deudas, ni el salario debido a sus criados y criadas, ni a los obreros, ni lo que deben al panadero, carnicero, etc., por la manutención de su mesa; ni lo que trajeron de casa del pañero, del mercero y otros para vestir pomposamente, para amueblar sus casas, y para emplearlo en otros excesos de vanidad; todo lo cual, clama venganza delante de Dios.

Son las que, en lugar de amar el retiro y la soledad, que es carácter de la verdadera devoción, gustan mucho en correr de lado a lado, en hacer visitas mundanas e inútiles, no poniendo, por otra parte, cuidado alguno en la educación de sus hijos, ni en la instrucción de sus domésticos sin poner atención en estas palabras terribles de san Pablo: «Quien no mira por los suyos, mayormente si es de la familia, ese tal ha negado la fe, y es peor que un infiel» (1 Tm 5, 8) .

Saben, sí, hablar de materias de devoción, pero también infamar al prójimo y entretenerse en sus faltas, que es una

de las señales más ciertas de la falsa devoción. Parecen las tales, ángeles en la iglesia; pero son demonios en sus casas, estando siempre encolerizadas contra los suyos, a quienes mucho desedifican con sus enfados y gritos, haciéndoles de este modo odiosa la devoción.

Son las que están siempre pendientes del oído director, a quien hacen perder mucho tiempo; pero que se conducen sin respeto ni obediencia a sus maridos y a sus padres. Las que se tragan dulce como la leche el veneno de la lisonja y alabanzas con que unas a otras se emponzoñan; pero que no sabrían sufrir una palabra de desprecio, sintiendo vivamente las menores ofensas que se les hace.

Las que están llenas de estima y complacencia de ellas mismas; pero que están reventando de envidia y de celos con los demás. Las que protestan que nada quieren hacer que sea desagradable a Dios; y a la vez no quieren desagradar al mundo. Porque, ¿cómo es que quieren vestirse mundanamente, llevar en ellas agradables aromas, poner gran cuidado en la hermosura de su rostro y de sus manos, y hacer ostentación de la desnudez de sus brazos, sin cuidarse de aquello que dice san Crisóstomo que «las desnudeces, aún de las figuras muertas, mucho más de las vivas, son el asiento y trono del demonio». ¿Por qué, digo, hacen todas estas cosas sino para agradar al mundo, por más que agradar a Dios y al mundo son cosas ordinariamente incompatibles? «Si todavía prosiguiese complaciendo a los hombres, no sería yo siervo de Cristo», dice san Pablo (Ga 1, 10).

Son, en fin, las que se persuaden que son muy sabias, pero son en verdad locas, puesto que siguen la locura del

mundo, como se echa de ver en los cambios continuos de sus modas: «El necio se muda como la luna» Eccli 27, 12). En efecto, no obstante, su devoción, quieren seguir las vanas modas del mundo en sus vestidos, sus muebles, su lenguaje y en todo lo demás. Malditas modas, que son las fuentes de mil y mil pecados y que atraen muchos castigos y maldiciones de Dios sobre ellas y sobre las demás.

No se extrañen, si un san Carlos Borromeo prohibía a los confesores de su diócesis dar la absolución a las mujeres que no llevasen vestidos modestos, sino que vestían mundana y pomposamente. Encuentro en la vida de este gran santo que, haciendo un día la visita pastoral y encontrando a una señora vestida mundanamente, le habló de esta manera: «Desdichada, le dice, ¿no piensa usted en su salvación? ¿No tiene seguridad de estar mañana con vida, y no piensa en su salvación?» ¡Cosa extraña! ¡Qué terribles son los juicios de Dios! Al día siguiente encontraron a esta desgraciada mujer muerta en su cama; señal para temer que no sacara el fruto que debía de tan caritativo aviso. Plegue a Dios abrir los ojos a las que quieren, mezclar al mundo con Dios, para hacerles conocer cuán lejos están de la verdadera devoción, y que el camino que llevan no los llevará al cielo, si no lo abandonan, sino al infierno, porque «nadie puede servir a dos señores», dice el Salvador (Mt 6, 24).

¿Qué tiene que ver la santidad con la iniquidad, dice el santo apóstol; ¿qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial? (2 Cor 6, 14-15) No pueden beber, dice el mismo Apóstol, el cáliz del Señor y el cáliz de

los demonios; no pueden tener parte en la mesa de Dios y en la mesa de los demonios (1 Cor 10, 20-21).

¿Hasta cuándo, pues, cojearán de ambos pies? (1 Re 18, 21). El Espíritu Santo así les habla. Si el mundo es su Dios, si ha derramado su sangre y sacrificado su vida por ustedes y tiene un paraíso para darles, síganlo enteramente. Pero si es el Señor su Dios, el que ha derramado su sangre e inmolado su vida por ustedes, si éll puede enviarlas a los tormentos del infierno o darles un reino eterno, síganlo perfectamente. No partan su corazón entre el amor de Dios y el amor del mundo, entre Jesucristo y el anticristo. Denlo todo a Dios a imitación de la pequeña hija de Joaquín y Ana, que da y emplea de todo corazón todo lo que es, todo lo que tiene y puede, toda su vida, todo su tiempo, exclusivamente para la gloria de su Dios. Den todo al que les ha dado todo. Den todo y tendrán todo, y podrán todo y serán todo en el que lo es todo.

## CAPITULO XXX

### **Para las religiosas**

Mis queridas hermanas, las miro y honro como a imágenes vivientes de nuestra divina María. Porque hablo a verdaderas religiosas, que no lo son de nombre y solamente a los ojos de los hombres, sino que son religiosas de hecho y con toda verdad, ante Dios y ante los hombres; que han sido escogidas por la divina Bondad para ser llamadas a la santa religión; que no han entrado en ella por consideraciones

humanas y terrenas, sino por motivos celestiales y divinos; que no han dejado el mundo a medias, sino completamente, y que no se han separado de él sólo con el cuerpo, sino con el espíritu y el corazón; que tienen en más su santa condición que la de princesas y reinas de la tierra; que no se contentan con llevar el hábito exterior de la profesión religiosa, sino que se esfuerzan por despojarse enteramente de ellas mismas, y por revestirse perfectamente de Jesucristo, según estas palabras del Espíritu Santo: Revístanse de Nuestro Señor Jesucristo (Ro 13, 14), es decir, de sus santas virtudes, y de sus divinas perfecciones; que aman su santa soledad como un verdadero paraíso terrestre; que temen salir de ella, más que los peces de su elemento; que huyen de la comunicación con el inundo como de una cosa muy peligrosa; que no se mueven sino por caridad y obediencia; que no están en las salas de visita sitio lo menos que pueden y tratando siempre de impulsar a los que vienen a verles al temor y al amor de Dios; que no hablan jamás entre ellas de noticias, curiosidades y bagatelas del mundo, sino de cosas de su profesión; que ponen todo su contento en guardar fiel y exactamente sus votos y sus reglas por amor de Aquél a quien más que a ellas mismas aman; que cifran sus delicias en conversar, en la oración y en la lectura de los libros de piedad, con el que nos asegura que sus delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov 8, 31). Estén bien persuadidas de que la maldición de Dios es inseparable de la desobediencia, y de que el bien soberano y único medio de agradar a Dios es no tener otra voluntad que la suya, se esfuerzan cuanto pueden por matar su propia voluntad,



como se mata una serpiente, y por no tener otra que la de Dios que se les manifiesta por sus divinos mandamientos, por los de su Iglesia, por sus. reglas y por la voz de sus superiores; que, mirándose como esposas de Jesús e hijas de María, procuran continuamente hacerse agradables a su queridísimo Esposo ya sus amable Madre; que, en fin, sabiendo bien que todo su tiempo ha sido adquirido por el Hijo de Dios al precio infinito de su preciosa sangre, y que se les pedirá cuenta hasta de un momento, huyen de la ociosidad como del manantial de todos los males, y se ocupan siempre, a imitación de la santa Virgen, en cosas agradables a Dios y útiles a sus almas. He aquí lo que es la verdadera religiosa, cuyo número es hoy, gracias a Dios, muy considerable.

«Son, dice San Cipriano, la gloria y la flor del cielo eclesiástico, la gloria y el ornamento de la grada del cristianismo; son la alegría de la Iglesia; son la obra maestra a de la integridad y de la incorrupción, digna de un honor y de una alabanza inmortal; son la divina imagen de la santidad del Señor; sois la más ilustre porción del rebaño de Jesucristo».

A todo esto, añado una palabra que lo comprende todo, y es, que son las esposas del Rey de los reyes, y, por consiguiente, las hijas amadísimas de la Reina del cielo y de la tierra: dignidad y un favor incomprensibles, tan grandes que si los pudiesen conocer perfectamente, estoy cierto de que, o morirían de gozo o no querrían jamás cesar de decir: Sea Dios loado por su don inefable.

Gracias tan grandes piden también cosas grandes. Puesto que son las esposas del Santo de los santos e hijas de la Reina de todos los santos, deben trabajar en su santificación, caminando por el camino por el que su Esposo y vuestra Madre han caminado. Pero, si en lugar de seguir la ruta que el Esposo y la Madre de las vírgenes siguieron toman la de las vírgenes fatuas, con las vírgenes fatuas irán al mismo lugar a que ellas fueron, después que este adorable Esposo les hubo cerrado la puerta de su casa, diciéndoles que no las conocía: En verdad os digo que yo no os conozco (Mt 25, 12). ¿Por qué fueron reprobadas? Cuando reflexiono en esto, tiemblo; porque no encuentro en el evangelio que sea por algo de malicia que hayan cometido, sino por la negligencia que tuvieron en hacer provisión de aceite para sus lámparas.

Y se redobra mi espanto cuando leo, en el mismo capítulo del evangelio, donde habla de estas desdichadas vírgenes, lo que está escrito inmediatamente después, que un siervo negligente es condenado por el soberano Juez a ser arrojado atado de pies y manos a las tinieblas exteriores, donde no hay más que llanto y crujir de dientes. ¿Por qué? Porque ha sido inútil, y no ha hecho el uso que debía del talento que su Señor le había dado.

Tened siempre delante de vuestros ojos, mis queridas hermanas, el hermoso espejo que Dios les dio en la persona de su divina Madre. Miren el ejemplo admirable de su vida y de sus virtudes, especialmente del santo uso que hizo de su tiempo. Hagan el propósito de emplear el suyo en adelante en hablar con Dios en la oración; en oír hablar a Dios por sus inspiraciones, por la voz de los predicadores y por la lectura

de libros de piedad; en hablar de Dios con el prójimo; en seguir en todas las cosas su adorable voluntad; en trabajar por Dios, y en hacer cuanto hacéis para agradarle; en renunciar a sí mismas y a todas las cosas por amor del que se despojó de todo por su amor; en darlo todo a quien todo os ha dado; en sufrirlo todo por el amor de aquel cuya vida entera no fue sino un continuo sufrimiento por amor vuestro; en fin, en morir por El, si se presenta la ocasión.

De esta manera el Rey del cielo las amará como a queridísimas esposas, y su divina Madre como a sus muy amadas hijas. Serán según el Corazón de Jesús y de María, e incluso serán el corazón del Hijo y de la Madre; las amarán como en a su Corazón y las querrán y protegerán como a la niña de sus ojos.

## ***SEGUNDA PARTE***

### ***Doce excelencias maravillosas de la infancia admirable de la Madre de Dios***

#### ***CAPÍTULO PRIMERO***

#### **Estas son las doce excelencias de la santa infancia de María**

Primera: Muy noble origen y raza real de esta niña.

Segunda: Nace de padres muy santos.

Tercera: Es fruto milagroso de sus santas oraciones.

Cuarta: Su nacimiento fue revelado del cielo y anunciado por el arcángel Gabriel, destinado a ser su ángel guardián.

Quinta: Gozo extraordinario que su nacimiento trajo al mundo.

Sexta: Perfección y belleza incomparable de su cuerpo virginal.

Séptima: perfección admirable de su alma santa.

Octava: Luz y ciencia que la llenaron desde su infancia.

Novena: Gracia prodigiosa que la adornó.

Décima: Santidad y perfección maravillosa de toda su infancia.

Undécima: Es reina del cielo y de la tierra en su infancia.

Duodécima: Su calidad de Madre de Dios y de los hijos de Dios.

## ***CAPÍTULO II***

### **Su muy noble origen y su calidad de reina**

La condición de la naturaleza humana al ser creada en estado de inocencia es muy diferente del estado en que cayó después del pecado. Y así la vía que Dios le había dado en el estado de inocencia es muy diferente de la vía que quiere que sigamos para llegar al cielo.

En el paraíso Dios había dado al hombre numerosas delicias temporales y le había dado poder y autoridad sobre las criaturas. Su designio era que el hombre, luego de para

un tiempo en el paraíso fuera trasladado de la tierra al paraíso celestial.

Primero fueron las delicias del paraíso terrenal en posesión de bienes que el Dios soberano le concedió al someter al hombre todas las criaturas. Quería Dios que pasara luego de un tiempo de ese paraíso a otro paraíso, el del cielo. Pero habiendo perdido esa condición la divina misericordia, obrando como médico que cura los males con los contrarios, Dios quiere que ponga en adelante su gloria, su tesoro y su paraíso en la cruz; que vaya al cielo no por el camino de honores y riquezas sino por el de la humillación y desprendimientos y la y mortificación.

La prueba evidente de esta verdad la tenemos en que nuestro Salvador, al presentarse en la tierra para mostrarnos con su ejemplo y sus palabras el camino para ir al cielo, escogió el camino de las ignominias, de los sufrimientos y de la pobreza, queriendo nacer pobre y en un establo y morir en un patíbulo. ¿No oyes lo que dice contra los grandes y ricos de este mundo y viven en las «Lo que parece sublime a los ojos humanos, a los de Dios es abominable» (Lc 16, ¿15)? «¡Ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo!» (Lc 6, 24). Qué difícil es para los que poseen tesoros terrenos, entrar en el reino de los cielos (Lc 18, 24). Ay de ustedes que ríen, es decir, los que están inmersos en las falsas alegrías de la tierra por el tiempo vendrá que estén en llanto y lágrimas (Lc 6, 25),

Y, por el contrario, ¿no oyes lo que dice a los que viven en la pobreza y en la cruz? Dichosos los pobres, pues es suyo

el reino de los cielos; «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5, 3). «Tened por objeto de sumo gozo, dice hablando por boca de su apóstol Santiago, el caer en varias tribulaciones» (St 1, 2), considerándolas como el mayor motivo de gozo que puede llegar.

Todas estas palabras del Hijo de Dios, unidas a su ejemplo y a sus obras, nos revelan claramente el camino que debemos seguir para ir al cielo, camino de cruces, humillaciones y sufrimientos, y de abnegación de nosotros mismos y de todas las cosas. Quien quiera venir conmigo que se me siga y tome su cruz. Quien no renuncia todo lo que posee no puede ser mi discípulo (Lc 14, 33).

Este es el camino que han seguido todos los Santos. ¿No tuvieron los mismos sentimientos que el Santo de los santos? ¿No hicieron profesión de amar la pobreza, la mortificación y la abnegación en todas las cosas? Oigo a San Jerónimo que dice: «Nuestra religión no sabe lo que es acepción de personas; no mira la nobleza de los hombres sino sus almas; no hace distinción entre señor y criado; la verdadera nobleza ante Dios consiste en ser recomendable por sus virtudes» (Epístola a Celencia). Y san Ambrosio nos dice que es la virtud y los antepasados virtuosos lo que hace la verdadera nobleza.

Encuentro en el capítulo catorce del libro segundo de la vida de Santa Teresa escrita por el padre Ribera, que habiendo esta santa fundado un monasterio de su orden en la ciudad de Toledo, se presentó a ella un hombre de humilde condición que le pidió una capilla de su iglesia para que en ella fuera enterrado él y sus descendientes. Mas habiendo

oído de muchos la santa que no debía ceder esos lugares ni otros parecidos sino a personas de noble e ilustre nacimiento, y encontrándose perpleja sin saber lo que debía hacer, el Señor la reprendió fuertemente por haber dado oídos a los que le hablaron semejante lenguaje, y le declaró el poco aprecio que se hace ante Dios de noblezas terrenas: «Hija mía, le dijo, mucho te atormentarás si atiendes a las leyes del mundo. Pon en mí tus ojos, y verás que para el mundo soy un pobre y desgraciado. ¿Son por ventura los grandes del mundo grandes también delante de mí? Dime, ¿debes ser estimada, por tu nacimiento o por tu virtud?»

Repito otra vez lo que la verdad eterna grita: *Lo grande ante los hombres es abominación ante Dios* (Lc 14, 15)

Es, no obstante, cosa cierta que el Hijo de Dios quiso nacer de una Madre de estirpe noble e ilustre por la dignidad sacerdotal y real. Porque san Ambrosio, san Agustín, san Gregorio Nacianceno, san Hilario, san Epifanio y otros muchos y santos doctores aseguran que la sacratísima Virgen viene de la raíz real de David y de la tribu sacerdotal de Leví, de la que su madre santa Ana descendía según la línea materna, siendo por línea paterna de la raza de David, lo mismo que san Joaquín. Aunque era prohibido hacer alianza entre la tribu era sin embargo hacerlo con la tribu de Leví que era la sacerdotal.

Es también cierto lo que dice san Bernardino de Siena: «Que no hubo, ni habrá jamás en todo el género humano una criatura, tan noble como nuestra real Virgen, y que toda la nobleza humana y corporal que ha habido en la raza de David ha venido a parar a ella. Porque, según la genealogía de su

Hijo Jesús, descrita por San Mateo, que es también la suya, cuenta en línea catorce patriarcas, catorce reyes y catorce duques (Sermón de la Natividad).

Entonces, ¿de dónde viene que Nuestro Señor que vino a este mundo para condenar y destruir el orgullo y la ambición de los hijos de Adán y para llevarnos al cielo por el camino de la humildad, haya querido que él y su santa Madre nacieran de una estirpe tan ilustre y gloriosa aún delante de los hombres? Lo quiso por muy grandes razones, entre las cuales hago notar cinco principales:

La primera, porque era conveniente que Nuestro Redentor, que debía ser sacerdote y rey juntamente, y venir al mundo para hacer a todos sus hijos sacerdotes y reyes: «Nos hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes» (Ao 5, 19), naciese de la tribu real y de la tribu sacerdotal.

La segunda razón por la que Nuestro Salvador quiso nacer de raza real y gloriosa aun según el mundo, fue para humillar en su persona el fausto y la soberbia del humano nacimiento, y lo que el mundo tiene de más ilustre y brillante, como es la dignidad real, la cual no puede quedar más humillada y confundida que como lo estuvo con los oprobios e ignominias de la pasión y de la cruz del Hijo de Dios.

La tercera razón es, para pasar él mismo por mayor humillación y confusión, porque cuanto más elevado estaba antes el que se encuentra abatido, más vergonzoso e ignominioso es este abatimiento. Gran confusión es para un hombre de baja condición morir en un patíbulo; pero es grandísima ignominia para el Hijo de un gran Rey, para el Hijo



de David, acabar su vida en una cruz, entre ladrones y malhechores.

La cuarta razón, es para enseñarnos que vino a este mundo, no sólo por la salvación de los pequeños y de los pobres, sino también para salvar a los grandes, a los príncipes y a los reyes; y que su inmensa caridad abraza a todos los hombres de cualquier clase y condición que sean, sin excluir a nadie de la esperanza del cielo, con tal que se quiera corresponder a ella, empleando los medios necesarios para llegar a él.

Quiso nacer pobre, vivir pobre, morir pobre. Tener por Madre una pobre niña y por padre nutricio un pobre carpintero; ser enviado de su Padre eterno para evangelizar a los pobres; presentar como prueba de su misión el que los pobres son evangelizados; anunciar su nacimiento a los pastores, atrayéndolos a él antes de llamar a los reyes; escoger pobres pescadores para hacer de ellos sus apóstoles; comenzar la fundación de la religión cristiana por los sencillos y los pobres a quienes hace venir los primeros: «Consideren, dice San Pablo hablando a los primeros cristianos, quiénes son los que han sido llamados a la fe de entre ustedes; cómo no sois muchos los sabios, según la carne, ni muchos los poderosos, ni muchos los nobles: sino que Dios ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios; y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes: y a las Cosas viles y despreciables del mundo, y a aquellas que eran nada, para destruir las que son al parecer más grandes; a fin de que ningún mortal se jacte -ante su acatamiento» (1 Cor 1, 27).

Hizo todo esto para honrar y santificar particularmente el estado de la pobreza, para consolar y animar a los pobres, para enseñarles a no hacer gran aprecio de las riquezas, ni envidiar a los ricos, y para hacerles ver que su condición al ser la más conforme a la del Salvador, es más agradable a Dios y que es más fácil salvarse que en la condición de los ricos, en la que es necesaria una gracia no común sino extraordinaria y milagrosa para obrar la salvación. Lo dice la Iglesia en la oración de la fiesta de san Casimiro, hijo de un rey de Polonia que creció entre los honores de un principado temporal: *Dios, que has armado y fortalecido a san Casimiro con la virtud de la constancia en medio de las delicias reales.* Las mismas se aplican a la fiesta del gran san Dionisio, apóstol de Francia y mártir para mostrar que una gracia fuerte y extraordinaria es necesaria para salvarse de las grandezas mundanas y vencer los tormentos atroces del martirio.

Este mismo Salvador que amó tanto la pobreza y la honró de tantas formas quiso asimismo nacer de prosapia real. Así no quiso arrojar desesperanza en los corazones de los príncipes y reyes de la tierra y no les cerró la esperanza de llegar al reino celestial. Si no lo hubiera hecho se diría que el paraíso estaría cerrado para los grandes y ricos del mundo. En efecto, si se considera que el Hijo de Dios vino para mostrarnos el camino del cielo por su palabra y su ejemplo y que nos declaró que “es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que un rico entrar en el reino de Dios” (Lc 18, 25), y que él y su Madre santísima y todos los santos que han ido por el camino contrario al de los grandes personajes, y que todas las máximas del evangelio son opuestas a sus

máximas y sentimientos, y que y solo predicán a los cristianos mortificación, humillación, abnegación de sí y de todo, lenguaje incomprensible para los ricos , si se considera bien todo esto, con los ojos de la fe que no engañan como los ojos de Dios, ¿qué esperanza podría quedaría a los grandes y ricos del mundo de llegar a la gloria?

Pero este Salvador misericordioso vino para abrir el paraíso a todos los hombres. Quiso ser grande por su nacimiento temporal para generar en los grandes la esperanza de salvación. Los animó a hacer violencia a sus pasiones y a esforzarse para vencer los obstáculos que les tae su condición, desapegando su espíritu y corazón de sus grandezas y riquezas y no despreciar la condición de los pequeños y pobres ni oprimirlos con su autoridad y más bien usar su poder recibido de Dios para hacerse temer sino para servir a los pequeños. Les pide proteger a viudas, huérfanos e indefensos, y usar sus comodidades temporales en limosnas y obras de piedad. Les pide guardarse cuidadosamente del orgullo, mal de grandes y ricos, y de la arrogancia que infla el corazón y lleva a menospreciar a los otros y preferirse por razón de su nobleza sin tener en cuenta los que dijo un antiguo (Platón) que no hay reyes en la tierra que no desciendan de un plebeyo y que no hay plebeyos que no vengan de estirpe real. Pasa a menudo que el pobre ante los hombres es rico ante Dios y que el grande del mundo sea muy pequeño ante Dios. Lo dijo el Espíritu Santo: Que se gloríe el humilde por su exaltación, y que el rico por el contrario por su humillación (St 1, 9-10).

La quinta razón por la que nuestro Salvador quiso que él y su divina Madre naciesen de sangre real e ilustre, es para mostrar que no habiendo tenido ni el Hijo ni la Madre, parte alguna en el pecado del primer hombre, antes habiendo sido concebidos y nacidos en la justicia original, tenían el derecho de disfrutar de los privilegios y ventajas del estado de inocencia en que estaba el hombre antes del pecado, que era un estado de verdadero rey.

Pero nota que jamás encontrarás que Nuestro Señor, ni su bienaventurada Madre hayan hablado ni directa ni indirectamente de su noble origen, ni que hayan jamás dicho una sola palabra para dar a conocer tácita o expresamente que fuesen de la raza real de David. Ciertamente que el Espíritu Santo inspiró a los sagrados evangelistas escribir una genealogía de nuestro Salvador que le hace descender de catorce reyes, pero esta descripción les es más ignominiosa que gloriosa. Porque ella nos hace ver que ha salido, según la carne, de gentes, en su mayor parte tan malas e impías, que hay motivo para temer que se encuentren en estado de reprobación y condenación. Y hasta ha querido que hayan puesto en esta genealogía los nombres de algunas mujeres que eran del número de las que son el oprobio de sus familias.

¡Oh Jesús mío, qué opuesto es tu espíritu al espíritu del mundo! Porque en el mundo se hace grandísimo aprecio y se pondera por todas partes la nobleza de la sangre; y no nos extraña que los hombres del mundo, los hijos de las sombras que están sepultados en las tinieblas del orgullo, tengan estos sentimientos y hablen este lenguaje. Pero es cosa

verdaderamente lastimosa ver que los hijos de la luz, los cristianos que leen el evangelio, estén en esta ceguera. ¡Ah, qué lejos nos encontramos de los sentimientos y del espíritu de nuestra adorable Cabeza! No está en esto la verdadera gloria y la verdadera grandeza. Los mismos paganos nos dan en esto una lección, enseñándonos: que no hay verdadera nobleza sino en la verdadera virtud. «No se gloríe el sabio en su saber, dice Dios; ni se gloríe el valeroso en su valentía; ni el rico se gloríe en sus riquezas: Alas el que quiera gloriarse, gloriése en conocerme y saber que yo soy el Señor (Jer 9, 23).

Si queremos ser recomendables por el esplendor de nuestro linaje y por la nobleza de nuestro nacimiento, guardémonos bien de hablar de este infame nacimiento por el que hemos nacido hijos de ira y de maldición, hijos de Satanás. esclavos de Lucifer, y posesión del diablo; antes gloriémonos de nuestro segundo nacimiento, por el que hemos nacido de Dios (Jn 1, 13). Somos de la raza de Dios (Hech 17, 29), de la sangre real de Jesucristo: somos hijos de Dios (Ro 8, 14.17), hermanos del Hijo de Dios, herederos de Dios y cohermanos de Jesucristo. Somos hijos del Rey de los reyes; tenemos por Madre a la gran Reina del cielo y de la tierra; y todos los ángeles y santos del cielo, el último de los cuales es un Señor más grande y un Rey más poderoso que todos los reyes de la tierra, son nuestros hermanos e íntimos amigos.

¡Oh el noble linaje, el glorioso nacimiento! ¡Oh las admirables cualidades! ¡Fuera todas las glorias del mundo que no son más que humo! ¡Oh hijos de los hombres, que tanto se apasionan por el honor y por la gloria, ¿por qué se

dejan fascinar por un honor que no es más que imaginario y por una falsa gloria que en un momento pasa? No amen el verdadero honor; busquen la verdadera gloria que es sólida, permanente y eterna y consiste en seguir al Rey de la gloria, ¡y consiguientemente de los Ángeles! ¡«Servir al Señor es una gloria grande!» (Eccli 23, 38) .

### ***CAPÍTULO III***

#### **La segunda excelencia: María nace de padre y madre muy santos**

Es máxima indudable aceptada por todos los teólogos con el Doctor angélico que Dios nos da sus gracias de una manera conforme y proporcionada a la cualidad y dignidad del estado y condición a que nos llama. Por esto, habiendo escogido a san Joaquín y a santa Ana para ser el padre y la madre de la que había de ser la Reina de todos los Santos, la Madre del Santo de los santos y la Esposa del Espíritu Santo, debemos estar persuadidos de que les llenó de todos los dones y gracias del mismo Espíritu Santo y de una santidad extraordinaria. Queriendo el Padre de las misericordias darnos por ellos a la que, después de su Hijo, es el más excelente modelo de toda perfección, el más alto trono de todas las virtudes y el más rico tesoro de toda santidad, ¿quién puede dudar que a los que habían de ser manantial y

origen de un mar inmenso de gracias no les haya adornado de todas las virtudes y perfecciones imaginables y en altísimo grado?

Veamos también en ello fe vivísima, firmísima esperanza, ardentísimo amor a Dios, caridad al prójimo perfectísima, profundísima humildad, abstinencia extraordinaria y maravillosa pureza.

Contempla el vigor de su fe y la firmeza de su esperanza. La consideración de su infecundidad debe arrancarles toda creencia y toda esperanza de tener hijos; pero puede decirse de ellos lo que se dijo de su padre Abraham: Creyeron y esperaron contra toda esperanza (Ro 418); lo que les hizo dignos de ser el padre y la madre de la Madre de Dios y de todos los hijos de Dios. El ángel les anuncia que Dios les dará una hija que será la Madre del Salvador del mundo. Si miran a su esterilidad, lo creerán imposible, como naturalmente lo es. Si dan oídos a su humildad, ésta les persuadirá que su indignidad debe oponerse a semejante favor. Pero su fe es tan fuerte y su esperanza tan inquebrantable, que san Epifanio, san Gregorio Niseno, san Jerónimo, san Germán de Constantinopla y otros aseguran que jamás tuvieron la menor duda sobre todas las cosas que el ángel les había dicho.

¿Quieres ver pruebas fehacientes de su ardentísimo amor a Dios? Considera tres muy considerables. La primera es la santidad de sus costumbres y la pureza de su vida, que era, dice san Jerónimo, sencilla, inocente, recta delante de

Dios es irreprochable delante de los hombres. La segunda es la gran caridad que tenían para con el prójimo, que es, como vamos a ver, la justa medida del amor que tenemos a Dios; porque si tenemos mucha caridad con nuestro prójimo, tenemos mucho amor a Dios; si tenemos poco de aquélla, poco tenemos de ésta; si no hay en nuestro corazón amor al prójimo, no hay en él amor a Dios. Si alguno dice, asegura San Juan, yo amo a Dios, al paso que aborrece a su hermano, es un mentiroso (1 Jn 4, 20). La tercera prueba del gran amor que San Joaquín y Santa Ana tienen a Dios, es ver que se privan de su amada Hija, que es todo su tesoro, su gloria, su consuelo, su corazón, su amor y sus delicias, para darla a su divina Majestad, y para dársela desde la edad de tres años. Sé muy bien que han hecho voto de ello, mas, aunque la retuvieran algunos años con ellos, no dejarían de cumplirlo después.

En lo que hace a la caridad para con el prójimo, el mismo san Jerónimo dice una cosa que es un notable testimonio de su gran caridad y del perfecto desprendimiento que tienen de los bienes de la tierra, de los que son idólatras la mayor parte de los hombres. Porque asegura que hacían de sus rentas tres partes: que una parte de ellas la dedicaban al sostenimiento de los ministros del templo; otra para socorrer a los pobres, dar alojamiento a los peregrinos y asistir a los afligidos; y la tercera parte para las necesidades de su familia.

Si deseas saber cuál era su piedad y su devoción, fíjate en el fruto admirable que de ellos ha salido. ¿Qué fruto



admirable es éste? Es nuestra maravillosa Niña. Yo diría aquí solamente lo que el beato Andrés de Jerusalén nos asegura que el ejercicio ordinario de santa Ana era la oración, y que ofrecía a Dios muchos votos y muchos sacrificios. Y san Epifanio dice otro tanto de san Joaquín, y añade que la santísima Virgen fue concedida a su devoción.

¿Qué diré de su profundísima humildad? Diré en primer lugar que siendo la humildad la medida de la santidad, según le palabra del Hijo de Dios que ha dicho que el que más se humilla, es el mayor y, por consiguiente, el más santo en el reino de los cielos», la eminentísima santidad de san Joaquín y de santa Ana nos hace concluir que su humildad es profundísima.

En segundo lugar, que habiéndoles Dios elevado a una de las primeras dignidades del paraíso, cual es la dignidad muy sublime de padre y de madre de la Reina del cielo, y de abuelos del soberano monarca del universo, es una prueba infalible de que mucho se humillaron, porque Dios no exalta más que a los humildes, y les exalta tanto como se abatieron.

En tercer lugar, que el oprobio y la confusión de su esterilidad que soportaron por espacio de veinte años, contribuyó mucho a fortificar y aumentar su humildad.

En cuarto lugar, que, habiendo Dios escogido a san Joaquín y a Santa Ana para ser los abuelos del Rey de los humildes, y los padres de la más humilde criatura que jamás existió, era conveniente que hubiera un gran parecido entre la humildad de los padres y la humildad de los hijos.

Aún añadiría yo a esto que la humildad de la Hija es un argumento muy poderoso de la humildad de su padre y de su madre, porque aquélla es en parte, efecto de los ejemplos de ésta.

Si ahora consideramos la abstinencia de san Joaquín y santa Ana, encontraremos una cosa extraordinaria y que sólo se encuentra en los grandes santos. Es lo que san Germán, patriarca de Constantinopla, ha escrito de ellos, que para obtener de Dios el hijo que le pedían, ayunaron cuarenta días enteros, lo mismo que Moisés y Elías. Y san Gregorio Niseno dice que su ayuno iba acompañado de continuas lágrimas.

Pero, sobre todo, es admirable su castidad. Porque san Vicente Ferrier nos asegura que tan pronto como les fue conocida la esterilidad de santa Ana se privaron enteramente del uso del matrimonio, hasta que recibiesen del cielo un mandato contrario. La misma santísima Virgen se lo dijo un día a santa Brígida.

En fin, san Joaquín y santa Ana, sobresalieron en toda clase de virtudes, como lo dicen sus mismos nombres: Joaquín quiere decir «la preparación del Señor» y Ana significa «gracia». Convenía, dice san Pedro Crisólogo, que la morada del que es el Santo de los santos y la misma santidad, fuese mucho tiempo antes preparada en la persona misma del padre y de la madre de la que le debía concebir y dar a luz.

¡ Oh feliz pareja, exclama san Juan Damasceno hablando a san Joaquín y santa Ana, todo el mundo les debe, pues por

vuestro medio podemos ofrecer al Creador el don más excelente de cuantos podemos imaginar, una hija digna de ser la Madre de su Hijo único! ¡Oh felices Joaquín y Ana que, viviendo casta y santamente, han producido el tesoro de la virginidad! ¡Oh mil veces feliz santa Ana, digna madre de la Madre de Dios, que disteis al mundo una hija cuyo nacimiento es honorabilísimo y cuyo parto es el restablecimiento del universo!

Aquí tienes algo de la altísima santidad de aquellos por quienes nos dio Dios un tesoro inestimable de toda santidad en la persona de la sacratísima Virgen, hija única y muy amada de san Joaquín y de santa Ana.

¿Quién podrá decir ahora el amor y reconocimiento? ¿de esta bienaventurada Virgen a sus santos padres, siendo como es fruto de su virtud y de su santidad? ¿Quién podrá pensar lo mucho que le agradará la devoción que a sus padres se tiene? Si deseamos, pues, agradar a María, honrémosles con un afecto particular, y reconozcamos, lo muy obligados que les estamos, pues san Joaquín y santa Ana han dado al Padre eterno una hija única y amadísima, al Hijo una santísima Madre, al Espíritu Santo una dignísima esposa, a la adorabilísima Trinidad un templo augustísimo, a los ángeles una Reina, a los hombres una Soberana, a los cristianos una madre, a los afligidos una consoladora, a los huérfanos una protectora, a los pecadores una abogada, a todo el género humano una mediadora, a todo el universo una reparadora. ¡ Ah, que el cielo y la tierra, oh admirable san

Joaquín, oh maravillosa santa Ana, que los hombres y los ángeles, que el Criador y todas las criaturas incesantemente os bendigan y eternamente os alaben, porque nos habéis dado a esta incomparable Niña que encierra en sí los más ricos tesoros del cielo y de la tierra!

## ***CAPITULO IV***

### **Tercera excelencia: María, fruto milagroso de las oraciones, lágrimas y buenas obras de san Joaquín y santa Ana**

Siendo el Hijo de Dios la Verdad eterna que no puede engañarse ni engañarnos, y estando dotado de infinito poder, de infinita sabiduría e infinita bondad para poder, saber y querer cumplir sus palabras y promesas, no nos es dado dudar de la verdad de las que nos hizo cuando dijo: «Pidan y recibirán; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá» (Mt 7, 7); «Cuanto pidieren al Padre en mi nombre se lo concederá» (Jn 16, 24). Tan seguros debemos estar de ellas, como de que Jesús, que las pronunció, es verdadero Dios. Por esto, los servidores y siervos de Dios no han de extrañarse ni apenarse cuando les parece que sus oraciones son rechazadas, y que no hay quién las escuche. No, Dios Nuestro Señor jamás ha rechazado ni rechazará a ninguno de cuantos se acerquen a él con humildad y confianza: «Al que

venga a mí, no le desecharé» (Jn 6, 37). Ama sobradamente a los que le aman y le sirven, aunque sea imperfectamente, para no escuchar sus oraciones. Es una verdad comprobada que jamás quedan sin efecto y sin fruto las oraciones de los amigos de Dios, sea que pidan para los demás, sea que pidan para ellos mismos. No siempre son atendidas cuando piden por los demás, es cierto; porque acontece con frecuencia que aquellos por quienes se pide, ponen obstáculo a la oración y se hacen indignos de recibir su fruto. Pero aun cuando la oración quede sin efecto con relación a los demás, siempre lo obtienen para ellos mismos los que oran; porque la caridad que res hace pedir por su prójimo, les aumenta la gracia que poseen y les atrae alguna bendición de Aquel que es todo caridad para con los que practican la caridad.

Cuando oran por sí mismos, despliega Dios tanta bondad que les concede siempre más de lo que piden. Si sucede acaso que llegan a pedir una cosa que, sin conocerlo, es perjudicial a su salvación, es sobrado bueno para concedérsela; más concédeles en su lugar algún otro don, que no siempre lo conocen. Si piden una cosa en sí buena, pero que no es para ellos tan buena como alguna otra que Dios les puede dar, les niega lo menos para darles lo más; les niega un denario para darles diamantes; les priva de las cosas temporales para enriquecerles con las eternas.

Si piden algo completamente bueno y útil para su salvación y santificación, difiere a veces el éxito de sus demandas, para darles lo que piden en un tiempo más conveniente o de una manera más ventajosa, o para obligarles a pedirlo con más fervor y a perseverar en sus

plegarias y a acompañar esta perseverancia con otros varios actos de virtud, como son humildad, confianza, desprendimiento de su propia voluntad y sumisión a la de Dios y otras semejantes, como también a simultanear sus oraciones con obras buenas, ayunos, limosnas, ofrecimientos y otras santas acciones.

Su divina misericordia retarda veinte años el logro de las peticiones que le hacen Joaquín y Ana y no obtienen por entonces la bendición de la fecundidad. Finalmente, Dios concede darles mucho más de lo que le suplican. Piden ser eximidos de la confusión de su esterilidad y quiere el Señor honrarles con la más gloriosa fecundidad que haya existido en todos los siglos precedentes. Piden solo un hijo, y la divina misericordia quiere darles un innumerable número, haciéndolos padre y madre de todos los fieles que existirán en la tierra hasta el fin de los siglos y en el cielo por toda la eternidad. Piden un hijo que sea su sostén y su consuelo en los últimos años de su vida, y proyecta Dios darles una Hija que será la honra, el gozo, el amor y las delicias del cielo y de la tierra. Piden un hijo semejante a los demás hijos de Adán, y Dios desea darles una Hija que será semejante a los ángeles en pureza y santidad, una Hija que desde el primer momento de su vida será más ardiente en el amor de Dios que el primero de los serafines. Le piden un hijo para criarlo y educarlo en su temor, y para disponerlo a ser del número de sus servidores si es hijo, o del de sus criadas y siervas si es hija; y él les dará una Hila que será la madre de su Hijo único, y la reina de todas las criaturas.

Oh bienaventurados Joaquín y Ana, han empleado veinte años en orar, llorar y ayunar, y Dios, en su admirable bondad, difirió concederles lo que le pedían, para que se pueda decir por todas partes, en la tierra y en el cielo, que esta incomparable Niña que tanto desearon y pidieron, es el fruto de sus deseos y plegarias y para que todo el mundo les esté eternamente obligado porque la obtuvieron de Dios ésta que les es la reparación, su ornamento, tesoro y la gloria.

Sí, esta divina Niña es el fruto milagroso de las oraciones y de los suspiros de Joaquín y de Ana. Este es el sentir de san Epifanio, de san Jerónimo, de san Gregorio de Nicea, de san Juan Damasceno, de san Germán de Constantinopla, el cual dice que más fruto de san Joaquín y la estéril santa Ana, fue fruto de sus oraciones y sus votos. Cuando uno quiere hacer una oración muy grata a Dios y muy valiosa para alcanzar de la divina Majestad lo que desea, es preciso juntar a ella, la limosna o alguna otra obra de caridad, la abstinencia y el ayuno cuando se puede ayunar, o alguna mortificación, a una con la práctica de otras virtudes, especialmente de una total sumisión a la adorabilísima voluntad de Dios, de una entera desconfianza de nosotros mismos y de todo lo que nosotros podemos hacer, de una perfecta confianza en la divina bondad, y de una profunda humildad. Oigo al Espíritu Santo que nos enseña que: «la oración del humilde traspasa las nubes y no reposa hasta acercarse al Altísimo; del cual no se apartará hasta tanto que incline hacia él los ojos».

Tales eran las oraciones de Joaquín y Ana. Iban acompañadas de limosnas, porque según asegura san Jerónimo empleaban dos terceras partes de sus bienes en

obras de caridad; de ayunos, porque ayunaban cuarenta días enteros como Moisés y Elías, según el testimonio de san Germán, patriarca de Constantinopla; de suspiros, de lágrimas y del ejercicio de toda clase de virtudes, particularmente de una perfecta resignación en la santísima voluntad de Dios, de una total desconfianza de ellos mismos y de todas sus obras buenas, de una entera confianza en la infinita bondad de Dios y de una profundísima humildad que les hacía llevar con gran paciencia el oprobio de su esterilidad.

Estas oraciones, limosnas, ayunos, lágrimas, santas obras y ejercicios de virtud hicieron nacer a nuestra admirable Niña. Porque era conveniente, dicen los santos Padres, que cuando se trataba de colocar en el mundo a la que debía ser la Madre de la gracia, la naturaleza fuese ayudada y prevenida por la gracia, y que sus padres se dispusiesen a producir semejante fruto con ardentísimos deseos, con muy fervorosas oraciones, con santos ayunos, con obras de caridad y con el ejercicio de todas las virtudes, entre las cuales no debemos olvidar el singularísimo amor que tenían a la castidad.

Escucha lo que sobre esta virtud dijo un día la santísima Virgen a santa Brígida, como se cuenta en el capítulo noveno del libro primero de sus revelaciones: «Mi Hijo, le dice, me amó antes que yo le amase, porque es mi Creador. Hizo él que el matrimonio de mi padre y de mi madre fuera tan puro y casto, que por entonces no se encontraba en el mundo unión más casta. No quisieron vivir juntos como personas casadas sino para seguir el mandato divino por el que Dios



estableció el matrimonio: darle hijos que le sirvan en la tierra y un día le alaben en el cielo. Y cuando el ángel les anunció de parte de Dios que tendrían una Hija que, permaneciendo siempre virgen, sería la Madre del Salvador del mundo, hubieran preferido morir antes que usar el matrimonio por motivo de un amor sensual que en ellos había muerto, acataron el mandamiento del cielo contra su inclinación, porque el amor divino tuvo sobre ellos un poder que el amor carnal jamás hubiera podido tener. De suerte que mi cuerpo ha sido formado no por la voluntad de la carne, sino por el instinto de la divina caridad». Así, pues, nuestra bienaventurada Niña es el fruto maravilloso de las oraciones, lágrimas, mortificaciones y santas acciones de san Joaquín y de santa Ana.

¿Quieren, mis queridos hermanos, participar de este favor tan señalado que Dios les ha hecho? ¿Quieren que la amabilísima Hija de Joaquín y Ana, que es ya hermana y madre de ustedes, sea también su hija, como su hijo Jesús quiere ser su hijo, puesto que hace saber que el que hace la voluntad de su Padre es su hermano, su hermana y su madre? Trabajen con el fervor de la oración, con la eficacia de sus instrucciones, y con el santo ejemplo de su vida y de sus acciones, por hacer nacer y vivir a su hijo Jesús en los corazones y en las almas en que se encuentra muerto. Porque allá donde está muerto el Hijo está también muerta la Madre; y donde hagan nacer y vivir al Hijo, harán también nacer y vivir a la Madre; e Hijo y Madre serán fruto de sus oraciones y sus trabajos. Y así podrán decir al Hijo con el gran Gerson: Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy (Sal 2, 7), y te he

hecho nacer en un alma en la que no tenías vida, y lo mismo podrán también decir a la Madre. Y todos los ángeles con todos los santos los contemplarán, los honrarán y los amarán eternamente como a padre y madre de su Rey y de su Reina.

## ***CAPITULO V***

### **Cuarta excelencia de la santa infancia de María: Su nacimiento fue revelado a sus padres por el ángel Gabriel quien sería su ángel de la guarda**

Ese nacimiento había sido predicho a los ángeles antes del comienzo del mundo, al primer hombre luego de su caída y al patriarca Abraham. He tomado de los escritos de san Jerónimo, de san Epifanio, de san Andrés de Creta, de san Germán de Constantinopla, de san Antonino y de otros muchos lo que voy a decir sobre el anuncio hecho a Joaquín y a Ana del nacimiento de su hija luego de tantas oraciones, lágrimas, buenas obras, ayunos y prácticas de virtud para alanzar esta gracia.

Habiendo estado Joaquín y Ana veinte años sin tener hijos, y habiendo ayunado cuarenta días y empleado todo este tiempo en fervorosísimas oraciones, acompañadas de lágrimas y suspiros para obtener de Dios que fuera de su agrado, o librarles del oprobio de la esterilidad (Gn 30, 33), o sacarles de este mundo, se aparece a Joaquín un ángel enviado de Dios, circundado de brillantísima luz y le habla de esta manera, según la relación de san Jerónimo: «No temas,

Joaquín ni te turbes con lo que estás viendo; porque yo soy Gabriel, el Ángel del Señor, enviado por él a ti para anunciarte que el mérito de tus limosnas ha llegado hasta el trono de su divina Majestad y que tu oración ha sido oída. Dios ha visto la confusión y el oprobio que has padecido inocentemente y sin haberlo merecido con motivo de la esterilidad de tu mujer

Y compasivo ha resuelto librarte de esta pena. Ha hecho a Ana estéril para darle una fecundidad milagrosa. Sara vivió hasta los ochenta años sin tener hijos, para que tuviera a Isaac, en quien estaba prometida la bendición de todas las gentes. Así tu mujer, después de haber sido mucho tiempo estéril, dará a luz una hija a quien llamarás María. La señal que te confirme en lo que te anuncio será ésta: Así que llegues a las puertas de Jerusalén saldrá a tu encuentro Ana por la puerta dorada y tendrá gran contento en verte”.

Esto fue lo que dijo el ángel a Joaquín. ¿Quién Podrá calcular el gozo indecible que experimentó con tan gratas noticias? ¿Quién podrá decir las alabanzas y acciones de gracias que dio por ello a la divina bondad?

Después de esto, San Gabriel va a encontrar a Ana, según el testimonio del beato Andrés de Jerusalén y de san Eustaquio, obispo de Antioquía, quienes describen el hecho de esta manera: «Cerca de la hora de nona se encontraba Ana sentada en su huerto bajo un árbol y dirigía a Dios la siguiente plegaria: ¡Oh Dios de nuestros padres, oye mi oración y bendíceme como bendijiste a Sara, dándole a su hijo Isaac». Y he aquí que el ángel del Señor se le aparece y le anuncia lo mismo que a su marido Joaquín: que Dios les dará

una hija que se llamará María y que será la Madre del Redentor del mundo; lo que la colma de indecible gozo. Esto es lo que dicen san Eustaquio, san Germán de Constantinopla, Metafraste, Nicéforo, Antíoco, abad del monasterio de San Sabas, Pantaleón, diácono, y muchos otros. Así el nacimiento de nuestra santa Niña ha sido anunciado a Joaquín y a Ana por un ángel, privilegio que sólo pertenece a esta gloriosa Virgen entre todas las mujeres. Ciertamente, el nacimiento del patriarca Isaac y el de san Juan Bautista fueron prometidos por ángeles a sus padres; pero entre mujeres la Madre de Dios es la única en las Santas Escrituras cuyo nacimiento ha sido anunciado por un ángel; y este ángel era san Gabriel, el cual, según Eusebio Emiseno, san Pedro Damián y san Epifanio, era el destinado por Dios para ser el ángel de la guarda de la reina de los ángeles. Y esto es conforme con estas palabras que santa Brígida le dirige en la primera de las oraciones que le fueron reveladas: ¡Gloria te sea cada, oh María, Virgen sagrada, Madre de Dios, cuyo nacimiento ha sido anunciado a tu padre y a tu madre por el mismo ángel que te anunció la encarnación de tu Hijo”.

Sostienen muchos doctores que este santo Arcángel no estaba solo en esta ocasión, sino acompañado de gran número de otros celestiales espíritus, tanto por razón de la importancia de tan solemne embajada, como por el grandísimo respeto y el ardentísimo afecto que todos los ángeles tenían a esta admirable Niña que había de nacer de san Joaquín y santa Ana.

¡Oh bienaventurado Arcángel, sois el ángel de la guarda de la Madre de Dios! Te escogió Dios entre todos los

espíritus, encargándote los asuntos pertenecientes al misterio de su amor y de sus bondades, al misterio de la encarnación. Te envió al profeta Daniel para predecirle el tiempo en que este misterio había de cumplirse. Fuiste enviado a Zacarías para decirle que su mujer Isabel tendría un hijo que se llamaría Juan y sería el precursor del Mesías. Te envió a san Joaquín y a santa Ana para declararles que Dios les daría una hija a quien habían de llama María, que había de ser la Madre del Salvador del mundo. Vos fuisteis el enviado a esta divina María, para saludarla como llena de gracia, como a quien tiene con ella al Señor, como a la bendita entre todas las mujeres y la escogida por Dios para concebir y dar a luz al Redentor del mundo. Fuiste tú quien sacó a San José de la pena y turbación en que se encontraba, diciéndole que no temiera tomar a María por su esposa, porque lo que en ella vela era obra exclusiva del Espíritu Santo.

Tú anunciaste el nacimiento del Salvador a los pastores de Belén, y cantaste con un ejército innumerable de ángeles aquel divino cantar: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Vas a la cabeza de todos los coros de los ángeles, cuando salen del cielo y vienen a caer en el establo de Belén, para adorar en él a su Rey: Adórenle todos los ángeles de Dios (Lc 2, 14).

Tú advertiste a san José que tomara al Niño y a su Madre para huir a Egipto y evitar el furor de Herodes, y muerto ya este tirano, obligaste de nuevo a san José a salir de Egipto y volver a Nazaret. Fuiste el enviado por el Padre eterno para confortar a su Hijo Jesús en su agonía en el huerto de los

Olivos. Fuiste el enviado a las santas mujeres para evangelizarles la gloriosa resurrección del mismo Jesús, y a sus santos discípulos en la montaña de los Olivos el día de su ascensión, para asegurarles que ese Jesús a quien acababan de ver subir gloriosamente al cielo, así vendrá al fin del mundo para juzgar a todos.

Gran príncipe del cielo, serviste, honraste y glorificaste a Jesús con un celo y un amor extraordinarios en todos sus estados y misterios, y el que siempre acompañaste, asististe y guardaste a la Madre de Jesús en todos los momentos de su vida, pero especialmente durante el tiempo de su santa infancia. Por todo lo cual, los hombres todos están obligados a agradecerte y honrarte. Te doy gracias con todo mi corazón y en nombre de todo el género humano, y suplico a todos los demás ángeles que te den gracias conmigo. Te honro y reverencio, oh gloriosísimo san Gabriel, como al ángel del amor santo, porque anunciaste el misterio del amor y porque eres el ángel de la Madre del amor hermoso. Haz que seamos partícipes del ardentísimo amor que tienes a Jesús y a María. Enciende este fuego divino en los corazones en que lo veas apagado; inflámalo en los corazones en que está encendido, pero particularmente en los que tienen una sincera y perfecta devoción a esta divina María.

Siendo el ángel de la guarda de la Madre, eres también el ángel protector de todos los hijos, pero especialmente de los que hacen profesión de servirla, honrarla y amarla, como todo hijo noble y bien nacido debe servir, honrar y amar a la mejor y más amable de las madres y que ha habido ni habrá jamás. Oh ángel santo tienes por ellos un celo y un cuidado

extraordinario. Tienes singular contento en tratarlos, en iluminarlos, guiarlos, guardarlos en los peligros, defenderlos de los enemigos de su salvación, fortificarlos en las tentaciones, preservarlos del pecado y consolarlos en las aflicciones; los amas con más ternura, los proteges con más poder, ruegas a Dios por ellos más ardientemente; les procuráis con frecuencia ocasiones y medios para honrar y servir a su Reina: los tratas en todo y por todo más favorablemente y los asistes con mayor cuidado a la hora de la muerte. En fin, les haces mil favores que quedarán desconocidos hasta el día feliz de la bienaventurada eternidad, donde te darán por todo inmortales gracias.

Por ello todos los que tienen verdadera devoción a la Reina de los ángeles deben poner a san Gabriel entre los Santos que más particularmente deben honrar e invocar no tanto por la consideración de los favores que pueden esperar de ella, cuanto por los servicios que hizo en la tierra a nuestra amada Madre, por las alabanzas que le tributó y le tributará eternamente en el cielo, a las que se digne asociarnos este glorioso arcángel desde ahora para toda la eternidad.

## ***CAPÍTULO VI***

### **Quinta excelencia de la santa infancia de María: Gozo extraordinario que su nacimiento trajo al mundo**

No sin motivo la entrada de los hijos de Adán en este valle de lágrimas va siempre acompañada de llantos y

gemidos. Si tuviesen uso de razón y pudiesen conocer bien el miserable estado en que nacen, no sólo gemirían, sino que se desharían en lágrimas y morirían de dolor; y si tal estado fuera visible a todo el mundo, un nacimiento lo llenaría a de tristeza y desolación. ¿No es gran motivo de desolación ver que todo niño que viene a este mundo, aun cuando sea hijo de un príncipe o de un monarca, nace enemigo de su Dios, en rebelión contra su Creador, con las armas en la mano para hacerle la guerra, hijo de ira y de maldición, hijo del diablo, en posesión de Satanás, miembro de Luzbel, y en estado de muerte y de perdición? Semejante nacimiento, ¿no es digno de ser llorado con lágrimas de sangre? ¿No es digno del llanto y de las lamentaciones de todo el universo?

Este es el estado funesto en que nacen todos los hijos de Adán, efecto del pecado que traen con ellos del vientre de la madre; y no tenemos certeza absoluta de que alguien haya sido preservado de esta espantosa desdicha, a excepción de la bienaventurada Virgen que fue concebida sin pecado y de san Juan Bautista que nació sin él; porque nos asegura de éste el santo evangelio que fue lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre tres meses antes de su nacimiento, por consiguiente, nació, no hijo de ira y de maldición como los demás, sino hijo de gracia y de bendición, cuyo nacimiento fue seguido de un gozo extraordinario que se derramó por toda la tierra y que durará hasta el fin de los siglos.

Por lo que respecta a la Santísima Virgen, hemos dicho ya que es el sentir común de la Iglesia que fue llena del Espíritu Santo, no sólo tres meses antes de su nacimiento



sino desde el momento de su inmaculada Concepción; y que muchos grandes teólogos enseñan que nació con una santidad superior a la de todos los ángeles y santos juntos. Oímos la voz de la santa Iglesia que el día de su nacimiento hace resonar estas palabras por todo el universo: «Tu nacimiento, oh Virgen Madre de Dios, llenó de alegría al universo: porque de ti ha nacido el sol de justicia, Cristo Nuestro Señor, quien rompiendo las ataduras de la maldición en que nos encontrábamos, no trajo la bendición, y haciendo morir a la muerte, nos dio la vida, y la vida eterna».

Esto mismo es lo que dijo la Virgen un día a Santa Brígida: «Mi nacimiento ha sido el comienzo y la fuente de verdaderos gozos».

Estas alegrías han sido universales; porque el cielo, la tierra, el infierno, los ángeles, los hombres, el Creador y todas las criaturas han tenido parte en ellas. ¡Qué fiesta, qué júbilo para todos los ángeles al ver nacer a la que Dios les dio a conocer como el medio por el cual deben ser reparadas las ruinas que el pecado hizo entre ellos! ¡Qué consuelo para las almas de los santos patriarcas, de los santos profetas y demás santos padres que están en el infierno del Limbo, especialmente para Adán, Eva, Abel, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, David cuando sepan por sus buenos ángeles el nacimiento de aquella por cuya intercesión serán pronto librados de su oscura prisión en la que se encuentran detenidos!

¿Quién podrá imaginarse el gozo inconcebible y los maravillosos transportes de san Joaquín y santa Ana, viendo que después de tantos suspiros, tantas lágrimas, tantos

ayunos, tanto oprobio con motivo de su esterilidad, Dios les ha hecho este incomparable favor de escogerlos para ser el padre y la madre de la que ha de ser la madre del Mesías, del Salvador tan deseado, tan esperado y tan necesario para la salvación del universo? Esta divina Virgen dijo un día a santa Brígida que cuando su alma bienaventurada fue santificada y unida a su cuerpo, su madre santa Ana se vio llena de un gran gozo, imposible de explicar. Si el gozo de santa Ana fue tan grande en la concepción de esta maravillosa Niña, ¿cuál sería su alegría y la de san Joaquín en su nacimiento?

¿Quieres conocer la alegría del Creador y de todas las criaturas en este admirable nacimiento? Escucha lo que, sobre esto, dijo la gloriosa Virgen a Santa Matilde, cuyos libros están tan alabados y recomendados por un gran número de señaladísimos doctores. Buscando esta santa la manera de honrar a nuestra santa Niña en la fiesta de su nacimiento, le habló María de esta manera: «Regocíjate conmigo, hija mía, y ofrécame el gozo que ahora poseo por el conocimiento que tengo de la alegría inefable y de la divina complacencia que la gloriosísima Trinidad tuvo conmigo desde toda la eternidad, especialmente a la vista de mi nacimiento que de tan gran gozo le colmó, que desbordándose su alegría por el cielo, por la tierra y por todas las criaturas, se encontraron todas llenas de consuelo, sin saber de dónde procedía. Porque, a la manera de un excelente artista que tiene el proyecto de producir una obra maestra, se goza mucho pensando en ella y en formar en su inteligencia la idea de su obra, de igual manera la adorabilísima Trinidad tomó singular contento ante el

proyecto que formó en su corazón de la obra admirable que de mí deseaba hacer, tanto porque quería imprimir en mi alma una bellísima y acabada imagen de su infinito poder, de su inmensa sabiduría y de su bondad incomprensible, como porque sabía muy bien que su obra no sufriría jamás en mí menoscabo alguno, antes bien recibiría siempre nuevas perfecciones, hasta que hubiera llegado al último punto de perfección. En fin, tanto se complació la santísima Trinidad desde toda la eternidad con la vista de mi nacimiento y de mi infancia que todas las acciones de mi niñez eran como un juego agradabilísimo ante su divina Majestad; lo cual se hace notar con estas palabras: «Eran mis diarios placeres el holgarme continuamente en su presencia» (1).

¡Oh amabilísima Niña, qué gozo siente mi corazón al veros tan amada de Dios, aún antes de haber nacido, y al ver que como eres desde toda la eternidad el primer objeto de su amor entre todas las criaturas, eres también el mayor motivo de su gozo! No es maravilla que seas el amor, la alegría y las delicias del cielo y de la tierra, puesto que lo eres del que creó los cielos y la tierra.

No es maravilla que vuestra presencia colme de inenarrable gozo los corazones de todos los habitantes del cielo, puesto que la previsión que Dios tiene antes de todos los siglos de vuestro nacimiento y de vuestra infancia, le proporciona tanto contento.

Verdaderamente, con gran razón dice la Iglesia de esta gloriosa Virgen que es la «causa de nuestra alegría». Porque si hasta su infancia es motivo de alegría en nuestro adorable Padre, bien puede serlo en todos sus hijos, como en efecto

es ella el manantial de todas las santas y verdaderas alegrías del cielo y de la tierra, de los hombres y de los ángeles. De donde hay que inferir también que posee eminentemente todas las alegrías del cielo y de la tierra, puesto que el manantial contiene excelentemente todo lo que hay en los arroyos. De aquí que san Juan Damasceno la llame: «piélago inagotable de gozo»; y el santo sacerdote Crisipo: «El tesoro de toda alegría y el, origen de nuestra felicidad»; y san Germán de Constantinopla: «El gozo de todo el mundo»; y san Metodio mártir: «El comienzo, el medio y el fin de nuestros santos regocijos.

Jamás nadie ha sufrido en la tierra, después de su Hijo, dolores tan sensibles como los que ella pasó; pero jamás nadie ha poseído tampoco gozos tan puros, tan sólidos y grandes como ella los poseyó; entre los cuales se cuentan siete principales: el primero, el que recibió en el saludo del ángel; el segundo, en la visitación de Santa Isabel; el tercero, en su divino parto; el cuarto en la adoración de los santos reyes; el quinto, cuando encontró a su divino Hijo entre los doctores después de haberle perdido por espacio de tres días; el sexto, cuando se le apareció antes que a nadie después de su resurrección; el séptimo, cuando le vio subir a los cielos, cuando envió a su santo Espíritu a su iglesia, y cuando fue transportada en cuerpo y alma al paraíso.

Además de esto, los gozos que ella posee en el cielo son inconcebibles, entre los cuales se cuentan también siete principales: es el primero, el gozo que tiene al verse tan elevada en la gloria y tan próxima al trono de la Santísima Trinidad, que sólo Dios está por encima de ella, y todo lo que

no es Dios está debajo de sus pies; el segundo, el que por su sola virginidad posee una corona más rica y más preciosa que todas las coronas de los habitantes del cielo; el tercero, por ser el segundo sol del paraíso, que llena de gozo los coros todos de los ángeles y de los santos; el cuarto, porque todos los ciudadanos de la celestial Jerusalén la honran y alaban incesantemente como a su reina, a su Madre y como a Madre de su Redentor; el quinto, por haberle Dios dado un poder absoluto en el cielo y en la tierra, y sobre todas sus criaturas; el sexto, porque le dio un poder especial de bendecir, proteger y favorecer de todas maneras a todos los que le tienen particular devoción; el séptimo, porque todos estos gozos no disminuirán jamás, antes crecerán siempre hasta el día del juicio y serán eternos.

Además, goza ella en el cielo de ciertos gozos especiales que su amado Hijo le otorgó, en recompensa de los dolores y agonías que sufrió aquí abajo por su causa.

¿Deseas, querido hermano, hacer una cosa muy grata a esta bienaventurada Virgen? Haz lo que dijo a Santa Matilde: ofrécele el gozo que tiene en el cielo porque Dios tanto le ha amado, aun antes de su nacimiento, y porque se complació de particular manera en todas las acciones de su infancia.

Refieren varios graves autores que Santo Tomás, Arzobispo de Cantorbery, decía todos los días siete Ave Marías, en honor de los siete gozos principales que la Santísima Virgen tuvo en la tierra, y que ella le advirtió que añadiese también la memoria de los siete principales gozos que posee en el cielo, asegurándole que esta devoción le era muy agradable, y que ella asistiría a la hora de la muerte a

todos los que la practicasen, que llenaría sus corazones de consuelo, que recibiría sus almas a la salida del cuerpo, y que las presentaría a su Hijo.

Puedes ver por todas estas cosas que esta devoción le es tan agradable, si deseas complacerla, ofrécele todos los días los siete principales gozos que ella tuvo en la tierra y los siete que tiene en el cielo, diciendo siete Ave Marías o una decena de vuestro rosario a esta intención. Ofrécele también los gozos que posee en el cielo por las siete espadas de dolor con que su corazón fue traspasado en la tierra, diciendo a este fin otras siete Ave Marías u otra decena del rosario. Y puesto que la sacratísima Virgen os la causa de nuestra alegría y su nacimiento es la fuente, después de su Hijo, de todos los santos y verdaderos gozos del cielo y de la tierra, ofrécele también todos estos mismos gozos con un gran deseo de esforzaros en adelante por acrecentarlos, amando y sirviendo a su Hijo con más fervor y fidelidad que lo has hecho hasta ahora.

¡Oh amabilísima Virgen y divina Madre, haz que en adelante no encuentre más que hiel y amargura en los vanos y falsos gozos de este mundo, y que ponga todo mi gozo, mis delicias y mi paraíso en seguir en todo y por todo la adorabilísima voluntad de mi Dios, en amar y glorificar a mi amabilísimo Jesús y en honrar a mi queridísima María, madre de Jesús

## ***CAPÍTULO VII***

### **Sexta excelencia: Perfección y hermosura Incomparables del su cuerpo virginal**

Aunque las perfecciones naturales del cuerpo y del alma humanos no sean por sí mismas malas, antes buenas y laudables, porque en autor es Dios, de cuyas manos nada que no sea bueno puede salir, sin embargo, leídas las máximas del Evangelio, visto el orden que Dios ha establecido en el cristianismo, y la naturaleza de la gracia cristiana, es gran verdad que todas las excelencias naturales del cuerpo y del alma del hombre pueden ser obstáculos de esta misma gracia y por consiguiente de la salvación y santificación del cristiano. Todo el evangelio no nos predica otra cosa, sino que el que quiera ser cristiano, es preciso que renuncie no sólo al pecado y a Satanás sino a sí mismo: «Níéguese a sí mismo» (Mt 16, 24). El que quiera ser incorporado en el nuevo hombre, es decir, en Jesucristo debe renunciar el hombre vicio. Y el que desea ser revestido de Jesucristo, según este divino oráculo: «Revístanse de Jesucristo» (Ro 13, 14), es necesario que se despoje del hombre de pecado y de todas sus excelencias. El que quiera renacer y vivir en Jesucristo, fuera del cual no hay más que muerte y condenación para nosotros, es preciso que muera a su primer nacimiento. En fin, toda la vida cristiana, dice San Agustín, si se lleva según las reglas del evangelio, es un continuo martirio.

Con este fin se nos da la gracia del cristianismo por el bautismo y por los otros sacramentos; éste es el efecto que debe obrar en nosotros: hacernos conformes a nuestra adorabilísima Cabeza, que pasó la vida entera en cruces y abatimientos. La gracia debe crucificarnos con él, hacernos morir a nosotros mismos, hacernos odiar todo lo que puede engreír nuestro corazón y proporcionarnos estima y complacencia de nosotros mismos, haciendo que amemos la pobreza, la abyección y la mortificación. De aquí viene que cuantas más perfecciones naturales o adquiridas encuentra la gracia en nosotros, tantos más obstáculos tienen que vencer; ya porque las excelencias naturales o adquiridas nos aficionan a nosotros mismos y nos llenan de propia complacencia, ya porque la cruz de Jesucristo, que es el origen y manantial de la gracia cristiana, es también su fin, puesto que se nos da para crucificarnos con él.

Por ello, el centro y el elemento de la gracia cristiana está en la cruz, es decir, en las humillaciones, mortificaciones y despojo de todas las cosas. Aquí es donde ella obra maravillosos efectos, aquí es donde fácilmente se conserva; no pudiendo subsistir en las cosas contrarias sino por milagro, es decir, que es necesaria una gracia extraordinaria y milagrosa para vivir cristianamente con grandes beneficios de la naturaleza y de la fortuna. Por esto Nuestro Señor clama que «todo lo sublime a los ojos de los hombres, a los de Dios es abominable»; gran hermosura corporal, gran fuerza natural, gran nacimiento, grande, ciencia adquirida, grandes honores mundanos, grandes riquezas temporales, todo esto es abominación delante de Dios y estorbo para la



salvación; a menos que el espíritu y el corazón se desprendan de ello, y procedan como si no las tuvieran, haciendo de todo ello un santo uso.

Esta es la regla general del cristianismo, pero que sufre una excepción con respecto a la sacratísima Madre de Dios, en la cual las perfecciones naturales, no sólo no aportan obstáculo alguno a su gracia y a su santificación, sino por el contrario contribuyen a ella, por dos razones principales:

La primera es, porque habiendo tenido, desde el momento de su inmaculada Concepción, la justicia original que santifica al hombre en sus perfecciones naturales, gozó de los privilegios del estado de inocencia, en el cual las excelencias naturales no ponen obstáculo alguno a la santificación del hombre. Porque la justicia original no le obligaba a salir de sí misma, ni a renunciar a ella misma, ni a morir a sí misma, para ser justa y santa; sino que la santificaba en sí misma, y en todas las dependencias y pertenencias de su estado natural.

La segunda razón que exceptúa a la bienaventurada Virgen de la susodicha regla es, porque siendo la gracia cristiana tan abundante y fuerte en esta Madre de gracia, reinaba en ella tan absolutamente que no sólo nada había que fuera capaz de resistirse a ella, sino que a todas las cosas las rendía a sus planes; y lo que en otros son obstáculos, eran en ella medios para llegar a su fin y realizar su obra. Por eso Dios dio a nuestra admirable Niña todas las excelencias naturales y todas las perfecciones de cuerpo y alma en un grado excelente.

¿Quieres conocer las perfecciones con que Dios adornó su cuerpo virginal? Escucha lo que sobre esta materia dicen los santos doctores: El doctor seráfico san Buenaventura, san Antonino, Ricardo de San Víctor, Dionisio el Cartujo, el docto y pío Suárez y todos los demás teólogos dicen comúnmente que, entre todos los cuerpos humanos, no ha habido jamás tan perfecto y hermoso, después del cuerpo adorable de Jesús, como el purísimo cuerpo de María. Las razones de ello son evidentes.

En primer lugar, es un cuerpo que, según san Jerónimo, san Juan Damasceno, san Epifanio y san Gregorio Niseno ha sido formado milagrosamente y por virtud sobrenatural, siendo por consiguiente obra del Espíritu Santo quien no omitió ninguna de las cualidades más excelentes con que podía adornar convenientemente el cuerpo virginal de su dignísima Esposa. «Es estatua tallada por la mano de Dios», dice san Andrés de Jerusalén

Es un cuerpo que nada tiene de la maldición del pecado con que han sido heridos todos los cuerpos de los demás hijos de Adán desde el instante de su concepción. Es el cuerpo de la destinada a ser Madre del Salvador y que debe tener, por consiguiente, perfecta semejanza con el cuerpo de su Hijo que será formado de su purísima sangre. Fue también revelado a santa Brígida que el Hijo y la Madre se parecían tan perfectamente, en la figura y los rasgos del semblante, en el tamaño y composición del cuerpo, que quien veía a uno, veía a la otra.

Es un cuerpo hecho para estar unido a la más bella y santa alma que jamás existió ni existirá, después del alma deifica del Salvador.

Es un cuerpo en el que Dios es mucho más glorificado que en el cielo empíreo.

Es un cuerpo hecho para ser el más verdadero templo del Espíritu Santo y el más augusto santuario de la Santísima Trinidad, después del cuerpo adorable de Jesús, y para ser un cielo viviente, en el que un día habitará corporalmente toda la plenitud de la Divinidad.

Es un cuerpo que ha sido hecho para que sirva a dar cumplimiento a los más grandes designios de Dios, en el cual y del cual su bondad omnipotente obrará los más grandes, y admirables de sus misterios, cual es el misterio inestimable de la encarnación.

Es un cuerpo en el que será encerrado nueve meses Aquél a quien los cielos no son capaces de contener. Las entrañas benditas de este santo cuerpo serán la morada feliz del Verbo encarnado. Su leche virginal dará la vida al que es el principio de todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Sus brazos, sus manos, sus pies, se emplearán en todos los oficios que la Madre de un Dios puede ejercer para con un Hijo-Dios.

Si la Iglesia tiene tanto respeto y veneración a todas las cosas que han tocado el divino cuerpo del Salvador, como la cruz, los clavos, las espinas, los sudarios de su sepulcro, los pañales de su infancia, y otras cosas semejantes, ¿qué honor merecerá este cuerpo venerable de la bienaventurada Virgen, una porción del cual es el cuerpo del Redentor?

Después de esto, no te extrañe que la santa Iglesia y los santos Padres digan tantas maravillas de la hermosura y otras perfecciones de este cuerpo incomparable. Tu hermosura, Virgen Santa, aventaja a todas las hermosuras, dice la santa Iglesia. Es una hermosura admirable y que será eternamente el objeto de las admiraciones de todos los habitantes del cielo.

Eres toda hermosa, dice san Agustín, toda agradable, amable y gloriosa. Eres sin mancha ni arruga; estás adornada de toda hermosura y enriquecida de toda santidad. Eres más santa en tu carne virginal que todas las virtudes del cielo. Aventajas a todas las mujeres en la hermosura de tu cuerpo y a todos los espíritus angélicos en la excelencia de tu santidad»

“Su rostro es todo angélico, lo mismo que su alma”, dice Ricardo de San Víctor. Toda la naturaleza se presentó al Espíritu Santo, dice el sabio y piadoso Gerson, en el momento de la concepción de María, para recoger todas las bellezas que estaban esparcidas en todas las criaturas y unir las en la Reina del universo; y todas las virtudes se ofrecieron a él para hacer de esta Niña un mundo de santidad: la sabiduría se ofreció para organizar su cuerpo; la pureza, para revestirle de ella; la gracia, para animarle; la prudencia, para disponer el cerebro; la caridad, para poner su trono en el corazón; el pudor, para cubrir la frente; la dulzura, para colocarse en sus labios; la honestidad, para situarse en sus mejillas; la modestia y la virginidad, para adornar todo el cuerpo con una santidad sin igual.

Irradiaba sobre su rostro, dice Dionisio, el Cartujo, cierto resplandor de belleza sobrenatural, que le hacía tan admirable como amable; tan brillante que era necesario que Dios lo moderase para que pudiera conversar con los hombres». De lo cual, no hay que admirarse. También el rostro de Moisés, después de haber tratado con Dios sobre la montaña, aparecía tan luminoso que no pudiendo el pueblo soportar su resplandor se vio él obligado a cubrirlo con un velo.

De aquí que mientras estuvo en la tierra esta sagrada Virgen, venían los cristianos de todas partes, según el testimonio de san Ignacio mártir, para ver el rostro admirable de este prodigio de hermosura y de santidad.

En fin, «esta hermosura, tanto del cuerpo como del alma, es tan admirable, dice san Bernardo, que constituye el objeto de admiración, no sólo de los ángeles, sino hasta del Rey de los ángeles a quien ella arrebató su corazón. Porque, fijando sus divinos ojos el soberano Monarca del universo en la hermosura corporal y espiritual de esta Reina de las vírgenes, se expresa en estos términos de arrobamiento: ¡Qué hermosa eres, amiga mía, ¡qué hermosa eres! Y dice dos veces qué hermosa eres, para distinguir la belleza del cuerpo y la belleza del alma. Juzgad qué belleza es esta que merece ser el objeto de las admiraciones de un Dios, y arrebató su corazón, según estas palabras del Espíritu Santo: El Rey se enamorará de tu hermosura. Y nota con san Ambrosio, santo Tomás y otros teólogos que fue privilegio de esta incomparable hermosura de la Reina de los ángeles el que tan lejos estuviera de dar jamás ocasión a ningún

pensamiento o sentimiento opuesto a la pureza, sino todo lo contrario, imprimía amor a la castidad en los corazones de los que la veían. Esto es algo de las perfecciones eminentes de su cuerpo virginal de que se vio dotada desde el tiempo de su infancia.

Pero lo más digno aún de alabanza es que hizo ella un santísimo uso de todas estas cosas. Porque siempre empleó los dones todos de Dios y todas las prerrogativas de su alma y de su cuerpo para la gloria y servicio de su divina Majestad. Practicó excelentísimamente lo que el Espíritu Santo había de enseñar mucho tiempo después a todos los fieles por boca de San Pablo que nos exhorta a llevar en nuestros cuerpos la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos (2 Cor 4, 10), y rara conducirnos de suerte que nuestros cuerpos sean hostias vivas, santas y agradables a Dios (Ro 12, 1), y a fin de llevar y glorificar a Dios en nuestros cuerpos por el amor de la pureza y por el santo uso de nuestros sentimientos.

¡Oh divina Madre, doy gracias infinitas a mi Dios, porque te dio un cuerpo dotado de tales perfecciones, con las que te viste adornada desde los más tiernos años de tu santa infancia. Y alabo y bendigo aún más a su divina Majestad, por haberte dado la gracia de hacer un santo uso de todos los dones que te hizo. Ofrécele toda la gloria que le has dado por el santísimo uso que hiciste de todos los sagrados miembros de tu santo cuerpo, en reparación de todo el mal uso que nosotros hemos hecho de ellos. Te ofrecemos nuestros cuerpos; ofrécelos y conságralos enteramente con el tuyo para la gloria del que sacrificó el suyo por nuestro amor.

***CAPÍTULO VIII***  
**Séptima excelencia: Perfección admirable  
del alma de María Niña**

Habiendo dado la divina bondad un cuerpo tan perfecto a nuestra santa Niña, como hemos visto en el capítulo precedente, no se puede dudar que le haya dado un alma excelentísima. Son muchas las razones que deben persuadirnos de esta verdad.

Primeramente, porque debe haber una gran conformidad entre dos cosas que tan estrechamente están unidas, la una con la otra, como son el alma y el cuerpo. Por lo cual, como Dios dio a nuestra divina Madre el más hermoso cuerpo que jamás existió después del cuerpo adorable de Jesús, le dio también la más noble alma, la más bella y la más perfecta que hubo ni habrá jamás, después del alma deifica del mismo Jesús.

En segundo lugar, porque el alma de esta bienaventurada Niña ha sido hecha para ser el más digno santuario de la gracia divina, y el más glorioso trono de todas las virtudes cristianas.

En tercer lugar, puesto que el alma de esta admirable Niña ha sido creada para ser el más noble instrumento del Espíritu Santo en todos los ejercicios interiores de la contemplación del amor divino, de la santa caridad, de la religión y de todas las demás virtudes.

En cuarto lugar, porque el alma de esta admirable Niña estaba destinada para ser el templo más augusto, el cielo

más elevado y el paraíso más delicioso de la Santísima Trinidad.

En quinto lugar, como esta hermosa alma fue criada para ser el alma de la hija primogénita del Padre eterno, de la Madre del Hijo de Dios, de la Esposa del Espíritu Santo, de la Madre de todos los cristianos y de la Reina de los hombres y de los ángeles, y por consiguiente para ser la Reina, el modelo y ejemplar de todas las almas, debe estar adornada de todas las excelencias convenientes a tan relevantes cualidades.

De donde viene que Dios le dio primeramente una memoria, la más excelente que jamás existió; un entendimiento, el más claro, sabio y prudente que puede existir; un espíritu, el más vivo, el más penetrante, el más fuerte de todos los espíritus; una voluntad, que estando exenta de la corrupción del pecado, estaba perfectamente sometida a todas las órdenes de Dios; unas pasiones en la parte inferior que, no teniendo nada del desorden y rebelión que el pecado puso en las pasiones de los demás hijos de Adán, estaban enteramente sumisas a la razón. En una palabra, todas las facultades de la parte superior e inferior de esta alma admirable estaban dotadas de una rectitud, de un vigor y de una perfección que no han tenido parecido entre todas las puras criaturas

¿Qué diré ahora del santísimo uso que esta preciosa Niña hizo siempre de todas las potencias de su alma, desde el primer instante de su vida? Bastante es decir que, como tuvo uso de razón desde el momento de su concepción, y estuvo desde entonces llena de gracia y de una gracia



eminentísima, y fue poseída y animada del Espíritu Santo, jamás hizo uso de alguna de sus facultades sino para agradar a Dios, para adorarle, amarle y glorificarle, y esto movida y guiada por este mismo Espíritu, que era el espíritu de su espíritu, el alma de su alma y el corazón de su corazón.

Oigamos lo que ella misma dijo un día a santa Brígida: «Sabe, hija mía, le dice, que mi Hijo me honró y ensalzó sobre todos los ángeles y hombres juntos. Porque no hay perfección alguna en Dios cuya viva expresión no aparezca en mí con maravilloso resplandor. Yo soy la criatura a la que él dio su gracia en un grado más eminente que a todas las demás. Me unió tan estrechamente a su Divinidad que el que ve a Dios, me ve a mí en Dios, y ve a Dios en mí, y el que me ve, puede ver en mí como en un bellísimo espejo, la divinidad y la humanidad de mi Hijo. Porque, de tal manera estoy yo encerrada y abismada, cuerpo y alma, en la divinidad, y Dios de tal manera me ha revestido de sus divinas virtudes que todas sus excelencias se encuentran en mí, como en un compendio. Me ha dado un cuerpo y un alma que son más puros que el sol y más limpios que un espejo; pero sobre todo la pureza con que ha adornado mi alma es tan grande y resplandeciente que, recibiendo en mí como en un clarísimo espejo, la imagen viviente de las tres Personas divinas, las representa tan perfectamente cómo es posible en una pura criatura».

Gracias inmortales sean dadas a la Santísima Trinidad por haberte dado tal alma, oh divina Niña, y por haberte enriquecido con tantas perfecciones; y alabanzas eternas te sean dadas por la gloria que tú le habéis dado y le darás

eternamente con el santísimo uso que has hecho, desde tu infancia, de todas las potencias de tu santa alma. Ofrece a su divina Majestad todo este honor que tú le has dado por este medio, en reparación del abuso que yo he hecho en mi infancia de todas las facultades de mí alma; y obtenme la gracia de no hacer ya uso alguno de ellas sino para su amor y para su gloria.

## ***CAPITULO IX***

### **Octava excelencia: Luz y ciencia de la Niña María**

La ciencia humana que se adquiere por el trabajo de la inteligencia o por la lectura de libros o por cualquier otro medio, si no va acompañada de una verdadera humildad, es cosa muy peligrosa. No es entonces una luz que esclarece el espíritu, sino una noche que le envuelve en tinieblas. Es veneno que inflama el corazón y lo hace reventar y morir con funestísima muerte: «La ciencia por sí sola hincha (1 Cor 8, 1). Es la hiel del dragón infernal con que envenenó al primer hombre, y a toda su posteridad, cuando le dijo: Si comen de este fruto del que Dios les ha prohibido comer, vendrán a ser sabios como dioses, lo conocerán todo, el bien y el mal: Seán como dioses, conocedores del bien y del mal (Gn 3, 8). Es un puñal en manos de un loco que se sirve de él para dar de puñaladas a cuantos encuentra y para matarse a sí mismo. Es una peste que hace singulares estragos en la casa misma de Dios, que es su Iglesia; porque es la madre y el manantial de

innumerables cismas, herejías, apostasías y desgracias mil que en pos de sí acarrea. Es el dardo envenenado con el que el monstruo de la herejía hace perecer a un número infinito de desgraciadas almas. Es lo que perdió a Arrio, a Nestorio, Eutiques, Lutero, Calvino y a tantos otros herejes que hicieron y hacen continuamente guerra sangrienta a la Iglesia, de manera que puede decirse con toda verdad que no ha sufrido persecución tan cruel de parte de los Nerones, Domicianos, Dioclecianos, Maximianos y otros tiranos, como la que ha sufrido y sufre todos los días de parte de los sabios soberbios. Hasta este extremo puede decirse con sobrada verdad que la ciencia humana y natural, destituida de la humildad, es la raíz de todos los males y la causa de la perdición de infinidad de almas.

No así la ciencia divina y sobrenatural que infundida por el Espíritu Santo como uno de sus dones, es inseparable del don de piedad: Espíritu de ciencia y de piedad (Is 11, 2) . Esta ciencia es la ciencia de la salvación y la ciencia de los santos, es la que disipa las tinieblas del infierno e ilumina la inteligencia del hombre con las luces del cielo, la que llena el corazón de amor a Dios y al prójimo, de humildad para con uno mismo y de menosprecio de todas las cosas del mundo. Porque esta luz, descubriéndonos la grandeza y la bondad de Dios, nos lleva a honrarla y a amarla, y haciéndonos ver en el prójimo una imagen y un hijo de Dios, nos impulsa también a amarle; dándonos el conocimiento de nuestra nada y de nuestras infinitas miserias, nos obliga a humillarnos; y enseñándonos a conocer la bajeza y la vanidad de todas las cosas de este mundo, nos imprime en el corazón un gran

desprecio de cuanto estima el mundo. Y así esta ciencia, que es infundida por el Espíritu Santo, no lleva consigo el veneno del pecado, sino la unción de la gracia; no envenena las almas, las santifica; no hincha los corazones, sino que los humilla; no da la muerte a los que la alojan dentro de sí, antes los hace vivir la vida de los ángeles, de los santos y de Dios mismo. De aquí que se llame la ciencia de la salvación, la ciencia de los santos, la ciencia de Dios: «Vanidad, y no más, son, ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios» (Sb 13, 1).

Tal es la ciencia de la que estuvo llena la sacratísima Virgen en su santa infancia. Una ciencia infusa y una luz sobrenatural que la iluminó de extraordinaria manera desde el momento de su Inmaculada Concepción. Porque además de lo que sobre esto dijimos en capítulos anteriores, enseñan muchos graves teólogos que tuvo desde el primer momento de su vida un conocimiento de la Santísima Trinidad más claro que el que se dio a los ángeles y al primer hombre en su primera santificación; y que si Juan el Bautista, estando aún en el seno de su madre, conoció al Verbo Encarnado en las purísimas entrañas de la suya, no hay por qué dudar que nuestra santa Niña haya tenido conocimiento del misterio de la encarnación cuando aún vivía dentro de su bendita madre Santa Ana.

San Bernardo dice mucho más, porque nos asegura que fue María divina y plenamente instruida en todos los misterios desde el comienzo de su vida. San Bernardino de Siena nos manifiesta que, estando aún en el vientre de su madre María tuvo siete clases de conocimientos, claros y

distintos, a saber: de Dios, de los espíritus puros, de los espíritus unidos a los cuerpos, de las cosas materiales, de las que hay que huir, de las que hay que abrazar y de las reglas y medios convenientes para hacer lo uno y lo otro.

Si esta maravillosa Niña tuvo conocimientos tan extraordinarios desde los primeros meses de su vida, ¿qué podrá decirse del progreso que hizo en la ciencia de Dios en la sucesión de los años de su infancia, siendo así que su luz crecía de día en día por muchos modos y maneras?

Porque, primeramente, tuvo uso de razón desde el primer instante de su vida; y Dios la dotó de una inteligencia muy excelente, exenta de todo lo que podría turbar su paz y tranquilidad, y siempre muy dispuesta a recibir las luces del cielo, no teniendo nada en sí que fuese capaz de oponer el menor obstáculo.

En segundo lugar, el ejercicio de la más alta contemplación, que le era tan familiar y corriente, la llenaba de las más bellas luces del cielo.

En tercer lugar, la conversación frecuente que tenía con los ángeles, especialmente con san Gabriel, le daba grandes conocimientos de las cosas celestiales y eternas.

En cuarto lugar, escriben san Sofronio y san Gregorio de Nicea, que habiendo aprendido desde sus más tiernos años la lengua santa, es decir, la lengua hebrea, se dedicaba con frecuencia, especialmente mientras estuvo en el templo, a la lectura y meditación de las divinas Escrituras, de las que el Espíritu Santo le daba tan clara inteligencia que san Andrés de Jerusalén dice que no ignoraba los misterios en ellas contenidos. Y san Agustín le habla de esta manera:

«Acuérdate oh María, de lo que leíste en los profetas; porque no puede quedarte oculto el conocimiento de los misterios encerrados en los divinos libros, puesto que habíais de dar a luz al que contiene en sí la plenitud de todas las luces proféticas»

En quinto lugar, el espíritu de profecía que fue dado hasta a las vírgenes paganas, como las Sibilas, no podía faltar a la Reina de las santas vírgenes. Testigo su admirable cántico, el Magnificat, cada una de cuyas palabras son otros tantos oráculos del espíritu profético que la poseía. Por esta razón san Basilio, san Jerónimo, san Cirilo y san Agustín le atribuyen el nombre y la calidad de profetisa.

En sexto lugar, no puede negarse a la Madre la gracia de las divinas revelaciones que es bastante común en muchos fieles servidores de Dios.

En séptimo lugar, ¿quién podrá comprender las admirables luces que el Espíritu Santo, que perfectamente la poseía y animaba, derramaría de continuo en su espíritu y en su corazón?

Calculen, entonces, si es posible, su progreso en los caminos de la ciencia y sabiduría del cielo durante todo el curso de su infancia. Y si su infancia fue esclarecida e iluminada, ¿qué habría que decir del resto de su vida? Para abarcar mucho en pocas palabras hay que decir que es la Madre del Sol eterno; que es una estrella que ha producido un sol; que es un segundo sol; escogida como el sol, que ilumina a los hombres y a los ángeles; que es la mujer admirable del Apocalipsis, que tiene la luna bajo sus pies, que lleva una corona de doce estrellas y que está revestida del

sol, es decir, que se encuentra elevada por encima de todas las luces y ciencias de este mundo; que está coronada con todas las claridades de los ángeles y santos, pero con tal superioridad que ante ella quedan todas desvanecidas, como las estrellas desaparecen ante el sol; que está rodeada y revestida del sol mismo de la Divinidad, y que concibió y dio a luz al que es la luz del mundo; que hizo nacer en su corazón, desde el primer instante de su vida, y llevó siempre consigo durante su infancia y mientras vivió y llevará eternamente al que contiene en sí todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría de Dios: En quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2, 3).

Por lo tanto, no hay por qué extrañarse de que esta incomparable Virgen sea llamada por san Juan Damasceno la fuente eterna de la verdadera luz, y por San Gregorio el Grande la Maestra de todos los doctores, y por el mismo san Juan Damasceno un tesoro de sabiduría; no hay por qué extrañarse si san Bernardo nos asegura que ella ha penetrado hasta lo más profundo de los abismos de la divina sabiduría y que parezca estar sumergida en la luz inaccesible de la Divinidad.

Oh divina María, no sin razón te ha dado Dios este glorioso nombre de María, que quiere decir iluminada e iluminadora. Se llama el Padre de las luces y el Señor de las ciencias y quiere asociarte en estas sus divinas cualidades, quiere que seas la Madre de las luces celestiales y la Maestra de las ciencias santas; sea por ello eternamente bendecido alabado y glorificado. Dígnate, oh Madre, hacernos participantes de tus sagradas luces y de tu divina ciencia.

Guárdanos de la ciencia perniciosa que hincha el corazón y envenena el alma, de esa condenable ciencia que es la hija del orgullo, la hermana de la presunción, la nodriza de la curiosidad, el alma de la arrogancia, la madre de la impiedad y de la apostasía, y la causa de la rebelión contra Dios y contra su Iglesia. Haz que seamos sabios con la ciencia de la salvación, con la ciencia de los santos, con esa hermosa y envidiable ciencia que es la hija de la caridad, la madre de la humildad, la hermana de la sumisión, la compañera inseparable de la piedad; Alcánzanos espíritu de ciencia y de piedad, el corazón de la santidad y la nodriza de todas las virtudes.

Escucho a uno de vuestros más queridos hijos, a san Bernardo, quien nos dice que «hay cinco clases de personas que quieren saber. Hay quien quiere saber solamente por saber, lo cual es una peligrosa curiosidad. Hay quien desea saber para hacer ostentación de su ciencia, y esto es vanidad reprobable. Hay quien quiere saber para vender su ciencia, lo que encierra vergonzosa avaricia. Mas hay también quien quiere saber para ser capaz de instruir y edificar a su prójimo, lo cual es caridad. Hay, en fin, quien quiere saber para instruirse y edificarse a sí mismo, y esto es prudencia.

No permitas, oh sagrada Virgen, que seamos del número de los tres primeros que tan mal uso hacen de su ciencia; que, a imitación de los dos últimos no hagamos uso alguno de nuestros conocimientos si no es para dar a nuestros hermanos saludables instrucciones y para hacernos más agradables a su divina Majestad. Haz que seamos sobre todo sabios con el conocimiento de nosotros mismos, de



nuestra nada, de nuestros defectos, de nuestras debilidades, de nuestras infinitas miserias, a fin de que este conocimiento nos conduzca a la verdadera humildad, puesto que muy cierto es lo que dice el mismo San Bernardo que entre las muchas el de los hombres ni ninguna es mejor que la de conocerse uno a sí mismo.

## ***CAPÍTULO X***

### **Novena excelencia: Gracia prodigiosa que adornó a la Niña María**

Cuando la Santísima Trinidad envió a san Gabriel a la sacratísima Virgen para anunciarle que su divina Majestad la había escogido para que fuera la madre del Salvador, el primer título y el primer nombre que le da el arcángel al saludarla, es el expresado por estas palabras: «Llena de gracia». No es, sin embargo, el arcángel quien le da tan hermoso nombre; le habla como a la que así se llama. En lugar de decirle: Dios te salve, María, le dice: Dios te salve, llena de gracia, para darnos a entender que este es su verdadero nombre, porque es lo que siempre fue y siempre será, llena de gracia, aunque esta plenitud sea distinta en los distintos momentos de su vida, por razón de la diferente capacidad de su alma, que momento tras momento, más y más se extendía y dilataba, a medida que aumentaba su amor a Dios.

Llevamos ya indicado cómo esta Virgen bienaventurada se vio llena de gracia desde el primer instante de su vida y cómo duplicándose esta gracia en ella cada momento por el perfectísimo uso que de ella hacía, llegó a tan alto grado desde los primeros días de su vida que superaba a todas las gracias de los ángeles y santos.

Y si tan llena estuvo de gracia desde el comienzo de su vida, ¿qué inteligencia podrá abarcar y qué lengua declarar los tesoros inmensos de gracia que fue acumulando durante todo el curso de su santa infancia? Porque, en primer lugar, no había en Ella obstáculo alguno que a la gracia se opusiese, por pequeño que fuera, ni por parte del pecado que jamás tuvo entrada en su alma, ni el original, ni el actual, ni el mortal, ni el venial; ni por parte de su apetito que estaba totalmente sujeto a la razón.

En segundo lugar, todos los dones del Espíritu Santo vinieron a tomar entera posesión de su corazón, y todas las virtudes en grado eminente establecieron en él su trono.

En tercer lugar, todos sus pensamientos, palabras y acciones y todo el empleo de las potencias de su alma y de todos sus sentidos interiores y exteriores no tenían otro fin que la gloria de Dios.

En cuarto lugar, no obraba en todas las cosas sino por el exclusivo motivo del más puro amor de su Dios y por el único deseo de agradarle.

En quinto lugar, ejercitaba todas las virtudes y practicaba todas sus obras según toda la extensión de la gracia que en ella había, razón por la cual doblaba su gracia todos los momentos.

Es opinión común entre teólogos, que los ángeles creados en gracia, con algún acto de virtud practicado en el primer instante de su vida se dispusieron a la gracia y que mediante un segundo acto que ejercitaron con toda la extensión de su voluntad llegó a la plenitud y consumación de su gracia y a la perfección que Dios pedía de ellos. La Reina de los ángeles, habiendo recibido ya en el primer momento de su vida una gracia que aventajaba a la de los primeros serafines, y practicando como practicó una infinidad de actos de fe, de esperanza, de caridad, de religión, de humildad, de obediencia, de todas las demás virtudes, con toda la extensión de su gracia y mediante un movimiento del más puro amor a Dios, ¿no es cierto que es preciso concluir necesariamente que llegó a un grado incomprensible a todo entendimiento humano y angélico, sólo capaz de ser comprendido por Dios?

Por ello ha sido llamada por san Germán «corona de gracias»; por san Buenaventura «cielo o firmamento adornado de innumerables estrellas», es decir, de toda clase de prerrogativas y de gracias; por san Juan Damasceno «abismo profundísimo de la gracia»; por él mismo «océano de gracias». «La gracia de María, dice san Buenaventura, es inmensísima porque un inmenso vaso, dice este santo doctor, no puede llenarse sino con algo inmenso. Ahora bien, María es ese inmenso vaso que contuvo a quien los cielos no pueden contener.

Es, en fin, una gracia infinita, porque le fue dada a nuestra divina Niña para disponerla a ser Madre de Dios, dignidad en cierta manera infinita. Me doy cuenta de que

esta gracia es en sí misma finita, porque es algo creado y todo lo creado es finito. Podemos, sin embargo, llamarla infinita, porque la dignidad de Madre de Dios, que es en cierta manera infinita, es la raíz y medida de todos los dones, gracias y prerrogativas que le fueron dados, desde su misma infancia.

Es la raíz y la fuente de donde proceden, luego deben guardar con ella la más entera conformidad. Por todo lo cual, concluyamos diciendo que la altísima eminencia de sus gracias y la dignidad inmensa de Madre de Dios son inefables e inconcebibles.

Pero no te olvides, carísimo hermano, de la gran parte que tienes en todas estas gracias y favores con que Dios honró a esta dignísima Niña. Acuérdate de que no le han sido dados estos tesoros solamente para ella, sino también para ti y para todos los hombres. Fue adornada de todos estos dones y privilegios para prepararla, por este medio, al elevadísimo estado de la divina Maternidad, para hacerla digna de darte un Redentor, y de cooperar con él a la gran obra de tu redención, y para darte una Madre lo bastante poderosa, sabia y buena para poder, saber y querer protegerte, asistirte y favorecerte en todas tus necesidades. Doble motivo para que des gracias a Dios por todos los favores que le hizo: primeramente, mirando al sólo interés de esta amable Niña sin mirar para nada al tuyo; y en segundo lugar, por la parte singularísima que tienes en todos los dones que le divina bondad le comunico.

Gracias inmortales e infinitas te sean dadas por ello, oh santísima Trinidad. Que todos los ángeles y santos y todas las criaturas bendigan y glorifiquen incesante y eternamente.

¡Oh admirable Niña, cuánto me gozo al verte tan llena de bendiciones! Si en mi mano estuvieran todas las gracias que Dios derramó en tu alma durante el tiempo de tu santa infancia y de toda tu vida, y si no las tuvieseis, me despojaría de ellas para entregártelas. ¡Oh Madre de gracia, ves el mal uso que hago de tantas gracias como llevo recibidas de tu santísimo Hijo por tu mediación, en mi infancia y en toda mi vida y los obstáculos que voluntariamente puse a las que pensaba otorgarme! Dígnate suplicarle que me perdone; ofrécele todo el santo uso que hiciste de las que te comunicó en reparación de mis faltas. Conservada en mi alma las que actualmente poseo. Haz, en fin, que muera yo en la gracia y en el amor de mi Dios, para que le bendiga, le ame y le glorifique contigo, con todos los ángeles y santos en la eternidad bienaventurada.

## ***CAPITULO XI***

### **Décima excelencia: Santidad y perfección maravillosa de la Niña María**

Quien dice santidad y perfección en un alma cristiana, dice principalmente tres cosas: separación y alejamiento del pecado; desprendimiento del mundo, de sí mismo y de todo lo que no es Dios; unión estrechísima con Dios por la gracia

santificante, por la fe, por el amor y por la práctica de las demás virtudes. De suerte que cuanto un cristiano está más alejado del pecado, más desprendido del mundo, de sí mismo y de todas las cosas y más unido a su Dios, tanto más santo y perfecto es. Siendo esto así, se puede afirmar con toda verdad que nuestra incomparable Niña está adornada de una santidad y perfección tan admirables que no solamente es más perfecta y santa desde el primer instante de su vida, que el primero de todos los santos y el más santo de todos los ángeles, sino que, me atrevo a decir, siguiendo a varios grandes teólogos, que tiene más santidad, desde este primer momento, que todos los ángeles y todos los santos juntos. Estas son las pruebas:

1. Nos enseña el doctor angélico (Opúsculo 8), que habiéndola escogido el Hijo de Dios, desde el comienzo de su vida, para ser su Madre, la dotó desde entonces de una excelencia y la elevó a una dignidad que superaba a todas las excelencias y dignidades de todos los ángeles y santos. Lo cual está conforme con estas palabras de san Juan Damasceno dichas el día del nacimiento de nuestra santa Niña, y que muy bien pueden ser repetidas el día de su concepción: «Hoy ha nacido la muy insigne montaña de Dios; montaña más alta que todas las colinas y todas las montañas, es decir, que supera en dignidad y excelencia a cuanto más digno y noble hay en todos los ángeles y hombres».

2. Dice el mismo santo Tomás que escogida por el Hijo de Dios, desde el comienzo de su vida para ser su Madre, era conveniente que tuviese en sí desde entonces una plenitud de gracia correspondiente a esta altísima elección y que la

dispusiera a esta altísima dignidad; y que, en efecto, estuvo más llena de gracia en el comienzo de su santificación, que todos los demás, es decir, que todos los ángeles y santos. Y no es sólo este santo Doctor el que así habla. «El Verbo eterno, dice san Lorenzo Justiniano, amó y escogió a la bienaventurada Virgen por su madre antes de su nacimiento y la llenó de abundantísima gracia cuando estaba aún en el seno de su madre». «Cuando fue elegida para Madre de Dios, dice san Juan Damasceno, recibió una plenitud de gracia conforme a esta altísima dignidad». «Fue más amada de Dios, dice san Bernardo, desde el momento de su concepción que todos los demás santos, porque Dios la miró y amó desde entonces como a la que había de ser la Madre de su Hijo».

Ahora bien, si nuestra Niña admirable estuvo más llena de gracia desde el primer instante de su vida que todos los ángeles y santos juntos, no puede negarse que desde entonces haya tenido mayor alejamiento del pecado, más perfecto desprendimiento del mundo, de ella misma y de todas las cosas, una unión más íntima con Dios y un amor hacia El más ardiente, y, por consiguiente, una santidad mayor que todos los ángeles y santos juntos. Porque es cosa cierta que donde la gracia es más abundante, está más lejos del pecado, el desprendimiento de la criatura es más perfecto y es más estrecha la unión con el Creador.

Fue más sencilla y perfecta que todos los ángeles y santos juntos. Juzga entonces a qué punto de perfección y santidad llegó por infinidad de actos de fe, esperanza, de caridad, de religión, humildad, obediencia y demás virtudes que practicó perfectamente durante los doce años de su

infancia pues su gracia se duplicaba constantemente pues hacía todos sus actos según la extensión de su gracia por muy puro y ardiente amor de Dios.

Si san Bernardo afirma que fue más amada de Dios desde su concepción que todos los santos puedo decir que amó a Dios desde entonces más que todos los santos. Y no hay que dudarlo pues amaba por una gracia que sobrepasaba todas las gracias de los santos.

De aquí que no haya por qué negarse a creer lo que dice un ilustre teólogo (Vega), que esta amable Niña daba más gloria a Dios con sus acciones infantiles que la que le dieron los mayores santos con los actos más heroicos de virtud que practicaban; que honraba más a Dios descansando en su cunita que san Lorenzo sufriendo en las parrillas; que era más agradable a su divina Majestad cuando se alimentaba con la leche purísima de su Madre que los más señalados mártires cuando derramaban su sangre por Jesucristo, porque en todas estas cosas estaba Ella más abrasada en amor a Dios que todos los serafines y todos los apóstoles, y obraba siempre con más gracia y santidad que la que tenían todos los santos. Por eso declaró un día a santa Matilde que todas las acciones de su infancia eran como gratísimo juego a los ojos de la santísima Trinidad, según aquello de los Proverbios: «eran mis diarios placeres holgarme continuamente en su presencia» (Prov 8, 30).

Escuchemos a santa Brígida: “Bendita seas, santa Virgen, mi soberana Señora, porque en tu santa infancia, apenas destetada, tu madre te llevó junto con tu padre al templo de Dios, y fuiste entregada al cuidado del devoto



pontífice con otras vírgenes. Seas alabada porque de inmediato empezaste a conocer a tu Creador y comenzaste a amarlo ardientemente por encima de todo. Empleaste tu tiempo discretamente en diversos oficios y ejercicios de piedad para dar gloria a Dios. Parca en el comer y el reposar te dedicabas a la oración y al ejercicio de la virtud.

“Apenas tuve conocimiento de mi Creador lo amé con amor indecible e inconcebible que me hacía suspirar por él y encendía en mi corazón deseos de agradarle y amarlo más y más. Si por gracia especial fui preservada de todo pecado, el amor que llevaba en mi corazón, el deseo grande de conocerlo mejor, el cuidado que mis padres tenían de mi educación y el trato con personas piadosas, aumentaban e inflamaban mi corazón con deseos muy vehementes de complacerlo”.

En seguida, luego de hablar del santo amor que tenían entres sí sus padres, se queja de muchas mujeres casadas que no se comportan debidamente y se sumergen en la inmundicias de la carne. Les declara que sus placeres pasarán y perderán los gozos inmortales del cielo abismadas en lo profundo del infierno.

Escuchemos ahora a los santos Padres que hablan de las perfecciones de esta muy santa niña. El primero san Juan Damasceno: “¿Qué palabras emplearía para expresar la modestia de tu caminar, lo recatado de tus vestidos, tu rostro gracioso, la prudencia de una vejez sabia en tu infancia? La modestia en el vestir te alejaba de todo lujo y molicie. Tu caminar lento y acompasado era enemigo de toda liviandad. La dulzura y la gravedad acompañaba todos tus actos. Huías

muy cuidadosamente de todo apetito humano. Eras muy obediente a tus padres. Nadie más humilde que tú en medio de las altas contemplaciones, nada tan dulce, tan afable y gracioso que tu hablar y tu conversación. No eras más que la morada y la casa de la divinidad”.

Y ahora san Ambrosio la describe así: “Era virgen no solo de cuerpo sino también de corazón y d espíritu, sin fingimiento, sin disfraz sino llena de sencillez y simplicidad. Humilde de corazón, recatada en el hablar, seria en su conversación, prudente y sabia, aficionada a la lectura, amante de la pobreza y de los pobres. Su trabajo iba acompañado de diligencia, sus palabras llenas de pudor, sus actos de purísima intención para agradar a Dios y no a los humanos. No supo lo que es hacer daño a alguien, llena de benevolencia con todos, respetuosa los mayores, sin envidia de los otros. Huía de la jactancia, seguía la razón, amaba la virtud. Nunca contristó a sus padres. Nunca se mostró fría y disgusto con sus vecinos. Nunca menospreció a los débiles o se alejó de la compañía de los pobres. Nada de altiva ni ofensiva en su hablar, sin necedad en su actuar, nada de libre en sus gestos, ni afectada en su caminar ni inmodesto en su palabra, todo en su porte revelaba piedad y santidad interior. Sus abstinencias y ayunos eran frecuentes y la caridad con que servía a todos yendo más allá incluso de sus fuerzas, No tomaba alimento ni reposo por simple complacencia de la naturaleza sino por necesidad. Mientras su cuerpo dormía su espíritu vigilaba, siempre entretenida en santos pensamientos. Su contento era estar sometida a la conducta de los otros a pesar de sus actos todos eran actos de virtud.

Toda su vida fue ejemplo de perfección para todos los que la contemplaban; nunca despreció poder aprender de alguien y recibir instrucciones. Era muy amada de sus padres, estimada de los extraños, llena de santidad; y así se hizo digna de ser la Madre de Dios”.

Dijo a santa Brígida el sumo cuidado que sus padres tuvieron de su educación lo que contribuyó mucho a su santificación. Ojalá padre y madres tuvieran en cuenta sus obligaciones en la educación de sus hijos y cultivar en ellos el temor de Dios con el espíritu del cristianismo. Es primordial y necesario hacerlo y de ello depende en mucho la salvación de infinidad de almas.

Escucha al gran san Jerónimo que instruye a una madre de familia al respecto. Ojalá lo leyeran quienes se ocupan de la educación de las niñas. Propone el ejemplo de la divina niña cuando escribe a una dama romana de mucha alcurnia, Leta, donde le inculca la manera de educa a su hija.

“Que solo aprenda que debe escuchar las cosas que se ocupan del temor de Dios. Que jamás entren por sus oídos palabras lascivas. Que ignore los cantares mundanos. Que sea sorda para el sonido de arpas, violines e instrumentos semejantes, Que le estén prohibidos las conversaciones y trato con hombres mundanos. Que no ame los vestidos de seda y pomposos. Que salga con Dina para ver las muchachas mundanas, Que no sepa lo que es la danza. Que nos lleve faldas rastreras. Que no frecuente festines públicos ni bodas. Que solo salga de la casa contigo. Que solo vea en ti y en su padre lo que la lleve a la virtud, Que lleve vestidos que la resguardan del frío, que no dejen ver desnudeces. Que no se

aficione al vino que es enemigo de la castidad. Que ame la soledad y el silencio, huya de las compañías mundanas para evitar toda ocasión de pecado y perdición” (Carta a Leta).

De todo esto se privó la bienaventurada Virgen desde su tierna infancia y que toda la niña cristiana que quiera imitarla debe seguir. Digamos ahora de lo que tiene que hacer: “Que no se complazca en la compañía de jóvenes que se visten y acicalan mundanamente, idólatras de su belleza, gallardas, festivas, que gustan de cantar aires mundanos, si no de los que son prudentes, modestas y piadosas. Que se le dé como aya una virgen piadosa, pura y que lleve santidad de vida cristiana, que le enseñe con la palabra y el ejemplo a dar Dios adoración y alabanza. Que sea orante en la noche, al amanecer, en las diversas horas y en vísperas, Que la noche le sorprenda en el trabajo. Que la lectura preceda a la oración; que la oración suceda a la lectura. Que aprenda también a trabajar en lana, a manejar el huso y a hilar en la rueca. Que nunca jure; que aborrezca la mentira como un sacrilegio. Que no conozca el mundo. Que viva angélicamente. Que la sobriedad con maitines presida todas sus comidas, de suerte que después de haber comido esté siempre en condiciones de vacar a la lectura y a la oración. Que su lengua de niña se acostumbre pronto a gustar la miel y dulzura de los salmos; que los santos libros sean sus perlas y preciosos adornos; que se complazca en las obras de los santos Doctores, donde se conservan sin adulteración alguna la pureza de la fe y la piedad de la religión cristiana. Que su habitación y su soledad sean el Paraíso de sus delicias. Que imite a esta santa Virgen, de la que se ha dicho que toda la

gloria de la hija del Rey toma su origen en su interior», en su corazón. Que contemple, ame y admire a esta amabilísima y admirabilísima Virgen en los primeros años de su infancia, mirándola y estudiándola como a la que es una santa escuela de toda clase de virtudes”. (Ib)

Esta son las divinas lecciones que este santo doctor da a las madres cristianas. Plegue a la divina bondad que las graben en los corazones de sus hijas y hágales el cielo la gracia de gustarles y seguirlas. Si lo hacen verán frutos maravillosos y tendrán consolaciones indecibles; si no las estiman corren gran riesgo de encontrarse un día con la desdichada Prétextate, de quien san Jerónimo cuenta en la misma carta, que por haber vestido mundanamente a su nieta Eustoquia, hija de santa Paula, murió tristemente cinco años después y cayó al profundo infierno.

## ***CAPÍTULO XII***

### **Undécima excelencia de la santa infancia de María: es reina del cielo y de la tierra**

No sin motivo el Espíritu Santo pronunció estas palabras: Ay de ti, tierra que tienes por rey a un niño. Un reino que sería regido por un niño que no tiene ni el espíritu, ni el juicio, ni la prudencia, ni la experiencia para gobernar, ni autoridad para hacer observar las leyes y hacerse obedecer, ni poder para destruir las empresas de facinerosos, ni para combatir a los enemigos, tal reino llegaría ser guarida de ladrones y bandidos, caverna de tigres y dragones, caos de desórdenes

y confusiones, teatro sangriento de sediciones y homicidios, abismo sangriento de toda suerte de desgracias.

Pero felices el cielo y la tierra que tienen como reina esta admirable niña de que hablamos. Ella tiene más luz y sabiduría, más fuerza y poder que cuantos reyes y reinas ha habido y hay en este mundo y en el otro. ¿Pero de veras es reina? Ciertamente esa pequeña niña es gran princesa y muy poderosa reina de hombres y de ángeles, emperatriz del universo, princesa y reina desde el vientre de su madre y desde el primer instante de su vida pues nace de sangre real de catorce patriarcas, catorce duques y catorce reyes.

Convenía además para gloria del que es el rey de reyes, que ha sido y es siempre rey que quien debía concebirlo y dar a luz sea la que lleva por siempre la corona real desde su nacimiento, y la llevará por siempre.

La santa Trinidad la eligió desde toda eternidad para ser reina de cielo y de la tierra según dice el Espíritu Santo: *Desde lo eterno fui preparada* (Prov 8, 23). El texto hebreo dice: Desde la eternidad fui hecha princesa, y otra lectura dice Desde la eternidad fui coronada. Si los hombres eligen como rey a un hombre de nada, salido de la hez del pueblo y le dan trono imperial como ha sucedido tantas veces, cuanto más Dios puede otorgar la calidad y los derechos de emperatriz del universo a quien es la más noble y digna de las criaturas.

El Padre eterno la escogió desde el primer momento de su vida para ser su hija primogénita, aún más su única hija y para por tanto heredera universal de todos los estados. Los juristas dicen que el hijo de un rey, mientras su padre tiene la dirección del reino, sin embargo, desde ya participa del

honor y de la dignidad real por el derecho de sucesión que tiene. Concluye por tanto que nuestra santa niña, puesto que el Padre eterno la escogió desde toda eternidad para ser su hija y su heredera de forma eminente y singular, entró desde entonces a poseer los derechos que tiene en el imperio a pesar de su minoría de edad todavía no sea sino servidora, según dice san Pablo: *Mientras es niño no difiere del siervo a pesar de ser señor de todo* (Ga 4, 1).

Más aún, el Hijo de Dios la eligió desde su concepción para ser su Madre y para asociarla a su divina realeza con todos los derechos que tiene en el reino eterno de su Padre. Esto hace decir a Pedro Crisólogo que lleva la calidad de soberana desde su nacimiento por orden y autoridad del que va ser su Madre. Por tanto, el poder y la majestad del futuro Hijo es tan grande que honró a su Madre con el título y los derechos de la realiza no solo cuando se encarnó sino desde que ella empezó su vida.

Añade que la esposa participa de la calidad de su esposo. Si es rey ella es reina, si es emperador ella es emperatriz. Ahora bien, nuestra divina niña es realmente la esposa del Espíritu Santo, de manera que no tiene semejante ni en el cielo ni en la tierra. Es por tanto reina desde su concepción y nacimiento por ser esposa del Espíritu Santo, monarca del universo.

Cuando Dios da un nombre a una criatura le asigna uno que le convenga. Si dio el nombre de María a esta niña le dio lo que el nombre significa, el de Señora y Soberana. Por tanto, la proclamó Señora y Soberana del cielo y de la tierra, de los hombres y los ángeles, del demonio y de todas las

criaturas. Es por tanto desde su nacimiento es reina de cuatro reinos: Primero, reina de todos los hombres; reina en segundo lugar de todos los ángeles; en tercer lugar, tiene imperio y dominio sobre todos los demonios, y finalmente goza de soberanía sobre todas las criaturas.

Y lo es por diversos títulos: primero, por elección pues es elegida desde la eternidad para ser soberana de todo. Segundo, es heredera universal de todos los estados del Padre eterno; tercero, por la decisión constante e irrevocable le del conejo eterno de la Trinidad que sería Madre del Rey de reyes; en virtud de este decreto ella goza de todos los derechos de su divina maternidad desde el primer momento de su vida.

Es la reina de todos los hombres oyes escogido desde su concepción para cooperar en la salvación de todos y porque sustituye a Eva y adquiere todos los derechos de los hijos de Adán que habían sido dados a Eva como madre y reina de todos los vivientes.

Es reina de los ángeles pues es la esposa del rey de los ángeles pues fue decidido en el consejo eterno de Dios, dice san Anselmo, que sería por siempre la Señora y la reina de los ángeles.

Tiene imperio y dominio sobre los demonios pues aplastó la cabeza de la serpiente inferna en su inmaculada concepción, los venció a todos y triunfó sobre el infierno. Es terrible y formidable para e príncipe del infierno y de todos los ángeles apóstatas a quienes hace temblar el solo nombre de maría y pone en fuga a todos poderes infernales. Varios doctores observan que, si bien permitió al demonio



transformare en ocasiones en ángel de luz y revestir la forma de algunos santos, e incluso de Nuestro Señor Jesucristo como se lee en la vida de san Martín y san Antonio, nunca tomó la forma de la santísima Madre de Dios pues su Hijo Jesús no se lo permitió, y por haberle aplastado la cabeza le teme como el perro al bastón de su amo.

Tiene además soberanía y dominio sobre todas las criaturas razonables, sensibles, e insensibles, animadas e inanimadas, desde el primer momento de su vida, por el mismo título de Adán que fue hecho, antes de su pecado, rey de todo el mundo, es decir en virtud de su justicia original. San Bernardino de Siena dice: “Todo lo que está bajo el imperio de la sana Trinidad está bajo el dominio de la gloriosa Virgen; todos los ángeles, todos los hombres y toda cosa, corporal o espiritual, los cielos, los elementos y cuanto hay en cielo y tierra, santos o condenados. Todo está bajo el poder Dios y también bajo el poder de la Madre de Dios”.

No hay por qué extrañarse que todo esté sometido a su poder pues por su divina maternidad, a la que está llamada por decreto de la divina Voluntad, tiene poder sobre el mismo Creador, según está escrito: *Les estaba sometido* (Lc 2, 51). Y el mismo santo añade: “Todo está sometido a Dios, incluso la Virgen, pero hay otra proposición que no es menos verdadera: Todo está sometido al imperio de la Virgen, incluso Dios” (Tomo 1º, ser. 61, art. 1, c. 6).

Sé bien que, durante su infancia, e incluso durante el resto de su vida, no hizo uso y posesión perfecta de los privilegios y derechos heredados de su realeza, pero lleva justamente y a buen título esa calidad y tiene derecho al

honor que de ella procede. Lo reconocen los ángeles, y todos los verdaderos hijos deben unirse a ellos para saludarla y honrarla en esa calidad, y agradecerlo a la Trinidad augusta.

Oh Rey de reyes, te sean dadas gracias infinitas y eternas por haber hecho a esta niña participante de tu realeza eterna desde el primer momento de su vida, por haberla constituido reina y emperatriz de todo el universo para el tiempo y la eternidad, y por haberle dado desde que está en el cielo el gozo perpetuo de todos honores, poderes, privilegios y derechos que acompañan el soberano imperio que tiene en el cielo, en la tierra, en el infierno, sobre ángeles, hombres y todo lo creado.

Cuánto me gozo de tener a Jesús por mi rey y a María por mi reina. Pero me aflige grandemente que la mayoría de los hombres, e incluso de los cristianos, no quieran tener por su rey a este amabilísimo Jesús y a María por su reina. Gritan en cambio, unidos a los pérfidos judíos: *No queremos que reines en nosotros* (Lc 19, 14). No queremos otro rey y otra reina que el demonio, el mundo y la carne. Oh insensatos hijos de Adán, que prefieren ser esclavos del más cruel de todos los tiranos, en vez de serlo de un Rey y una reina que son todo amor y corazón con los que los sirven. Prefieren estar sometidos a la tiranía del más infame y rabioso dragón que solo tiene suplicios terribles para darles, en lugar de someterse al muy dulce imperio del príncipe y la princesa que hacen a los que los aman y sirven reyes y reinas por siempre y los asocian con ellos al goce del mismo reino que poseen.

Jesús, compadécete de esos ciegos. María, ten compasión de esos desdichados. Jesús, te adoro como a mi

rey, María te venero como a mi reina. Jesús y María, deseo ardientemente que reinen perfecta y absolutamente en mí como sea de su mejor agrado. Para ello les doy mi cuerpo y mi alma, Empleen, por favor, su poder para tomar posesión plena y entera de ello; destruyan en ellos totalmente cuanto les es contrario y escalezcan allí por siempre el reino de su amor y su gloria.

### ***CAPÍTULO XIII***

#### **Duodécima excelencia de la santa infancia de María: su calidad de Madre de Dios y de los hijos de Dios**

La santa Virgen es un mundo de maravillas, océano de prodigios, abismo de milagros. Maravilla que una criatura dé ser a su Creador de quien lo recibió; que una hija de Adán, nacida en el tiempo dé la vida a quien vive desde toda eternidad. Prodigio que una madre sea la hija de su Hijo y que una hija sea la madre de su padre. Milagro que una virgen conciba y dé a luz a un hijo permaneciendo siempre virgen, y un hijo que es Dios; que una estrella de la luna a un sol, que un riachuelo sea origen y fuente de un mar.

Pero qué maravilla ver a una niña que es madre, una hija de un día, de una hora, de un momento; madre de un rey de todos los siglos. ¿Cómo es posible? De tres maneras pues veo tres maternidades en esa maravillosa niña; maternidad espiritual, maternidad moral, maternidad corporal.

Maternidad espiritual: de ella habla el Hijo de Dios en estas palabras: *Padre que estás en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana, mi madre* (Mt 12, 50). Es decir, lo miro y lo amo como a mi hermano, mi hermana y mi madre. ¿Por qué el Hijo de Dios da esta gloriosa calidad de madre a personas que hacen la voluntad de su Padre? Porque toda alma cristiana que ama a su Dios y hace su voluntad forma y hace nacer al mismo Hijo de Dios en su seno según dice san Pablo: *Que Cristo sea formado en ustedes* (Ga 4, 19). Por eso es llamada por san ambrosio y san Jerónimo *Verbígena*, es decir, Madre del Verbo eterno; y el piadoso Gerson dice que ella puede decirle: *Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado* (Sal 2, 7).

Así nuestra pequeña María es Madre de Jesús desde su infancia pues desde entonces hizo perfectamente la voluntad de Dios. Reconozco que eso le es común con san Juan Bautista y con otros santos. Pero hay dos cosas que le son particulares y solo le pertenecen: la primera que tuvo más gracia y amor a Dios en su infancia que todos los santos por consiguiente cumplió más perfectamente la voluntad de Dios que todos los santos; ella formó e hizo nacer al Hijo de Dios en su Corazón de manera más excelente que todos los santos. La segunda, que le dio nacimiento en su Corazón desde el momento de su inmaculada concepción, privilegio que solo le pertenece. Lo formó en sus benditas entrañas a los catorce años, pero lo había concebido en su corazón cuando comenzó a vivir. Al decir de san Agustín esta maternidad espiritual es más gloriosa que la corporal. Aún más, dice el mismo santo, no le hubiera sido ésta más

provechoso si no hubiera llevado antes, más felizmente, a Jesucristo en su corazón que en su vientre.

¿Cuál es su maternidad moral? Es la que se menciona en el fin de la genealogía de Jesucristo en San Mateo: *Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús* (Mt 1, 16). Esta palabra del Espíritu Santo que la Iglesia cita en el evangelio de la misa de la Natividad de María se dice de una niña virgen que empieza a vivir en el vientre de su madre, o que acaba de nacer; la presenta gozosamente como la Madre de Jesús: *Cantemos de espíritu y de corazón las alabanzas de Jesucristo en esta solemnidad de María, la muy digna Madre de Dios.*

¿De dónde viene que la Iglesia considere y honre a esta niña como Madre de Dios? Animada, iluminada y llevada por el Espíritu de Dios, la trata como la trata y mira el mismo Dios, como la escogida por Dios desde toda eternidad, por decreto inviolable e irrevocable para ser Madre de su Hijo desde el momento de su nacimiento, incluso desde su concepción, en su gloriosa condición de Madre de Dios.

Cierto que todavía no es la Madre de Dios físicamente pero ya lo es moralmente como lo afirman varios teólogos, según Vega. En efecto este decreto inmutable, emanado del mismo Dios con relación a la divina maternidad la concede ya una excelencia y dignidad, desde el primer instante de su vida, que sobrepasa infinitamente toda grandeza y dignidad que hay en cielo y tierra. Dios la contempla como la más noble y elevada de las criaturas y comienza a tratarla como a Madre de Dios: la enriquece con excelencias y dones naturales incomparables, la reviste de la justicia original, la

colma de luces y gracias sin par, la honra con otros derechos, honores y privilegios convenientes a su condición de Madre de Dios.

Por tanto, la pequeña María es moralmente Madre de Dios desde su infancia pues la Trinidad la ama, la honra y la trata como si lo fuera ya efectivamente. Quiere que se llame María, que lleve ese glorioso nombre desde el comienzo de su vida; según san Ambrosio ese nombre significa *Dios nacido de mi raza*. Esta divina maternidad es inseparable del nombre de María, al decir de san Pedro Crisólogo: “El nombre de María es nombre misterioso y profético pues contiene y presagia la divina maternidad” (Sermón 146).

María no es solo Madre de Dios espiritual y moralmente en su infancia. Podemos decir que también lo es corporalmente. Según algunos doctores tenía catorce años cuando concibió al Hijo de Dios, que es edad de infancia. La Escritura, al hablar de José a sus diez y seis años, dice en Génesis 32, 2 que era todavía un niño, puede de María que a los catorce años estaba todavía en su infancia.

Todo el tiempo de su infancia se empleó en prepararla para ser Madre de Dios y para hacerla digna de la divina maternidad. Sin saberlo, durante todo ese tiempo se preparó, por todo lo que hizo y por las virtudes que practicó en alto grado, a formar y hacer nacer al Hijo de Dios en sus benditas entrañas, y para formarlo en ella al terminar su infancia.

No te extrañes por tanto que la santa Iglesia considere a María niña en la fiesta de su concepción y de su nacimiento al saludarla y honrarla como la Madre del monarca del

universo: “Te saludo, santa Madre, que diste a luz al rey del cielo y de la tierra” (Introito). Así es Madre de Dios, desde el comienzo de su vida.

Es también Madre de los hijos de Dios. Primero, Dios la creó para ser, con su Hijo, reparadora de la prevaricación de Eva. La hizo ocupar su lugar desde el comienzo de su vida y la dio la condición de Madre de los vivientes, título que Eva perdió por su pecado. Lo es ahora María con todos los derechos, honores y ventajas de esa condición.

En segundo lugar, el Padre eterno la eligió, desde su nacimiento, mejor desde toda eternidad, para ser la Madre de su Hijo. La escogió también para ser la Madre de todos sus hijos que son miembros de su Hijo. Desde entonces comenzó a hacerla participante de su divina paternidad por la cual es el Padre de Jesús y es también Padre de los verdaderos cristianos. Comenzó también a comunicarle el amor paternal e infinito que tiene a todos sus hijos.

Como este Hijo vive en el Corazón de su divina Madre desde el primer momento de su vida desde entonces estamos presentes y vivimos a sus ojos; él nos mira y ama como a sus miembros y sus hermanos e imprime también en nuestro corazón una participación del amor incomprensible que nos tiene. De modo que, aunque esta santa niña no sabe que está destinada por Dios para ser nuestra Madre, su Corazón sin embargo está lleno de un amor en veda maternal, tierno, ardiente y cordial a todos los hombres.

Por este amor comenzó a llevarnos en su Corazón desde que comenzó a llevar en él a nuestra adorable Cabeza. Por este amor nos llevó en sus entrañas maternas. Por ese

amor nos dio a luz en el Calvario con dolores inconcebibles. Por este amor nos hace comer a diario en la mesa de su Hijo y suya, donde nos sirve un festín magnífico: su propia carne y su propia sangre pues según san Agustín la carne y la sangre de Jesús es la carne y la sangre de María. Por este amor nos lleva continuamente y nos llevará eternamente, con su Hijo Jesús, en su Corazón maternal, como la mejor Madre que ha habido y habrá jamás.

Nos toca mirarla y honrarla como a verdadera y buena Madre y rendirle todos los deberes de honor, respeto, obediencia y amor debidos a una madre, y sobre todo esforzarnos por imitar su vida y sus virtudes para que los hijos se asemejen a su Madre.

Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, cómo estamos obligados con tu inmensa bondad por habernos dado a tu Hija muy amada, la Madre de tu Hijo, la Esposa del Espíritu Santo, en calidad de Madre.

¿No sería suficiente que fuera nuestra Señora y nuestra Reina? Sería inmensa gracia para nosotros ingratos y pérfidos como somos. Pero no bastó a tu infinita caridad. Nos la has dado de la forma más honorable y generosa que pueda haber, es decir, en calidad de Madre, de una Madre que has hecho del todo buena, prudente y todopoderosa. Ella quiere, conoce y puede ejercer con sus hijos todos los cuidados de manera más perfecta y útil que pueda darse. Seas por ello bendito, alabado y glorificado eternamente por los ángeles y los santos y por todas las criaturas, por todas las virtudes y perfecciones de tu divinidad: *Todas las virtudes del Señor bendigan al Señor* (Dn 3, 61).



Jesús, Hijo único de Dios, Hijo único de María, pues ha parecido bien a tu inconcebible bondad de asociarnos contigo en tu calidad de Hijo de Dios y de Hijo de María para que no tengamos sino un Padre y una Madre contigo, haz que participemos también del amor filial e indecible que tienes a tal Padre y a tal Madre, para que los amemos y honremos contigo como tú los amas y los honras.

Todavía hay algo muy benéfico y lleno de consolación para nosotros. Su divina Madre tiene gran deseo de asociarnos con ella en su maternidad divina que la hace Madre de Jesús para que se cumplan estas palabras: *Rodo el que hace la voluntad de mi Padre es mi hermano, mi hermana y mi madre* (Mt 12, 50). Hay tres vías para realizarlo:

Primero, pongamos toda nuestra dicha en seguir en todo y por doquier la muy adorable voluntad de nuestro Padre celestial; así seremos amados por su Hijo muy amado como sus hermanos, sus hermanas y sus madres.

Segundo, tengamos gran caridad con los indigentes y necesitados; hagámonos protectores, abogados, procuradores, padres madres de los pobres en cuanto nos sea posible; así seremos padres y madres del que dijo: *Lo que hagan al más pequeño de los míos, a mí me lo hicieron* (Mt 25, 40)

Tercero, empeñémonos por nuestro ejemplo, oración, enseñanza a formar y hacer nacer al Hijo de Dios en los corazones de nuestros prójimos; él nos tratará y amará en la tierra y en el cielo como sus padres y sus madres: los ángeles y los santos nos amarán y respetarán eternamente como los

padres y madres del Salvador. Quien enseñe a conocer y amar al Hijo de Dios lo hace nacer en los corazones de los otros, dice el gran san Gregorio.

Oh Madre de Jesús, como deseas tanto asociarnos contigo en tu divina maternidad, haz que participemos de las virtudes por cuya práctica estás dispuesta a hacer nacer en ti a este amable Salvador, especialmente tu humildad, tu obediencia, tu pureza, tu amor y caridad.

### **TERCERA PARTE**

***Doce virtudes eminentes de la Infancia de María  
Medios para honrarla en su Infancia  
Meditaciones sobre su santa Infancia***

### **CAPÍTULO I**

#### **Excelencia maravillosa de las virtudes de María en su santa infancia**

Es cierto que la dignidad infinita de Madre de Dios eleva a María por encima de todas las Puras criaturas; pero es también cierto lo que dice san Justino mártir, que «las virtudes por las que mereció ser Madre de Dios la hacen en cierta manera más feliz y gloriosa que su divina maternidad».

¿Cuáles son las virtudes por las que ha llegado a esta admirable dignidad? Son todas las virtudes cristianas que fueron infundidas en su alma con la gracia santificante, desde el instante de su inmaculada Concepción, y que de momento en momento tomaban tal acrecentamiento que, como la gracia que hay en esta divina Niña aventaja incomparablemente a todas las gracias de todos los santos, así hemos de decir de las virtudes, que las posee todas en un grado más eminente que todos los santos juntos.

Hay esta diferencia, dice el doctor angélico, entre la bienaventurada Virgen y los demás santos; cada santo sobresale en alguna virtud; pero la Reina de los santos posee todas las virtudes en grado soberano. Por cuya razón es llamada por san Juan Damasceno «la casa y el palacio de todas las virtudes»,  
«el santuario de todas las virtudes»

Pero, resplandecen especialmente en ella de maravillosa manera las virtudes que fueron desconocidas en los siglos precedentes, como la virginidad, la humildad, el amor a la pobreza, el amor de los enemigos, y otras semejantes. Porque ella es la que comenzó a practicarlas, y la que las practicó y enseñó con su ejemplo antes aún que Nuestro Señor Jesucristo. De aquí viene que el Espíritu Santo la llame: El comienzo de los caminos del Señor (Prov 8, 22).

Voy más allá; me atrevo a decir con muchos santos doctores que la menor de las virtudes de nuestra santa Niña da más gloria a Dios y le es más grata que todas las virtudes juntas de todos los santos, porque realiza los más pequeños

actos de virtud con más gracia y amor que lo que hay en todos los santos, como dijimos en su lugar.

Aún voy más adelante, porque no temería decir después del gran san Jerónimo, que como no hay bondad ni santidad comparable a la de Dios, no hay tampoco virtud ni perfección, por eminente que sea, que pueda compararse con la virtud y perfección de nuestra incomparable Virgen.

De aquí viene el que san Gregorio Nacianceno, san Juan Damasceno y san Eutiquio, patriarca de Constantinopla, digan de María, Madre de Jesús, lo que la Iglesia canta de Jesús, Hijo de María: “Tú sólo eres santo». «Tú sola santa, tú sola pura, tú sola casta, tú sola humilde», dicen estos santos Padres hablando a la Madre de Dios”.

San Anselmo añade a esto una cosa notable: “Las virtudes de María nos dan un ejemplo que tiene yo no sé qué de más dulce, de más humano, de más conforme a nuestra debilidad que las virtudes de su Hijo, porque la alteza y esplendor de éste nos deslumbra y nos abruma, pero la dulzura y la suavidad de aquélla nos atrae, nos anima a imitarlas, especialmente cuando las consideramos en el ejercicio que de ellas hizo durante el curso de su santa infancia”.

## ***CAPÍTULO II***

### **Doce virtudes principales de la infancia de María**

Entre todas las virtudes que resplandecen como otras tantas estrellas, o mejor, como otros tantos soles en el cielo de la santa infancia de nuestra divina María, señalaré aquí doce principales:

La primera es su inocencia. Ella sola, después de Jesús, ha estado dotada de una perfectísima inocencia, tanto por haber estado totalmente exenta de todo pecado original y actual, como porque jamás ha sabido lo que es perjudicar a cualquiera que sea y de manera que sea.

La segunda es su sencillez. Practicó excelentemente estas palabras que su Hijo debía decir mucho tiempo después: “Sean sencillos como palomas” (Mt 10, 46). Porque una de las alabanzas que su divino Esposo, el Espíritu Santo, le dirige es ésta: «Son tus ojos como los de la paloma» (Ct 1, 14). Jamás tuvo curiosidad ni doblez, que son los contrarios de la sencillez. Huyó de la duplicidad en sus pensamientos, en sus proyectos, en sus deseos, en sus intenciones, no teniendo nunca más que un solo proyecto, un solo deseo y una única intención en todas las cosas, que era la de agradar a Dios y cumplir perfectísimamente su adorabilísima voluntad.

La tercera virtud es su humildad. Fue tan humilde que jamás se prefirió a nadie, antes se miró y se trató siempre como la última de todas las criaturas. Dijo un día a santa

Matilde que la primera virtud que practicó, desde el primer instante de su vida, fue la humildad.

La cuarta es su obediencia. Fue tan obediente que, mirando siempre a Dios en sus padres y superiores, les obedeció siempre perfectísimamente, sin desagradarles jamás.

La quinta virtud es su paciencia. Como jamás nadie ha sufrido tantos trabajos, tantas persecuciones, tantos oprobios y tantas angustias como ella, después de su Hijo; jamás se ha visto tampoco paciencia como la suya. Porque, conociendo desde su infancia que el Hijo de Dios debía venir al mundo y sufrir en él tormentos tan atroces y una muerte cruelísima para salvar a los hombres; este conocimiento, junto al amor ardentísimo que le tenía, le causó dolores inconcebibles que le proporcionaron amplísima materia para ejercitar una paciencia tal como la de Aquel.

La sexta virtud es su amor a Dios. No amó nunca más que a Dios, comenzando a amarle desde el primer instante de su vida. Lo amó ella sola desde su infancia más que todos los ángeles y santos juntos. Su amor a Dios quiere decir que más hubiera querido ser aniquilada que dar a criatura alguna la menor centellita del amor que debía al Criador; que todo lo hizo, todo lo sacrificó, todo lo dejó por su amor; que jamás tuvo otra voluntad que la suya; y que, como el Padre eterno llama a su Hijo el hombre de su voluntad (Is 46, 11), bien puede llamar a María «la Virgen de su voluntad», o bien «mi voluntad en ella». Porque la divina voluntad siempre reinó en esta admirable Niña con toda perfección, y siempre puso su gozo y sus delicias en querer todo lo que Dios quería, y en no

querer nada de lo que él no quería, lo cual es una señal contundente del divino amor.

La séptima virtud es su caridad para con el prójimo. Lo cual quiere decir que jamás tuvo pensamiento alguno, ni dijo palabra alguna, ni realizó obra alguna contraria a esta virtud; sino que siempre hizo a todos todo el bien que pudo; que amó hasta a sus más crueles enemigos, es decir, a los que conocía, por la lectura de los santos Profetas, que habían de crucificar al Salvador del mundo, para quien tuvo desde su infancia un amor incomparable, y hasta tal punto los amó que ya desde entonces comenzó a pedir misericordia por esos pérfidos, y a ofrecer por ellos al Padre eterno la sangre preciosa que habían de derramar sacada de las venas sagradas de este adorable Redentor.

La octava virtud fue el desprecio y desprendimiento del mundo y de sí misma. Vivió siempre desde el comienzo de su vida con un desprecio y desprendimiento del mundo tan grande, que podía decir mucho mejor que San Pablo: Miro a todas las cosas como basura para ganar a Cristo (Fp 3, 8). Muerta enteramente estaba a sí misma, a todas sus voluntades e inclinaciones, a su propio espíritu, a su amor propio, a todos sus intereses y satisfacciones, no sólo en las cosas corporales, sino también en las espirituales, no buscando en todo y por todo sino contentar a Aquél en quien y por quien únicamente vivía, respiraba y hacía todas las cosas.

La novena virtud es su pureza virginal, que tanto amó desde el primer momento de su vida que hizo voto de ella, según el sentir de muchos doctores; y los santos Padres

aseguran que si se le hubiese propuesto ser Madre de Dios sin ser virgen, o ser virgen sin ser Madre de Dios, en el supuesto de que Dios le hubiese mandado elegir una de estas dos cosas, hubiera ella preferido la virginidad a la divina maternidad, y que esto era lo que quiso decir en las palabras que dijo a san Gabriel: ¿Cómo ha de ser esto? (Lc 1, 34) .

La décima virtud es su silencio. Es decir que amó tanto el silencio y tan exactamente lo guardó en su infancia que no leemos en las sagradas Escrituras, ni en las historias eclesiásticas, ni en autor alguno que haya hablado una sola palabra, sea mientras estuvo en casa de sus padres, sea el día de su presentación en el templo, sea durante el tiempo que en el templo vivió.

La undécima virtud es su dulzura y mansedumbre. Digo de ella que jamás se vio semejante bondad y mansedumbre, después de la de su Hijo. Lo que obliga al Esposo, al Espíritu Santo, a hablarle así: Miel y leche tienes debajo de la lengua; son tus labios, un panal que destila miel (Ct 4, 11).

Y el mismo Espíritu Santo la hace hablar de esta manera: Mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal mi herencia (Eccli., 24-27.3) Pero no sólo ha estado de este modo llena de dulzura en su infancia, la conservó siempre y la conservará eternamente. Tan llena ha estado de ella aun para con los más horribles pecadores, que jamás ha rechazado a ninguno de los que van a ella para invocar su auxilio, especialmente en lo que mira a su salvación, aun cuando hubieran cometido todos los crímenes imaginables. La misma Iglesia nos lo recalca cuando dice que ella es nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza y que está



llena de clemencia, de piedad, de misericordia y de mansedumbre.

La duodécima virtud es su modestia. De ella os diré que estaba revestida de una modestia angelical, que su exterior era tan compuesto que la hubieseis tomado por un ángel encarnado que encantaba y edificaba maravillosamente a todos los que la contemplaban.

¡Alabanzas y gracias inmortales al Dios de las virtudes por todas las perfecciones con que enriqueció a esta admirable Niña! ¡Honor y eterna bendición a nuestra divina María por toda la gloria que dio a la Santísima Trinidad con la práctica de todas las virtudes que ejercitó durante el curso de su infancia!

### ***CAPÍTULO III***

#### **Las virtudes de la santa Infancia de María son modelo y regla de las virtudes que todo cristiano debe practicar**

Después de haber puesto delante de vuestros ojos, en el capítulo precedente, un pequeño compendio de las eminentes virtudes de nuestra amable Niña, os diré ahora con el gran san Ambrosio: la vida de María es enseñanza para todos. ¿Quieres ser del número de los discípulos de esta divina Maestra? ¿Quieres conformar vuestra vida y vuestras costumbres sobre el sagrado modelo de la vida y de las costumbres de tu gloriosa Madre? Esfuérzate por caminar sobre los pasos que ella te ha trazado en su dichosa infancia,

mediante una cuidadosa y fiel imitación siguiendo estos pasos:

Primero. Si deseas imitar su inocencia, teme el pecado, huye de su menor sombra más que de la muerte, y vive de suerte que pueda decirse de ti con verdad que no sabes lo que es perjudicar a nadie; así serás de veras inocente.

Segundo. Si quieres imitar su sencillez, guárdate de la curiosidad, que le es muy contraria; huye de la duplicidad que la destruye, no admitas en tu corazón, sino que un solo proyecto, una sola pretensión, a saber: la de agradar a Dios y unirte a todas sus santas voluntades. Pero sobre todo detesta y aborrece la mentira, el disfraz, la doblez, el artificio como a enemigos jurados de la sencillez cristiana.

Tercero. Si deseas seguirla en los caminos de su humildad, aborrece todo lo que es contrario a esta santa virtud, en tus pensamientos, palabras y acciones; estúdiate cuidadosamente para que, conociendo que eres nada, que nada puedes, que nada tienes de ti mismo más que la nada, el pecado, la perdición y un abismo de toda clase de miserias; aprende a no preferirte jamás a nadie, sino ten muy baja estima de ti mismo, a ponte debajo de todos, ama la abyección y el menosprecio como cosa que te es conveniente, y humíllate en todo lugar, en todo tiempo y en todas las cosas.

Cuarto. Si tienes deseo de imprimir en ti la imagen de su obediencia, mira y trata a tu propia voluntad como al más formidable enemigo y esfuérzate por aplastarla como a una serpiente. Destruye tus deseos a los pies de Nuestro Señor, dejándole querer y desear para ti cuanto le agrade,

complaciéndote de no tener otra voluntad que la suya y de poner todo tu gozo y paraíso en su propio contento, y, por consiguiente en su santísima voluntad; porque él toma infinito contentamiento en todo lo que quiere y hace; y por este medio te llamará: «el hombre de mi voluntad» (Is 46-11.) .

Mira, honra y ama a tus superiores como a personas que ocupan el lugar de Dios, y a las que debes obedecer pronta y ciegamente con alegría, como a él mismo; graba en tu corazón esta verdad: que la bendición de Dios acompaña en todas partes a la obediencia, y que su maldición va inseparablemente unida a la desobediencia; de suerte que la bendición de Dios está en todo lo que se hace por obediencia, y su maldición en todo lo que se hace contra su obediencia. Elige, mi querido hermano: «Pongo delante de ti la bendición y la maldición» (Dt 11, 26). Escoge.

Quinto. Si tienes el propósito de seguir a nuestra amable Niña en su paciencia, trabaja fuertemente por domar tu cólera, tus tristezas, tus impaciencias en los accidentes fastidiosos que con frecuencia ocurren en la vida, tomando todas las cosas como venidas de la mano de Dios, y lleva con paciencia los sufrimientos por su amor.

Sexto. Si deseas imitar su amor a Dios, destierra enteramente de tu corazón el amor del mundo, el amor de las criaturas, el amor desordenado a ti mismo. Considera frecuentemente que no estás en el mundo sino para amar a Dios; que tienes infinidad de obligaciones de amarlo; que este amor es el verdadero centro de tu corazón; que ahí es donde encontrará su descanso, su paz, y su perfecta

felicidad; y que fuera de esto, no encontrarás jamás otra cosa que turbación, amargura, angustia, maldición e infierno. Da, pues, tu corazón al que te lo pide hace ya tanto tiempo: no hagas ya nada sino por su amor; se fiel a todos los deberes y obligaciones de tu condición por su amor, y en hacer todas las cosas con perfección, con un gran corazón, por amor del que es para ti todo amor y todo corazón.

Séptimo. Si habéis resuelto imprimir en tu corazón una semejanza de la caridad de nuestra muy caritativa Niña; no permitas nada en tus pensamientos, afectos, palabras, ni acciones que sea ni siquiera un poco contrario a la caridad fraterna. No hagas al prójimo lo que no quieras que te hagan a ti; y haz a cada uno lo que quisieras que se hiciera a ti. Sobre todo, detesta la envidia, la maledicencia, la murmuración, las chanzas pesadas, y no guardes jamás frialdad ni resentimiento en tu corazón; ten a mucha honra, y profesa muy altamente el obedecer de todo corazón a la voz de tu amabilísimo Salvador, que te manda amar a los que te odian, que bendigas a los que te maldicen, y ruega a Dios por los que te calumnian y persiguen.

Octavo. Si estás bien resuelto a no ser del mundo, como jamás lo fueron tu Padre y tu Madre, Jesús y María: «No soy del mundo» (Jn 17, 16), dice el Hijo de Dios; y su santísima Madre pudo decir otro tanto desde su infancia; graba en tu corazón estas palabras de tu Salvador, que dijo dos veces la víspera de su muerte, hablando de sus hijos: «Ellos ya no son del mundo, como ni yo tampoco soy del mundo, (Ib), y estas de su amado discípulo: «No quieras amar el mundo, ni a las cosas del mundo. Si alguno ama al mundo, no habitan en él

la caridad y amor del Padre» (1 Jn 2, 15). Si deseas imitar al Hijo y a la Madre en la abnegación que mismos practicaron, estudia y practica estas divinas palabras de nuestro Salvador: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz y sígame» (Mt 16, 24).

Noveno. Si amas la pureza como nuestra santísima Niña la amó, que hizo voto de ella desde el primer momento de su vida, y si temes a su enemigo, que es el más horrible de todos los monstruos infernales, y el que más almas arroja al infierno, huye más que de la muerte y del infierno mismo, de todo lo que pueda empañarla con palabras, con acciones o de cualquier manera que sea. Sobre todo, haz pacto con los ojos, a imitación del santo Job (Job 31, 5) de no mirar jamás objeto alguno que sea capaz de arrojar el veneno de la impureza en tu corazón. Y cuida de ponerte siempre bajo la protección de esta purísima Virgen.

Décimo. Si deseas guardarte de los pecados de la lengua, que son perniciosos y numerosísimos, ama mucha el silencio que religiosamente observó nuestra gloriosa Niña, acordándote de estas palabras del Espíritu Santo: «En el mucho hablar no faltará pecado» (Prov 10, 19); y de estas otras del apóstol Santiago: Si alguno se precia de ser religioso o devoto sin refrenar su lengua, la religión suya es vana» (St 1, 26).

Undécimo. Si te encanta la mansedumbre y benignidad de nuestra dulcísima Niña, escucha lo que te y que también su Hijo te dirá a su tiempo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29) ; y que mi espíritu es más dulce que la miel» (Eccli 24, 27). Y a fin de excitarte a

aprender bien esta santa lección, considera frecuentemente estas sagradas palabras de su amado Hijo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra» (Mt 5, 4). Y las de su divino Esposo, el Espíritu Santo: «No cae bien en el siervo de Dios el altercar, sino ser manso con todos» (2 Tm 2, 14). «La respuesta suave y humilde quebranta la ira» (Prov 15, 1). «La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos» (Eccli 6, 5).

Duodécimo. Además de lo dicho, represéntate con frecuencia la maravillosa compostura exterior y la modestia más que angelical de nuestra amable Niña, a fin de animarte a la práctica de esta santa virtud que el Espíritu Santo no cesa de predicarte y recomendarte por estas palabras del Apóstol: «Sea vuestra modestia patente a todos los hombres» (Fp 4, 5).

En fin, si tienes verdadera voluntad de imprimir en ti una imagen de las admirables virtudes de la santa infancia de tu divina Madre, es necesario que emplees tres medios para llegar a este fin: la oración, la mortificación y la vigilancia. La oración, para obtener las luces y las gracias de que para ella tienes necesidad. La mortificación, Para mortificar tus pasiones, malos hábitos, y todo lo que es contrario a las susodichas virtudes. Vigila tu espíritu, tu corazón, tu lengua y sobre todo tu comportamiento a fin de no dejarte llevar de los pensamientos, sentimientos, palabras y obras opuestos a estas mismas virtudes, sino a fin de abrazar con fervor todas las ocasiones de practicarlas.

Escribe san Buenaventura que la bienaventurada Virgen declaró un día a santa Isabel de Hungría que, «a excepción de

la primera gracia santificante que la divina bondad derramó en su alma en el primer momento de su vida, no tuvo don alguno de Dios, ni gracia, ni virtud, sino con gran trabajo, continua oración con ardentísimos deseos, con profunda devoción, con muchas lágrimas y mortificaciones: empleando siempre por su parte todo cuidado, vigilancia y fidelidad posibles para agradar a su divina Majestad en sus pensamientos, palabras, acciones y en todas las cosas. A lo que añadió estas palabras, hablando a esta santa: «Una cosa debes saber, hija mía, que es muy cierta, que no se da gracia alguna al alma cristiana sino mediante la oración y mortificación, tanto de cuerpo como de espíritu».

Después de todo, no obstante, es siempre una gran verdad que el camino de las virtudes que conduce al cielo es mucho más fácil que el camino de los vicios que lleva al infierno, y que lo que Dios manda es siempre más cómodo, y que las cosas opuestas a sus mandamientos son las más difíciles. Por esto nos asegura que «su yugo es suave y su carga ligera», y, por el contrario, podemos decir con entera verdad que la tiranía que el demonio y los vicios ejercen sobre sus esclavos es cruel e 'insoportable. Para terminar, oye un oráculo del Espíritu Santo que no puede engañarse a nadie: «Tribulación y angustias aguardan sin remedio al alma de todo hombre que obra mal. Mas la gloria, el honor y la paz, serán la porción hereditaria de todo aquel que obra bien» (Ro 2, 9).

## ***CAPÍTULO IV***

### **Doce medios de honrar la infancia de santa María**

La infancia admirable está consagrada por santos misterios; enriquecida de excelencias maravillosas; adornada de virtudes eminentes; llena de gracias extraordinarias. La divina bondad la colmó de todos esos favores para hacerla digna, por este medio, de darnos un redentor y de cooperar con él en la gran obra de nuestra redención. Es nuestra obligación, por tanto, tener devoción especial a esta incomparable Niña y emplear toda clase de medios para manifestarle nuestro reconocimiento y rendirle nuestros homenajes. Te presento doce principales, fáciles y llenos de bendición para quienes los practiquen.

#### ***Primer medio***

Exhortar a todos los cristianos a que tengan esta devoción en las predicaciones, en los catecismos, y en los encuentros especiales. Conjuro a todos los predicadores a los catequistas y a todos los eclesiásticos y religiosos, por el celo ardentísimo que nuestro Salvador tiene del honor de su digna Madre que no pierdan ocasión de hablar de esto en sus predicaciones, catecismos y encuentros familiares, en especial en la fiesta de su Concepción inmaculada, de su Natividad, del santo Nombre de María, de su Presentación, incluso hacer alguna enseñanza consagrada por entero a este tema. Ese libro le brinda amplio material al respecto.



Ruego en particular a los predicadores misioneros hacer una predicación, al menos en las misiones del mes de septiembre. Les prometo que, si Nuestro Señor me hace misericordia, como lo espero de bondad infinita y de la caridad indecible de su santísima Madre, que en cielo le rogaré que les obtenga su gracia en este mundo y la vida eterna en el otro según lo prometió: *Quienes hablen de mí tendrán la vida eterna* (Eccli 24, 31).

Suplico también a todos los confesores que traten de inculcar esa devoción en el corazón de sus penitentes y les recomienden la lectura de este libro.

### ***Segundo medio***

Infundir en los corazones de los niños, en especial de las muy niñas, singular amor a María Niña. De todo corazón hago esta exhortación a los padres y madres, a los directores de colegios, a los maestros y maestras de escuela, a todas las religiosas que educan niñas. Llevarlas a que se consagren del estado de su infancia y de toda su vida al honor de esta divina Niña, como se dirá al final de este libro.

¿Cómo hacerlo? Lean los capítulos 36 y 37 del libro primero de la tercera parte de *Crónicas de la Orden de san Francisco Crónicas de la Orden de san Francisco*. Se dice allí que una piadosa señorita había infundido esta devoción en las almas de sus niños que jamás salían de casa sin antes rezar, de rodillas, el rosario de diez decenas, ante la imagen de María.

Uno de esos niños, al pasar un día, camino de la escuela, por divertirse jugando, cayó al río. Fueron corriendo a decirlo a la mamá. Ella en lugar llorar a gritos fue corriendo a la

imagen donde los nidos solían rezar. Dijo un Ave María para encomendar a su hijo y fue al puente. Encontró a su hijo sano y salvo que le dijo: Consuélate madre mía, nada me pasó. Lo sacaron del agua y lo traen a la casa. Allí cuenta que la Señora a la que oraba todos los días se le había aparecido y lo había sostenido en el agua para que no se ahogara.

Otros milagros se han dado hechos en favor de los niños por intercesión de la bienaventurada Virgen. Se recordaba que también había sido niña; que si no hubiera pasado por la infancia como el primer hombre tiene amor particular por los niños a imitación de su Hijo Jesús que los abrazaba con ternura y los bendecía diciendo: *Dejen a los niños que vengan a mí pues a ellos pertenece el reino de los cielos* (Mc 10, 149).

El famoso Justo Lipse cuenta lo que voy a narrar en la historia escrita de *Nuestra Señora de Hault*, en Flandes. En Cambrai el matrimonio de Esteban Morel y Firmina enteraron a un hijo muerto sin el bautismo. Mantuvieron su confianza en Nuestra Señora de Hault a quien solían visitar. Quince días después de la muerte del niño a quien habían sepultado en un jardín pidieron que fuera exhumado. Lo encontraron rosado, con una pequeña herida en una mejilla causada por la tierra que lo había presionado. Fue llevado a un pueblo y vecino y llamaron al párroco en cuya presencia el niño arrojó un poco de sangre por la nariz y abrió la boca. Se le dio el bautismo y por cinco horas dio signos de vida al fin de las cuales falleció. Fueron testigos del hecho unas setenta personas.

Pudiera contar otros hechos sucedidos en la capilla de Nuestra Señora de la Victoria, en Valognes, diócesis de

Coutances en favor de quienes la visitan y le hacen sus promesas. Se cuenta de un niño que permaneció en un estanque de agua por dos horas y que fue resucitado cuando su madre, de rodillas, pidió a la Virgen María, madre de la vida, prometiendo ir a su santuario en la dicha capilla. También podrían traerse a colación favores alcanzados en Nuestra Señora de la Délivrande, santuario de María a tres leguas de Caen.

### ***Tercer medio***

Dar vestido a una o varis niñas por amor de la Niña María. Se podría hacer más: vestirlas y alimentarlas y cuidar de que sean educadas en el temor de Dios y en la devoción a la Niña María. Quienes tengan facilidad de hacerlo por amor a la Niña María pueden seguros de que ella lo recibirá con agrado como hecho a ella misma.

### ***Cuarto medio***

Ayunar, o al menos hacer abstinencia de carnes, la víspera de las fiestas de la Inmaculada Concepción y de la Natividad de la Virgen, fiestas importantes en honor de su infancia.

### ***Quinto medio***

Consagrar en honor d la infancia de María el tiempo entre el 8 de septiembre y el 8 de octubre y hacer en ese

tiempo prácticas de piedad marianas. Se recomienda decir en honor del tiempo que permaneció en las entrañas de su madre santa Ana tantas Ave Marías como días estuvo allí. Así lo recomendó ella a santa Matilde. Prometió la misma Virgen a santa Gertrudis que cuantos hicieran esa práctica participarían de modo especial en el cielo de sus gozos. Para cumplir esa promesa decir todos los días 35 Ave Marías. Así se cumplirán los días que estuvo en las entrañas maternas.

### ***Sexto medio***

Recitar durante ese tiempo las letanías de la Infancia de María y el Oficio parvo compuesto en su honor y dar a una niña pobre una limosna y una ayuda espiritual.

### ***Séptimo medio***

Así como el 25 de cada mes se rinde homenaje a Jesús por la fecha de su nacimiento hacer lo mismo el 8 de cada mes en honor de la amable Niña María pues fue concebida el 8 de diciembre y nació el 8 de septiembre. Dar igualmente ese día alguna limosna y decir las letanías de la santa Infancia. Si el 8 de un mes cae en alguna fiesta, hacer esto otro día.

### ***Octavo medio***

El rosario compuesto de tres *Pater* al comienzo y doce Ave Marías en honor de Jesús Niño puede decirse igualmente en honor de la Niña María de esta manera: el primer *Pater*

en honor de estos dos admirables Niños para unirse a ellos en todo el honor que han tributado a la santa Trinidad en su infancia y para rogarles que nos hagan partícipes del espíritu de su divina infancia.

El segundo *Pater* en honor de María y de José por la parte que tuvieron en la infancia de Jesús y para unirnos a la alabanza y servicios que prestaron a este amable Niño.

El tercer *Pater* en honor de san Joaquín y santa Ana para unirnos al amor que tuvieron a su santa Niña y a todas las alabanzas que le dan eternamente en el cielo.

Las Ave Marías se dicen honor de las doce virtudes que esos dos incomparables niños practicaron y para pedirles que nos hagan partícipes de esas mismas virtudes, de su inocencia, sencillez, humildad, obediencia, paciencia, amor a Dios, caridad con el prójimo, su desprendimiento del mundo y de sí mismos, su pureza, silencio, bondad, mansedumbre y modestia.

Se dice cada Ave María en honor de cada virtud de los dos admirables Niños, sin separar jamás a Jesús de María. La primera Ave María honra la inocencia de Jesús y María, la segunda su sencillez y así de las demás.

### ***Noveno medio***

Celebrar o hacer celebrar la santa misa en honor de la Infancia del Salvador y de su Madre para agradecer a la Trinidad las gracias que les ha conferido y por ellos a todo el género humano. Pedirle que nos haga partícipes de las

virtudes de la santa infancia. Con ese fin se puede celebrar una de las misas de las fiestas de María.

### ***Décimo medio***

Tener devoción especial a san Joaquín y a santa Ana que nos dieron esta preciosa Niña. Además de los honores que les rendimos en los días de sus fiestas hacerlo igualmente en las fiestas de la Infancia de María, su Concepción, su Natividad, su Nombre, su Presentación. Tener igualmente devoción especial a san Gabriel, ángel de la guarda de esta divina Niña desde el primer momento de su vida.

### ***Undécimo medio***

Sentir gran deseo y profunda voluntad de imitar está feliz Infancia con sus virtudes. Esa es la verdadera devoción que le debemos. Decía san Agustín que la suma devoción es imitar lo que honramos.

### ***Duodécimo medio***

Meditar los misterios y excelencias de las virtudes de esta sagrada Infancia. Contribuye a la práctica las demás virtudes y hacer que nos sea esa práctica agradable, fácil y útil. En seguida encontrarán buen número de meditaciones en alabanza de la santa infancia.

## ***CAPÍTULO V***

### **Manera de practicar fructuosamente lo anterior**

No basta practicar estos doce medios para honrar la santa infancia de María Niña. Es necesario no hacer estos ejercicios por interés propio sino solo para agrada a Nuestro Señor y a su santa Madre. Me permito citar para ello lo dicho por la santa Virgen a santa Brígida (Revelaciones, lib. 6, cap. 37).

“Hay cuatro clases de personas que me sirven y honran. Los primeros son los que tienen gran confianza y ponen entre mis manos todos sus designios y voluntades. Ellos me abandonan el cuidado y la conducción de sus asuntos y no tiene intención distinta de la de agradarme en cuanto hacen en mi servicio. Esto tan agradable como una bebida deliciosa para la persona que padece sed.

“Vienen luego los que se guardan de ofender a Dios y disgustarme por temor de los castigos de la justicia divina con las penas eternas. Poco a poco les voy quitando ese temor servil y lo remplazo por un temor filial dando luces a su mente para que conozcan las bondades inmensas de Dios y lo sirvan por motivos mayores.

“Son terceros los que me honran y alaban no teniendo otro propósito que adquirir por esto algún puesto honorable entre los hombres o alguna ventaja temporal. Como juegan en dar para recibir les concedo lo que me piden en el orden temporal. Así les recompenso sus servicios.

Son cuartos son los que bajo un manto de una virtud aparente secretamente cometen pecados abusando de mi

bondad y persuadidos que les obtendré fácilmente el perdón de sus crímenes. Sus alabanzas y servicios no me agradan como no agrada al que está sediento un vaso de agua sucia”.

De estas cuatro actitudes escoge la primera como persona prudente y dile la siguiente plegaria: “Mi muy amable Niña, declaro ante ti que quiero estar junto a ti del todo y servirte con todo el corazón y honrar tu santa Infancia de todas las maneras que me sean posibles, mediante la gracia de tu Hijo. Quiero hacerlo de modo que, aunque no hubiera paraíso ni infierno, ni esperar de ti gracia y recompensa alguna, no descansaré de buscar y emplear todos los medios imaginables para honrare y complacerte por la sola gloria de tu Hijo Jesucristo y por tu amor.

Te presento el ejemplo de una niñita que tenía un corazón lleno de un amor filial a nuestra amable Virgen. Es testigo Tomás de Cantiprat, compañero de santo Tomás y alumno de Alberto el Grande, obispo de Lusence, quien asegura haber hablado en varias ocasiones con esa niña y relata lo siguiente:

Un judío rico de Colonia tenía una niñita de cinco años llamada Raquel que tenía mucho afecto a la religión cristiana y gustaba mucho de oír hablar de la Madre de Dios. Por amor de ella daba a los pobres cuanto encontraba en la casa. Su papá la llevó un día a Lovaina y le dio oportunidad de hablar con un sacerdote muy virtuoso, llamado Reinier, quien le dio todas las enseñanzas para ser cristiana.

Su papá se percató de su designio de ser cristiana la prometió a un joven de su religión judía que solo llegaba a los siete años y pensó enviarlo más allá del Rin. La niña fue



advertida por la Reina del cielo al despertar en la mañana y se fue a buscar a su maestro y le contó el extremo peligro a que estaba expuesta. Le pidió que le diera el santo bautismo y fue llamada Catalina. Todo pasó en una iglesia de las religiosas de San Bernardo, a media hora de Lovaina. Quiso consagrarse del todo a María y pidió a las religiosas que la recibieran. Así se hizo y le dieron el santo hábito de su Orden.

Su padre se dio cuenta de lo que pasaba e hizo todo lo que pudo para romper los piadosos designios de su hija. Se sirvió de lo más notables de la ciudad para que hablaran con el obispo y escribir al papa Honorio III para que le permitiera sacar a su hija del monasterio y llevarla consigo hasta que cumpliera los doce años. Catalina se opuso a este ardid del demonio y abogó por su causa ante el obispo de Lieja con tanto vigor y con razones tan sólidas que cuantos la escucharon advirtieron que el Espíritu Santo hablaba por su boca y que estaba en todo su derecho. Ganó la causa y se determinó que permaneciera donde estaba.

Con esto su devoción a santa María, a quien debía este favor, que cuando las demás religiosas iban al locutorio a hablar con sus familias y ella no tenía quien la visitara, iba a prosternarse ante la imagen de María y le decía con un corazón lleno de humildad, de amor y confianza: “Mi muy buena y muy compasiva Virgen, no rechaces a esta huerfanita que tu busca como a su madre y su reina, hermana, y su prima y solo te tiene a ti como su familia”. Al decir esto lloraba de dulzura y consolación; olvidada de las criaturas de ese mundo se solazaba con la Madre de su

Creador y suya, con palabras llenas de suavidad que ninguna lengua podría expresar.

Mi muy buena Madre, Reina de mi corazón, ruega a tu Hijo muy amado, que me dé la gracia de olvidarme enteramente de lo terreno y no pensar sino en él y en ti, para no amar sino a él y a ti, para no buscar consolación sino en Jesús y María, y no agradar sino a Jesús y María.

## ***CAPITULO VI***

### **Meditaciones sobre la santa infancia de María**

Encuentras en este libro meditaciones sobre tres principales misterios de la santa infancia de esta bendita Virgen, es decir, sobre su Concepción Inmaculada, sobre su Natividad y sobre su Presentación. Son muchas además a lo largo del libro. En la 1ª parte los capítulos 8º y 9º. Los capítulos 10 a 13 te dan tema de meditación sobre el nacimiento de María; los capítulos 22 a 25 sobre puntos de su vida de niña.

No dejaré, sin embargo, de poner aquí algunas meditaciones enteras sobre el sagrado nombre de María, sobre las razones por las que quiso Dios que pasase por el estado de la infancia, sobre la inocencia y sencillez de esta amable Niña, sobre su humildad, sobre su obediencia, sobre su caridad y mansedumbre, sobre su silencio y sobre su virginidad. Si las encontráis largas, no toméis más que lo

necesario para entreteneros con Nuestro Señor durante el tiempo que se os señale, dejando lo demás para otra vez.

## ***CAPÍTULO VII***

### **Primera meditación: el santo Nombre de María**

#### ***Primer punto***

Considera que el nombre santísimo de María ha venido del cielo; que salió del corazón adorable de la santísima Trinidad, en el que estuvo oculto desde toda la eternidad; que ha sido traído a la tierra por el arcángel san Gabriel que lo anunció a san Joaquín y a santa Ana, y que es maravilloso tesoro que contiene riquezas inmensas.

En primer lugar, encierra en sí la divina Maternidad, puesto que María quiere decir, según san Ambrosio «Dios, nacido de mi raza». Además, María significa «iluminada e iluminadora», y no sin razón. Porque tan llena estuvo de luces desde el primer momento de su vida, que conocía al Creador y a las criaturas y cuanto hay que hacer o evitar. Y si tan esclarecida estuvo desde el comienzo de su vida, juzga cómo lo estaría a medida que iban andando los años de su infancia, puesto que esta su luz crecía y se duplicaba, como su gracia, de momento en momento.

Da por ello gracias al Padre de las luces y pide a tu Madre que haga tuyos los efectos de su nombre, ya que no sólo significa iluminada, sino también iluminadora. Pídele que te haga participante de sus luces y que te dé a conocer lar,

bondades infinitas de Dios para amarlo; el horror instintivo al pecado para aborrecerlo; la vanidad de las cosas del mundo para despreciarlas y el abismo de tu nada para humillarte.

### *Segundo punto*

Considera que María significa, según un santo doctor, que fue obispo de Loreto, «imitadora de Dios»; y que, en efecto, la santísima Virgen imitó tan perfectamente a Dios desde su infancia en el amor que a sí mismo se tiene, en su caridad para con los hombres, en su bondad, en su liberalidad, en su misericordia, en su pureza, en su santidad y en todas sus perfecciones que llevó en sí desde su infancia la imagen de la Divinidad de una manera más acabada que la que pudieron llevar todos los santos juntos. Por esta razón es llamada por santo Tomás «la imagen perfectísima de la divina Bondad», por san Andrés de Creta «compendio de las incomprensibles perfecciones de Dios», y por san Crisóstomo «abismo de las inmensas perfecciones de la Divinidad».

Gózate con ella; da por ello gracias a la santísima Trinidad, ofrécele todo el honor que esta santa Niña le dio con esta maravillosa imitación. Piensa en estas palabras del Espíritu Santo que habla por boca de san Pablo: «Sean imitadores de Dios, como que son sus hijos muy queridos» (Ef 5,1). Humíllate por haberlas practicado tan mal hasta el presente; entra en un gran deseo de portarte mejor en adelante, especialmente en las virtudes cuya imitación te es más necesaria; y suplica a esta sacratísima Virgen que te ayude con sus santas oraciones.

### *Tercer punto*

Considera que María significa «Señora», y que, efectivamente, la gloriosa Virgen es desde su infancia, Señora soberana del cielo y de la tierra, de los hombres, de los ángeles y de todas las criaturas; y que tiene poder absoluto en el Cielo, en la tierra y en el infierno, sobre los demonios, sobre las cosas corporales y espirituales y sobre todas las obras de Dios, y esto por tres títulos: Como primogénita, y por lo tanto heredera de todos los estados del Padre eterno; como Madre de Dios, y como Esposa del Espíritu Santo que, consiguientemente, entra en todos los derechos de su Esposo. Es cierto que cuando aún tenía corta edad no tuvo uso perfecto de este poder y de los derechos de su soberanía, aun cuando tuviera su honor y dignidad ante Dios y ante los ángeles. Mas la mayor parte de los hombres, y aún de los cristianos, en cuanto en ellos está, le arrebatan la autoridad y los poderes que Dios le ha dado sobre ellos, para dárselos a su enemigo Satanás. Esto es lo que has hecho tú mismo tantas veces cuantas has ofendido a su Hijo mortalmente.

Pide perdón por ello al Hijo ya la Madre y concibe un gran deseo de hacerles reinar perfectamente en tu corazón. Mira, a este efecto, los obstáculos que se te pueden presentar y torna la resolución de hacer lo que esté de tu parte para destruirlos, suplicando a la bienaventurada Virgen que haga aquí uso de su intercesión, y del poder que ha recibido de Dios.

*Jaculatoria:* Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

## ***CAPÍTULO VIII***

### **Meditación sobre las razones que nos obligan a honrar e imitar a María en su santa infancia**

#### ***Primer punto***

Considera que estamos obligados a honrar a la sacratísima Virgen en su infancia: primeramente, porque el estado de esta santa infancia, habiendo durado doce años, contiene en sí una infinidad de cosas muy grandes y santas, que merecen muy singular honor y serán eternamente el objeto de las alabanzas de todos los habitantes del cielo. Cuenta todos los misterios, todas las excelencias, todas las virtudes, todos los pensamientos, afectos, palabras, acciones y mortificaciones de esta santa Niña, y todo el santo uso que hizo de las potencias de su alma, y de todos sus sentidos inferiores y exteriores en el espacio de doce años, y podrás contar otras tantas razones que nos obligan a tener una devoción singular a su bienaventurada infancia. Porque, como siempre estaba llena de gracia y poseída del Espíritu Santo, que la guiaba en todas las cosas, todo lo que pasaba en su interior y en su exterior estaba lleno de perfección y santidad, siendo, por consiguiente, digno de una particular veneración.

En segundo lugar, debemos reverenciar esta admirable infancia, porque todo el estado de su infancia fue un ejercicio continuo de alabanza y amor a Dios; y, como estaba más llena de gracia que los mayores santos en la plenitud de su santidad, y obraba siempre interior y exteriormente según

toda la extensión de su gracia, glorificó más a Dios con las más insignificantes acciones de su infancia que los primeros de entre los santos con las más heroicas virtudes que practicaron.

En tercer lugar, debemos tributar él honor posible a esta gloriosa Infancia porque todas las virtudes de su infancia fueron empleadas para prepararla a darnos un Salvador y a cooperar con El en la obra de nuestra salvación. Que todas estas razones exciten en nuestros corazones una devoción muy singular y un amor muy particular a esta amable Niña.

### *Segundo punto*

Estas son otras consideraciones que nos hacen ver que estamos obligados a honrar la santa infancia de María, y son tres grandes favores que Dios nos ha hecho. Para entender bien esto, ten en cuenta que el Hijo de Dios, teniendo que nacer en la tierra, podía haber creado una virgen en una edad perfecta, de la que hubiera podido nacer. Pero su infinito amor a nosotros le obligó a escoger una madre que fuese hija de Adán, y, por consiguiente, que, venida al mundo por vía de nacimiento, hubiese pasado por el estado de la infancia, a fin de honrar, por este medio, a toda la posteridad de Adán con tres señalados favores.

El primero es que, por este nacimiento de la Niña María, la divina bondad nos da dos tesoros de santidad, es decir, a

san Joaquín y a santa Ana, a quienes sin esto no los tendríamos como Padre y Madre, con relación a Jesús y a María y a todos nosotros sus hijos, ni con la alta santidad que acompaña a estas eminentes cualidades.

El segundo favor es que, por el nacimiento de esta santa Niña Dios hace a la raza de Adán otro don inestimable, que es un inmenso tesoro de toda clase de bienes. ¿Qué tesoro es este? Es la santísima y preciosísima Madre de Dios. Porque si el Hijo de Dios hubiera querido nacer de una madre que no hubiese venido al mundo por vía de nacimiento, como la primera mujer, no hubiera sido hija de Adán, y así la raza de Adán no hubiera sido honrada con una Madre de Dios salida de su sangre y la Madre de Dios no hubiera sido nuestra hermana.

El tercer favor es que por el nacimiento de esta maravillosa Niña poseemos un cuarto tesoro infinitamente más rico que los tres precedentes: este tesoro es el Hombre-Dios, que es nuestro hermano, y no lo sería si hubiera nacido de una madre que no hubiera venido al mundo por vía de nacimiento, y, que, por consiguiente, no fuese hija de Adán. Porque siendo esto así, El mismo no sería extraído de Adán, y así no sería nuestro hermano.

Pondera bien estos tres grandes favores que Dios nos ha hecho con el nacimiento de esta santa Niña. y que estas consideraciones exciten en tu corazón un gran deseo de honrarla de todas las maneras posibles.



### *Tercer punto*

Considera que el Hijo de Dios ha querido que su dignísima Madre pasase por el estado de la infancia, a fin de darnos por este medio un ejemplar y una regla de la vida que todos los cristianos deben llevar, ya que por la ley de] evangelio deben ser niños en la inocencia, en la sencillez, en la humildad, en la obediencia, en la pureza, en la dulzura y en la mansedumbre, «En verdad les digo, dice nuestro Salvador, que si no se convierten y se hacen semejantes a los niños, no entrarán en el reino de los cielos» (Mt 18, 3) .

Da gracias al Hijo de Dios, por el favor que te ha hecho de haberte dado un ejemplar tan noble y encantador, y una regla tan santa y tan dulce. Ten una singular veneración a este divino ejemplar y un cordial afecto a esta amable regla. Pon con frecuencia tus ojos en este sagrado modelo; estudia cuidadosamente esta regla. Mira si la seguiste en tu pasado. Humíllate y pide perdón a Dios por las faltas que en esto hayas podido cometer. Concibe un gran deseo de comenzar a guardarla, mediante una cuidadosa imitación de las virtudes de la santa infancia de tu santa Madre, y suplícale con toda instancia que imprima en tu alma una perfecta imagen suya.

*Jaculatoria:* Si no se hacen semejantes a los niños, no entrarán en el reino de los cielos.

## ***CAPÍTULO IX***

### **Meditación sobre Inocencia y sencillez de María en su infancia**

#### *Primer punto*

Considera que quien dice una persona inocente, dice una persona que no sabe lo que es perjudicar a nadie, y por consiguiente que no sabe lo que es pecado, puesto que sólo el pecado deshonra a Dios y es nocivo a los hombres, especialmente al que lo comete, y a aquel contra quien se comete.

Considera que entre todas las puras criaturas sólo la Inmaculada Virgen ha sido concebida, ha nacido y vivido, hasta el último aliento de su vida en una perfectísima inocencia; puesto que ella sola es la exenta de toda clase de pecados; más, la que siempre fue impecable. Porque según el sentir de muchos santos doctores, la bondad omnipotente de Dios la tuvo desde el primer momento de su vida, en una feliz impotencia de pecar, por tres medios:

En primer lugar, por un favor singularísimo de su divina Providencia que alejaba de ella todos los peligros y ocasiones exteriores de toda clase de pecados, tanto por medio de su inmediata protección como por la mediación de un millón de ángeles que por todas partes la acompañaban y guardaban con todo cuidado, como convenía a la dignidad de la que había sido escogida por Dios para ser la Madre del Santo de los santos y soberano Monarca del universo.

En segundo lugar, por la gran luz interior que de tal modo iluminaba su espíritu que vela clarísimamente los más pequeños átomos de imperfección y los menores peligros de venir a caer en ella; y por una abundantísima gracia de que Dios la llenó desde el instante de su concepción, para vencer de cualquier manera al pecado.

En tercer lugar, por el fuego sagrado de su divino amor que de tal manera poseía y abrasaba su corazón que se mantenía en un continuo ejercicio del más puro amor a su divina Majestad, sin interrupción alguna, sin aflojar ni cansarse jamás; todo lo cual daba a su voluntad una impotencia moral de apegarse a falta alguna, por pequeña y ligera que fuese.

Da gracias a Dios por esta maravillosa inocencia de que revistió a esta santa Virgen desde su infancia y desde el primer instante de su vida. Toma la firme resolución de imitarla cuanto puedas en esta santa inocencia, guardándote de todo lo que pueda hacerte ofender a Dios, al prójimo y a tu propia alma. A este efecto, dedícate cuanto puedas al ejercicio del divino amor; porque cuanto más ames a Dios, más lejos estará tu voluntad del pecado por obra de su divino amor. Ofrece tu corazón a la Madre del amor hermoso, y suplícale que ponga en él una centellita de la ardiente hoguera que al suyo abrasó desde su infancia.

### *Segundo punto*

Considera que la sencillez cristiana es una virtud tan agradable a Dios que la palabra divina nos asegura que Dios

tiene sus delicias y complacencias en los que proceden con sinceridad (Prov 11, 20). Es una virtud que destruye la multiplicidad en los pensamientos, en los deseos, afectos, palabras y acciones; y que hace que un alma verdaderamente sencilla no tenga más que un pensamiento, un deseo y una única pretensión: la de agradar a Dios en todas las cosas. Es una virtud que modera la lengua, haciendo que se abstenga uno de la demasiada palabrería. Es una virtud que regula las acciones, cercenando las que son inútiles y no sirven más que para disipar el espíritu y distraer el corazón de lo que debe ser el único objeto de nuestros afectos y pensamientos. Es una virtud que odia la curiosidad que el espíritu humano tiene de ver, oír y saber cosas cuyo conocimiento no es necesario para hacernos mejores y más gratos a Dios. Es una virtud enemiga jurada de la doblez, del artificio, del disfraz, del servilismo, del engaño y de la mentira. Es una virtud que nos hace amar el andar siempre por el camino recto del candor, de la franqueza y de la sencillez de la paloma, sin desviarnos a uno u otro lado. Es una virtud que se complace en las cosas sencillas y comunes en el hablar, en el comer, en el andar, en el vestido, en los muebles y en todas las cosas y que detesta todas las nuevas modas del mundo, llenas de ligereza, vanidad y superfluidad.

Considera que nuestra santa Niña poseyó esta virtud en soberano grado, como se echa de ver en las palabras que el Espíritu Santo le dice: Son tus ojos como de paloma (Ct 1, 14).

Da gracias a Dios y ofrécele toda la gloria que ella le dio por la práctica de esta virtud.

### *Tercer punto*

Adora al hijo de Dios en los pensamientos y designios que sobre tí tuvo cuando pronunció estas palabras: Sed sencillos como las palomas (2). Porque entonces te tenía El presente, y te llevaba en su espíritu y en su corazón lleno de un ardentísimo deseo de verte adornado de esta santa virtud para la gloria de su Padre y para la salvación de tu alma.

Entra también en gran deseo de poseerla. Examínate cuidadosamente sobre las faltas que contra ella has cometido con la multitud de deseos, afectos y pensamientos; con el exceso de las palabras o acciones; con la curiosidad de tus ojos, de tus oídos y de tu imaginación; con tus ficciones, artificios, mentiras y engaños; con la aversión que has tenido a las cosas sencillas y comunes; con la inclinación a las modas del mundo. En todo ello demuestras un espíritu muy opuesto a la bienaventurada Virgen, cuya manera de obrar fue siempre muy sencilla y modesta.

Pide a Dios perdón por todas estas faltas y toma una firme y constante resolución de arrancar de tu corazón cuanto en él encuentres contrario a la sencillez cristiana y de imitar con tanta perfección la sencillez de nuestra santa Niña, que seas del número de los que son llamados por san Pablo irrepreensibles y sencillos como hijos de Dios (Fp 2, 15), y puedas decir con el mismo San Pablo: Toda nuestra gloria

consiste en el testimonio que nos da la conciencia, de haber "cedido en este mundo con sencillez de corazón y sinceridad delante de Dios, no con la prudencia de la carne, sino según la gracia de Dios (2 Cor 1, 12).

*Jaculatoria:* Sean sencillos como hijos de Dios.

## ***CAPÍTULO X***

### **Meditación sobre la humildad de María Niña**

#### ***Primer punto***

Considera las razones por las que Dios ama tanto la humildad y tanto aborrece el orgullo, la ambición y la presunción. Hay tres las principales:

Primera. Dios ama infinitamente la verdad, porque es la verdad esencial; y odia infinitamente la mentira, porque es enemiga de la verdad. De aquí que tenga un amor infinito a la humildad y un odio entrañable al orgullo, toda vez que humildad y verdad no son más que una misma cosa, como son lo mismo el orgullo y la mentira.

¿Qué es, en efecto, la humildad sino una muy baja estima de nosotros mismos, si tenemos el verdadero conocimiento de que nada somos, podemos ni tenemos de nosotros mismos sino un abismo de pecado y de miseria? ¿Y qué es el orgullo, sino una muy grande estima de nosotros mismos, en la creencia de que somos algo, lo que es engaño

y falsedad? Si alguno piensa ser algo, dice san Pablo, se engaña a sí mismo, pues verdaderamente de suyo es nada (Ga 6, 3).

Segunda. Dios ama infinitamente la justicia, porque es la justicia misma; y odia infinitamente la injusticia, como enemiga de la justicia, y por consiguiente de Dios. Por eso ama la humildad, que es una especie de justicia que nos hace dar a Dios el honor y la gloria que le son debidos; y odia la soberbia, que es una injusticia que arrebatada a Dios su gloria para atribuírsela a sí misma.

Tercera. Dios abomina toda idolatría, porque da a la criatura los honores soberanos que no son debidos sino al Criador; y ama soberanamente la virtud de la religión, porque hace que le rindamos los deberes que le pertenecen. He aquí por qué aborrece el orgullo, puesto que se idolatra a sí mismo poniéndose en el lugar de Dios y hasta levantándose por encima de Dios, cuando quiere que sus intereses, sus satisfacciones, su voluntad y su gloria sean preferidos a la voluntad y a la gloria de Dios; y ama la humildad, puesto que está animada del espíritu de la religión que nos obliga a dar a Dios el honor y la gloria de todas las cosas. Adora en el corazón mismo de Dios este amor infinito que tiene a la humildad, y pide que imprima en tu corazón estos dos sentimientos de amor y de odio.

### *Segundo punto*

Considera cómo Dios imprimió en el corazón de esta santa Niña estos dos sentimientos de amor a la humildad y

de odio a la soberbia, más profunda y perfectamente que en todos los corazones de los ángeles y santos juntos. Por esta razón tuvo ella, desde su infancia, más horror al orgullo y a la ambición y más amor a la humildad que todos los santos en la madurez de su edad. Es la primera virtud que María practicó en el primer momento de su vida. Jamás se prefirió a nadie, antes se rebajó ante todas y se miró y trató como la última de todas las criaturas, alegrándose de que así le trataran.

Porque la luz de que estuvo llena desde el momento de su concepción le hizo ver claramente que, siendo hija de Adán, hubiera contraído la culpa original, si Dios no le hubiera preservado de ella; y, como consecuencia, hubiera sido capaz de cometer todos los Pecados del mundo de los que es fuente y manantial la culpa de origen.

Esta humildad le atrajo todas las gracias con que Dios la enriqueció, y la que la hizo digna de ser Madre de un Dios y Reina del cielo y de la tierra.

Da por ello gracias al que resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes, al que humilla a aquellos y ensalza a éstos, y ofrécele toda la gloria que esta humildísima Virgen le dio por la práctica de esta virtud, en su santa infancia y en todo el resto de su vida.

### *Tercer punto*

Considera que la práctica de la humildad no es cosa de puro consejo, un detalle de perfección, sino un mandamiento y una obligación, puesto que Nuestro Señor nos declara que



si no somos pequeños y humildes como niños, no entraremos en el reino de los cielos.

Considera que los terribles castigos que la ira de Dios impuso a los ángeles apóstatas, a Coré, Dathan y Abirón, y a muchos otros soberbios, nos deben llevar a detestar el orgullo tan abominable ante Dios; y que los ejemplos maravillosos de humildad prodigiosa de Nuestro Salvador y de su santa Madre y de todos los santos nos deben excitar a amar la humildad que Dios tan ardientemente ama.

Concibe, pues, gran deseo de practicar esta santa virtud y de huir de todo lo que le es contrario. Para ello, haz buen examen de tus pensamientos, sentimientos, afectos, palabras y acciones, para reconocer lo que puedes tener contrario a la humildad. Mira qué aprecio tienes de ti mismo; por qué motivos haces tus buenas obras; cómo recibes los desprecios y humillaciones que te sobrevienen, los honores y alabanzas que se te tributan, los avisos que se te dan y las correcciones que se te hacen; si te complaces en que se hable de ti y de tus cosas favorablemente; si eres obediente con tus superiores; si murmuras de ellos; si te prefieres a los demás; si te sientes acometido por la envidia; si haces ostentación de tu nacimiento, de tu ciencia, o de otras ventajas naturales o sobrenaturales de que Dios te ha dotado; si realizas alguna acción por aparentar o para traerte las miradas y la estimación de los hombres. Humíllate profundamente y pide perdón a Dios por todas las faltas que hasta hoy llevas cometidas contra la humildad. Pide a Nuestro Señor y a su santa Madre que las reparen y que ofrezcan en satisfacción de ellas al Padre eterno todo el honor que ellos le dieron con

su humildad. Toma la resolución de guardarte de ellas en lo venidero y de practicar estas palabras del Espíritu Santo: Humíllate en todas las cosas y hallarás gracia en el acatamiento de Dios; porque solo Dios es grande en poder y es honrado de los humildes.

*Jaculatoria:* Humíllate en todo y hallarás gracia delante de Dios.

## ***CAPÍTULO XI***

### **Meditación sobre la Obediencia de María en su infancia**

#### ***Primer punto***

Considera que no habiéndonos Dios puesto en este mundo sino para hacer su santa voluntad, debemos mirar y amar esta adorable voluntad como nuestro primer principio y nuestro último fin, y por consiguiente como nuestro soberano bien y como nuestro centro en el que encontraremos el descanso de nuestro espíritu, la paz de nuestro corazón, nuestra perfecta felicidad y nuestro verdadero paraíso. Considera, por el contrario, que siendo nuestra propia voluntad completamente opuesta a la voluntad de Dios, debemos mirarla y odiarla como a enemigo

jurado de Dios y nuestro; la debemos tratar, según el sentir de san Bernardo, como a una malísima bestia, como a una loba feroz, como al origen del infierno, ya que sin ella no lo habría, como a la madre de todas las abominaciones de la tierra, como a una serpiente llena de veneno, como a un detestable homicida que da la muerte a nuestro cuerpo y a nuestra alma, y hasta como un execrable deicida, que, en cuanto está en ella, da la muerte a Dios, dice san Bernardo (Semón 3).

Considera que nuestra bienaventurada Niña, habiendo conocido clarísimamente todas estas verdades desde el comienzo de su vida, por la gran luz que la inundaba, renunció enteramente a su voluntad, a pesar de que no se encontraba, como la nuestra, corrompida y depravada por el pecado; y de tal manera se sujetó a la divina voluntad que jamás se separó un punto de ella, sino que puso toda su gloria, su contento y su alegría en seguirla en todo y por todo con entera sumisión y perfectísima obediencia.

Bendice a Dios que hizo esta gracia a María y ofrece a su divina Majestad toda la gloria que Ella le dio con esta virtud en reparación de todas las rebeliones y desobediencias a su santísima voluntad.

### *Segundo punto*

Considera que nuestra santa Niña no sólo se sometió a Dios inmediatamente, sino que fue siempre muy obediente a todas sus divinas voluntades que le fueron manifestadas

por sus santos mandamientos, por la ley de Moisés, por sus padres y por todos sus superiores, en los que miraba y honraba a Dios, a cuya voz obedecía como a la voz de Dios. Se consideraba muy feliz con estar bajo la dirección de los demás, y nunca dio qué sentir lo más mínimo a las personas que la dirigían. No sólo esto, sino que estaba dispuesta a obedecer según Dios y por Dios, a toda clase de personas, ¡conforme a estas santas! palabras: Estad sumisos a toda humana criatura por respeto a Dios (1 Pe 2, 13.).

En fin, que no se ha visto jamás nada tan dócil y obediente; y como jamás ha habido humildad tan profunda, jamás tampoco se ha visto obediencia tan perfecta. Era una obediencia ciega, pronta, puntual y alegre; porque no tenía esta santa Niña otro contento ni más delicias que el seguir en todo y por toda la amabilísima voluntad de Dios, manifestada por las personas puestas en su lugar. Da por ello gracias a su divina Majestad, y ofrécele todo el honor que esta humildísima Niña le dio con la práctica de esta virtud, en satisfacción de las faltas que contra ella hayas Mido cometer.

### *Tercer punto*

Considera que la bendición y paz de tu alma, el paraíso de tu corazón y tu soberano bien consisten en seguir en todo Y por toda la santísima voluntad de Dios que se te manifiesta por sus divinos mandamientos, por los de su Iglesia, por las reglas y obligaciones de tu estado, y por todas las personas

que ocupan el lugar de Dios. La obediencia es la madre de la felicidad, dice un santo doctor.

Considera, en segundo lugar, que para seguir la voluntad de Dios es preciso que renuncies a la tuya, porque la divina y la propia voluntad son tan opuestas como Dios y el diablo, como Jesucristo y el Anticristo, puesto que nuestra propia voluntad está corrompida y envenenada por el pecado.

Considera además que, para determinarle a renunciar a ella, debes mirarla como a enemigo jurado de t u eterna salvación. Nada hay que, como esto, tanto debas temer, puesto que es la madre del pecado, y por consiguiente el manantial de todos los males y desgracias de la tierra y del infierno. Es un dragón que si no le aplastas te ahogará. Debes temerle más que a todos los dragones de la tierra y del infierno; porque éstos son perros encadenados que no pueden morder sino a los que se arrojan a sus dientes, pero la propia voluntad es una serpiente que llevas dentro de tus entrañas.

Por tanto, trabaja por destruirla imitando la perfecta obediencia de nuestra santa Niña. Examínate sobre las faltas que en esto hayas cometido en pensamientos, palabras, obras u omisiones, y pide por ellas perdón a Dios. Suplícale que te conceda la gracia de la corrección, poniendo por medianera a la bienaventurada Virgen.

En fin, graba en tu corazón esta infalible verdad: Que la bendición de Dios acompaña siempre a la obediencia, y que su maldición es inseparable de la desobediencia. Y esfuérzate por imitar de tal manera a Jesús y a María en su sumisión a la

divina voluntad que el Padre eterno pueda llamarte, después de su Hijo, el hombre de su voluntad (Is 46, 11).

*Jaculatoria:* El varón obediente cantará victoria

## ***CAPÍTULO XII***

### **Meditación sobre Caridad y dulzura de María Niña**

#### *Primer punto*

Considera que habiendo Dios escogido a la bienaventurada Virgen desde el primer instante de su vida para ponerla en lugar de Eva, que debía ser la reina y madre de todos los vivientes, le dio desde entonces una caridad universal para con todos los hombres: caridad tan grande como la gracia santificante que fue infundida en su alma desde el comienzo de su vida; suponiendo que, según el sentir de los teólogos, la gracia y la caridad no son sino una misma cosa. Así que como esta admirable Niña tuvo más gracia desde el comienzo de su vida que todos los santos, tenía también más caridad que todos ellos. Y como su gracia se duplicaba cada momento, lo mismo su caridad, de modo que al fin de su infancia llegó a un grado tan alto que sólo Dios lo puedo, comprender.

Considera también que, habiéndola escogido el Padre eterno desde el momento de su concepción para comunicarle su divina paternidad, y para hacerla madre de su Hijo Jesús y de todos los demás hijos, comenzó a hacerla

desde entonces participante de su amor paternal a su amado Hijo y a todos nosotros. De suerte que, aun cuando no supiera que había de ser Madre del Hijo de Dios y de todos los cristianos, conociendo, sin embargo, que Él había de encarnarse y ser padre de un gran número de hijos: el Padre del siglo venidero (Is 9, 6), su corazón se abrazaba de amor ardentísimo hacia él y se inflamaba en inmensa caridad para con sus hijos: caridad proporcionada a la dignidad infinita de Madre de Dios, y por consiguiente, en cierta manera, infinita.

Esta caridad la empujó, cuando aún era niña, a pedir a Dios con tal ardor e instancia la venida del Salvador que, según varios teólogos, mereció que se adelantase el tiempo de su encarnación. Esta caridad, unida a su humildad y virginal pureza, la dispuso a ser madre del Redentor.

Da gracias por todo al que es todo caridad y ofrécele la gloria que esta amable Niña le dio con su amor a él y a los hombres, en reparación de las faltas que aquí hayas cometido.

### *Segundo punto*

Considera que la sacratísima Virgen, como es entre las puras criaturas la persona más poderosa después del Padre eterno, por una comunicación muy singular que este adorable Padre le otorgó de su infinito poder; y como es la persona más sabia y esclarecida, después del Hijo de Dios, por una participación eminentísima, de la inmensa sabiduría dé este mismo Hijo: así también es la más dulce, benigna y

bondadosa del universo, después del Espíritu Santo, por una abundantísima efusión que este Espíritu suavísimo y benignísimo realizó de su incomprensible dulzura y delicada bondad en su corazón virginal, desde que de él tomó posesión, es decir, desde el primer momento de su vida. Jamás se ha visto ni se verá en la tierra, después del benignísimo Jesús, nada tan dulce, afable, gracias y misericordioso como esta amable Niña. Su benignísima caridad y su muy caritativa benignidad se extendían no sólo a sus amigos y a las personas indiferentes, sino hasta a sus más crueles enemigos, es decir, hasta a los enemigos del Salvador del mundo. Porque sabía desde su infancia por la lectura de los profetas y por la revelación del cielo que este adorable Salvador sería perseguido y crucificado por los pérfidos judíos; más, en lugar de pedir a Dios que los castigase, el espíritu de caridad y benignidad de que esta dulcísima Niña estaba animada, le hacía formular por estos miserables la misma oración que su misericordiosísimo Redentor haría por ellos en la cruz: Perdónales, porque no saben lo que hacen (Lc 23, 34).

Oh amabilísima Niña, no me extraña que diga tu divino Esposo que tus labios no destilan sino miel y dulzura, que tu lengua está empapada en miel y leche y que tu espíritu es más dulce que la miel (Eccli 24, 27), ni que la santa Iglesia nos predique tanto vuestra benignidad: Virgen singularmente mansa entre todos. Oh benigna, oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María.

Gracias inmortales sean dadas al divino Espíritu que os ha embriagado con el dulcísimo néctar de su divina caridad y



que completamente os ha transformado en su delicada benignidad. Ofreced, oh Madre, al Padre eterno todo el honor que vos le disteis con vuestra sin par dulzura, en satisfacción de todas las faltas cometidas contra esta virtud.

### *Tercer punto*

Considera que, si quieres ser del número de los verdaderos hijos del benignísimo Jesús y de la bondadosísima María, has de esforzarte por imitarles en su caridad y benignidad. Para animarte a ello piensa con frecuencia en estas palabras del Espíritu Santo: Sobre todo mantengan constante la mutua caridad entre ustedes (1 Pe 4, 8). Dios es caridad, y el que permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él (1 Jn 4, 15). Y estas otras: Traten a todos los hombres, con toda la dulzura (Tit 3, 2). Y las siguientes: La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora. La caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, se complace sí, en la verdad: A todo se acomoda, cree todo el bien del prójimo, todo lo espera y todo lo soporta (1 Cor 13, 4-7).

Oye sobre todo la voz de tu Salvador, que te dice: El precepto mío es: que se amen unos a otros, como Yo los he amado (Jn 15, 12). Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29). Y estas palabras de tu santa Madre: Mi espíritu es más dulce que la miel (Eccli 24, 27).

Concibe un gran deseo de hacer un santo uso de todas estas palabras. Examínate sobre las faltas del pasado, en pensamientos, sentimientos, afectos, palabras, acciones y omisiones. Pide a Dios que te las perdone; suplica al Hijo de Dios y a su santa Madre que las reparen, que te hagan participante de su admirable caridad y que destruyan en ti a toda costa toda idea contraria.

Jaculatoria: Mi espíritu es más dulce que la miel.

### ***CAPÍTULO XIII***

#### **Meditación sobre el silencio de María en su santa infancia**

##### ***Primer punto***

Considera que el silencio es maravillosamente agradable a Dios, puesto que el Hijo de Dios, palabra eterna del Padre venido a este mundo para hablar a los hombres: para predicarles e instruirlos y que tan grandes, importantes y necesarias cosas tenía que decirles, pasó no obstante casi toda su vida en el silencio, observando exactísimamente la regla que su Padre le dio de guardarlo en su infancia, en su vida oculta hasta la edad de treinta años, en su soledad en el desierto y en su santa pasión, sin que jamás de él se dispensara, aun teniendo muchas veces grandes razones para hacerlo, como cuando los santos reyes vinieron de lejos para adorarle, y cuando Herodes le buscó para matarle. Y no

contento con guardar silencio en su vida mortal y pasible, lo guarda aún desde que está en su vida gloriosa y en el santísimo sacramento del altar hace más de mil novecientos años.

Considera las razones que tuvo nuestro Salvador para guardar tan riguroso silencio. La primera, enseñarnos que Dios es mucho más glorificado en el silencio. Porque habiendo venido el Hijo de Dios a la tierra primera y principalmente para honrar a su Padre, y siéndole muy bien conocidos los medios por los que más podía glorificarle, al escoger el silencio, nos prueba infaliblemente que este es el medio más excelente de honrar a Dios y agradarle.

En segundo lugar, vivió en el silencio para reparar todo el deshonor que los hombres dan a Dios con los pecados de palabra. En tercer lugar, para merecernos la gracia de hacer buen uso de nuestra lengua. Dale gracias por toda la gloria que El dio a su Padre con el silencio, y por el ejemplo que en esto te ha dado; y suplícale te conceda la gracia de seguirle.

### *Segundo punto*

Considera cómo la bienaventurada Virgen estuvo poseída y animada desde su Infancia, del mismo espíritu que había de guiar a aquel de quien iba a ser Madre; y cómo desde entonces comenzó a practicar lo que el Espíritu Santo enseñaría a todos los fieles por boca de San Pablo: Tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo (Fp 2, 5) . Desde entonces Ella amó lo que debía amar y aborreció todo lo que debía aborrecer. Por

esto tuvo una singular afición al silencio y una gran aversión al mucho hablar.

Además, ni en el Evangelio, ni en la historia eclesiástica, ni en otro libro alguno leemos de que dijera una sola palabra durante su infancia, sea mientras vivió en casa de sus padres, sea cuando salió de ella para ir a presentarse a Dios, sea mientras tuvo su morada en el templo. Y en el sagrado Evangelio no encontramos que haya hablado más que siete veces en toda su vida, y aún muy poco cada vez.

¡Oh santísima Virgen, te entrego mi corazón y mi lengua: toma plena y perfecta posesión de ambos. Haz que no tenga corazón más que para amar a tu Hijo y que no tenga lengua sino para hablar el lenguaje de mi adorabilísimo Padre y de mi amabilísimo Madre.

### *Tercer punto*

Considera atentamente estas palabras del Espíritu Santo que habla por boca de Santiago: «La lengua es un mundo entero de maldad» (St 3, 6). Es manantial de blasfemias, de impiedades, de maldiciones, de calumnias, de mentiras y murmuraciones, de perjurios y falsos testimonios, de burlas y engaños, de palabras injuriosas y picantes, de palabras lascivas y de infinidad de pecados. Ama Dios infinitamente el silencio, precisamente por esto, porque el silencio preserva a las almas de todos estos pecados y de todos los males que en pos de sí acarrearán. De aquí que el mismo Espíritu Santo clame por boca del mismo apóstol Santiago: «Si alguno se precia de ser religioso, o devoto, sin refrenar su lengua, antes

bien engañando, o precipitando con ella su corazón, la religión suya es vana, es falsa su piedad (St 1, 26). Y por el contrario: «Si alguno no tropieza en palabras, este tal es perfecto varón» (St 3, 2).

Dios ama también el silencio, porque es un sacrificio que hacemos de la pasión e inclinación grande que tenemos a hablar; sacrificio que le es tan grato que da por bien hecho el que nos abstengamos a veces hasta dé las palabras buenas, según aquello de los salmos: «Enmudecí, me humillé y me abstuve de responder aún cosas buenas» (Sal 39, 3). Nuestro Señor y su santa Madre se abstuvieron de decir muchas cosas santas y buenas, porque otra clase de cosas no podían decir. San Juan Bautista estuvo, casi treinta años en el desierto sin hablar, y se retiró a él «para que no se viera manchada su vida ni con la más leve falta». Por esto se ha visto a tantos millares de santos pasar su vida entera en la soledad y en el silencio. Por esto, en fin, todos los fundadores de las santas órdenes que existen en la Iglesia han recomendado tanto el silencio y la mortificación de la lengua en las reglas en ellas establecidas, y con razón, porque las alabanzas, aun las que nuestra lengua da a Dios, no son más que una hipocresía, según la palabra de Nuestro Salvador (Mt 15, 7-8), cuando únicamente proceden de la lengua sin que en ellas tome parte el corazón. «La voz de la lengua, dice san Agustín, no es escuchada por Dios, si no va unida con la del corazón». Dios no tiene oídos para oír a la lengua, si la lengua no habla con él corazón. Siendo esto así, en qué alta estima ha de tener el silencio. Qué deseo he de concebir de imitar a esta santa Niña. ¡Qué cuidado he de tener en mortificar mi lengua y en

guardarme por lo menos de las malas palabras, de las mentiras, maldiciones, murmuraciones, etc. En fin, no olvidemos que Nuestro Señor Jesucristo nos ha dicho que nos pedirá cuenta el gran día del juicio de toda palabra ociosa que hayamos dicho.

Pidámosle perdón de todos los pecados que hayamos cometido por el mal uso de la lengua. Supliquemos a la bienaventurada Virgen que nos conceda la gracia de imitar a su Hijo y a Ella, en el uso que hicieron de su santa lengua y en el singularísimo amor que tuvieron al silencio.

*Jaculatoria:* En el silencio y la virtud progresa el alma devota.

## ***CAPÍTULO XIV***

### **Meditación sobre la modestia de María en su santa infancia**

#### ***Primer punto***

La modestia es virtud que regula y modera de tal manera las acciones exteriores del hombre que nada se ve en él que desedifique.

Es uno de los frutos del Espíritu Santo, según San Pablo (Ga 5, 23). De suerte que donde está la modestia, está el Espíritu Santo, y donde reina la inmodestia hay un espíritu opuesto al espíritu de Dios.

La modestia es, según el mismo apóstol, una señal visible de predestinación. Es uno de los caracteres por los que son conocidos los elegidos, los santos y todos los amados de Dios, según estas palabras de] Espíritu Santo: «Revestíos, como escogidos que sois de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia» (Col 3, 10).

En los tiempos de la primitiva Iglesia, cuando la tierra estaba aún llena de infieles eran conocidos los cristianos por su modestia, que de tal manera edificaba a los paganos que muchos de ellos se convertían a la verdadera fe.

Que estas consideraciones impriman en tu espíritu y en tu corazón alta estima y amor singular a esta virtud juntamente con ardiente deseo de buscar los medios de adquirirla.

### *Segundo punto*

Representáte al Hijo de Dios tratando con los hombres en la tierra. Contempla la maravillosa modestia que resplandece en su semblante, en su mirar, en su andar, en su hablar, en sus gestos, vestidos y en todo su continente. Declaro un día la Virgen bienaventurada a Santa Brígida que estaba dotada de una hermosura, de una dulzura y de una modestia tan encantadoras que su aspecto daba consuelo y gozo no sólo a la gente de bien, sino también a los malos, y aún a sus enemigos, y que los judíos, cuando se encontraban en alguna tristeza o aflicción, se decían unos a otros: «Vamos a ver al hijo de María, su vista nos consolará.

Adora a tu Salvador en su admirable modestia. Dale gracias por el honor que tributó a su Padre y por el ejemplo de esta virtud que nos legó. Entra en gran deseo de practicarla a una con él y por su amor. Pídele para ello su santa gracia y la de destruir en ti todo sentimiento contrario.

### *Tercer punto*

Pon ante tus ojos la angelical modestia de la pequeña María. Después de la de Jesús, no hubo modestia semejante. De haber contemplado su actitud y su porte de haberla visto caminar u oído hablar, de presenciar sus gestos y su compostura exterior, de pies o sentada, trabajando, tomando su refacción o descansando, bien cuando conversaba con el prójimo, bien cuando oraba a Dios en el templo o en cualquier otra parte de mirar su semblante angelical, sus ojos de paloma, la sencillez de sus vestidos, que no tenían más color que el natural de la lana, y la santidad de todo su ser, hubierais dicho que era un ángel visible o la modestia misma encarnada.

La modestia de nuestra santa Niña procedía de tres causas: del pudor virginal que aparecía en su rostro y en todo su exterior. De que andaba siempre en la presencia de Dios, unida continuamente a él con el pensamiento y con el corazón; y de que el Espíritu Santo, que la llenaba y poseía completamente, imprimió en ella una imagen viva y perfecta de la adorable modestia de aquel de quien debía ser Madre.

Da gracias a Dios porque tan provechosamente la adornó de esta santa virtud. Ofrécele todo el honor que Ella



le dio con su excelente práctica, en reparación de las faltas que aquí hayas podido cometer. Escucha y graba en tu corazón estas palabras del Espíritu Santo, y toma la resolución de ponerlas en práctica. Sea tu modestia patente a todos los hombres; porque el Señor, que te mira continuamente, está cerca (Fp 4, 5) .

Haz un detenido examen sobre tu manera de conducirte en el andar, hablar, trabajar, en el comer y beber, en el tomar tu descanso, en el orar ante Dios'; examínate qué uso haces de tus ojos y demás sentidos exteriores, a fin de conocer las faltas contra la modestia cometidas, y pedir a la vez perdón a Dios de ellas.

Toma la resolución de enmendarte y pide a la bienaventurada Virgen que te obtenga esta gracia y la de imprimir en tu corazón una imagen de su santa modestia para gloria y alabanza de su divino Hijo.

*Jaculatoria:* Sea nuestra modestia patente a todos los hombres.

## ***CAPÍTULO XV***

### **Oblación y consagración de los niños, en especial las niñas más pequeñas, a la santa Infancia de María**

Ninguna lengua podrá expresar los beneficios para la salvación de los niños, para su felicidad temporal y eterna,

ser ofrecidos, dados y consagrados, desde el vientre materno, a la santísima Madre de Dios. De corazón ruego a los padres y madres que lo hagan. Así atraerán grandes bendiciones para ellos y para sus hijos.

Cuando tengan conocimiento de que Dios les ha dado un hijo, prepárense a recibirlo mediante una buena confesión y comunión; luego ofrezcan y den su hijo a la muy santa Virgen para que ella lo presente a su Hijo, a quien ella da cuanto se le ofrece sin reserva alguna.

Cuando nazca el hijo háganlo bautizar lo más pronto posible para arrebatarlo cuanto antes de las garras de Satán y ponerlo en las filas de los hijos de Dios. Denle un padrino y una madrina de intensa vida cristiana.

Cuando llegue la edad en que los niños empiecen a hablar, díganle y repítanle los santos nombres de Jesús y de maría. Que esas sean sus primeras palabras.

Cuando lleguen al uso de razón enseñarle a conocer y reverenciar a su Creador y su Salvador, y a su divina Madre y hacer que aprendan a darse a Dios y se consagren a la bienaventurada Virgen para que ella los dé y consagre a su Hijo.

Si estudian que tengan un maestro que por sus enseñanzas y ejemplo les infunda el santo temor de Dios en el corazón y una devoción especial a la muy sagrada Madre de Dios.

Si entran a un colegio matricularlo en uno de los colegios de los padres jesuitas donde puedan ingresar a la Congregación de Nuestra Señora, maravillosa escuela de virtud y piedad.

Conozco un servidor de Dios que ha recibido de la divina bondad gracias innumerables muy especiales por mediación de la muy sagrada Virgen. Estas son tres principales:

La primera, que su padre y su madre, pasados tres años de matrimonio, no podían tener hijos; se dirigieron a la Madre de Dios para obtener uno. Hicieron voto de visitar una capilla dedicada a su honor a donde fueron efectivamente para cumplir su voto. Su madre, al saberse encinta, volvió de nuevo a la misma capilla para agradecer a la Reina del cielo y para ofrecerle y darle al niño que llevaba en sus entrañas. Es la primera fuente de los favores indecibles que recibió de la divina liberalidad por mediación de la Madre de gracia.

La segunda, cuando comenzó a estudiar cayó en manos de un eclesiástico lleno de virtud cuyo ejemplo e instrucciones contribuyeron mucho a fomentar y fortalecer en él las disposiciones de gracia y piedad que el Espíritu Santo había comenzado a derramar en su alma desde la infancia.

La tercera fuente de su felicidad es haber continuado y realizado la mayor parte de sus estudios en un colegio de los reverendos padres jesuitas, y haber sido admitido en la Congregación de Nuestra Señora, donde Nuestro Señor le hizo grandes misericordias por mediación de su muy preciosa Madre.

Sería muy de desear que las religiosas de santa Úrsula y de la Congregación de Nuestra Señora que dirigen su instituto entregadas a la instrucción de las niñas pequeñas, establezcan en entre ellas Congregaciones de la santísima Virgen, como hay en algunos monasterios de las ursulinas, dedicadas al honor de la divina infancia en las que se

observen las mismas reglas y prácticas que se hacen donde los jesuitas.

Si no se hace en todas partes, al menos suplico de todo corazón a las dichas religiosas, y a todas las demás que se dedican a la educación de las niñas pequeñas, que aporten todo el cuidado y la diligencia posibles para imprimir en sus corazones devoción particular a la santísima infancia de nuestra gloriosa Virgen, y disponerlas a escoger un día que le esté dedicado en el cual, luego de una buena confesión y una santa comunión si están en edad de hacerlo, hagan oblación, dedicación y consagración del estado de su infancia y de toda su vida a la divina infancia de la Reina de los ángeles y digan la siguiente oración, más de corazón que de labios:

### ORACIÓN DE LAS NIÑAS

**a la admirable niña María,  
para ofrecerse y consagrarse a su santa infancia**

Santísima y amabilísima Niña, me postro a tus pies de alma y corazón, con todo el respeto y la humildad que me es posible y me uno a todo el amor y a toda la devoción de todos los corazones que te reverencian y aman. Te saludo y

glorifico, como me es posible, en el estado de tu santa infancia.

Oh admirable Niña, hija unigénita del Padre eterno, Madre del Hijo de Dios, Esposa del Espíritu Santo, en unión del amor infinito con que el Padre te escogió, desde el primer momento de vuestra vida, por Hija suya, el Hijo por su Madre, y el Espíritu Santo por su Esposa. Yo N. N. te escojo hoy por mi soberana Señora y Patrona, por mi honorabilísima Madre y por Reina de mi corazón; y en unión del amor incomprensible con que el Verbo eterno se dio a ti para ser tu Hijo, y se dio aún desde el primer momento de tu vida para ser el Hijo de tu corazón, puesto que desde entonces lo formaste e hiciste nacer en tu corazón infantil; en unión, digo, de este mismo amor, ofrezco, entrego y consagro el estado de mi infancia y de toda mi vida, a gloria y alabanza de tu santa infancia protestando que quiero que todo mi ser, mi cuerpo, mi corazón mi alma, todos mis pensamientos, palabras y obras, todas las dependencias y pertenencias de mi vida. sean entera e irrevocablemente dedicadas y consagradas a la alabanza de tu gloriosa infancia.

¡Oh Niña incomparable!, emplea todo el poder que Dios te ha dado para tomar entera y perfecta posesión de todo lo que hay en mí, y para disponer absolutamente de ello, de la manera más grata a tu Hijo. Destruye totalmente en mí cuanto te desagrada, e imprime en mi interior y en mi exterior una viva imagen de la inocencia, sencillez, obediencia, paciencia, humildad, caridad, menosprecio del mundo, desprendimiento de todas las criaturas, de la pureza, silencio, dulzura, modestia y de todas las demás virtudes de

tu bienaventurada infancia; y todo ello. únicamente para la gloria de tu amado Hijo, a fin de que sea del número de los hijos de su Corazón y del tuyo, en el tiempo y en la eternidad.

Bienaventurado san Gabriel, bienaventurado san Joaquín, bienaventurada santa Ana; ángeles y santos todos, ayúdenme con sus santas oraciones a conseguir de mi divina Madre el efecto de mi petición, a fin de que sea digna de alabar, amar y glorificar con ella y con ustedes a la santísima Trinidad por los siglos de los siglos. Amén.

*Es muy bueno renovar esta consagración todos los años el día de la Presentación o el día ocho de cada mes, dedicado especialmente a honrar la divina infancia de la sacratísima Madre de Dios.*

## **CAPÍTULO XVI**

**Para concluir este libro recojo una historia memorable  
sucedida en nuestros días que muestra las bondades  
incomparables de la muy santa Madre de Dios**

Ardo en deseos de dar a conocer algo que leí en el libro *Iconología mariana* del padre Nicquet, jesuita. Lo recogió de cartas de padres de la Compañía. Me mueve el deseo de dar a conocer las bondades de santa María y el deseo de que sea conocida y amada.

En 1648 había en la ciudad de Nápoles dos esclavos turcos de conducta depravada pero que tenían algo de bueno: compraban aceite para mantener encendida una lámpara que alumbraba una imagen de María que estaba en el vestíbulo de la casa donde vivían. Ellos honran a María con respeto por ser la Madre de Jesús a quien consideran gran profeta. Los que veían al que esto hacía se burlaban de él, pero él les decía: La buena María, así la llaman, me devolverá con un beneficio cuando acuda a ella en una necesidad.

Su esperanza no se vio frustrada. Una noche que dormía de pronto escucha una voz que lo llamaba por su nombre. Despertó y se rodeado de maravillosa claridad, en medio de la cual había una Señora llena de majestad, brillante como el sol y a su lado un anciano venerable rodeado de luz. La Señora dice al pobre esclavo: “Has dicho siempre que esperas de mí algo. No tengo nada mejor que darte sino hacer de ti un buen cristiano. Te exhorto a que des ese paso. ¿Lo deseas?

Este llamado fue eficaz y el esclavo respondió: Sí, quiero ser cristiano. Pero ¿cómo voy a aprender las oraciones si no tengo memoria para aprender ni para retener? No te preocupes por ello. Yo misma me voy a enseñar lo que debes aprender. Empiezo por la señal de la cruz. Lo tomó de la mano y le hizo hacer la señal de la cruz. Luego le dijo: vete al colegio de los jesuitas. Pide que te permitan hablar con el padre encargado de la Congregación de los Esclavos. Él te dará toda la enseñanza necesaria para tu salvación; recibirás luego el bautismo y quiero que lleves el nombre de José. Es el nombre de mi esposo que me acompaña.

La Señora hizo ademán de retirarse, pero el esclavo le suplicó que o marchara o que, al menos, volviera a verlo. Lleno de consolación el esclavo se levanta pronto y va a encontrar a su compañero. Le cuenta lo pasado y él también decide hacerse cristiano. Van luego al colegio de los jesuitas para buscar al padre encargado de la Congregación de los Esclavos. Los acoge y los instruye ampliamente y despacio de la fe cristiana. Piden con insistencia el bautismo al que fueron aceptados el once del mes de agosto.

Todo Nápoles conoció la maravilla sucedida y acudió de todas partes de manera que fueron lavados muy solemnemente y muy acompañados de todos los habitantes de Nápoles que no se cansaban de alabar la bondad incomparable de la admirable María.

Los dos esclavos volvieron a casa de su amo y mostraron el profundo cambio de su vida y costumbres. Eran dos lobos que se habían cambiado en corderos; dos animales trocados en ángeles; dos serpientes veneno que se volvían palomas sin hiel. Se volvían virtuosos en cambio de lo perversos que eran. Su impiedad se cambiaba en devoción.

La Virgen no falló en cumplir lo prometido. A partir del bautismo, cuando algo lo afligía en el cuerpo o en el alma que requiriera el socorro de la divina Señora él la llamaba confiadamente y le decía: “MI buena Madre, es el momento de que vengas en mi ayuda según me prometiste”. Ella le decía de inmediato: “José, ten paciencia”. Esas tres palabras bastaban para devolver a José fuerza y consuelo inefable. Eso pasó varias veces.



Qué caridad inmensa de la Madre de Dios; qué piedad indecible; qué benignidad increíble. Se toma la pena de descender del cielo, con su digno esposo san José, para visitar a un turco, a un enemigo jurado de su Hijo y el suyo, por consiguiente, un miserable esclavo, un impío, un hombre detestable. Se le aparece, le habla, lo exhorta a ser cristiano. Lo encamina a un servidor de Dios para lo instruya y lo bautice, le da un compañero, lo libra de la esclavitud de Satanás, lo alinea entre los hijos y herederos de Dios, lo saca del infierno para llevarlo al paraíso, lo honra con el nombre de su esposo. Lo visita varias veces, lo conforta y consuela en sus penalidades.

¿Por qué todo esto? ¿Qué servicio le hizo el turo? Solo un poco de aceite para su lámpara. ¿Merece esa acción ser considerada digna por la gran Reina, hecha por uno que por entonces estaba podrido de crímenes, miembro de Satanás, tizón del infierno, objeto de la ira infernal? Ciertamente no merecía estar en el rango de las grandes acciones que glorifican a Dios, pero la Virgen muy benigna la quiere considerar y reconocer generosamente.

¡Oh queridísima Madre, Reina de mi corazón, pide a tu amado Hijo que me conceda la gracia de olvidar por completo todo lo que hay en la tierra, para no, pensar ya sino en él y en ti, pana no amar más que a él y a ti, para no buscar en adelante otro consuelo que en Jesús y en María, ¡y no preocuparme ya más de agradar sino a Jesús y a María!

¡Oh Madre de gracia, los hombres no conocen tus bondades. Ciertamente, si conociesen convenientemente una mínima parte de ellas, os

consagrarían por completo sus corazones, y tú los entregarías a tu Hijo, y les colocaríais en el rango de sus hijos, y de esta manera las almas no bajarían por millares al infierno, como a diario acontece! Por esto he trabajado por presentar al público este libro, a fin de que cuantos lo lean conozcan un poco, y para contribuir por este medio a la salvación de algunas almas. Reconozco ante el cielo y la tierra que todo lo bueno que pueda llevar, lo he recibido por tu medio de vuestro Hijo, que es el único principio de todo bien; y que no he tenido más intención que la de agradarle y darle gloria, escribiendo las alabanzas de tu admirable infancia, porque el honor de la Madre es la gloria del Hijo. ¡ Oh qué feliz sería, si me fuera dado sellar con mi sangre todas las verdades que en este libro se contienen, para alabanza del Hijo y de la Madre.

Puedo decir, con verdad, que más he trabajado con el corazón que con la mano; por esto querría con todo mi corazón poder imprimirlo en los corazones de todos los habitantes de la tierra, a expensas de un millón de vidas, si las tuviese. Suplico a vuestro divino Esposo, el Espíritu Santo, que El mismo lo haga y que se sirva de las cosas que aquí van escritas, para grabar en las almas de los que las leyeran una devoción especialísima a tu santa infancia.

Si este pequeño trabajo, que ha sido para mí más que labor onerosa delicioso descanso porque como he dicho, es la obra más de mi corazón que de mi mano; si esta pequeña obra, digo, te es agradable, oh Reina de mi corazón, haced de suerte que me obtengas de tu Hijo la gracia de acabar otra que he comenzado sobre tu amabilísimo Corazón, a fin de

que lo poco que me resta de vida lo consuma cantando las alabanzas del Corazón admirable de mi amabilísima Madre, de cuya bondad tengo recibidos innumerables favores. Permíteme, mi buenísima Madre, que te haga a este fin la misma súplica que os fue hecha por uno de vuestros mejores hijos expresada en estos términos:

«Obtenme de tu Hijo, oh sacratísima Madre de Dios, tus continuas oraciones, que emplee toda mi vida en alabarte, glorificarte y bendecirte, en publicar tus virtudes y excelencias, en anunciar tus maravillas, en predicar tu vida ejemplar y divina, en dar a conocer a todos, los tesoros inmensos de bondad, de misericordia y de caridad que están ocultos en tu maternal corazón, para que encuentre la vida eterna en tus alabanzas, palabras y promesas: los que me hagan conocer, obtendrán la vida eterna” (Raimundo Jordan) ; o mejor, para que no viva ni en la tierra, ni en el cielo sino para cantar incesantemente con mis pensamientos, palabras, acciones, escritos, con todos los latidos de mi corazón y de mis venas, y con todas mis respiraciones, las alabanzas de mi adorabilísimo Jesús y de mi amabilísima María.

En fin, yo os suplico con todo mi corazón, oh Madre de gracia y de bendición, que deis vuestra santa bendición a todos los que leyeren este libro, y que nos alcancéis de vuestro Hijo que ellos y yo seamos del número de los que tendrán la dicha de oír estas dulces palabras de su divina boca, el día terrible del juicio: «Venid, benditos de mi Padre,

a tomar posesión del reino celestial que os está preparado desde el principio del mundo> (2) ; los cuales bendecirán, amarán y glorificarán eternamente, contigo y con todos los habitantes del cielo, a la adorabilísima y amabilísima Trinidad, a quien sean dados honor, gloria y bendición por los siglos de los siglos. Amén.

## **APÉNDICE**

***Nota: El padre eudista Luis Eduardo Uribe hizo una traducción parcial de este libro en la edición llamadas amarillas. Tiene esta meditación que no se encuentra en la edición de las Obras Completa. Se recoge aquí en signo de gratitud al padre Uribe.***

## **Meditación sobre la virginidad de María Niña**

### *Primer punto*

Considera cómo María es la primera que hizo voto de virginidad por lo que es llamada por san Buenaventura: «la primera Virgen», y «la Virgen del nuevo voto». Según algunos muy señalados autores, María hizo este voto desde el momento de en Concepción Inmaculada. «Esta santa Virgen, dice Alberto el Grande, libró a la virginidad de la maldición y servidumbre de la ley antigua; consagrándola en sí misma, la volvió tan honorable y gloriosa como desechada e ignominiosa había sido. Ella fue la que de esta manera puso a las vírgenes bajo su poder y autoridad, siendo llamada desde entonces con todo derecho la Reina de las vírgenes.

De aquí proceden muchos bellos elogios que de su virginidad hacen los santos Padres. Es llamada por Santiago en su Liturgia «virgen del todo inmaculada y santísima»; por san Gregorio Taumaturgo «la sola Virgen, santa de cuerpo y de espíritu; por san Juan Damasceno «el tesoro de la virginidad» y «la defensa y amadora de las vírgenes; por san Ildefonso «la eternidad de la virginidad», en el sentido de que la tuvo, amó y conservó siempre, a pesar de que había de ser y fue madre. Por esto, no hay que extrañarse de que ella misma asegurara a santo Tomás, arzobispo de Cantorbery que por sola su virginidad, sin hablar de las demás virtudes que practicó, le dio Dios una corona más rica y gloriosa que todas las coronas de todos los santos que están en la gloria.

Siendo esto así, puedes deducir la relevante pureza de esta incomparable Virgen, en cuya comparación toda otra pureza es como si no existiera. Copia en ti el amor

extraordinario de esta santa Niña a la virtud angélica, y suplícale te conceda un instintivo horror al vicio contrario.

### *Segundo punto*

Como acabamos de indicar, quien dice virginidad, dice pureza; y quien dice cosa pura, como oro puro, vino puro, dice una cosa no mezclada con otras, sino que pura o exclusivamente posee toda la perfección de su naturaleza, sin que en nada absolutamente se desdore o disminuya con la mezcla de cualquier otra cosa menos noble o excelente.

Considera cómo el corazón de nuestra santa Niña no sólo no contrajo jamás mancha alguna, sino que se mantuvo siempre sin el menor afecto desarreglado a cosa alguna creada; estuvo siempre tan estrecha., única y puramente unida a Dios, como si no hubiera en el mundo más que Dios y ella. Se cumplieron a la perfección en nuestra amada Niña aquellas palabras de los salmos: «Haz que mi corazón se conserve puro en tus divinas justificaciones» (Sal 119, 80) o santificaciones, es decir, por la unión o adherencia que quiero que tenga a tus divinas voluntades que justifican, que santifican y hasta deifican a todo corazón que perfectamente las ame y las siga.

Por este medio, el corazón santísimo de la Reina de todos los santos ha sido siempre inmaculado, conservándose en una pureza y santidad tan eminente que mereció, dice san Anselmo, la reparación del mundo. Estas son las palabras de este santo Padre: «La purísima santidad y la santísima pureza del purísimo corazón de María superan incomparablemente a todas las purezas y santidades de todas las criaturas; ha

merecido, por esta admirable pureza de su corazón virginal, ser la dignísima reparadora del mundo que se encontraba sumergido en el más profundo abismo de perdición».

Trabaja por purificar y santificar tu corazón. ¿Dirás acaso que esto es exclusivo de las almas que están retiradas en los monasterios? Basta que estés bautizado para creerte obligado a ello. Oye las palabras de san Pablo: Nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia» (Ef 1, 4). Examínate, piensa lo que debes hacer en adelante.

### *Tercer punto*

Considera cómo has de ser puro y santo, por la especial razón de los santos sacramentos que recibes, sobre todo el de la comunión, ¿Quién ha de ser más puro y santo, de cuerpo y de espíritu, sino el que a diario recibe en su cuerpo, en su corazón y en su alma el sacratísimo cuerpo el purísimo corazón, la santísima alma y la preciosísima sangre del Hijo de Dios, con toda la plenitud de su divinidad? ¿No está aquí el manantial inexhausto de toda pureza y santidad? Extraordinaria debiera ser la pureza y santidad de esos ojos que a diario contemplan la Hostia Inmaculada y presencian el tremendo misterio de la consagración, de esa boca y de esa lengua teñidas con la sangre preciosa del Cordero Inmaculado. Oh cristiano, quien quiera que seas, si comulgas, estás obligado a una gran pureza y santidad. Tu vida y tus costumbres deben ser santas. Santo debes ser en tu interior

y en tu exterior, en tus pensamientos, en tus palabras, en tus acciones, en tu conversación con el prójimo. en todo y por todo.

iOh santa Niña, dirige una mirada a este hijo tuyo, frágil, y miserable! Obtenme de tu santísimo Hijo la divina gracia que torna posible y fácil lo que a la humana flaqueza es imposible. Convencido estoy, oh Madre, de que con esta divina gracia es mucho más fácil ser puro e imitaros, que seguir la corrupción del mundo y las sugerencias del demonio. Hazme participante de la divina virtud con que Dios fortificó tu santo y virginal corazón. ¡Oh gran Princesa!, dame fuerza y virtud contra toda clase de enemigos; emplea tu poder en destruir en mí todo aquello que desagrada a tu divino Hijo, y que de una vez para siempre se establezca en mi corazón el reino de su gloria y de su amor.

*Jaculatoria:* Nos escogió para ser santos y sin mancha en su presencia.